

la

estafeta

literaria

revista quincenal de libros, artes y espectáculos

nº

477

1 octubre 1971

20 ptas

LEPANTO

LA MAS ALTA OCASION
QUE VIERON LOS SIGLOS



Director: RAMON SOLIS, Subdirector: JUAN EMILIO ARAGONES. Redactor Jefe: ELADIO CABAÑERO. Sección bibliográfica: ANTONIO IGLESIAS LAGUNA. Secretario de Redacción: MANUEL RIOS RUIZ. Confeccionador: JUAN BARBERAN RUANO

Redacción: Calle del Prado, 21. Madrid - 14. Teléfonos: 222 85 14 y 232 33 74 :-: Administración: San Agustín, 5 :-: Edita: EDITORA NACIONAL :-: Suscripción anual: ESPAÑA, 425 ptas. Resto de EUROPA, 800 ptas. (avión), 600 ptas. (ordinario). OTROS PAISES, 1.900 ptas. (avión), 840 ptas. (ordinario)

Impreso en el BOE. Madrid - Depósito legal M. 615/1958

N.º 477 extraordinario

LEPANTO la más alta ocasión que vieron los siglos

SUMARIO:

- LEPANTO EN SU ESENCIA, por Vintila Horia. (Páginas 4 a 7.)
 LA BATALLA DE LEPANTO Y SU TIEMPO, por José Navarro Latorre. (Págs. 8 a 17.)
 ARCABUCEROS, por Indalecio Núñez. (Págs. 18 y 19.)
 EN TORNO A LEPANTO, UNA CARTA A FELIPE II DEL POETA CORTERREAL, por Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela. (Págs. 36 y 37.)
 EL MUNDO DE LEPANTO EN EL CINE, por Angel Falquina. (Págs. 38 y 39.)
 LOS AZULEJOS DE LA ERMITA DEL ROSARIO Y LA BATALLA DE LEPANTO, por Carlos Areán. (Pág. 41.)
 PARA UNA BIBLIOGRAFIA DE LA BATALLA DE LEPANTO, por José Blas Vega. (Págs. 42 a 46.)

Selección de textos:

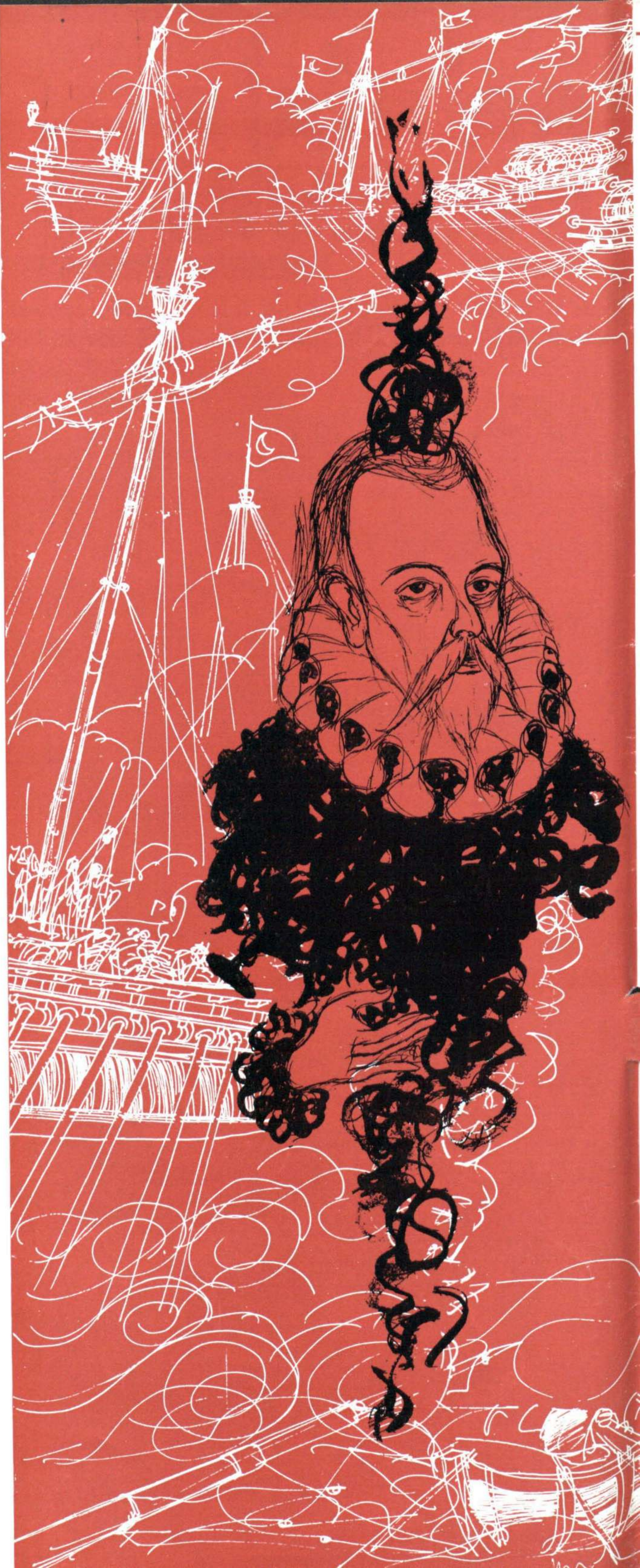
- EN ALABANZA DEL MARQUES DE SANTA CRUZ, por Miguel de Cervantes. (Pág. 13.)
 A UN RETRATO DE DON ALVARO DE BAZAN, PRIMER MARQUES DE SANTA CRUZ, por Luis de Góngora. (Pág. 13.)
 A DON JUAN DE AUSTRIA, por Lope de Vega. (Pág. 16.)
 EN LA MUERTE DE DON JUAN DE AUSTRIA, por Cristóbal de Virués. (Pág. 16.)
 PREFACIO Y CAPITULO «¡VICTORIA!» DEL LIBRO «LA VICTORIA DEL CRISTO DE LEPANTO», por Luis Carrero Blanco. (Págs. 20 a 27.)
 LA OCASION DE LEPANTO (del libro «Historia de España Moderna y Contemporánea»), por José Luis Comellas. (Pág. 27.)
 EGLOGA DE LA BATALLA NAVAL (fragmentos), por Cristóbal de Virués. (Págs. 28 a 30.)
 CERVANTES EN LEPANTO, SEGUN DOS DE SUS BIOGRAFOS (de los libros «Vida heroica de Miguel de Cervantes», de Ramón de Garciasol, y «Cervantes», de Sebastián Juan Arbó). (Págs. 30 y 31.)
 TRES FAMOSISSIMOS ROMANCES, por Antonio de la Fay (facsimil). (Págs. 33 a 35.)

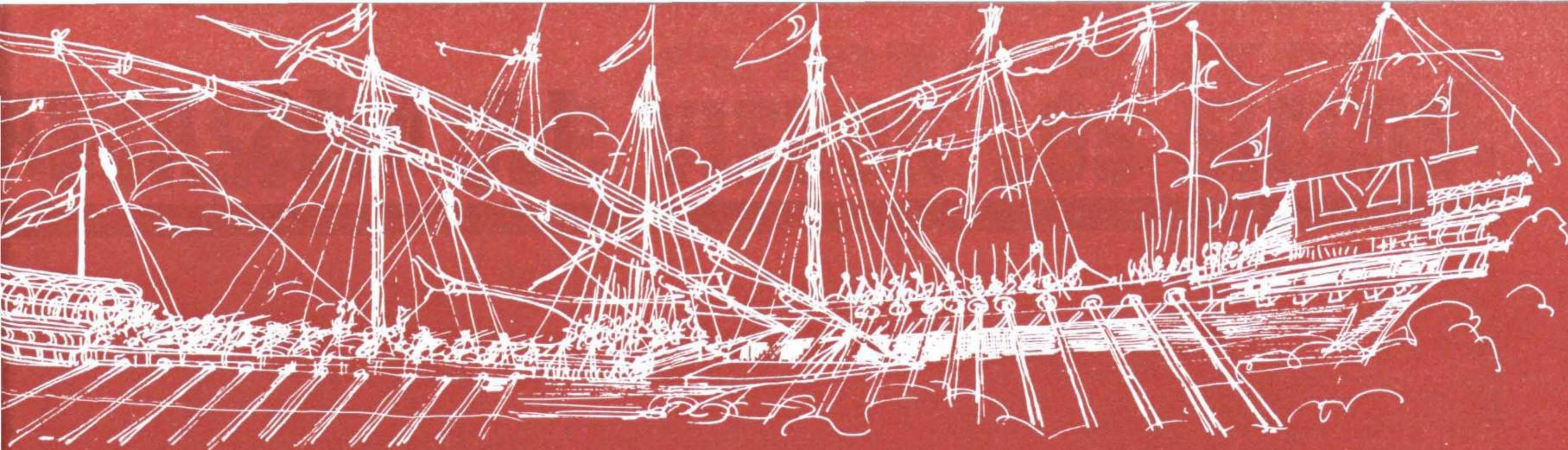
Págs.

Secciones habituales:

ESTAFETA NOTICIAS	46
«LOS LIMITES DEL ARTE DESDE NUESTRA EPOCA», EN LA UNIVERSIDAD INTERNACIONAL MENENDEZ PELAYO DE SANTANDER, por José Gerardo Manrique de Lara	49
CARTA DE BARCELONA: UN ESCANDALO LITERARIO CHINO-CATALAN Y OTRAS COSILLAS DEL COTIDIANO VIVIR, por Julio Manegat	51
QUINCENA DE LA CULTURA: DE PREMIOS, PLAGIOS Y ¿PLAGIOS-PREMIOS?, por Manuel Gómez Ortiz	53
TEATRO: BUERO VALLEJO Y SU REVULSION, por Juan Emilio Aragonés	55
ARTE: ITINERARIO DE EXPOSICIONES, por Carlos Areán	56
AVISO PARA LOS VISITANTES DEL ESTUDIO DE GUTIERREZ MONTIEL, por Luis López Anglada	60

ESTAFETA LIBROS (Suplemento bibliográfico), críticas, reseñas y notas. (Págs. 705 a 720.)



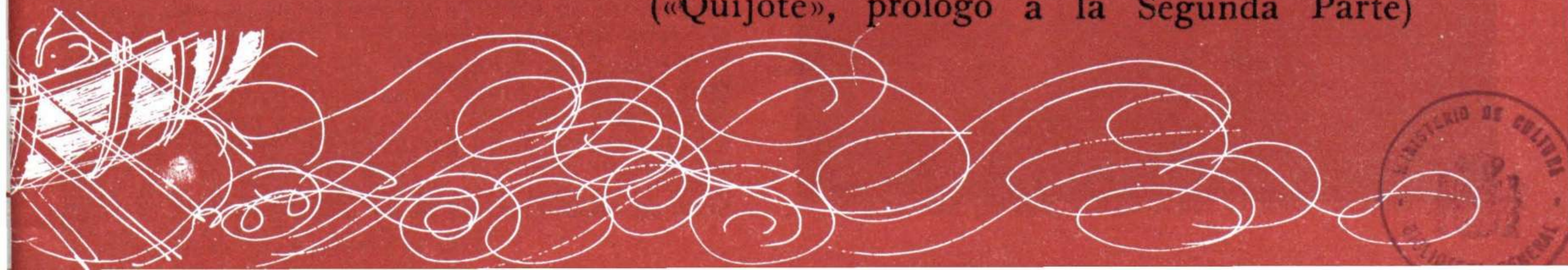


Lo que no he podido dejar de sentir

es que me noté de viejo
y de manco,
como si hubiera sido en mi mano
haber detenido el tiempo,
que no pasase por mí,
o si mi manquedad
hubiera nacido en alguna taberna,
y no en LA MAS ALTA OCASION QUE VIERON LOS SIGLOS
pasados, los presentes,
ni esperan ver los venideros.
Si mis heridas no resplandecen
en los ojos de quien las mira,
son estimadas, a lo menos, en la estimación
de los que saben dónde se cobraron;
que el soldado más bien parece muerto en la batalla
que libre en la fuga;
y esto en mí de manera,
que si ahora me propusieran y facilitaran
un imposible,
quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa
que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella.
Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos,
estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra,
y al de desear la justa alabanza;
y hase de advertir que
no se escribe con las canas,
sino con el entendimiento,
el cual suele mejorarse con los años.

CERVANTES

(«Quijote», prólogo a la Segunda Parte)



LEPANTO LA MAS ALTA

Don Juan de Austria. Retrato atribuido a Sánchez Coello



LEPANTO

Lepanto acaba y culmina en Denia. Lo que implica una trayectoria en el tiempo, dentro de la cual Don Juan de Austria consigue una victoria sobre los turcos, rematando el sentido de la Reconquista de España y de la conquista del Nuevo Mundo, literariamente concentradas y simbolizadas en el mito de Don Juan, pero espiritualmente completada por Santa Teresa de Avila y por el Quijote. Dicha aventura, que es exterior e interior a la vez y en la que arde, se consume y se universaliza el Ser (el Sein de Heidegger) de España, tiene como punto final, impresionista diría, la batalla de Lepanto, y como conclusión expresionista la obra maestra de Cervantes.

Pero ¿por qué en Denia? Porque aquella pequeña ciudad levantina es la del retorno de Cervantes de su cautiverio, conclusión parcial de Lepanto. Es evidente para mí que las cadenas de Argel y los años que con ellas alrededor de los tobillos se pasó Cervantes bajo el sol de la esclavitud, fueron para él decisivos, como decisivos fueron para las letras europeas y para el destino de la novela. Fue allí donde el escritor pudo soñar y pensar en su personaje, contarse a sí mismo sus aventuras, esclarecer su itinerario y completar probablemente su metafísica, todo el sentido interior de su nueva obra. Es evidente, también, que fue dentro del cautiverio donde Cervantes escuchó historias vividas a las que luego transplantó a su libro y que, posiblemente, alguien le haya iniciado a los misterios de los templarios, de los que da cuenta de manera bastante esotérica en aquel mito de la pareja que son Alonso Quijano y su escudero y en otros aspectos, aún no observados bajo esta luz, de su obra, de los que sería superfluo y fuera de juego dar cuenta aquí.

De cualquier manera, lo fundamental para la Historia es que Cervantes haya participado en la batalla de Lepanto, haya sido herido en ella y hecho prisionero a consecuencia de su participación, mientras intentaba regresar a su tierra. Todo lo demás es literatura, valga la palabra, incluso la gesta en sí de Don Juan

OCASION QUE VIERON LOS SIGLOS

EN SU ESENCIA

Por Vintila HORIA

de Austria y todo lo que vibra aún bajo aquel nombre. Si lo pensamos bien, lejos de todo prejuicio historiográfico, Lepanto no tuvo otras consecuencias, no logró unir más los esfuerzos de las potencias cristianas, ni aumentó el esfuerzo militar de los mismos en contra de los turcos. Fue una gran batalla y una victoria brillante para los occidentales, pero la única ventaja conseguida fue la paulatina desaparición del poderío turco en el Mediterráneo occidental, que nada influyó sobre el desarrollo del avance del mismo por vías terrestres hasta el corazón de Europa. Tuvo que acontecer lo de Viena, ciento veinte años más tarde (1693), para que los infieles, o los que entonces mal se llamaban así, empezasen realmente su declive, declive no espectacular, sino lentísimo y que manifiesta sus últimos estremecimientos a finales del siglo XIX, o sea trescientos años después de Lepanto y doscientos después del sitio de Viena.

De esta suerte finalizaba un impetu que sólo había cuidado de su éxito exterior, típico de lo que Toynbee llama un «militarismo suicida», como lo fue el de los turcos. Lepanto fue el final del primer acto de aquella larga y sangrienta caída. Viena, el segundo. En los dos acontecimientos la Historia, o la filosofía de la misma, pone de relieve el fracaso de la gesta que antes llamaba impresionista y que estuvo permanentemente amenazando a España y a Occidente en general, y que encontró siempre su salvación en su propio antípoda, o sea en la aventura espiritual y su expresión más audaz: en un principio, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, con sus fundaciones y reforma del Carmelo y, en una segunda fase, la realización del Quijote. La Reconquista, el descubrimiento de América y la conquista del nuevo espacio fueron en seguida traducidos a lo individual bajo la forma de la conquista amorosa, la de los cuerpos, que concidía con los ideales del Renacimiento, pero significaba, en España, más que aquello. Conquistar cuerpos, despreciar o ignorar las almas, como lo hizo Don Juan, en la interpretación genuina

que le dio Tirso de Molina, constituyen la prolongación del mito de la conquista en lo individual. Su única presencia en el alma colectiva española, y luego europea, puesto que en aquel momento España vivía en pleno siglo de oro e imponía una especie de hegemonía social sobre Europa, hubiera hecho imposible no sólo a Lepanto, sino también al Quijote. España y Occidente hubieran escogido el militarismo suicida como modelo existencial y nuestro mundo hubiera tomado otro rumbo. Lo que completó entonces la imagen del hombre y le dio un rostro íntegro, holístico, fue la aparición o fortalecimiento del otro polo, el interior expresado por la obra de Santa Teresa, obra típicamente española, tanto en cuanto escritura cuanto en epopeya fundacional. España volvió a equilibrarse a través de la inspiración portentosa de aquella mujer. El expansionismo imperialista de Don Juan (que había penetrado también en el alma de las mujeres, cuya encarnación más elocuente fue la princesa de Eboli y cuya derrota está marcada por la entrevista que tuvo lugar en Pastrana entre la princesa y la santa, terminada con la victoria de ésta sobre aquélla) fue como parado por la mano de Teresa.

Es posible, como dicen algunos, que Felipe II no haya comprendido a la santa y que las intenciones que llevaron a la Invencible Armada a la catástrofe coincidieran más bien con el sentido donjuanesco de la conquista exterior que con las de la interior. Estas llevaron incluso a una victoria militar que fue la de Lepanto. Aquéllas fracasaron en las aguas del Norte, porque el élan vital de la conquista se había agotado e iba a ser condenado por alguien que nace, precisamente, en el año de Lepanto, el fraile mercedario que recoge y describe algo que estaba en el aire ibérico, la sombra pecadora de la conquista y su reflejo en la mitología popular. Este año se cumplen, no hay que olvidarlo, cuatro siglos desde que nace Tirso, el que pone en escena el polo anímico español opuesto al que representaba Teresa. Entre los dos, tentado por el uno, salvado por el



Sitio de Viena por los ejércitos turcos al mando de Solimán, en 1529 (Museo Histórico de Viena)

otro, se desarrolla la historia de Occidente a lo largo de más de dos siglos, los de oro en España, inspirando artistas de toda clase y políticos también.

Pero volvamos a la esencia de Lepanto.

Los que allí se encontraron y chocaron eran dos fuerzas que algo tenían en común, lo que buscaban los templarios, una esencia religiosa, un aspecto del Ser, o una interpretación del mismo, llevada por España y sus místicos a una cumbre, que ilumina y domina el mundo a lo largo del siglo XVI; llevada por los turcos hacia la expresión más baja del espíritu. Lo que buscaban los templarios, y lo que de alguna manera sobrevive y se refleja en el Quijote, brotó y se desarrolló con los árabes, mientras los turcos le dieron otro rumbo, el del militarismo suicida, exento de interioridad, es decir, de expresividad mística y artística. En el momento del choque de Lepanto, los turcos tienen sometido bajo su poder a casi todo el antiguo Imperio bizantino y llegan, en el Norte e incluso más lejos, en Hungría, en los dos principados rumanos de Valaquia y Moldavia, y tratan de penetrar en el imperio de los Habsburgo. Su sueño es el de llegar a Roma y destruirla. Es un estado basado en la conquista y en el ejército. Los territorios que somete son como quemados y arrasados. Desaparece toda cultura en Grecia, Bulgaria, Serbia; los Balcanes se resienten aún de aquella inundación desastrosa que no tenía en cuenta el alma ni al hombre como ser humano y no supo imponerse a través de ninguna cultura, sino sólo a través de las armas.

El símbolo más elocuente de este estado-robot, completamente desalmado, ha sido el jenízaro. Como es sabido, este cuerpo de élite era formado por niños cristianos raptados por los turcos en los territorios que ellos invadían, separados de sus madres y de sus países y educados en el espíritu, por llamarlo de algún modo, de la conquista, la muerte y la crueldad. Eran como zombies, manejando perfectamente las armas, integrados a su papel, que era el de la muerte, instrumento perfecto, casi diabólico, de una voluntad de poder que no conoció más ambición que la de la sangre derramada, el dolor ajeno y una especie de sibirismo primario, al que nadie supo cantar. Una cultura se formó, evidentemente, alrededor de aquella furia armada, pero no quedó nada, desapareció sin dejar rastro.

Salvo en la arquitectura, que fue allí funcional, en el sentido de que cumplió una misión práctica, oficial e inmediata, la de otorgar un marco a la riqueza de los conquistadores, de la clase dirigente del imperio. En el libro de Kazantzaki, Cristo otra vez crucificado, aparece perfectamente esta clase, podrida y desesperada, como encadenada a sus propios fallos y vicios, en el último momento de su vida, a principios de este siglo, momentos antes de derrumbarse.

Al lado de aquella riqueza, tan visible todavía en Istanbul, vivía un pueblo pobre, sólo digno de dar soldados al sultán, vaciado por dentro, crucificado en su destino, ignorando su fin, como ciego y mudo, ya que ningún gran poeta, repito, vino jamás a limpiar sus ojos.

Era, pues, todo aquello un adversario temible, en pleno auge de sus victorias, poseedor de mucha riqueza y de unos ejércitos sin par. En el momento cumbre de su existencia histórica, de la manera menos pensada y previsible, los turcos pierden en Lepanto. Y de la misma manera, ante unos cristianos que ignoraban, como siempre, la palabra homogeneidad, perdieron en Viena y empezaron a retirarse hacia sus orígenes, como un sol golpeado en pleno mediodía por la espada de su propio sino. Aquel peso muerto, que parecía vivo, igual que el cuerpo de los jenízaros, se desplomó en dos fases, en el mar y en la tierra.

Lo que quiero acentuar aquí es el hecho de que fuera España la que empezó la obra de la descomposición turca, salvando así a toda Europa de su peor enemigo, el que la hubiera no sólo conquistado, sino también reducido a un estado de cosas subdesarrollado, por así decirlo, a una incultura, destruyéndola hasta en el fondo de las almas, como lo habían hecho con los griegos. Lo que los españoles de Don Juan de Austria opusieron a los turcos no fue una armada y unos hombres, a los que se unieron venecianos y otros, sino un fenómeno humano distinto. Algo que viene de Santa Teresa, el deseo de fundar aquí y ahora una vida digna y libre, enfocando siempre un más allá equilibrador, sancionador o recompensador, que otorgaba a aquel ejército y a sus naves una aureola de valor y de progreso. Los turcos eran el pasado, a pesar de su técnica y armas; simbolizaban claramente lo que estaba des-

LEPANTO LA MAS ALTA OCASION QUE VIERON LOS SIGLOS

tinado a repetirse, la esclavitud, la tiranía, la desigualdad, toda aquella brillantez aparente a lo que Toynbee llama con tanto acierto un militarismo suicida, inconsciente de su debilidad, aferrado a sus falsas victorias.

Lepanto en sí no quiere decir mucho, si lo enfocamos desde el punto de vista de las consecuencias visibles. Pero significa toda una buena nueva desde el punto de vista de los sentidos de la Historia. No hay más homogeneidad en el campo cristiano ni más armonía en Europa frente al peligro común. Pero sí algo sucede en el mundo después de Lepanto. Hay como un respiro. Lo invencible se vuelve vencible, imagen de un futuro todavía peor. La amenaza de los turcos deja de pesar. Y todo aquello, con su ruido de guerra, con sus muertos, con sus velas quemadas, con sus buques que se hunden frente a la costa griega, con sus gritos de pavor y de alegría; todo aquel complicado conjunto que es una batalla gigantesca, obra maestra en su género, encrucijada de tantas cosas, todo aquello parece haberse tramado para que Cervantes recibiera una herida en el brazo izquierdo y perdiera para unos años su libertad, como consecuencia de haber participado en la batalla. Lepanto es lo que es, para mi entendimiento, porque hizo posible aquella aventura y el retorno por Denia.

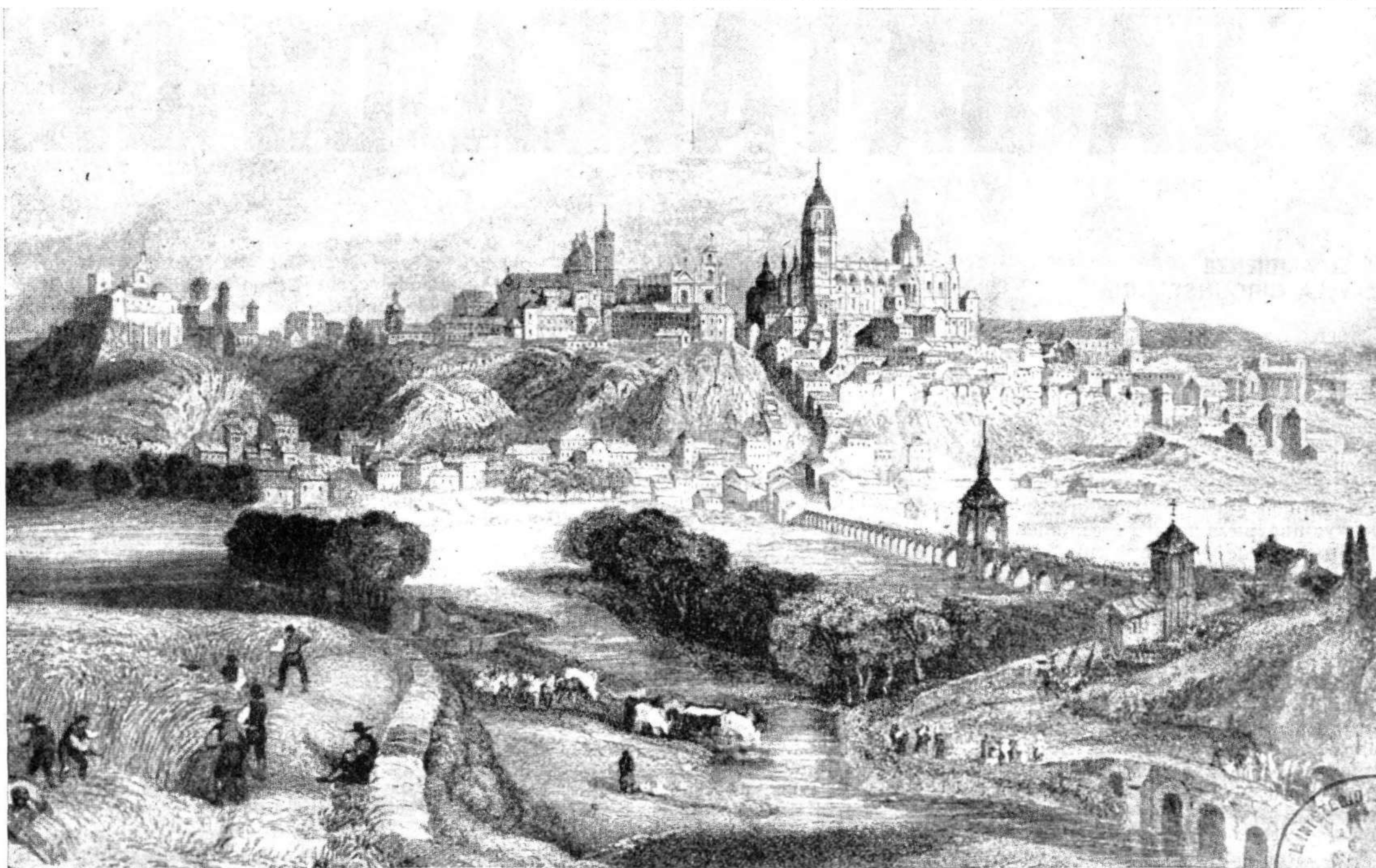
Es muy probable que Cervantes haya pensado en el Quijote antes de Lepanto, que lo haya encontrado alguna noche mientras huía de Madrid, hacia algún puerto de Levante desde donde embarcó para Italia. Es posible que, en algún lugar de la Mancha, haya visto a su personaje, en un relámpago, proyectado sobre una librería cargada de libros de caballería o de otra cosa, poco importa. Yo lo veo así, impregnado de su personaje desde muy temprano y luego como poseído por él a lo largo de los días y de las noches argelinas, cuando pudo pensarlo de manera consciente o razonable, escuchando cuentos, historias con infieles, o con otro tipo de fieles, escribiendo en dos trozos

la unidad del ser humano, con el fin de mejor describirla y simbolizarla, abriendo así una ventana nueva, como la que abre el personaje final de las «Meninas» de Velázquez, el que, en el fondo de la tela y en la parte derecha de la misma, aparta una cortina o abre una ventana hacia algo completamente nuevo, símbolo de todo el cuadro e indicación clara de aquella novedad.

Hay toda una serie de ventanas abiertas en la cultura española de aquellos tiempos, y son Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Cervantes, Tirso, «El Greco», Velázquez y algunos más los que con sus manos las empujan hacia fuera para que entre en el mundo una luz mayor. Muchas veces hay actos concretos, formas perfectamente existentes en la Historia, las que provocan estos gestos. Como el descubrimiento y conquista de las Américas, que hacen posible la aparición de un nuevo ejemplar humano, algo sanguinario y cínico, prolongando la epopeya militar en el terreno civil y social de la conquista erótica. Y es así como salta Don Juan a los escenarios del gran teatro del mundo. Y es así como es posible comprender el porqué de la aparición de las fundaciones teresianas. Y son los turcos los que hacen huir a Theotocopolis de Creta. «El Greco» es un exiliado oriental que se conoce y se realiza a través de una huida, de un exilio y de un esclarecimiento a través de Castilla. En Creta no hubiera llegado a nada, o a poco cosa.

Y es así también como, al participar en la batalla de Lepanto, que aparentemente nada tiene que ver con la literatura, Cervantes llega, después de cumplir un itinerario parecido al de Ulises, cruzando dolores y pegándose contra la verdad, a la forma última de su doble personaje, Quijote-Sancho, y a los sentidos, múltiples como lo humano, de su obra mayor. Lepanto me parece, por consiguiente, una introducción necesaria a la epopeya más famosa del alma moderna, la que funda el nuevo género de la novela, en el que todavía vivimos.

Puente romano de Salamanca y vista parcial de la ciudad, donde contrajo matrimonio por vez primera Felipe II





Dibujo italiano, de época, mostrando la distribución de las flotas combatientes. (Gentileza del Museo Naval de Madrid.)

LA BATALLA DE LEP

I. EL AMBIENTE Y LA CIRCUNSTANCIA

SUSPIRO de alivio para la Cristiandad fue la toma de Granada en 1492, enérgico contrapeso de la conquista en 1453, en el otro extremo del Mediterráneo, por los asiáticos turcos osmanlíes—defectuosamente llamados «otomanos» por los cristianos europeos—de Constantinopla o Estambul, la vieja cabeza del Imperio bizantino.

El antiguo Mare Nôstrum era en el siglo XVI una pieza más del complicado tablero político de Occidente, cuya aclaración tal vez nos ayude a comprender la enrevesada actualidad europea de entonces. La unidad de España, su enlace con familia real, los Habsburgos, y el inicio de su trascendente empresa atlántica, hacia el Nuevo Mundo, América, había descabulado en cierto modo los hasta entonces—diríamos hoy—«equilibrios de poder», y por ello creemos cumplido arrojar un vistazo somero a las posiciones, con sus tensiones y rivalidades, de cada pueblo de aquella época, especialmente de los limítrofes o relacionados con nuestra Patria.

y bélica en ocasiones del viejo Reino—mejor Corona de Aragón—se había aposentado firmemente en el Mediterráneo occidental, aunque resulta un error y no pequeño imaginarse que todos sus problemas y anhelos se canalizaban por esa vía marítima. Si el gran forjador de nuestra unidad y maestro permanente de nuestra política internacional, Fernando el Católico, había proclamado su brillante lema «paz con los países cristianos y lucha contra los infieles», tan coherente con los ideales de la época y con la tradición hispana de la Reconquista, no tuvo grandes facilidades—ni él ni sus sucesores—para llevar adelante todo su programa, ya que al poco de su desaparición su nieto y legatario, Carlos I, se vio hostigado por múltiples recelos, amenazas o envidias que nos hacen resaltar mejor el magno significado de la brillante jornada de Lepanto cuando ya ocupe su solio su hijo y sucesor, Felipe II. Una Francia fronteriza, con las cicatrices todavía abiertas de su larga contienda con el emperador Carlos, deseosa de encontrar aliados contra España doquiera se hallaren, y que nos explica su permanente afinidad con el Turco en un trato escandaloso aunque

tal vez explicable para quienes recientemente, como Braudel, consideran fría y apasionadamente—en una doble argumentación de utilidad cierta—el buscar romper la argolla férrea que rodeaba su contorno nacional y de exaltar con patriotismo galo su conveniencia egoísta que le conduce a no poner malos ojos—¡han pasado ya muchos años de cuando el Papa León X consiguió el apoyo de la flota francesa de Luis XII para defender la isla de Mitilene!—a que «Barbarroja», el gran almirante berberisco al servicio de los turcos, realice en 1536, en combinación con ellos, un ataque a Baleares, sin que lógicamente haga muchos aspavientos—tal vez las fingidas excusas habituales de la astuta Catalina de Médicis, suegra de nuestro Felipe II y madre y regente del monarca galo Carlos IX—a que los habituales seguidores del Islam utilicen ventajosamente el apoyo o la complacencia de quienes no dudan en conseguir sus puertos mediterráneos—Aigues Mortes primero, y cuando se vaya inutilizando por encenagamiento, Tolón y Marsella—como bases de recalada o astilleros propicios desde el flanco hostil de Berbería, en el que se anida una perma-



Victoria de Lepanto. (Gentileza del Museo Naval de Madrid.)

ANTO Y SU TIEMPO

Por José NAVARRO LATORRE

nente y terrible enemiga enconada de nuestra relación con las posesiones que en Italia—Nápoles, Sicilia, Córcega, Cerdeña, Milán, arropadas por la complaciente ayuda de Génova y a veces de la Saboya y de Florencia—suponen ese valladar infranqueable a los apetitos osmanlíes, aunque este peligroso flanco berberisco, refugio de antiguos despechados granadinos y sus secuaces, permanentemente nostálgicos de su perdido El Andalus, y que la brillante conquista de Túnez y La Goleta por Carlos I se ha visto defraudada por su pérdida posterior y por el terrible desastre de Argel, que vuelve a dejar a Felipe II con una costa norteafricana tan hostil como arriesgada. Inmensa tela de Penélope que cuenta en el desastre de la Prevesa (Preveza o Previsa), en la entrada del golfo de Artá, la «anterrevancha» de Lepanto, pues en septiembre de 1538 es dispersada allí por «Barbarroja» (Kheiredin o Yeir-ed-din) y las turcas galeras una flota cristiana—vene-

ciana, pontificia e hispana—que comandan Colonna y el famoso Andrea Doria, y que es causa—como toda derrota o fracaso entre aliados—de mutuos reproches y recriminaciones, apenas válidos para desmoralizar a los combatientes y también a la Cristiandad.

Si Francia y la piratería berberisca—especialmente el arrojío y la habilidad de «Barbarroja»—están más o menos presentes en el espectro de la Prevesa, contemplemos asimismo cómo ni el permanente recelo inglés de aquellos años ni el fraude, entre cobarde y egoísta, del Imperio austrohúngaro centroeuropeo—ahora en manos de Maximiliano II, el sucesor de Fernando I, el hermano del César hispano—, resentido y dolido por las devastadoras incursiones que han aniquilado o amenazado a Hungría desde Belgrado a Buda y sitiado a Viena en las incontenibles expediciones del «Padischah» «Suleimen, el Kanuni», el Legislador, más conocido entre nosotros

por «Solimán el Magnífico», que ha sembrado de pavor a las huestes de la Cruz y ha engrandecido su imperio para su hijo—no primogénito—Selim II, quien va a protagonizar, con el «Prudente», la inmarcesible jornada naval de la bahía de Lepanto.

Hemos tratado, un tanto deslabazadamente, de dar al lector una somera imagen de aquella Europa de la segunda mitad del siglo XVI, con sus rivalidades nacionales, sus no extintos fuegos pasionales religiosos—una Reforma que había incendiado el centro y una gran parte del oeste del continente—y un poder creciente, amenazador e impetuoso, el Gran Turco, que va ganando bazas en el Mediterráneo y en la propia Europa Central, sin más esperanza de dique que el fiel fervor de un Felipe II—discipulo, pero cauto discipulo, de su bisabuelo Fernando el Católico—y enfrentado con antecedentes y problemas que parecen dar la prevalencia a la Media Luna.

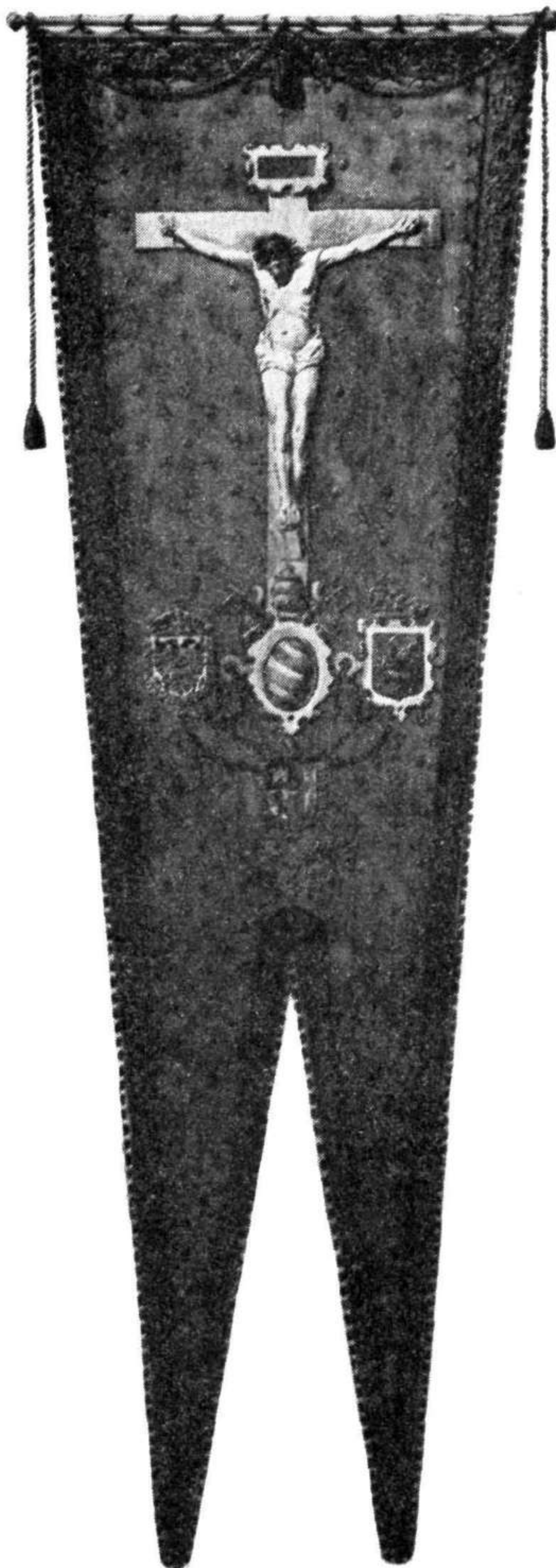
LEPANTO LA MAS ALTA OCASION QUE VIERON LOS SIGLOS

II. TURQUÍA FRENTE A LA ORDEN DE SAN JUAN Y FRENTE A VENECIA

La enrevesada madeja del dominio de las costas mediterráneas apenas necesita, para que el lector pueda percatarse de su extrema complicación, que arrojar una mirada o perspectiva de conjunto que trate de abarcar a la vez sus dos definidas partes o cuencas: 1, la occidental, o la porción encerrada entre el Estrecho de Gibraltar y las costas italianas, y 2, la oriental, que se extiende desde el litoral itálico hasta los confines euroasiático-africanos que domina «la Puerta», cuya cabeza es la Estambul o Constantinopla, que hemos visto fue conquistada en 1453 por el poder osmanlí de Mohamed o Mahmet II.

Ya el testamento de Isabel y la indiscutible perspicacia internacional de su «Católico» viudo, Fernando, concibieron, la una en loable inspiración religiosa—sin prescindir de las permanentes miras castellanas de expansión—y el otro en su magistral política italiana, deseosa de continuar objetivos caros a la Corona de Aragón, de dar aliento a su ideal de cruzado y de ofrecer seguridades a una política comercial que se cifraba en dar plena seguridad a todas las orillas de este «lago aragonés», forjaron de consuno una «política africanista» que Cisneros y Carlos I realizaron en parte, con desigual y discontinua fortuna para España, debida en buena parte al mordisco berberisco que habían de magnificar los «Barbarroja». Cuando tras la muerte del hermano mayor, Horuch o Aruch, pasó la responsabilidad y el dominio de la acción a su consanguíneo «Kheir (o Yeir) ed Edin», el más conocido de nuestros «Barbarroja», éste tuvo la habilidad de sellar una alianza perpetua, algo así como un reconocimiento de «protectorado», para que su reino corsario de Berbería quedara amparado por el Gran Turco, y en tal sentido ya Selim I lo reconoció como *beylerbey* (gobernador o jefe vasallo), confianza ratificada por su sucesor, Soleimán (I o II según los juicios discrepantes de la historiografía turquesca), quien lo nombró nada menos que «Kapudan Pachá» (almirante-jefe) de su potente flota, quien era de hecho, a la vez, el dueño supremo de la marina osmanlí y el pirata más temido del Mediterráneo occidental, a quien ya vimos humillar en Prevesa (1538) una primera coalición cristiana que tres décadas más tarde preludiva la jornada gloriosa de Lepanto.

Simultáneamente, después que Mahmet II se apoderó, con gran consternación de la grey cristiana, en hecho de trascendencia suficiente para abrir de par en par las puertas de la Edad Moderna, de la antigua capital del resistente, en la Media Edad, Imperio bizantino, su dominio imperial se extendía por Asia, Africa y—como hemos aludido, por el Mar Egeo y la península balcánica—por la misma Europa, al punto mismo de aproximarse peligrosamente a Roma, corazón de la Cristiandad. Claro es que su incontenible expansión chocaba en el mar oriental con los vestigios isleños y portuarios, sobre todo del viejo mercantil Señorío véneta, y en el flanco mismo de su territorio, con el estado cristiano de la isla de Rodas—sede a la sazón de la Orden religioso-militar de los Caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalén, la «religión» por antonomasia—, que aparte de ser un agudo espolón en su costado (refugio cierto del corso cristiano antiturco por aquellos aledaños), era indómita permanente a toda requisitoria islámica de tributo, amenaza constante de las comunicaciones turcas y obstáculo evidente para las peregrinaciones musulmanas a la Meca. Aunque en varios intentos anteriores los sultanes se propusieron—con irritado fracaso en la empresa—domeñar este valoroso y molesto bastión de nuevo, «El Kanuni» (Solimán



El estandarte de Lepanto

el Magnífico) acometió orgullosamente un nuevo asedio en 1522, al mor de los consejos de su Diván y favorecido por las circunstancias de su tensión triunfalista en Hungría, por la paz concertada con la siempre acomodaticia—«meretriz del Turco», la apostrofaban los españoles—, Venecia y con el estado conflictivo de España, enconadamente enzarzada en las terribles guerras hispano-francesas de Carlos V y Francisco I y sus sucesores. La pugna osmanlí contra la antigua sede del «Coloso» constituye uno de los episodios bélicos más memorables del siglo XVI, tanto por el subido heroísmo de sus defensores, dirigidos entonces por el gran maestro de la Orden, Villiers de l'Isle-Adam, como por la obstinación empeñosa del Ejército—medulado sobre sus temibles «Yeni Cherri» (o «jenizaros»), «soldados nuevos»—, con su eficaz y potente artillería, y su poderosa marina. Al fin, en la Navidad de 1522, Solimán entraba a caballo, a través de las últimas barricadas, por la puerta principal de la ciudad—capital de la isla—, tras medio año de furioso asalto, y concediendo honrosas condiciones a sus esforzados defensores.

Aunque la magnánima generosidad del emperador hispano, Carlos, les ofreció en compensación nueva residencia de los Caballeros en las islas de Malta y de Gozo—de tanta actualidad en esta segunda mitad de 1971—(y es indudable que también ponderó su resolución la dependencia y proximidad de la entonces hispana Sicilia),

los turcos, eliminado tan notorio estorbo, prosiguieron su avance hostigando o arrebatando sus plazas del Jónico y algunas del litoral adriático a Venecia, la cual, no obstante haber dado egoístas señales de su pragmatismo mercantil—su paz con la Puerta de 1540, su mantenimiento de un «baile» o cónsul permanente en Estambul y su evidente pasividad en el asedio de Rodas—, comenzó a temer por su suerte, especialmente cuando los osmanlíes le reclamaron descaradamente la entrega de Chipre, y siguiendo el hecho a la intimidación, atacaron la isla a partir de fines de 1569, y no por la leyenda a veces muy recogida en crónicas y descripciones de sus dulces mostos, tan apetecidos por el vicioso paladar del sultán Selim II «el borracho», incluso para muchos de sus súbditos, sino por imperativos de motivos tanto jurídicos—su cierto vasallaje del recién sometido Egipto—y su estratégica posición en el Mediterráneo oriental. Por si todo esto fuera poco, en septiembre de 1569 explotaba el arsenal de la ciudad de San Marcos y la resonancia no sólo material del hecho (más aparatoso que dañino) hacía creer a muchos—y al Diván o Gabinete turco entre ellos—que era «llegada la hora» de aquel despojo y humillación a «la reina del Adriático».

III. LA LIGA SANTA

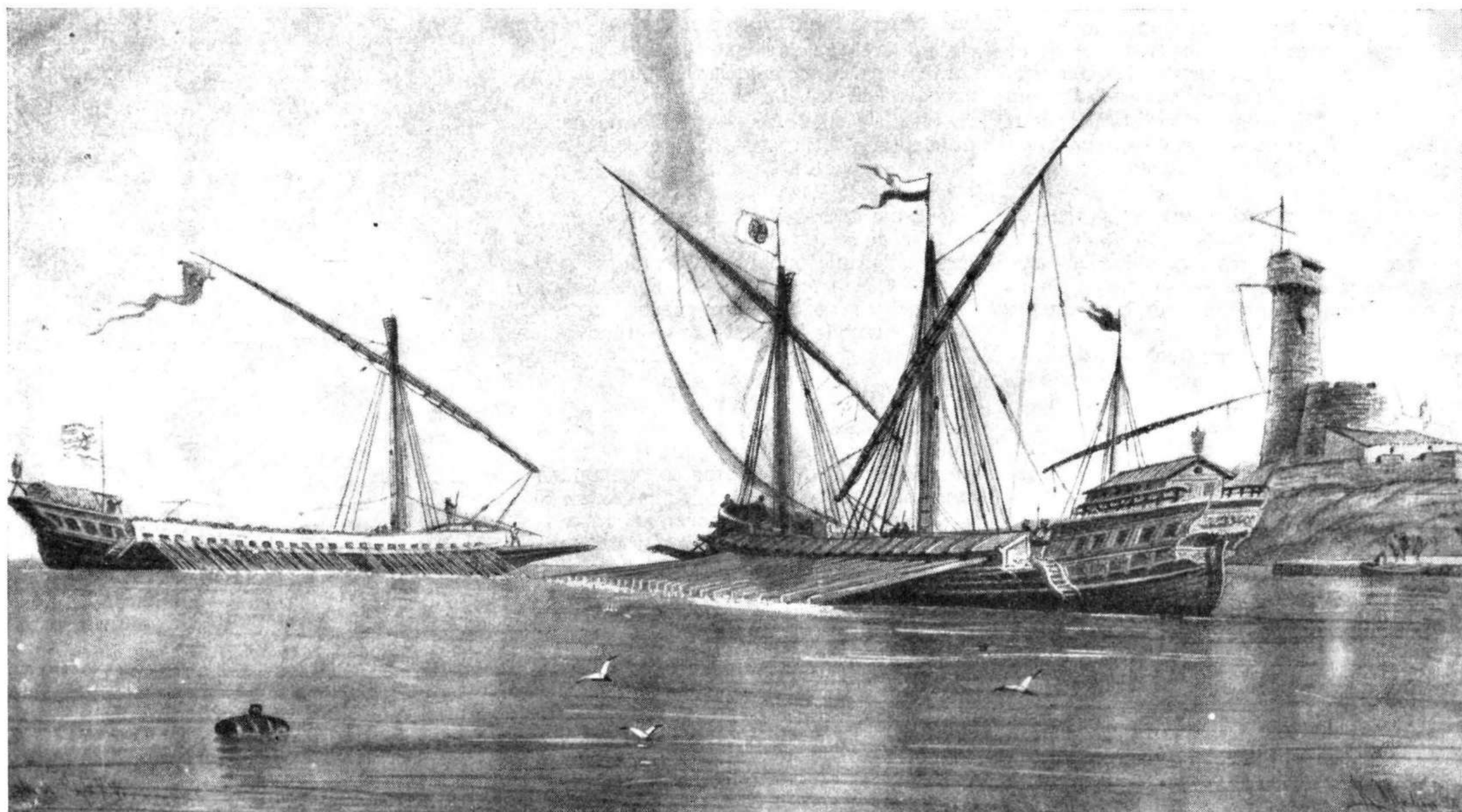
Fracasado el intento turco contra Malta, en 1565, sede como hemos dicho de la Orden hospitalaria de San Juan, gracias a la generosidad de Carlos de España, es preciso declarar que tal fracaso se debió al heroísmo de los Caballeros, acaudillados en esta ocasión por el valeroso y capaz gran maestro La Valette (a quien se debe la denominación actual de la capital de esta isla tan ponderada ayer y hoy como precioso gozne entre las dos cuencas mediterráneas) y al auxilio hispano. Los osmanlíes, dolidos por aquella derrota, pensaron aun con sultán distinto—ya dijimos que «el Magnífico», muerto en 1566, había sido sucedido por Selim II, llamado despectivamente «el borracho»—buscar su compensación en la conquista de Chipre, cuyas cualidades estratégicas hemos encomiado. Y es cuatro años después, en 1569, cuando la flota turca embiste tal objetivo que había incorporado al dominio cristiano el rey cruzado Ricardo I, quien la vendió luego a los Templarios y de ellos pasó a la Casa de Lusitán y por cesión de la viuda Catalina Cornaro a Venecia, cuyo monarca Juan fue a su vez vencido y sometido a dependencia nominal de los mamelucos de Egipto, sojuzgados a su vez por los osmanlíes, quienes por ello mismo deseaban la posesión efectiva de aquella insula, ahora bajo soberanía veneciana por ser de tal nacionalidad la citada Catalina Cornaro, madre de su último rey Lusitán, aunque según lo ya señalado, tributaria de Constantinopla como lo había reconocido de El Cairo. El Diván de Selim II, dijimos, la reclamó descaradamente—pues siendo Egipto ya una provincia turca, así lo consideraban según su Derecho islámico—y la repulsa véneta y el incremento de las fortificaciones y defensas isleñas, no pareció suficiente a la república de mercaderes ante la amenaza osmanlí, y se decidió, no sin reticencias, a solicitar una alianza que le posibilitara robustecer sus defensas contra la amenaza. En tres baluartes chipriotas descansaba la fortaleza véneta: Nicosia, la capital; Famagusta y la más endeble de Kirenia. El atacante turco, Lalá Mustafá, se resolvió por la primera, y aunque ya la diplomacia veneciana deseaba de la cabeza de la Iglesia romana que inspirase una sólida coalición cristiana en su auxilio, preciso es reconocer que tal unión no hubiera tenido nunca lugar si en la cátedra de San Pedro no se hubiera encontrado el tenaz, ardoroso y entusiasta dominico

LEPANTO LA MAS ALTA OCASION QUE VIERON LOS SIGLOS

Pío V—San Pío V—, Miguel Glislieri, elevado al solio en 7 de enero de 1566, cuando la amenaza sobre Malta y sobre todo su fogoso e integérrimo ardor de verdadero cruzado del siglo XVI le había hecho ver bien claro que sin una sólida alianza de pueblos cristianos el poder turco de la Media Luna representaba en esta segunda mitad de la decimosexta centuria algo más que un tópico propagandístico. De origen humilde, nacido en Bosco, del español Milanésado, su carrera eclesiástica—en la que desempeñó cátedras en las Universidades de Bolonia y Pavia—acreditó tanto un celo religioso excepcional como una voluntad diamantina, a prueba de toda clase de ardidés, maniobras, recelos y fingimientos, con los que una diplomacia en pleno auge de pasiones nacionalistas quería cerrar el paso a la proyectada unión católica contra los victoriosos e insaciables «infielés» que ya a principios de siglo había proclamado la singular clarividencia del aragonés Fer-

res de Moscovia (Rusia), Polonia y otros pueblos del Este—, tampoco los ribereños del Mare Nórstrum eran un lecho de rosas para los afanes de Pío V. El más poderoso, la España de Felipe II, además de sus implicaciones lógicas en los problemas mencionados del Occidente europeo y de sus compromisos «americanos», había contemplado, precisamente por aquellas fechas, la rebelión sureña morisca de Aben Humeya y Aben Aboo, alentada por la implacable y creciente hostilidad berberisca—aliados con los turcos—y la desfachatez egoísta gala simbolizada en el envío a la «Sublime Puerta» del retorcido y permanente enemigo Francisco de Noailles, obispo protestante de Dax, y sobre todo su amplio compromiso italiano en Nápoles y en Sicilia que le obligaba a no dispersar fuerzas navales. Por si todo esto pareciera poco, ¿quién se podía fiar de Venecia, aunque pidiera su auxilio la Santidad de Pío V? No era evidente, ya no sólo la amargura del

trabajosa Santa Liga—España, Venecia y la Santa Sede—, tras improbas y difíciles negociaciones, en las que España triunfaba en sus justos deseos económicos—la «Cruzada» y el «Excusado»— y en incluir subsidiariamente Argel, Túnez y Trípoli entre sus posibles objetivos, pero no conseguía la lugartenencia del mando supremo para don Luis (de Zúñiga) y Requeséns (aunque sí lo fuera personalmente del jefe supremo); pero no pudieron, ni venecianos ni aun en parte los pontificios, evitar que se reconociera el generalato superior de la Liga al joven y brillante—si que «lanzado»—don Juan de Austria, el «Jeromin», hermano de padre de Felipe II, recién salido de su dura campaña contra los moriscos granadinos y «general de la mar» de España, sustituto de don García de Toledo, virrey de Nápoles. Feliz remate de una ardua negociación—once meses de intercambios de vista, desde primeros de julio de 1570 hasta términos de marzo de 1571—en la que San Pío V



Tipo de navíos utilizados en Lepanto

nando el Católico. Su propósito por una ancha alianza de países europeos cristianos capaz de frenar y hacer retroceder al Turco—sin descartar la optimista secuencia de recuperar los Santos Lugares—tropezaba con este complicado panorama, que en parte podemos dar como entrevisto en líneas anteriores. Una Francia exacerbada en su recelo contra los Habsburgos, amigablemente complaciente con aquella potencia oriental mediterránea que suponía un balancin poderoso ante el peligro hispano. Una Inglaterra y una Alemania más atentas a la inmediata hoguera protestante de los casi ya rebeldes—a Madrid—Países Bajos. Un Imperio, sin parte del territorio húngaro, en el que Maximiliano II creía que toda tregua y paz, renovadas con Constantinopla, eran un seguro contra ulteriores excursiones turcas, y una Portugal absorbida en sus propios planes. Si tal era el «estado de ánimo» de la Europa cristiana continental—no nos detenemos en mor de la brevedad con las situaciones peculia-

recuerdo—y la retirada en 1538 en Prevesa se conservaba en la memoria—, sino que la república de mercaderes tenía más interés en la conservación de unas bases comerciales orientales que en «cruzados» compromisos, y hasta se conocía que al orgulloso reto de la entrega de Chipre, Venecia y su poderoso «partido pacifista»—servido, en cierto modo, por las intrigas del siniestro obispo de Dax—aún confiaba en un arreglo con el osmanlí, bajo la presión a los turcos de su posible alianza con Felipe II. Y no digamos nada de la débil contribución pontificia de sus posibles doce galeras, que era su única fuerza disponible, con muy pobre peso ante un esperado choque con la formidable armada turca. Todo ello contribuye a magnificar el duro y esforzado empeño de San Pío V, cuando consigue el 20 de mayo de 1571—ya han sucumbido Nicosia, la capital, y Kirenía, y está a punto de hundirse la heroica resistencia de Famagusta en las isla de Chipre—que se proclamara públicamente en Roma la nueva y

obtuvo sus deseos y don Juan de Austria abría las puertas de su más excelsa fama.

IV. ANTECEDENTES INMEDIATOS DE LA BATALLA

Hemos indicado que a pesar de las circunstancias, la gestación de la Santa Liga fue tan difícil cual prolongada. Representaban a España el arzobispo de Burgos, cardenal Pacheco; el que era ya virrey de Nápoles, cardenal Granvella, y el embajador español en Roma, don Juan de Zúñiga, hermano del gran condestable de Castilla (y su antecesor en tal puesto diplomático), don Luis de Requeséns, a quien Felipe II entregaría la custodia y la guardia, en cierto modo la «censura», de su hermano el generalísimo después de todas las fuerzas de la Liga, don Juan de Austria, Venecia—que ya hemos dicho prefería una ayuda ocasional de España a una coalición per-

LEPANTO LA MAS ALTA OCASION QUE VIERON LOS SIGLOS

manente—encargó su poder a su embajador en Roma, Miguel Suriano, reforzado luego por Giovanni Soranzo. El verdadero e incansable artífice, el anciano papa Pío V, quiso le ayudaran en la tarea los cardenales Morone, Cesis, Grassis, Aldobrandino, con la posterior incorporación de su sobrino Alessandrino y la de Rusticucci, si bien estos dos postreros asistían a las sesiones sin carácter oficial. Comenzaron las reuniones el 2 de julio de 1570, y como exponíamos se firmó el acuerdo once meses después, el 20 de mayo de 1571, aunque fue publicado el 25. En tres ocasiones se interrumpieron las negociaciones: la primera, de agosto a octubre de 1570; la segunda, de enero a marzo de 1571, y la tercera, al final, cuando todo parecía resuelto. Venecia creía su deber obstaculizar el acuerdo, con un doble temor: que la unión consagrara la prepotencia de España y amenazase, como había pasado en otros territorios italianos, a su independencia, y que la Liga impidiera un compromiso con la Sublime Puerta que buscaba, bien por sus propios emisarios, bien por los oficios de Francia, siempre celosa de la hegemonía habsburguesa. Y no perdamos de vista la intrincada maraña política del tiempo: unos Países Bajos en rebelión, una Inglaterra dispuesta a ayudar la causa protestante—como España favorecía en las islas a los católicos y sobre todo a la desdichada María Estuardo—, un imperio centroeuropeo, ahora en manos de Maximiliano II, recortado en parte de Hungría por las anteriores expediciones—primera batalla de Mohacs—osmanlis y ahora en plena tregua de ocho años con tan terribles contrarios. Rusia en paz con Constantinopla. Francia, como hemos visto, aliada con los turcos y recién terminada la tercera de sus «guerras-civiles-de religión». Portugal absorbida por su expansión. En el norte de Africa—orilla meridional del Mediterráneo—unas fuertes posiciones berberiscas—Tripoli, Argel, Túnez y otras—, furibundo e insistente quebradero de cabeza para la cristiandad y especialmente para España en su navegación en sus posesiones italianas y hasta en su propio territorio. ¿Quién da más? La lentitud hispana, tan acerbamente censurada entonces y aún ahora—«pero el pecado original de nuestra corte de nunca acabar ni hacer cosa con tiempo y razón», decía ya entonces el propio Requeséns a su hermano Juan de Zúñiga—no deja de tener razones de perspectiva en la mente de estrategia universal de nuestro «prudente» rey, acongojado, pero sereno, por la inesperada rebelión morisca del año de 1569. Don Juan de Austria pudo, al fin, sofocarla en 1570, pero no se pierde en la memoria que estuvo tal sublevación amparada por los berberiscos—Requeséns tuvo que venir de Italia con 25 galeras, y las tropas pacificadoras de Mondéjar, Fajardo y don Juan contaron con fuertes contingentes de los Tercios, restados al duque de Alba en su represión de Flandes—y con el proclamado (fueron embajadores moriscos a Constantinopla solicitando el apoyo de la flota osmanlí, pidiendo que habría de llegar en 1571, contando con la escala base de Tolón) y un auxilio turco, menor en realidad de lo que se decía. En 1568 se había adueñado de Argen el luego tan famoso Euldi Alí (el célebre «Uluchalí» u «Ochalí»), quien dominó Túnez en 1570 y luego en 1573. Ante tan sombría perspectiva, no resulta extraño que Felipe II se adelantara a la Liga cuando el orgullo—y la invocación de «su derecho»—osmanlí, tras el embargo de navíos venecianos, reclamara Constantinopla la república o «Senoría» la entrega de Chipre, que ya prometió al turbio judío Micas—el Fugger de menor cuantía—

como reino propio y tributario del Turco, atacó tal isla a fines de 1569. Selim II confiaba en la desunión europea y en los problemas—moriscos, Flandes, etc.—de España, pero obligada por la necesidad, Venecia pide al papa un apoyo urgente—previo a la coalición o Santa Liga—para defender Chipre en el verano de 1570, y allí van bajo el mando supremo del pontificio Marco Antonio Colonna—flojo marino, pero muy diletto de Pío V—con barcos papeles, Hierónimo Zane, al mando de una escuadra véneta, y con cierto retraso, el genovés—al servicio de España—Andrea Doria y el insigne Alvaro de Bazán. Los turcos desembarcan, y ya comentamos que se apoderan de Nicosia el 9 de septiembre de 1570, sin que haya llegado el esperado refuerzo cristiano que pronto desiste. Pío V envía a su colaborador y camarlengo Luis de Torres para que haga ver a Felipe II que Venecia es el verdadero «antemural» de las provincias italianas de España, y su persuasión se refuerza con la concesión pontificia de la «Cruzada» y del «Excusado», tan deseados por Madrid para poder hacer frente con los millares de ducados que representan a tantos gastos donde acudir (pues el «subsidio» no basta). La campaña defensiva—y fracasada—en Chipre en el verano—seguida del mal tiempo otoñal—espolea a Venecia, persuade a España y logra la consecución de la Liga. La proporción será de seis España, tres Venecia y tres el Papado (al fin, de siete partes: cuatro España, dos Venecia y una el pontífice). Aunque si éste no puede con los gastos, éstos se dividirán en cinco partes, tres por cuenta hispana y dos a cargo de Venecia. Entre todos aportarán una flota de 300 barcos (200 galeras y 100 navíos redondos o de transporte), 50.000 soldados y 4.500 hombres de caballería ligera. Será un *foedus perpetuum*, una confederación perpetua, aunque se proveyó un primer acuerdo militar de principio por tres años (1571-1573). Se dirigirá sobre todo a Levante, aunque después podían atacar Argel, Túnez y Tripoli. Se juntarían en primavera. Tendrían cierta autonomía de acción, pero no podrían concertar la paz con el enemigo por separado. Sería jefe supremo don Juan de Austria y segundo Marco Antonio Colonna. (La pretensión filipina de que tal puesto lo ocupara Requeséns, ya dijimos se perdió ante la oposición conjunta véneta-papal. Las «campanas» se decidirían en «Consejo de Jefes», si bien don Juan tenía el suyo propio, y desde Pisa, ya «jubilado», el valioso asesoramiento de su antecesor en el mando de la escuadra, don Garcia de Toledo. La «proclamación de la Liga fue distinta: ya hemos citado la de Roma, Felipe II la ratificó oficialmente el 25 de agosto, y Venecia, más solemnemente, el 2 de julio.

Citemos además que entre las estipulaciones de la Liga se hallaban las de que los confederados se obligaban a proporcionarse viveres y vituallas a precio normal, siempre que fueran para los fines de la Alianza—pues Venecia, sin suministro turco, debía aprovisionarse en Nápoles y Sicilia—; que si de la campaña—o campañas—«comunes (aquellas que se dispondrían cada año en marzo-abril) se obtuvieran conquistas y beneficios, los tales se prorratearían, entre los aliados, en proporción a su participación en ella, sin que esta cláusula afectase a los territorios considerados propios de cada cual, por ejemplo, Argel, Tripoli y Túnez para España o las zonas adriáticas y jónicas coloniales», para Venecia, y que el Papa—y verdadero promotor y artífice de la Liga—, Pío V, quedaría como árbitro supremo de las diferencias. También se comprometía el Pontífice a incorporar a la

Alianza, aunque fuera después, a los otros Estados católicos europeos, singularmente Portugal, Francia y el imperio, pero ya dijimos que esto era ilusorio por la difícil armonía explicada. La noticia de la Liga—aunque de tarda ratificación oficial por España—fue traída aquí por el propio sobrino del papa, cardenal «Alejandrino», que vino a Madrid el 14 de mayo—una semana antes de la firma—pasando por Italia, Francia y, dentro de la península, vía Requena y Guadalajara. Su recibimiento solemne por Felipe II tuvo lugar el 16, día de la Ascensión, en solemne comitiva—en la que figuró el propio don Juan de Austria—y el enviado pontificio desde su posada—Convento de Atocha, pues era dominico como su tío—, entró por la puerta de la capital o villa hasta la plaza de Antón Martín, donde intercambió saludos con el rey y luego marchó a palacio por la plaza Mayor y puerta de Guadalajara, y con solemnes ritos en la Almudena se despidió del monarca y quedó alojado en las casas de don Pedro de Mendoza, que más tarde habían de ser morada de los presidentes del Consejo de Castilla. Ya dijimos fue inútil su paso posterior a Portugal (rey don Sebastián), como lo fue el intento ante Maximiliano II de Alemania, del enviado pontificio Comendón. La Liga, pues, era sólo tripartita, y la república de Venecia—tan reticente al pacto como deseosa de la ayuda de España—había sufrido desde 1569 la bélica hostilidad de Selim II, bien en Chipre, bien en su propio litoral jónico y adriático, a pesar de lo cual intentó que un enviado especial, Ragazzon—secretario del Senado—, conviniera con el sultán condiciones que, aunque humillantes y vergonzosas, le evitarán la guerra. Ello no fue posible, y el dogo Mocehigo, que había sustituido a Piero Loredano, nombrado el 5 de junio de aquel año, contempló el rotundo fracaso de auxilio a Chipre de la Escuadra coaligada—Zane por Venecia, Andrea Doria y Bazán por España y Marco Antonio Colonna (éste jefe supremo)—en el mismo verano de aquel año, inculpándose del mismo al retraso de Doria—siempre el viejo recelo antigénovés, y por tanto antihispano de los venecianos—; pues si el 1 de septiembre se juntaban los barcos, ya era tarde y el 9 del mismo mes sucumbía, siquiera heroicamente, la capital de la isla, Nicosia, y su valeroso defensor Bragadino, era después horrible y vergonzosamente eliminado, para horror y deseos de venganza por los venecianos. Era necesaria una unión—la Liga—más serie y fuerte, pues ya en la campaña de Chipre estuvieron presentes—y actuantes—bajo el mando del «Kadupán» Piali, Pertev (o Perteu), Mehemet Siroco, el temible Uluch Alí, y el propio hijo de «Barbarroja», Hassan, todos ellos partícipes en la futura gran jornada de Lepanto.

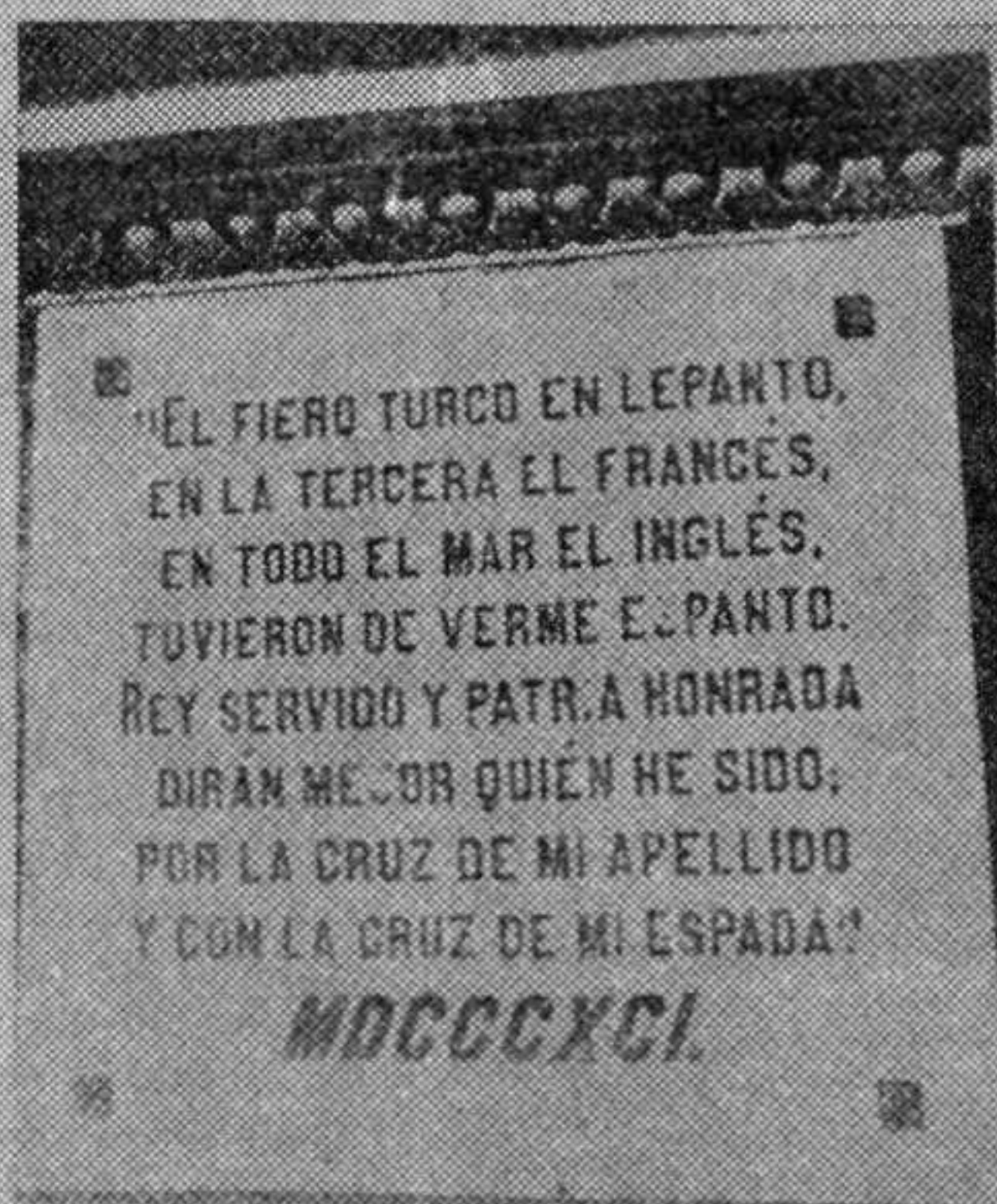
V. HACIA LA BATALLA

No bien tuvo don Juan noticia de la capitulación de la Liga, ardía en deseos de incorporarse a su caudillaje. La noticia de la firma llegó a Madrid el 6 de junio de 1571 y ya el día de antes—el 5—decidió a salir de la capital con rumbo a Barcelona, donde esperaría a sus sobrinos, los hijos del emperador Maximiliano, príncipes Ernesto—que tuvo una ligera indisposición—y Rodolfo de Bohemia. En tanto es de imaginar la impaciencia con que se le aguardaba en Italia, tanto por parte de Venecia como del mismo Pío V, con su séquito particular y voluntarios acompañantes, sigue el camino de Guadalajara, Calatayud, Za-

ragoza, esquivando, en lo posible, agasajos y homenajes que la nobleza y las autoridades quieren ofrecerle. (Anotemos de paso que, no obstante, la tardía ratificación «oficial» de la alianza, España manda a su generalísimo incluso un día antes de que se le noticie regularmente el acuerdo.) Por delante ha ido a la ciudad condal su lugarteniente y «tutor» don Luis de Requeséns. Es de esperar que su hermano y jefe, Felipe II, le diera consejos e instrucciones

verbales para su cometido, las cuales ratificaría reiteradas luego —el 26-VI-1571— por escrito. El día 11, por la mañana, llegó al Monasterio de Montserrat —era particularmente devoto de su virgen— y el 16 se hallaba en las puertas de Barcelona, donde salió a recibirle el entonces virrey de Cataluña don Hernando de Toledo, con los magistrados de la ciudad, y también su lugarteniente el catalán Requeséns. Allí mismo, tras conferenciar con éste y con su

secretario, don Juan de Soto, impartió instrucciones a Cartagena —a don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, y a don Sancho de Leiva y a don Gil de Andrade— que se hallaban en Mallorca al cuidado de las galeras de España. El 25 llegaron sus sobrinos, los príncipes imperiales, y los días siguientes se procedió al aderezo y reunión de la flota hispana que iba a marchar a Italia y al embarque de los tercios de Infantería española, comandados por don



Redondillas de Lope de Vega en honor del marqués de Santa Cruz



EN ALABANZA DEL MARQUES DE SANTA CRUZ

*No ha menester el que tus hechos canta,
¡oh gran Marqués!, el artificio humano,
que a la más sutil pluma y docta mano
ellos le ofrecen el que al orbe espanta.*

*Y éste que sobre el cielo se levanta
llevado de tu nombre soberano,
a par del griego y escritor toscano
sus sienas ciñe con la verde planta.*

*Y fue muy justa prevención del Cielo
que a un tiempo ejercitases tú la espada
y él su prudente y verdadera pluma;*

*porque, rompiendo de la envidia el velo,
tu fama en sus escritos dilatada,
ni olvido, o tiempo, o muerte la consume.*

MIGUEL DE CERVANTES



A un retrato de Don Alvaro de Bazán,
primer marqués de Santa Cruz

*No en bronces que caducan, mortal mano,
¡oh católico sol de los Bazanes!,
que ya entre gloriosos capitanes
eres deidad armada, Marte humano;
esculpirá tus hechos, sino en vano,
cuando describir quiera tus afanes,
y los bien repartidos tafetanes
del Turco, del Inglés, del Lusitano;
el un mar de tus velas coronado,
de tus remos el otro encanecido,
tablas serán de cosas tan extrañas;
de la inmortalidad el no cansado
pincel las logre, y sean tus hazañas
alma del tiempo, espada del olvido.*

LUIS DE GONGORA



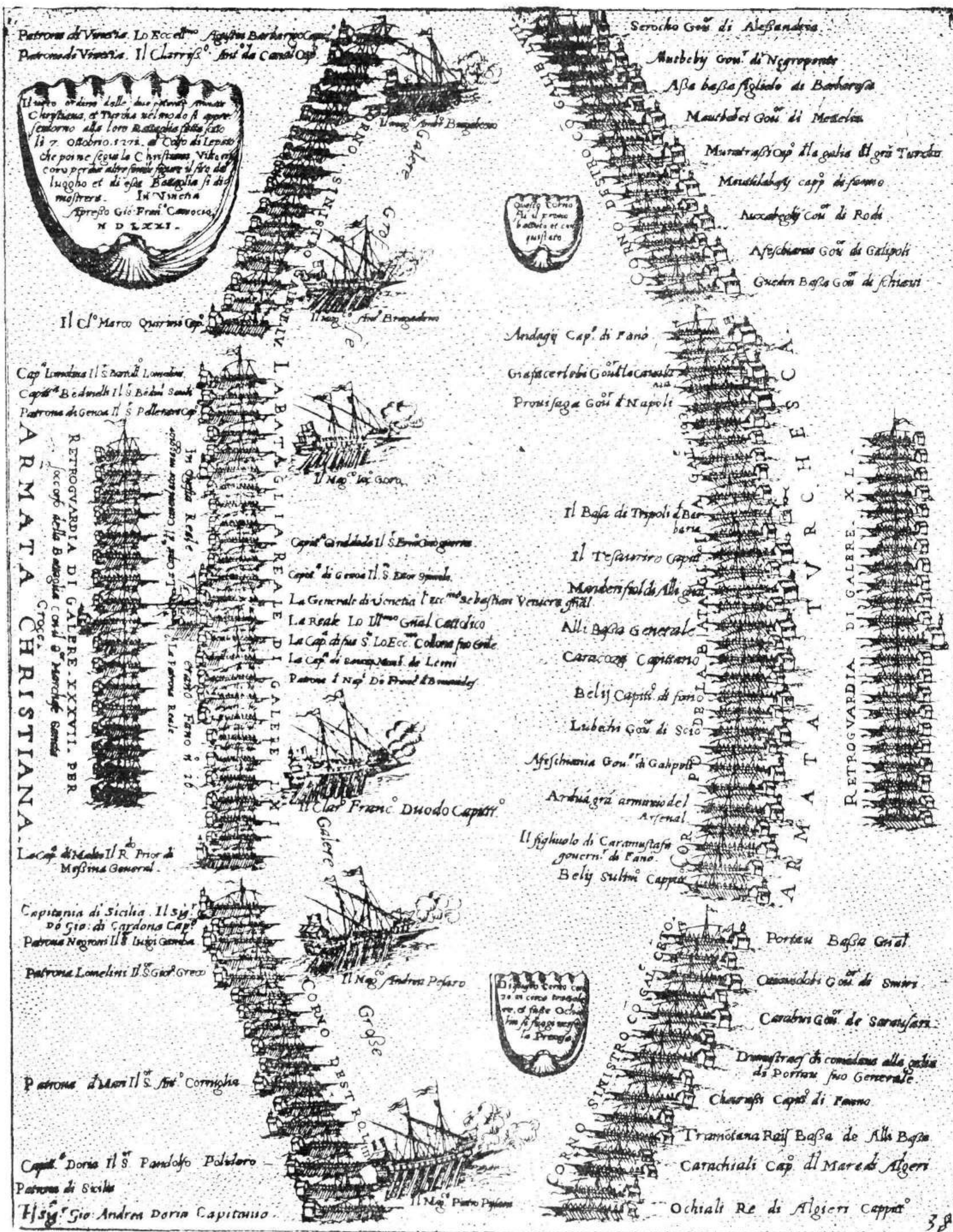
LEPANTO LA MAS ALTA OCASION QUE VIERON LOS SIGLOS

Lope de Figueroa y don Miguel de Moncada, primo, este último, del comendador mayor de Castilla, Luis (de Zúñiga) y Requeséns. Con la delantera de unas naves a cargo de Leiva—para desbrozar la ruta en caso preciso—, salió el 20 de la capital catalana y el 26 rindió viaje en Génova, desde donde avisó de su arribo, por Moncada, a la impaciente y recelosa Venecia y por su mayordomo mayor, don Hernando Carrillo de Mendoza, conde de Priego, al no menos ansioso pontífice Pío V. Despachó a Bazán a Nápoles y a Andrea Doria y a don Juan de Cardona a la Spezia, para acoplar los dos regimientos de soldados tudescos mandados por Alberico de Lodrón y Vinciguerra de Arcos, y a los italianos dirigidos por Segismundo Gonzaga. Sus imperiales sobrinos marcharon a Milán para seguir a su tierra y don Juan se despidió de ellos, incorporando a su Estado Mayor otro sobrino, don Alejandro Farnesio, príncipe de Parma. Siguió su navegación a Nápoles tras breves etapas en Civita Vecchia (donde renunció al encuentro personal con el papa), y a Gaeta, el 7 y 8 de julio, respectivamente. En tanto, los turcos, aparte de su enconado asedio a Famagusta, en Chi-

pre, merodeaban y dañaban los puertos venetos de Albania y Dalmacia, siendo las más temibles de todas las correrías de Uluch-Ali, gobernador de Argel. Don Juan no se detiene hasta la ciudad del Vesubio, donde llega el 8 de julio a la noche, haciendo su entrada oficial el 9, siendo colmado de agasajos y advertido de datos de interés por el virrey, cardenal Granvela, quien, no se olvide, había asistido como plenipotenciario de España a las negociaciones de la Liga. Cinco días más tarde, el 14, este mismo prelado, revestido de pontifical, le hacía emotiva entrega del estandarte azul que había remitido el jefe de la cristiandad, en público y clamoroso acto celebrado en el convento franciscano napolitano de Santa Clara. Con su partida de la vieja Partenope, don Juan embarca en su escuadra nuevos refuerzos, soldados italianos en este caso, 1.800 del conde de Sforza y 2.000 con Sarno. El 24 llega por fin al lugar de concentración de los aliados, el puerto de Mesina, en Sicilia, donde ya le esperaban las fuerzas pontificas, mandadas por el protegido papal Marco Antonio Colonna, con sus 12 galeras—principalmente alquiladas a Florencia—y unos

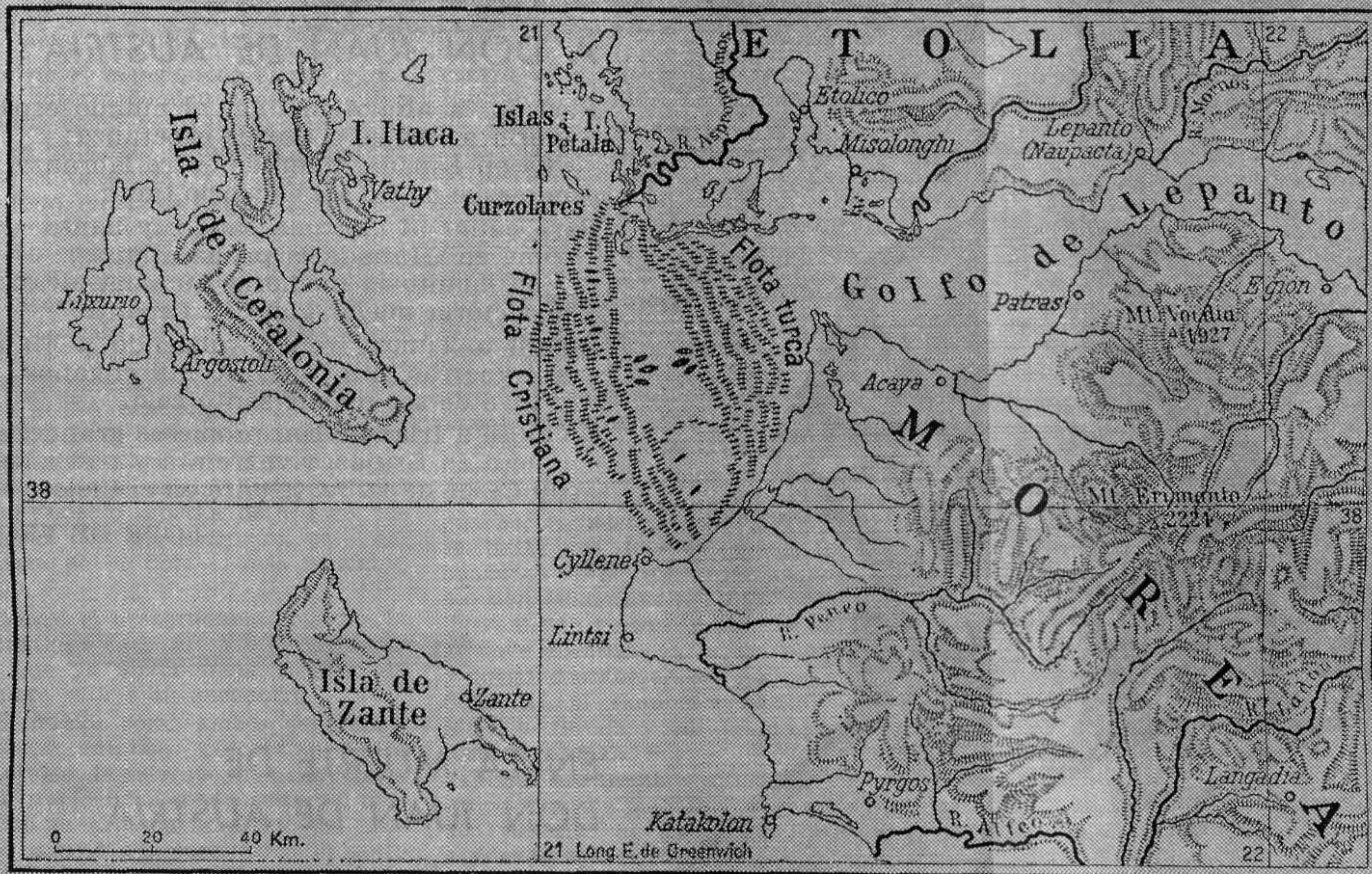
2.000 soldados, y las venecianas, más poderosas (55 galeras, seis galeazas y tres naves), aunque no bien dotadas—como era su achaque ordinario—ni de personal ni de bastimentos, aunque sí con fuerte artillería, que mandaba el anciano y desequilibrado Sebastián Veniero, gobernador de Creta, tan fervoroso patriota como irregular y violento en su carácter y disposiciones. El mes de anticipación que habían tomado a «Jeromin» era causa de descontento y suspicacias sobre la actitud hispana—que si bien es cierto contaron con la proclividad natural de Felipe II hacia una previa, empresa, en Bizerta o Túnez..., africana y con el consejo del cardenal Granvela de que tan gran armada atacara las costas provenzales francesas a su paso, no lo es menos que los datos expuestos confirman la lealtad de su conducta en una empresa de por sí complicada. El 2 de agosto está don Juan en Mesina y el 29 llega también, enviado por Pío V, el obispo de Pena, Odescalco (Odescalchi), no por desconfianza romana, sino para avivar el espíritu religioso de la tropa, lo que trata de lograr con el solemne jubileo que otorga—a don Juan y a todos los reunidos—el 7 de septiembre, ocho días después de su llegada. El fervor y entusiasmo de los concentrados es tan unánime como desbordante. Desde los tiempos de la imperial Roma, nunca se había contemplado tan magna conjunción de naves y soldados. Don Juan se percató en seguida de la debilidad veneciana y los recelos de Veniero fueron superados, bien por la fuerza de persuasión de aquel generalísimo español, de veinticuatro años recién cumplidos, ora por los buenos oficios intermediarios del lugartiente de la Liga, Colonna, y un refuerzo de más de 3.000 hombres «calafateó» su pobreza de recursos de soldados, y aun de marinos. Se nombró jefe de las fuerzas de tierra a Ascanio de la Corgnia y se dispuso la expedición, a la búsqueda de la armada osmanli, dispuesta en cinco contingentes—en los que la genial previsión de don Juan de Austria procuró una mezcla ponderada de naves y de soldados de los tres países coaligados: el primero, o del «cuerno—o ala—derecho», al mando de Juan Andrea Doria, con 54 galeras y estandartes verdes; el «de batalla» o del centro, dirigido por el propio don Juan, desde su capitana, la «Real»—que se conserva en España—y flanqueado por Colonna a la derecha y Veniero a la izquierda, con 64 galeras—entre ellas la mandada por Requeséns—y gallardete azul; el tercero, a la izquierda, conducido por el proveedor veneciano Agustin de Barbarigo, con 53 galeras y pabellón amarillo; el cuarto, de retaguardia o de «reserva», a cargo del inclito «rayo de la guerra», marqués de Santa Cruz, con 30 galeras—luego aumentadas—e insignias blancas en sus mástiles—, y un quinto, de vanguardia, a cargo del jefe marino español, don Juan de Cardona con instrucciones de a la vista del turco, reforzar el centro. Además figuraban al frente seis galeazas venecianas—navios poderosamente artillados— que, de dos en dos, iban a flanquear por avance las tres escuadras primeras que constituían la línea frontal de la flota y cuyos disparos poderosos habian de desconcertar, al principio de la batalla, a los barcos turcos. Don Juan convoca un nuevo consejo de oficiales—estipulado en el Pacto—el 10 de septiembre para oír parecer de dónde y cómo dirigirse contra el enemigo.

Distribución de las flotas. Dibujo italiano



VI. EL 7 DE OCTUBRE DE 1571

Cualquier lector puede suponer que exigía mucho tiempo y excelente disposición de ánimo—paciencia, dotes de mando y capa-



Mapa de la zona de Lepanto

ciudad sin límites de organización—la preparación y puesta a punto de la gran Armada de la Santa Liga. Si don Juan había tardado en llegar al punto escogido—el puerto siciliano de Mesina—de concentración, y no por sus auténticos anhelos, no por ello dejó de señalar desde el primer momento que su unánime elección como general supremo en mar y tierra de las fuerzas cristianas había sido un capricho. Aunque su condición principesca, como hijo del Emperador Carlos—y, por tanto, hermano natural del Rey de las Españas, Felipe II—le concedía el privilegio de máxima categoría, pronto sus dotes personales—simpatía desbordante, sentido político y vocación ardiente para las virtudes castrenses—fueron un hecho cierto admitido por todos—a pesar de su notoria juventud y de las salpicaduras de celos y suspicacias que se suscitan en toda alianza internacional, máxime en las circunstancias de aquella época histórica—que su jefatura resultaba tan digna como acertada. Así, por avisos, órdenes y gestiones, consiguió el acoplamiento de aquella fuerza imponente e insuflar a todos su fe y entusiasmo de modo que el día mismo de su partida de aquel puerto—el 16 de septiembre de 1571—en busca de la flota contraria, pudo escribir a don Ruy Gómez de Silva—como se sabe, asesor del Rey y hombre de significada importancia en los rumbos de la política mundial que personalizaba «el Rey Prudente»: «la gana que en esta Armada hay de pelear es mucha y la confianza en lo de vencer no lo es menos», a pesar de que todos sabían la pujanza del enemigo osmanlí, cuyas campañas recientes en Chipre y en el Adriático atestiguaban su audacia y poderío.

No obstante su decisión y voluntad de combate, don Juan de Austria—por los consejos orales y escritos de su augusto monarca y hermano—decidió convocar antes de su marcha otro consejo de guerra con los jefes aliados y sus respectivos Estados Mayores—en el que ya se dejó entrever la indecisión por la campaña en al-

gunos y la resuelta voluntad de lucha por otros, don Juan estaba a la cabeza de estos últimos, como también lo deseaba ardentemente el Papa—, y sin más dilación se encaminó en búsqueda de la flota turca, siguiendo con alguna penalidad la ruta señalada por la «suela» de la bota italiana, recalando primero en la «Fosa de San Juan» (Reggio) y días después—el 19, concretamente—en el cabo de las Columnas, en Brindisi, tras recalcar en Tarento, para buscar desde aquella parte de la costa un punto adecuado de partida y cruzar hacia el otro lado de la boca del Adriático en la costa albanogriega, donde se suponía se hallaban los navíos turcos. Destacó como principal explorador e informante a Gil de Andrade, cuyas primeras referencias—poco seguras por utilizar fuentes interesadas—encaminaron la flota cristiana a Fano y a la isla de Corfú, a cuyo litoral llegaron el 26 de septiembre. Es cierto que los aliados pudieron comprobar que la capital de aquella isla veneciana había sufrido deprecaciones y tropelías cuyos residuos caldearon más, si cabe, el furor cristiano, pero no lo era menos que la flota turca—de cuya entidad se tenían noticias inciertas—había abandonado aquel objetivo—con un parcial fracaso—y los «informes» hablaban de su refugio en la mal recordada (por el desastre de 1538) Prevesa. Sin embargo, pasando más al sur de la península, hacia las islas de Cefalonia y Santa Maura, Gil de Andrade pudo averiguar que la escuadra turca había buscado asilo en la bahía de Lepanto, nombre italiano de Naupacta, al amparo de los cañones de los dos castillos que defendían la entrada en aquel golfo (entre el de Patrás actual y el de Corinto). En aquella estratégica zona, que podía ser perfectamente divisada desde las colinas de Etolia y del Peloponeso, lugar en tiempos clásicos del sitio conocido por Actium, donde se decidió la suerte de Roma y cerca de donde la habilidad maniobrera de Barbarroja había desbaratado—en Prevesa, como dijimos—una coalición hispano-ro-

mana-veneta, en todo semejante a la actual de la Santa Liga, se concentraban las naves del gran almirante turco Ali Bajá, tampoco correctamente inteligenciado por sus espías y «lenguas» del conjunto de la flota que venía en su busca. Junto a él se encontraban muy notorios caudillos turcos: Mehemet Siroco, gobernador de Alejandría, a quien confiaría el mando del «cuerno» izquierdo de la amplia media luna o «creciente» que dibujaba su flota—más tarde distribuida en tres cuerpos—, dotado con 55 galeras (las discrepancias sobre el número de naves en Lepanto son bastante frecuentes); se hallaba frente a la parte izquierda de la escuadra cristiana, dirigida por el proveedor veneciano Agustín Barbarigo; el «centro», mandado por el propio almirante supremo, Ali Bajá, flanqueado por el jefe de las tropas turcas de tierra, Pertev o Per-teu Bajá, el escurridizo Caracush (Carayusuf o «Cara-cosa», para los cristianos), que con gran audacia hizo lo que Andrade tuvo encomendado por su parte: el espionaje de las tropas cristianas; el hijo y el sobrino del célebre Yeir-ed-din («Barbarroja»), Hassan Pachá y Hamet Bey, sumando un total de más de 90 naves con la «Sultana» como barco insignia o capitán, y el ala o «cuerno» derecho, encomendada al famoso Uchalí, el jefe argelino más temible por su celeridad de movimientos y destreza maniobrera, a quien correspondía el ala derecha cristiana, comandada por el genovés Andrea Doria. Don Juan impartió severas instrucciones a sus navíos para que conservasen la distancia necesaria entre ellos para no obstaculizarse en sus movimientos y cuidó también de que las «escuadras» de su flota guardaran también la separación conveniente, advirtiendo especialmente de ello a Juan Andrea Doria, cuyo alejamiento del «centro» o «batalla» fue un tanto sobrestimado por el famoso marino ligure, con harta suficiencia que luego le pesaría. El de Austria mantuvo la distribución de salida de Mesina, con algunas ligeras rectificaciones—como la de aumentar la retaguar-

A DON JUAN DE AUSTRIA

Nací en la alta Alemania, al mundo espanto,
gloria a Felipe, a Carlos esperanza;
viví en España, humilde entre labranza,
que rayo de tal sol encubrió tanto.

Para bañar al moro en sangre y llanto
tomé en Granada la primera lanza,
y en cuanto la memoria humana alcanza,
la victoria mayor gané en Lepanto.

Rompí a Túnez; vencí, volviendo a Flandes,
mil guerras, mil rebeldes, mil engaños,
y tuve de ser mártir santo celo.

No quise a Irlanda, con promesas grandes;
muero en Brujas, viví treinta y tres años,
fui César de la Fe, triunfé en el Cielo.

LOPE DE VEGA

EN LA MUERTE DE DON JUAN DE AUSTRIA

Oyó la voz de su divino esposo
el alma de Don Juan, y apercibida
partió, dejando, donde fue afligida,
a su querido huésped en reposo.

Invicto Capitán, el más famoso
envidie tu alta fama esclarecida;
Príncipe cristianísimo, tu vida
imítela el más sabio religioso.

Y nadie llore la temprana muerte,
aunque en el mundo tanta falta haga
tal Capitán y Príncipe tan santo.

Mas por él cada cual al blanco acierte,
y, cual él, por sus culpas satisfaga,
si con él quiere estar en gozo y canto.

Cristóbal de VIRUÉS



16 día o «reserva», de don Alvaro de Bazán, a 35 galeras y tener que prescindir del concurso de ciertos barcos grandes rezagados en su marcha—hasta que el 30 recalaron todos en el seguro—por capaz y abrigado—puerto albanés de Gomeniza o Gumenizas. Allí convocó nueva consulta ante la proximidad del enemigo, que todavía no se hacía visible, y de nuevo surgieron las discrepancias: quienes querían—como Requeséns y Andrea Doria—que se esperase allí, y quienes cual Bazán y Farnesio postulaban por continuar al encuentro del turco, finalidad esencial de la expedición. Don Juan siguió esta última opinión—que era la suya propia desde el principio—no por temeridad inconsciente, sino por entusiasmo ardoroso—y en ello no desobedecía las instrucciones un tanto precautorias del Rey, su hermano, por lo mucho que se jugaba en la empresa—y por fidelidad a la vehemencia combatiente del futuro San Pío V. Así es que se continuó adelante hasta el puerto de Petela o Peteta, al norte de las Equinadas o Curzolares, sitas en la misma entrada de la bahía, en las cercanías de la punta Scropha o Sangrienta. Parecida duda estalló en el mando

turco, citado para conocer su parecer por Ali Bajá, cuñado de Selim II, quien a pesar de su omnimoda jefatura deseaba saber el parecer de sus principales secuaces: él particularmente, como don Juan de Austria, era decidido partidario del encuentro—pues se creía con fuerzas superiores, ya que falsos informes le habían desestimado la flota de la Liga y confiaba en la habitual debilidad veneciana y en la difícil acción coordinada de los aliados—; pero tanto Pertev como Siroco y Hamet Ali preferían esquivar el choque, más temerosos de sus consecuencias y satisfechos por la hasta entonces línea ininterrumpida de triunfos turcos, sellada con la conquista de Chipre (la noticia de la rendición de Famagusta llegó el 5 de octubre). El atrevido y valiente Uchali tampoco consideraba digno quedarse al amparo de los castillos de Lepanto, aunque luego, a la vista cierta del conjunto cristiano, aconsejó evitar la lucha. Pero Ali había consultado al Sultán, y tanto éste como su primer visir, Sokoli—antiguo colaborador de Solimán el Magnífico—propugnaban un combate que juzgaban tan decisivo como triunfal. La flota liguera, tras cortar los

espolones para favorecer el fuego cristiano—tal como había aconsejado don García de Toledo, verdadero mentor de la táctica que se siguió, se hallaba ya retirada en Pisa—, cubrió la entrada de Lepanto y don Juan, inspiradísimo en esta medida, ordenó madrugar a todos y que sus navíos cerraran la apertura de la bahía. ¡Así comenzó el 7 de octubre!

Preciso es que dediquemos un pequeño comentario a un incidente que en los dos primeros días de octubre a punto estuvo de dar al traste con la lucha y su ulterior trascendente victoria. En el buque cretense «El hombre armado», del conjunto véneto, estalló una pendencia originada por el capitán toscano—de los refuerzos hispanos en los barcos venecianos—, Mucio Tortona (o Cortona, para otros), y el jefe supremo de la República, Veniero, lo castigó con el ahorcamiento, punición que extendió en su propio navío a dos soldados españoles que seguían a su capitán. Fueron inútiles las gestiones de Sforza, mando de la infantería hispano-italiana, pues la irritabilidad irascible del viejo Veniero—luego Dogo en su patria—rechazó cualquier intento concilia-

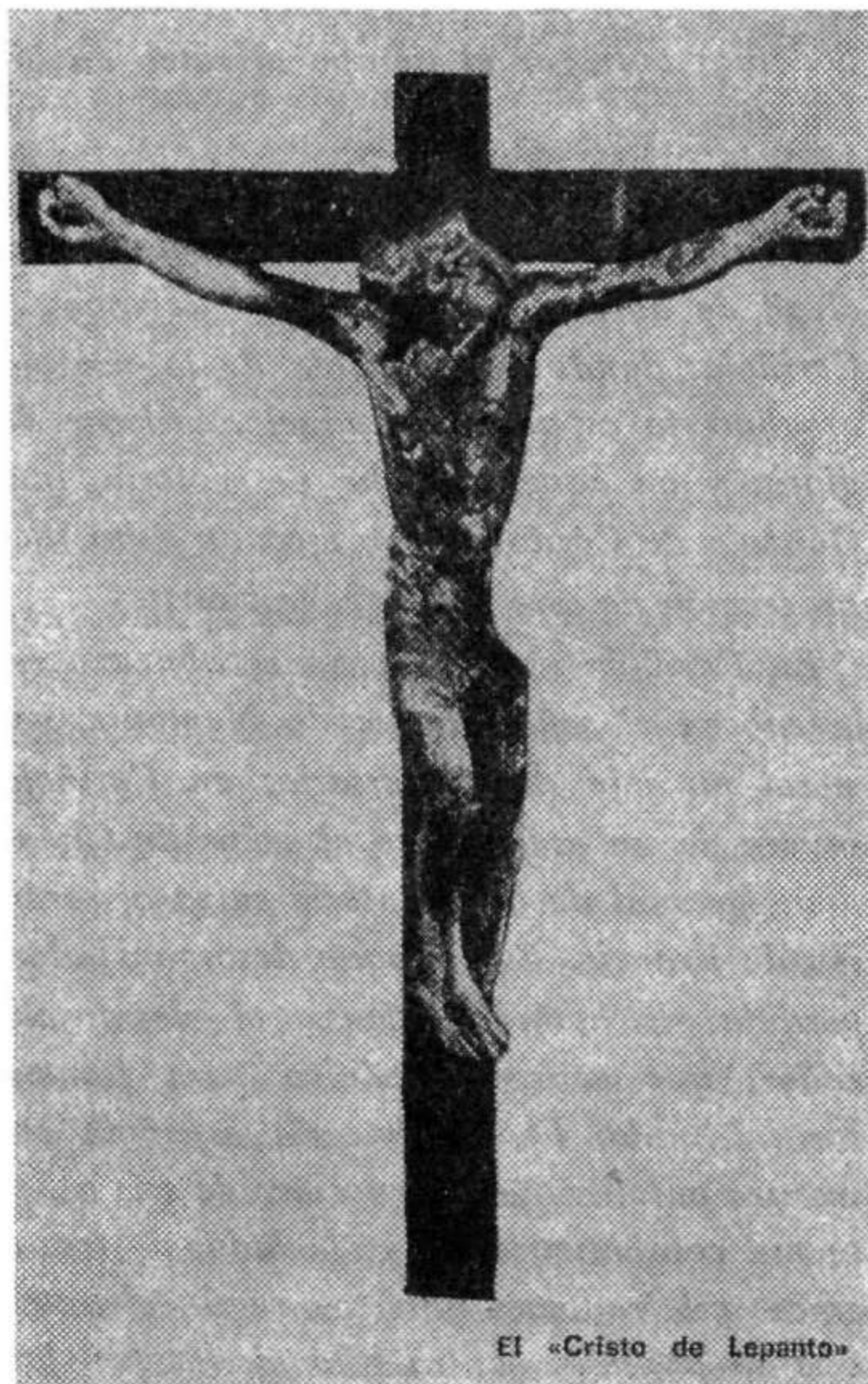
LEPANTO LA MAS ALTA OCASION QUE VIERON LOS SIGLOS

dor y resolvió el mencionado ejemplar escarmiento. Informado don Juan—a quien correspondía, como generalísimo, tal atribución—, se consideró humillado y desobedecido por el veneciano, y tras citar a su propio Consejo, en el que Requeséns y Doria eran propicios al castigo fulminante y ejemplar del valiente pero aturdido e irritable almirante véneto, en tanto que Bazán (y posteriormente Marco Antonio Colonna, consultado después) inclinaron a don Juan a posponer el justo escarmiento para el término de la batalla, cuya suerte se ponía en peligro si los españoles y su caudillo ejercían aquel justo acto de represalia contra la insubordinación del jefe veneciano. Únicamente el de Austria se limitó a suprimirlo en el Consejo superior de la Liga, reemplazándolo por Barbarigo—el jefe del ala izquierda de la flota—, más prudente y comedido.

Superado así el desagradable episodio, la armada cristiana se puso en marcha hacia la turca, que ya abandonaba el seno de Lepanto para salir a su encuentro.

Ya comentamos cómo ambos generalísimos pudieron entonces percatarse de la potente entidad de su respectivo adversario y cómo la providencial madrugada del movimiento de su armada favoreció los propósitos de don Juan, pues cerró el golfo de Lepanto y se situó en una posición inmejorable para la lucha. Esta se desenvolvió tan cruda como revueltamente. Alí Bajá confió en que su escuadra, especialmente por las alas, envolvería a los cristianos y les forzaría a encerrarse en la bahía. Avanzada, como señalamos, su fuerza hasta la entrada de Lepanto, los cronistas del suceso cuentan que sus barcos sumaban 260 navíos de guerra (medio centenar más que los cristianos), superioridad que hizo resucitar cierta perplejidad ante la suerte del combate a quienes, como el ya mencionado Requeséns—muy influido por las cautelas del Rey Prudente, y Juan Andrea Doria, temeroso de la pérdida de unas naves que no le pertenecían como propias—, temían, como el propio don García de Toledo en sus requeridos asesoramientos previos, que en el encuentro se jugase «el todo por el todo», con grave riesgo para la suerte de la Cristiandad en el Mediterráneo. Dentro de la difícil descripción de un combate naval tan complejo, podemos resumirlo así: Las galeras de Siroco—derecha del despliegue osmanlí—intentaron desbordar el ala izquierda de la flota cristiana, dirigida por el valeroso Barbarigo, y tras no pocas vicisitudes consiguieron un cierto éxito al lograr herir de flechazo mortal al comandante veneciano, y después a su sobrino Contarini, hasta que Federico Nani, con el apoyo del refuerzo de Bazán y otros, enderezó la fortuna y logró dominar la situación, con muerte del propio caudillo turco, gobernador de Alejandría. Más complicado fue el encuentro entre Uchalí y Andrea Doria, pues la celeridad de maniobra y rapidez del movimiento de la flota del argelino, superior en navíos a su adversario, consiguieron un cierto desconcierto del genovés, perjudicado no sólo por tales dificultades, sino también, cual señalábamos más arriba, por su excesiva separación del centro de la lucha, aunque también en este caso el auxilio del propio jefe supremo, don Juan, y la oportuna intervención del Marqués de Santa Cruz paliaron los resultados de este encuentro, si bien Uchalí lograra pasar la línea y salvar sus 30 galeras, que fueron, por parte turca, la solución más positiva de la batalla. Claro es que en la conciencia de todos se hallaba el pensamiento de que el combate tendría su decisión en el

centro, en el inevitable encuentro entre la «Sultana», de Alí, y la «Real», de don Juan de Austria. Primero la turca y al poco la cristiana habían señalado con sus disparos artilleros iniciales la alerta del combate general y luego se buscaban mutuamente con furor y ardimiento, precisamente en el centro del día, domingo, 7 de octubre. Flanqueados estos dos «insignias» por sus galeras de apoyo y cobertura, se trabaron—cual era el sistema normal de esta clase de peleas marítimas—y el espolón de la de Alí se clavó en el costado de la de don Juan—ornamentada no sólo con el estandarte papal, sino también con un cricifijo, el «Cristo de Lepanto»—, penetrando hasta el cuarto banco de remeros. Las tropas escogidas—arcabuceros y flecheros—que las guarnecían pelearon sañuda y porfiadamente, hasta que después de dos intentos rechazados de la infantería hispana, el propio don Juan condujo a sus hombres—aun ligeramente herido en el pie—al árbol de la nave enemiga, en la que pereció muerto y luego descabezado el propio cuñado de Selim II, el «kapudán pachá», Alí Bajá. Muertos Siroco y Alí, huido, aunque con fortuna, Uchalí, Pertev (o Perteu) y otros bajás, la alucinante confusión de aquel histórico trozo de mar dejó paso a los alaridos de ¡victoria! de los aliados, más sonoros y estentóreos, si cabe, que la infernal gritería con la que los turcos iniciaron la lucha. De más de 300 naves—las de combate y las de transporte y ligeras—y de sus 80.000 hombres, fueron hundidas o perecieron naufragadas unas 113 galeras, capturadas unas 120 y se contaron—sin que se sepa el número de ahogados—unos 30.000 muertos, cerca de 8.000 prisioneros—entre ellos los dos jóvenes hijos de Alí (Mohammed, fallecido luego en Roma, y Said, quien fue liberado)—y unos 15.000 galeotes cristianos, remeros de sus barcos, quedaron en libertad. También es de anotar que un tesoro de no menos de 150.000 «cequíes»—por la costumbre turca de llevar consigo sus capitales—fue cogido sólo en la galera de Alí. El triunfo fue tan aplastante que toda la Europa cristiana quedó jubilosa, con el resuello cortado por la alegría, en tanto que la sorpresa, el estupor y la desolación cundían en Constantinopla.



El «Cristo de Lepanto»

No es posible detenernos en anécdotas y hechos particulares de la gran batalla. A título de ejemplo—y prescindiendo de comentar hazañas notorias individuales (tales como las de Requeséns, Farnesio y tantos otros de papel muy significado en la Historia)—, citaremos únicamente dos casos: el de María «la Bailaora», mujer disfrazada de arcabucero masculino, que por su conducta heroica y valerosa mereció la recompensa de continuar en la «Real», en la compañía en que estaba, camuflada, sirviendo, y al unánimemente conocido soldado alcalaino Miguel de Cervantes Saavedra, a quien su ardor por el combate—a pesar de su estado febril—como tripulante de la «Marquesa», de Andrea Doria, formando en el «cuerno» izquierdo o veneciano, se sintió perpetuamente orgulloso de la herida que recibió, la cual, mal curada, le vale el honroso título de «El Manco de Lepanto», y que además de sus numerosas alusiones a tan fausta jornada de octubre de 1571 supo calificarla, con su depurado lenguaje barroco, con el epíteto que resiste la acción de los siglos, las modas y apreciaciones de los hombres, tal como: «... la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes ni esperan ver los venideros» (parte segunda de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, «Prólogo al lector»). Juicio que si mereció a algunos—Voltaire entre ellos—ironías y apreciaciones despectivas por su aparente exageración—dada la pobreza de resultados «prácticos» de tal victoria, criterio en el que han abundado algunos historiadores que divinizan todo tipo de críticas más o menos pragmáticas o «estructuralistas»—no consideran el que dada la actitud recelosa e interesada de Venecia—que se separó de la Liga en 1573—, la envidia, compañera inseparable de la hegemonía imperial de España en el siglo xvi, la turbia posición de Francia—escenario de la «Noche de San Bartolomé» el 24 de agosto del año siguiente—, el avivamiento de la rebelión flamenca de los «gueux» o «mendigos», la pasividad timorata y acobardada del Imperio germánico, la hostilidad creciente y «pro-prottestante» de Inglaterra, el egocentrismo de Portugal, el fallecimiento en 1 de mayo de 1572 del gran pontífice Pío V, alma auténtica de la Santa Liga, la atención hacia América y tantas y tantas otras condicionantes circunstancias de su tiempo, que Lepanto supuso no sólo una ratificación abrumadora de la superioridad cristiana en las armas, sino el «parón» más definitivo a la expansión turca, que desde 1453—toma de Constantinopla—representaba una amenaza persistente para Europa y su civilización. Y en tan magno episodio de la Historia, un caudillo español—a quien San Pío V aplicó la expresiva frase evangélica: «Fuit homo missus a Deo cui nomen erat Joannes»—y un país, España, dijeron con el lenguaje incontestable de los hechos las expresiones definitivas y perdurables. Pues nada menos que en Escocia se difundían sobre el hecho millares de coplas de ciego en su honor, cuyo autor era un niño de doce o trece años, que luego fue Jacobo I de Inglaterra, en tanto que la lista de composiciones italianas que levantaron por las nubes los méritos de don Juan de Austria y, ¡cómo no!—cual corrobora Alexandre Cioranescu—, la especial contribución coterránea en la lucha, se eleva a números infinitos, y si acaso se escribió menos en España sobre el asunto, no dejan de brillar con luz muy propia las obras ilustres del mencionado Cervantes y de los famosos Fernando de Herrera y Luis Vélez de Guevara.

ARCABUCEROS

Por Indalecio NUÑEZ

SE dice al otro lado de los Pirineos que la Casa de Anjou tenía derecho a la corona de Nápoles, derecho que utilizó Carlos VIII para pisar los campos de Italia el 3 de septiembre de 1494; se dice que en su Ejército formaban seis mil arcabuceros gascones, que no eran cadetes ni a Cambronne tenían por capitán. El 22 de febrero de 1495 alcanzaron su objetivo sin haber roto una lanza ni dejado oír un trueno de pólvora.

A este ejército siguieron otros muchos y a esta fecha muchas otras, entre ellas las campañas de Italia del Gran Capitán, la jornada de San Jorge de Cefalonia, la bella conquista de Tarento, la batalla de Seminara y varias cosas más. Posiblemente, investigando, podríamos encontrar el ruido de la nueva arma que venía a sustituir a la culebrina de mano de prestigios medievales, pero para nuestra desgracia y para las urgencias de esta ESTAFETA LITERARIA, no podemos entregar el tiempo al rateo en bibliotecas.

Muchas guerras por ahí y muchas crónicas. Sin embargo, no nos detendremos hasta el 28 de abril de 1503, en que llegamos a Ceriñola, donde ya se habla de la terrible arcabucería española en aquel atardecer de gloria y en aquella noche de victoria, que Gonzalo de Córdoba supo ejecutar para dictar lección de arte a las generaciones.

En Ceriñola muere de un arcabuzazo en la cabeza el señor duque de Nemours, general en jefe del adversario; en Ceriñola muere de un arcabuzazo el señor de Chandieu, general de la infantería suiza al servicio de Francia. Este ataque desorganizador, pérdida de mandos, causa el desmoralizador, que causa el pánico para fomentar la huida. La arcabucería española comienza entonces la destrucción: de seis a siete mil combatientes de cada lado; de tres a cinco mil franceses muertos, según el autor que se prefiera, contra sólo cien españoles.

Así, para nosotros, comienza la historia del arcabuz, tras múltiples balbucesos, que llega a matar a Bayardo el 30 de abril de 1524 en Romagnano, a orillas del Sessia, en la acción que unos llaman de Robecco y otros retirada de Gatinara, a aquel caballero sin miedo y sin tacha que sentía terror ante los arcabuceros, tanto, que mandaba ahorcar a todo el que cogía prisionero.

Después, poco después, Pavía, el 24 de febrero de 1525. Nos gustaría extendernos, pero es ahora el espacio y no la urgencia lo que lo impide: 33.000 franceses contra 24.500 españoles; en vanguardia, el marqués de Pescara con infantería arcabucera española e infantería piquera alemana, a partes iguales. A las diez de la mañana la batalla se muestra indecisa; al mediodía la victoria alada vuela sobre los generales españoles y los corona de laurel: el duque de Borbón, de treinta y seis años; Carlos de Lannoy, de cuarenta y tres; el citado marqués de Pescara, de edad imprecisa, y su sobrino Alfonso de Avalos, marqués del Vasto, que sólo tiene veintitrés años y ya manda los cuatrocientos batidores de la punta.

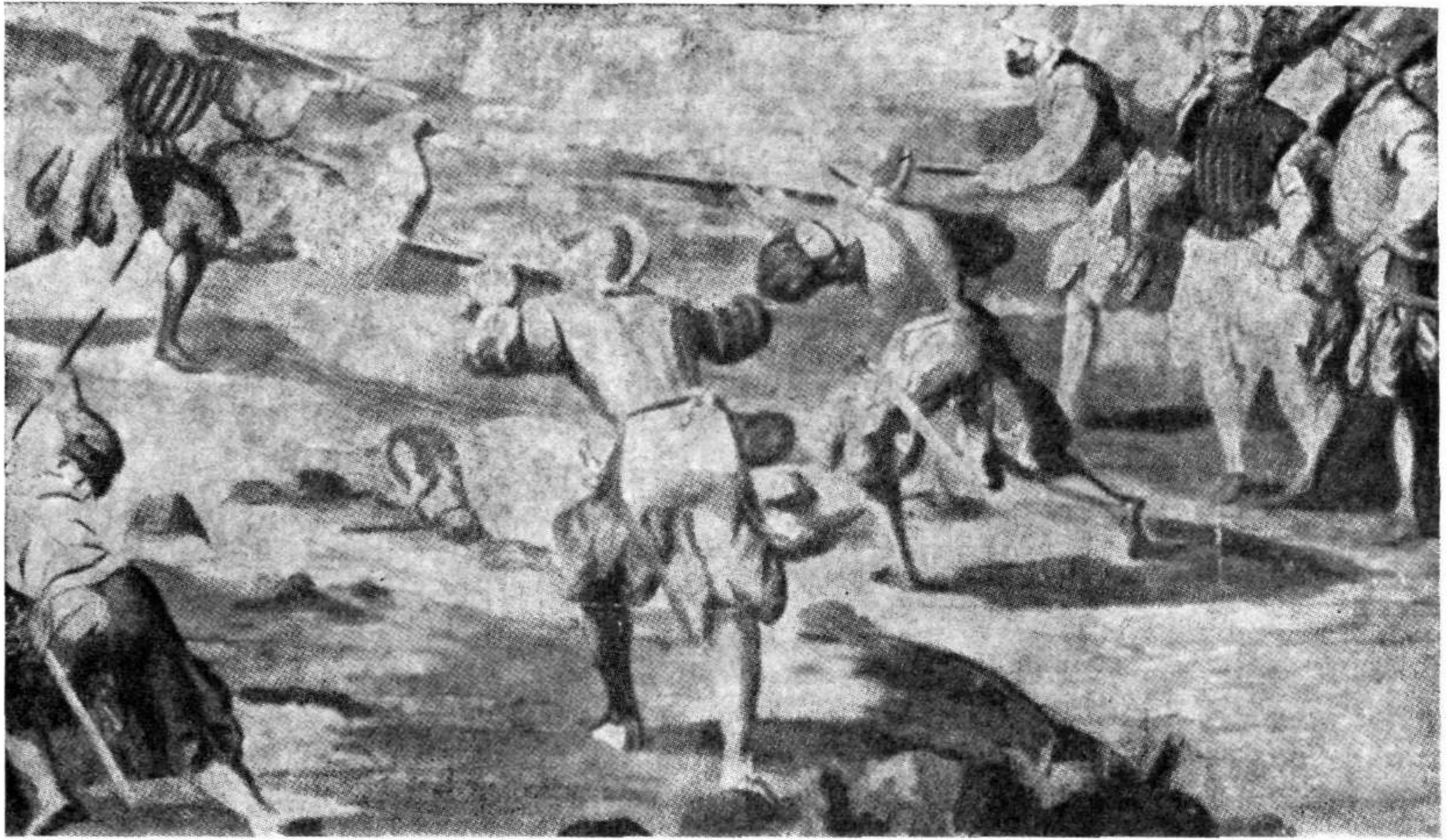
Demasiada belleza táctica y demasiado anecdótico. El caballo de Francisco I cae muerto de un arcabuzazo.

«La desgraciada batalla de Pavía —leemos en cualquier libro francés— abrió los ojos a los jefes de las tropas. El honor de la jornada pertenece casi por entero a los arcabuceros españoles, más numerosos, más hábiles y mejor armados que los nuestros. A España se debe, en efecto, el primer perfeccionamiento de la vieja culebrina: hablamos de la invención del arcabuz de mecha.»

El famoso invento español de 1523, el arcabuz de serpentín, es posterior al famoso invento alemán de 1517, el arcabuz de rueda; pero éste se mostró perfectamente inútil para la arcabucería a caballo, mientras el otro prosperó, prestigiándose los construidos en Zaragoza y en el país vasco. En tales



Arcabucero flamenco cargando y preparándose a disparar el arma



Arcabuceros españoles en la batalla de San Quintín

circunstancias y con tales éxitos, ¿cómo no iba a embarcar?

* * *

Recordemos el combate de Formentera, de 25 de octubre de 1529. Cachidiablo, fondeado con sus fustas en el Espalmador, vio a las ocho galeras reales de Rodrigo de Portuondo, capitán general de la Guarda de la Costa de la Mar del Reino de Granada, que así era de largo su cargo, y trató de huir. Portuondo lo persiguió a boga arrancada, mas como sus boyas eran prisioneros franceses que poco sabían tirar del remo, se alargó su línea hasta fuera de los límites de la formación y de la prudencia. Cuando la capitana y la galera de Domingo Portuondo, su hijo, estaban suficientemente alejadas de las demás, Cachidiablo hizo ciaboga, las aferró y apresó antes de que llegaran las otras, que, sucesivamente, fueron cayendo. Sólo una logró escapar para llevar la noticia a Ibiza.

Se achacó la derrota al mal armamento, que conocemos por el asiento que con él se tomó en Génova el 21 de agosto del mismo año: «los susodichos veintitrés oficiales y noventa compañeros que había de haber en cada galera por los asientos antiguos» se sustituyen por «las ochenta personas que de aquí en adelante ha de haber en cada una de las dichas galeras» y en la plantilla «cuarenta y ocho compañeros sobresalientes, que sean arcabuceros, a dos ducados cada uno». En este mismo de aquí adelante, «como quiera que en las dichas galeras por los asientos antiguos no ha de haber trompetas, pero porque dice que hay necesidad para el tiempo de pelear y para otros efectos, porque las hay en las galeras de Levante, he por bien y mando que haya en cada galera dos trompetas... y entren en el número de los cincuenta y ocho arcabuceros que ha de haber en cada galera, con que tengan los arcabu-

ces buenos como los otros arcabuceros de-llas».

Todo, un pequeño lío. Parece ser que Portuondo salió con el armamento antiguo y que el de aquí adelante comenzaría en aquel 1530 que él no vio. ¿Desde cuándo iban armadas con arcabuces las galeras de Levante? No sabemos contestar, pero al menos podemos afirmar que las de España lo inauguraron este año. Véase el asiento que se tomó a don Alvaro de Bazán en Madrid el 9 de abril de 1530: «La Reina... haya de tener y tenga en cada una de las dichas galeras 92 hombres sin el capitán, que sean útiles y suficientes, los 52 de ellos con sus arcabuces, como los hay en las galeras de Levante, que son los 22 de estos con sus arcabuces, 52 oficiales, los 30 hombres de guerra arcabuceros; sobresalientes los 40 restantes a cumplimiento de los dichos 92 hombres, que sean hombres de guerra sobresalientes para pelear.»

En 1535, el año de Túnez, en el asiento que toma don Alvaro de Bazán con los capitanes de sus galeras armadas de buena boya, se dispone: «que el capitán de cada una galera haya de tener y tenga en ella 223 personas de número, los 23 oficiales y 32 arcabuceros en que entran cuatro trompetas».

Disponemos, mejor dicho dispuso don Martín Fernández de Navarrete, de un «Discurso de lo que necesita una galera para navegar, bien armada así de chusma como de otra gente, presentado a don García de Toledo», sin autor ni fecha, aunque se supone de 1560:

«Será necesario que traigan 50 soldados y 60 marineros, porque muchos de éstos que se sacarán de allí (de Génova) serán tales que aunque los soldados les lleven alguna ventaja en el tirar del arcabuz, serán ellos, según son hábiles para todas cosas, de harto más provecho que los soldados, porque demás de que ayudan a bogar cuando es menester, valen mucho más que los soldados para andar por galera, socorriendo a la par-

te que hay necesidad y para saltar en el navío que se combatiere, pues no tienen miedo de ahogarse ni de caer en la mar... Habrán de ser todos los soldados arcabuceros, pues para las picas y otras armas son mejores los marineros por lo que he dicho y habrán de traer sus arcabuces y morriones y corazas, que son armas que no pueden impedir al arcabucero en ninguna ocasión y desta manera podrán también servir en tierra con las picas que hay de munición en las galeras... Las armas que suelen traer cada galera en particular para armar la gente que anda en ella de ordinario, son las siguientes: 40 arcabuces, 30 picas, 24 alabardas y partesanas, 24 rodelas, 30 corazas y 50 morriones.»

Hemos tratado de señalar la extrema importancia de los arcabuceros en Lepanto, infantería extrapesada, con sus armas de cerca de 26 kilogramos de peso, que, probablemente, en lugar de saltar al abordaje, se dedicó a matar. Sabemos mucho de los arcabuceros de la Real mandados por don Lope de Figueroa; sabemos que un arcabucero mató a Ali, capitán Pachá, almirante en jefe de la Armada otomana, y sabemos...

Cuando Uluch Ali, a los pocos meses de la batalla, fue nombrado por el Gran Señor para el mando de sus escuadras, embarcó en las galeras más de mil arcabuceros, lo que jamás se había visto en el Imperio.

Había sido él el que antes de la batalla mantenía que mientras se cargaba un arcabuz se disparaban treinta flechas, blanco seguro a las pequeñas distancias a que se combatía. Una flecha mató, en efecto, al almirante veneciano Agostino Barbarigo, jefe de la tercera escuadra, que desplegó en el ala izquierda y fue el primero en entrar en fuego.

Pero también fue él, después de la batalla, el que ordenó que desembarcaran los arcabuceros, afirmando que había aprendido de los españoles en Lepanto cómo se puede luchar y vencer en la mar.

“HACE CUATRO SIGLOS...”

HACE cuatro siglos, Europa, y con ella la Civilización Cristiana, vivían bajo la terrible amenaza de otro grave peligro, pues el siglo XVI fue, como el actual, testigo de una de las más graves crisis de la Cristiandad. Cuando los hombres que nos sucedan escriban, pasados muchos años, sobre los acontecimientos que hoy vivimos, ¡qué semejanza tan sorprendente encontrarán entre estas dos épocas! Entonces, con galeras, picas y arcabuces, y hoy, con acorazados, aviones, radar, televisión y «bombas atómicas»; ¡qué similitud tan asombrosa, sin embargo, en el planteamiento humano del problema! De un lado, una mística bárbara y anticristiana, que esclaviza al hombre, con desprecio absoluto del alma de que es portador, bajo la firme unidad plasmada por el terror de una férrea autoridad tiránica; en frente, la Cristiandad en eterna discordia interna, quebrada su unidad por celos, envidias y ambiciones. Frente a una mística falsa, la falta de una mística verdadera. Y entonces como ahora, España, más poderosa ayer que hoy en el orden material, pero siempre llama inextinguible del catolicismo militante, blanco del odio del enemigo de su fe, y objeto de los recelos, de las envidias y, sobre todo, de la incompreensión del resto de los Estados cristianos, tan amenazados, a fin de cuentas, por el peligro de Oriente como España misma. Ayer, el enemigo de la Cristiandad jugando en su provecho con la desunión de los cristianos; hoy, el Comunismo, aun más inhumano que antaño el Imperio turco, maniobrando todos los días, y a la vista de todos, con las desavenencias y celos de los occidentales.

¡Impresionante paralelismo! El 6 de agosto de 1552 San Ignacio de Loyola escribía a Carlos V: «Los turcos, no siendo belicosos por mar hasta agora, se comienzan a hacer prácticos y a cebarse y comenzar con lo poco que queda de la Cristiandad; a usar de la industria que usaron para ganar el imperio de Constantinopla, ayudando a un príncipe para resistir y entretenerse con el otro y disgustarse el uno con el otro...» ¿No parece que San Ignacio está hablando de la astuta política internacional de la Rusia Soviética? En vísperas de la batalla de Lepanto, Ali-Pachá, el Almirante de Selim II, decía a sus capitanes reunidos en consejo a bordo de la galera «Sultana»: «Pensad también que nosotros, los hombres del Islam, lucharemos unidos hasta la muerte por la misma causa, mientras nuestros enemigos se odian entre ellos, como han confesado los prisioneros de Gomeriza.» ¿Acaso no podría dar Stalin las mismas razones a los miembros de su «Politburó» al arengarles en su lucha por la dominación del mundo?

En el siglo XVI, como en el presente, vemos a gran parte de la Europa oriental invadida y bajo el yugo del tirano de Oriente. Vemos los quisling, en la figura de un Segismundo Zapolya, príncipe de Transilvania, que se hace luterano y acepta ser vasallo de Solimán, y en la de



los reyezuelos berberiscos de Trípoli, Argel y Túnez; nos encontramos con las «quintas columnas», encarnadas en los moriscos de Granada, siempre dispuestos a la rebelión bajo la instigación y el aliento del Turco, y con otras «quintas columnas» de luteranos y calvinistas que, sin afinidad religiosa con éste, cooperan con él indirectamente al romper la indispensable unidad de la Cristiandad. En el siglo XVI se practica también la equivocada y poco gallarda táctica del apaciguamiento y del egoísmo, que ciega y llega hasta anular instinto tan elemental como el de la conservación. Y así, vemos a un Rey Cristianísimo en vergonzosa alianza con Solimán, dando el escándalo de que las galeras de Provenza arrien el estandarte real—nada menos que la bandera de Nuestra Señora—para saludar a la flota del viejo Barbarroja a su llegada a Marsella, y a un Guillaume d'Aube, Embajador de Carlos IX, rendir pleito homenaje a Solimán el Magnífico cuando, en 1566, éste invade Hungría con sus jenizaros. La Serenísima República de Venecia practica igualmente la misma lamentable táctica del apaciguamiento, para disfrutar egoístamente de una neutralidad que la consiente pingües ganancias en su tráfico marítimo. Durante treinta años no quiere

saber nada de los ataques que sufre la Cristiandad en las costas de España e Italia, ni en el asalto de Malta, y sólo cuando el peligro la amenaza en su propia carne y Selim II pone sus ojos en Chipre, clama al Santo Pío V por una Liga cristiana contra el Turco. Esta Liga la lleva a la victoria de Lepanto, que nunca hubiera existido sin Don Juan de Austria y sin las galeras y los tercios de España, pero esta victoria no es óbice para que al año siguiente Venecia traicione a la Santa Liga y gestione secretamente, bajo los auspicios de Carlos IX de Francia, la paz que firma con la Sublime Puerta el 15 de marzo de 1573.

No está, pues, fuera de lugar sacar ahora a colación la gloriosa jornada de Lepanto. La semejanza entre la época de aquella gran batalla y los tiempos que hoy vivimos justifican sobradamente el recuerdo histórico. La Historia, fuente de enseñanzas, es también manantial de alientos y de estímulos.

La victoria de Lepanto fue la victoria de Cristo —la victoria del Cristo de Lepanto que Don Juan de Austria mandó clavar en el estanterol de su capitana durante la acción—, y esa victoria se edificó, bajo la inspiración de un Papa santo, sobre la prudencia de un Rey que hizo de la defensa de la Cristiandad la espina dorsal de su política y sobre la fe y el espíritu de cruzada de un pueblo de guerreros que trescientos sesenta y cinco años después había de ser capaz de dar al mundo el impresionante espectáculo de un glorioso contingente de millares de mártires.

No pretendemos mermar ni un ápice la aportación material a la victoria de las 106 galeras y seis galeazas de Venecia, ni olvidar el valor admirable que sus hombres derrocharon en la memorable jornada del 7 de octubre de 1571; pero el espíritu de Lepanto fue, para gloria, orgullo y enseñanza nuestra, el espíritu católico y guerrero de España, que los agentes del Mal pretendieron inútilmente deformar y ensombrecer con la burda patraña de la leyenda negra.

Ahora que Europa ya no es el mundo, como prácticamente sucedía en el siglo XVI, ¿no sería su suerte muy distinta si, como Felipe II pretendía, no se hubiese balcanizado, al romperse en pedazos la unidad de su Fe con la escisión de la Reforma? El Imperio español, un imperio muy distinto a los materialistas que el mundo ha conocido después, se derrumbó tras lucha titánica; pero ahí están la América española y las islas Filipinas, como prueba gloriosa de cuál fue su calidad humana. ¿Qué quedará de los imperios que nos sucedieron en poderío material cuando se produzca su fatal desgaje, ya en trance de comenzar?

Meditemos y, con confianza ciega en la Santa causa de España, sepamos conservar el espíritu de Lepanto.

LUIS CARRERO BLANCO

(Prefacio del libro «La Victoria del Cristo de Lepanto»)

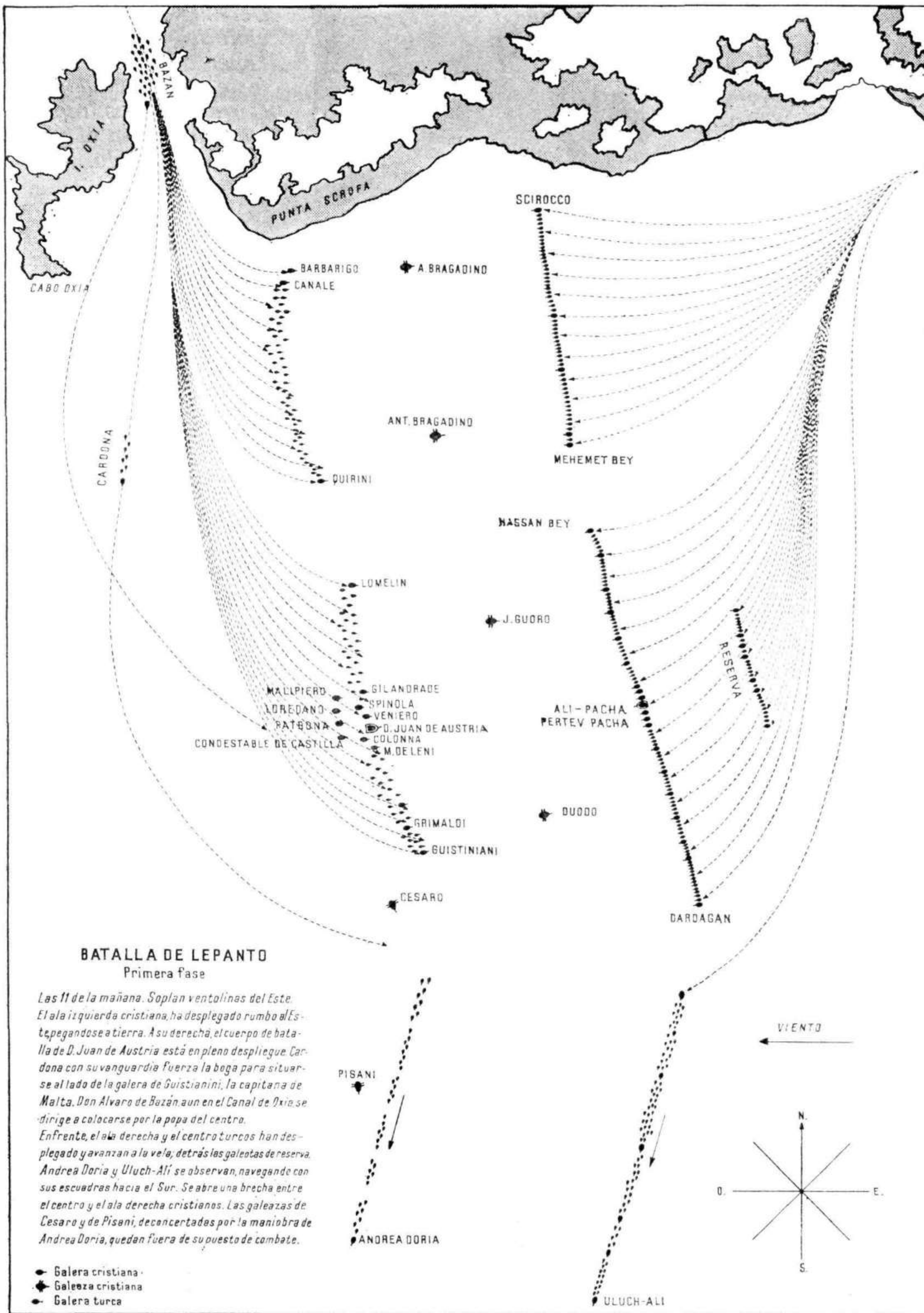


Del mismo libro, «La victoria del Cristo de Lepanto», del que es autor el almirante don Luis Carrero Blanco, reproducimos también el último capítulo.

¡VICTORIA!

LA GALEAZA DE DUODO ROMPE EL FUEGO EN LEPANTO.—SORPRESA EN LA LINEA TURCA ANTE EL FUEGO DE LAS GALEAZAS.—EL CHOQUE ENTRE BARBARIGO Y MEHEMET SCIROCCO.—MUERTE DE BARBARIGO.—EL SOCORRO DE CONTARINI Y DE MIGUEL QUE-SADA. — EL REFUERZO DE CANALE. — MUERTE DE MEHEMET SCIROCCO Y VICTORIA DEL ALA IZQUIERDA CRISTIANA.—EL COMBATE ENTRE LA REAL DE DON JUAN DE AUSTRIA Y LA CAPITANIA DE ALI-PACHA.—CRITICA SITUACION.—LOS REFUERZOS DE MARCO ANTONIO COLONNA Y DEL MARQUES DE SANTA CRUZ.—LOS CRISTIANOS ASALTAN LA CAPITANA DEL SULTAN.—MUERTE DE ALI-PACHA.—EL CUERPO DE BATALLA TURCO AGONIZA.—LA REVELACION DE SAN PIO V.—LA MANIOBRA TACTICA DE JUAN ANDREA DORIA.—LA ASTUCIA DE ULUCH-ALI.—LA CRISIS EN LA DERECHA DEL CUERPO DE BATALLA CRISTIANO.—LA CAPITANA DE MALTA, EN PODER DE ULUCH-ALI.—EL SOCORRO DE DON JUAN DE CARDONA.—LA LLEGADA DE DON ALVARO DE BAZAN.—COMBATE DE LA «MARQUESA».—HEROISMO DEL CABO DE ESCUADRA MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.—EL SOCORRO DECISIVO DE DON JUAN DE AUSTRIA.—ULUCH-ALI ABANDONA LA BATALLA Y HUYE A PREVESA.—EL SALDO DE LA BATALLA.—LA DISLOCACION DE LA FLOTA DE LA SANTA LIGA.—MUERTE DE PIO V.—LA CAMPAÑA DE 1572.—VENECIA HACE LA PAZ CON EL TURCO.—DON JUAN DE AUSTRIA CONQUISTA TUNEZ.—LA VICTORIA DE GEMBLOUX.—MUERTE DE DON JUAN DE AUSTRIA.
LA CRISTIANIDAD, SALVADA

BAJO un cielo azul sin una nube, con un brillante sol de medio día, cuyos rayos se reflejan por doquier en cañones de arcabuz, hojas de espada, picas, alabardas y placas de armadura, y sobre una mar en calma como un lago, las dos flotas avanzan desplegadas, arrancando con toda la fuerza de sus chusmas, hacia el choque decisivo. Frente al ala izquierda cristiana de 53 galeras, en línea de frente entre las capitanas de Agustín Barbarigo y Marcos Quirini, que tienen por delante las dos galeazas de los hermanos Bragadino, avanza el cuerno derecho de lo armada turca: 54 galeras y dos galeotas, entre las capitanas del gobernador de Alejandría y del bey de Negroponto. El cuerpo de batalla de Don Juan, 62 galeras, encuadradas por las capitanas de Lomellini y de Malta, con las galeazas de Guoro y Duodo a una milla por la proa, corre al encuentro con el centro de



Alí-Pachá: 87 galeras y ocho galeotas, entre la capitana de Rodas y la del Gobernador del Arsenal. Detrás de Don Juan de Austria, las 30 galeras de reserva del Marqués de Santa Cruz; detrás del capitán Pachá, una reserva mucho más débil: ocho galeras y 21 fustas con Murat Dragut...

El ala derecha cristiana, con 50 galeras, a las órdenes de Juan Andrea Doria, cuya capitana debe ser el guía derecho de la formación, y el cuerno izquierdo turco, 61 galeras y 32 galeotas, al mando de Uluch-Alí, realizan una extraña maniobra. En lugar de avanzar para chocar entre sí, navegan paralelamente hacia el Sur, alejándose de sus respectivos cuerpos de batalla. Las galeazas de Juan Andrea, que mandan Cesaro y Pisani, no pueden ocupar su puesto; quedan a poniente de su escuadra y no van a poder combatir.

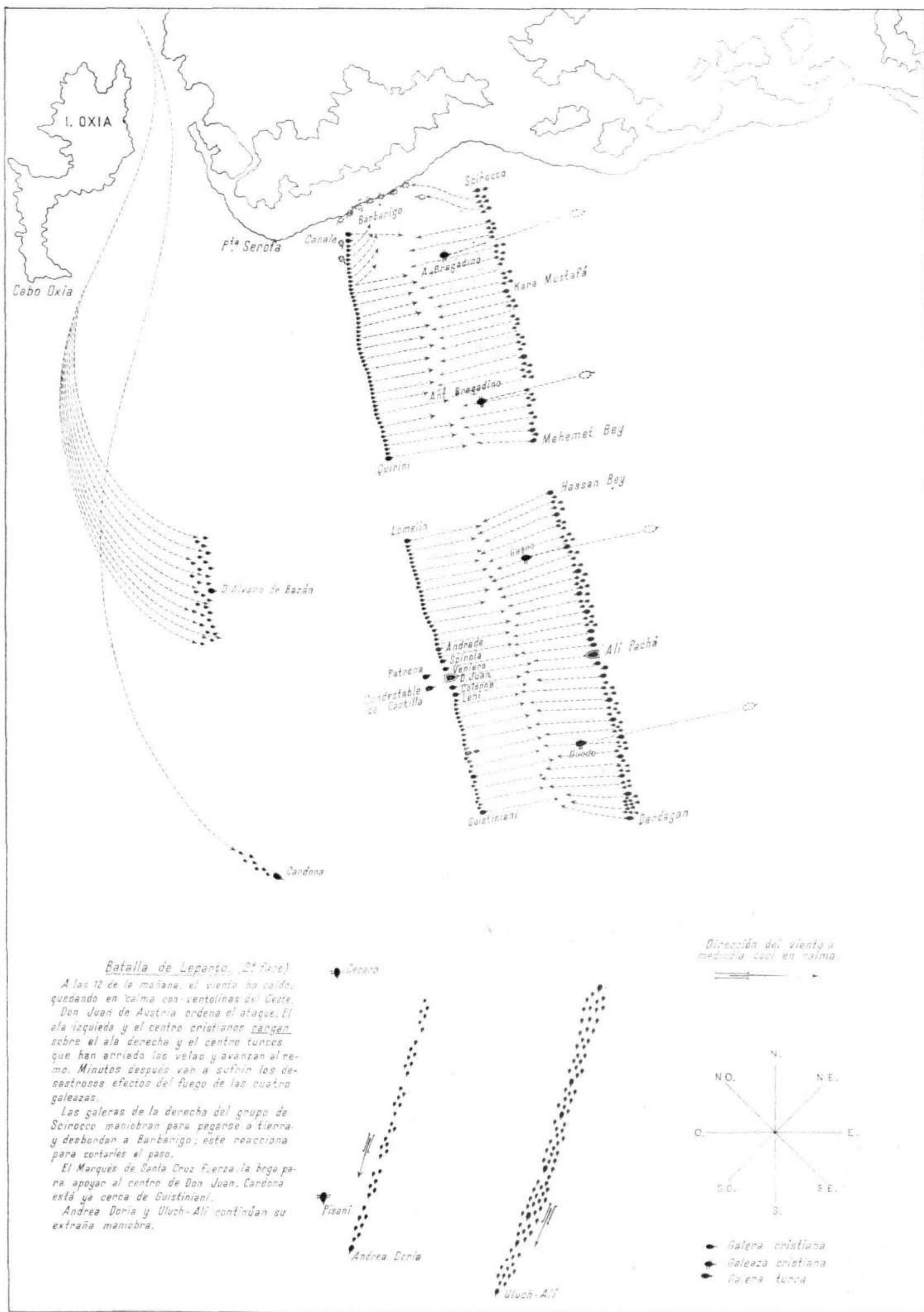
Minutos después del mediodía, el estruendo que forman la gritería de los combatientes y el sonido de clarines y tambores es dominado por un gran trueno que retumba sobre la mar en calma. La galeaza de Duodo ha roto el fuego; las otras

tres la imitan. Ciento veinte cañones han disparado casi simultáneamente sobre la línea turca, y sus efectos son desastrosos. Un proyectil ha pasado a escasa altura sobre la cabeza de Alí-Pachá y ha pulverizado su fanal. ¡Mal augurio! En una galera próxima, otro proyectil ha cogido de enfilada la crujía y la ha cubierto de muertos y heridos; la espalda de la capitana de las galeotas ha quedado hecha trizas; dos galeras, alcanzadas en sus cascos, se van a pique en cuestión de minutos; otras varias quedan al garete ardiendo; las galeotas acuden en su auxilio. El efecto de esta descarga sobrecoge a los turcos y su línea se detiene. Sin orden ninguna, los capitanes han mandado ciar. La crisis, que está a punto de determinar una desordenada retirada hacia Lepanto, es salvada por el arrojado capitán Pachá, quien ordena forzar la boga de su galera y atravesar, rápidamente y a todo evento, aquella barrera de fuego. Las demás la imitan, sucesivamente. «¡Avante y arranca!» gritan los arraeces turcos arrastrados por el valor de Alí-Pachá. Las galeras avanzan ya sin orden, rota la línea, y

al precio de nuevas pérdidas, dejan atrás las cuatro fortalezas flotantes, incapaces ya de participar en la lucha.

Como consecuencia de esta inicial intervención de las galeazas—primera utilización integral de la artillería sobre el mar—, el ala derecha turca queda avanzada sobre el centro y es la primera que choca con los cristianos.

La capitana de Scirocco trata de pegarse a tierra y desbordar a los cristianos para atacarles por la espalda. Barbarigo se da cuenta de sus intenciones y, aun a riesgo de varar en la playa, maniobra para cerrarle el paso. Antonio Canale le imita, y a éste siguen «La Fortuna», «Las Tres Manos», «El León y el Fénix» y «El Sagitario». Algunas galeras turcas logran pasar, pero la de Barbarigo ha embestido ya a la capitana de Alejandría. En ayuda de ésta acuden a sus costados la galera del hijo de Kara Mustafá y otras dos más; y tres galeras cristianas apoyan la de su jefe. Durante una hora se combate duramente en las dos capitanas, que, trincadas por los garfios de abordaje, forman un solo cuerpo. Varias veces los arcabuceros españoles, que han abandonado el ya inútil arcabuz para armarse de picas y espadas, cargan sobre la crujía de la galera turca, y otras tantas los refuerzos que éstas reciben rechazan a los asaltantes hasta las arrumbadas de su galera. Mientras esta lucha tiene lugar en la proa, los arcabuceros de los corredores hacen frente a otras galeras, desde las que los arqueros otomanos disparan sus armas. La capitana del Proveedor de Venecia sufre una verdadera lluvia de flechas, que se clavan zumbando en cubiertas y arboladuras cuando no encuentran carne humana. Barbarigo sobre la espalda, espada en mano, ordena el envío de refuerzos a proa, alienta a los combatientes y dirige la acción. La visera de la celada le molesta; se la levanta para ver mejor, y poco después una flecha turca se clava en su ojo izquierdo y le atraviesa el cráneo. Mortalmente herido es trasladado a la cámara de popa. Federico Nani toma el mando de la capitana. Los momentos son de angustia; los jenízaros, con las caras pintadas de rojo, según es su costumbre, para que no se note la sangre, aullando desafortadamente y armados de pesadas cimitarras, han puesto ya el pie en las arrumbadas de la capitana de Venecia y avanzan por la crujía. En esto, una ligera embestida por la popa. Es la galera de Venecia «Dios Padre en la Trinidad», que manda Giovanni Marino Contarini, sobrino de Barbarigo, quien, después de rendir dos galeras turcas que le cortaban el paso, acude en ayuda de su tío. Por la otra banda llega «La Brava», galera de Nápoles que manda Miguel Quesada. Ya es tiempo; los soldados de refuerzo pasan a la capitana de Barbarigo y contraatacan furiosamente; la crujía está llena de cadáveres, que son arrojados al mar; muchos heridos caen a la cámara de boga, donde la chusma los despoja, dejándolos después desangrarse. Los jenízaros retroceden palmo a palmo. La carnicería es espantosa. Un arcabuzazo mata a Contarini; Federico Nani ha sido derribado de un golpe de alfanje al pretender saltar a la arrumbada. La capitana de Canale logra desembarazarse de las galeras que la rodean, y que ya ha rendido, y acude a lo más duro de la pelea: al combate entre las galeras almirantes. Cortando el paso a una galeota que acude



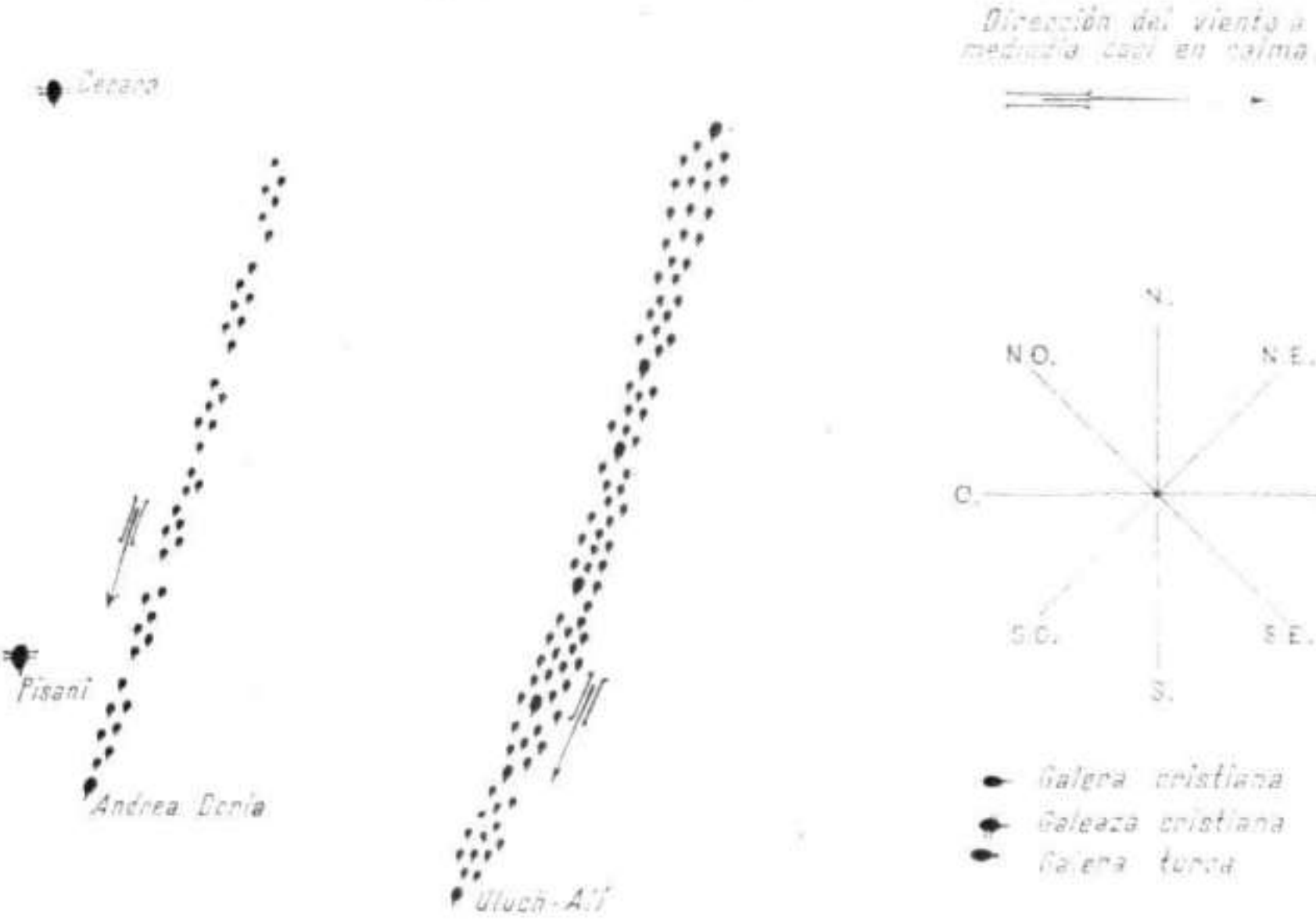
Batalla de Lepanto. (2ª fase)

A las 12 de la mañana, el viento ha caído, quedando en calma con ventolinas del Oeste. Don Juan de Austria ordena el ataque. El ala izquierda y el centro cristianos cargan sobre el ala derecha y el centro turcos que han arriado las velas y avanzan al remo. Minutos después van a sufrir los desastrosos efectos del fuego de las cuatro galeazas.

Las galeras de la derecha del grupo de Scirocco maniobran para pegarse a tierra y desbordar a Barbarigo; este reacciona para cortarles el paso.

El Marqués de Santa Cruz fuerza la boga para apoyar al centro de Don Juan. Candona está ya cerca de Guistiniani.

Andrea Doria y Uluch-Ali continúan su extraña maniobra.



a reforzar a Scirocco, a cuya dotación aniquila de una descarga de arcabuces a boca de jarro, ataca por la otra amura de la capitana turca, y la asalta. Los jenizaros que están aún a bordo de la galera de Barbarigo se repliegan a la suya para rechazar este inesperado ataque. Por una banda y otra de la capitana de Alejandría entran los venecianos. Canale se ha despojado de su coraza, y armado de un mandoble da golpes terribles. Esta vez el ataque cristiano es incontenible; pronto los asaltantes llegan a la espalda, donde unos cuantos jenizaros rodean aún a Mehemet Scirocco. La lucha con este pequeño grupo es corta; el gobernador de Alejandría cae derribado por un golpe de pica. «Sufre demasiado—dice Canale—, acabadle.» Otro golpe de pica y el cadáver del jefe del cuerno derecho turco es arrojado al mar. En la popa de su capitana se iza el estandarte de San Marcos. So-

bre la capitana del hijo de Kara Mustafá, que se ha rendido a Marco Quirini, se alza ya también la enseña de Venecia. El pánico cunde en el ala derecha turca a la vista de las capitanas vencidas. La tierra está cerca, y las galeras que aún disponen de movimiento ponen a ella la proa para varar. Unas llegan a tierra; otras quedan detenidas por los bancos de arena. Los hombres se arrojan al mar y tratan de salvarse a nado. La galeaza de Ambrosio Bragadino ha recargado sus cañones y maniobra para ametrallar al montón de galeras fugitivas. Persiguiendo a los que huyen, el ala izquierda cristiana se ha rebatido sobre la costa, y sus galeras asaltan las enemigas varadas, pasando a cuchillo a los que no tienen la fortuna de saltar a tiempo a tierra; y ni aun éstos pueden considerarse a salvo, porque de varias galeras cristianas desembarcan destacamentos de arcabuceros

para dedicarse a la caza del hombre en las cuevas abiertas por la mar en las rocas de la costa.

La derrota del ala derecha del Turco ha sido total. Ni una galera escapa; las que no han ardido o se han ido a pique, varadas o a flote son presas de los cristianos.

Don Juan de Austria no ha podido darse cuenta del desarrollo de la acción en su ala izquierda, porque casi simultáneamente al choque de ésta con las galeras de Mehemet Scirocco, sus 62 galeras han llegado a las manos con las del capitán Pachá. El choque de los dos centros tiene por eje principal el combate entre las dos galeras reales y sus inmediatos apoyos de fanales. La real de Don Juan lleva a su derecha la capitana de Roma, con Marco Antonio Colonna, y la de Saboya, con el Príncipe de Urbino y Monseñor de Ligny; a su izquierda, la capitana de Veniero y la de Génova, con Héctor Spínola y Alejandro Farnesio; y en sus aletas, para cubrirle la popa, la Patrona real y la capitana del Gran Comendador de Castilla. Contra este poderoso grupo de las siete más potentes galeras de la armada cristiana avanza Ali-Pachá con su «Sultana», rodeado de la capitana de Metalín, la de Valona, la de las galeotas, la del *serasker* Pertev Pachá, la de Mustafá Esdri y la de los jenizaros.

Las dos reales se han reconocido y se buscan. Ya están a un cuerpo de galera de distancia. Los 400 arcabuceros escogidos del tercio de Cerdeña, que ocupan las arrumbadas, los corredores, la crujía y los reductos centrales, se arrojan al suelo con sus armas preparadas, para ofrecer menor blanco a la descarga que se avecina de la artillería de la «Sultana». Cuando falta media eslora de galera para el choque, disparan los cinco cañones turcos. En el fogón y en el esquife se producen bajas; dos arcabuceros que están en la arrumbada, al lado de don Miguel de Moncada son aniquilados por el mismo proyectil; otro hace un verdadero desaguisado en la cámara de boga, donde más de treinta galeotes son derribados de sus bancos. Instantes después, Don Juan hace la señal de la Cruz y da la orden de fuego. Los artilleros descargan sus piezas, que, apuntadas en depresión, gracias a la precaución tomada por el Capitán general de la Liga, de ordenar cortar los espolones, para no entorpecer el tiro del cañón de crujía, barren con su metralla la cámara de boga y la espalda de la real turca. Los arcabuceros de don Miguel de Moncada y don Lope de Figueroa descargan simultáneamente sus armas sobre la masa de jenizaros que se apresta al asalto en la proa de la «Sultana». Y en seguida el choque: un crujido terrible de maderas. Los espolones se parten y sus muñones se incrustan en el casco contrario. La roda de la real de Ali, más alterosa que la de Don Juan, penetra hasta el cuarto banco de la de éste. De una parte y de otra se lanzan los garfios de abordaje, y las dos galeras quedan formando un solo cuerpo. Desde la arrumbada de la turca se desencadena una verdadera lluvia de flechas y arcabuzazos; varios caballeros de los que rodean a Don Juan caen muertos o heridos.

LEPANTO LA MAS ALTA OCASION QUE VIERON LOS SIGLOS



El gran «pequeño trotamundos» **LAVIS 511**

...es el pequeño gran Televisor que actúa en todas condiciones:

Con o sin red eléctrica (puede alimentarse con baterías "tv", recargables y también con batería de coche). Funciona, perfectamente, en cualquier lugar: Ciudad, Campo, Playa.

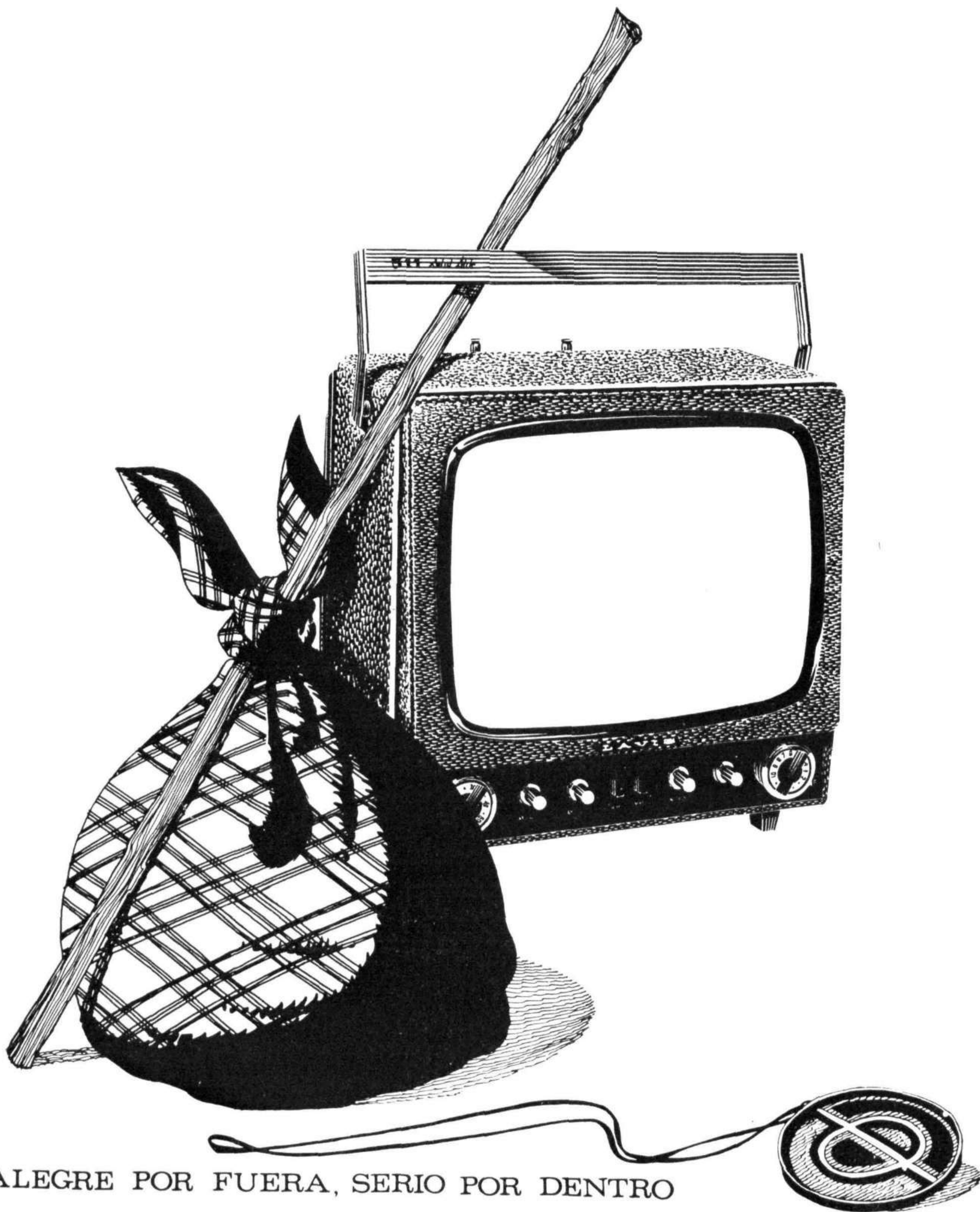
Es buen viajero: Pequeño y ligero. Muy sólido (a prueba de encontronazos).

Alegre por fuera (colorido "portátil") y muy serio por dentro (circuitos transistorizados).

P.V.P. - 18.990 ptas. (incluidos impuestos). Baterías aparte.

PORTATIL 511 SUPER

LAVIS



ALEGRE POR FUERA, SERIO POR DENTRO

—Alteza—dice don Luis de Requeséns al Capitán general de la Liga, que ha desenvainado su espada y está atento al asalto que en aquel momento inician a proa los dos maestros de campo—, os suplico que entréis en la cámara; no exponed vuestra augusta persona a un arcabuzazo...

—Gracias, comendador, pero ¿quién mejor que yo puede defender el estandarte y esta sagrada imagen?—responde con orgullo Don Juan de Austria, señalando al estanterol donde se ha afirmado el Crucifijo sobre el que flamea el estandarte de la Santa Liga.

Moncada y Figueroa han saltado a la «Sultana»; los arcabuceros españoles llegan a la altura de su palo mayor. Por dos veces son rechazados. En la arrumbada turca los bravos soldados de España se dejan aniquilar sin ceder un paso. Cárdenas acude con la reserva, pero no basta, porque la capitana turca está recibiendo continuos refuerzos de los fanales que la apoyan. A la popa de la capitana de Don Juan se aproxima una galera con su tamboreta repleta de soldados del tercio de Nápoles. Es la capitana de Don Alvaro de Bazán, que acaba de rendir dos galeras y acude en apoyo del Capitán general. El bravo Marqués de Santa Cruz, que ha recibido ya dos balazos en su armadura y a cuyos pies acaba de caer muerto de un flechazo en la cabeza el capitán Rutilia, transborda cien de sus arcabuceros a la real y desatraca para acudir a otro lugar donde su ayuda sea necesaria. El socorro llega a tiempo, porque Cárdenas acaba de caer herido de muerte en la cámara de boga y los defensores de la arrumbada empiezan a ceder. Durante algún tiempo la situación se restablece y los españoles saltan de nuevo a la «Sultana», pero a ésta llegan más tropas de refresco.

Figueroa y sus hombres son impelidos hacia popa. Los jenizaros han saltado a la capitana de la Liga, y poco a poco avanzan por su arrumbada. Alí-Pachá, con su cimitarra damasquinada en la diestra y un puñal en la otra mano, ha aparecido en la proa rodeado de su guardia personal de feroces guerreros tártaros. Don Juan de Austria encomienda la guardia del estandarte a un grupo de caballeros y avanza espada en mano por la crujía a la cabeza de los demás para tomar parte en la lucha. ¿Llegarán al cuerpo a cuerpo personal el almirante del Sultán y el hijo de Carlos V? En aquellos momentos, los más críticos de la batalla, una descarga de arcabuces que dispara una galera que pasa próxima, y a la que el humo del combate impide reconocer, derriba un buen número de los jenizaros que se encuentran a bordo de la real de Don Juan; los demás empiezan a recular. ¿Qué ha sucedido? ¿De dónde viene tan oportuno socorro?

La capitana de Roma acaba de conquistar la del bey de Negroponto, que huyendo de la derrota del cuerno derecho se había incorporado al combate entre los cuerpos de batalla. Marco Antonio Colonna se da cuenta entonces de que se lucha a bordo de la real de Don Juan y acude en su auxilio. El caballero de Malta, Romegas, que maniobra el timón, pone la proa a la aleta de la capitana de Alí-Pachá y la embiste con tal energía, que la roda de la

galera del Papa se incrusta en el tercer banco de popa de la turca. Marco Antonio, seguido de Romegas, de Antonio Carafia, de Miguel Bonelli—un sobrino de Pío V que sólo tiene diecisiete años—y de un grupo de caballeros de Malta y San Esteban, salta al abordaje.

Al mismo tiempo, la capitana del Marqués de Santa Cruz se aferra por la banda de estribor de la «Sultana» y lanza a ésta a don Pedro Padilla con sus arcabuceros del tercio de Nápoles.

Cogidos entre dos fuegos, los turcos se repliegan para defender su real, abandonando la de los cristianos. Estos, con Juan Vázquez Coronado, Gil de Andrade y Pedro Francisco Doria a la cabeza, se lanzan al contraataque y pasan a la galera turca. Es el ataque decisivo. Los cristianos asaltan por todas partes la capitana de Alí-Pachá, que es escenario de una lucha espantosa. Muchos de los asaltantes resbalan en la sangre que llena la cubierta o en la grasa que intencionadamente han echado los turcos al replegarse; unos caen al agua; otros derriban a enemigos que están en pie, y combaten con ellos en el suelo; no se respetan los heridos; los gritos de «amán» de los turcos son respondidos con golpes de daga o con empujones que los lanzan al mar. Cuenta que un caballero de Malta que en su juventud había bogado en una galera turca como esclavo, arrojaba heridos a la mar voceando en árabe el pregón de los vendedores de agua: «Al agua; al agua fresca los que tienen sed».

Alí-Pachá se defiende bravamente con un pequeño grupo de jenizaros a popa de la crujía. Un arcabuzazo le alcanza en la cabeza y cae delante del banco de los *espalderes*. Uno de éstos, esclavo cristiano, coge una cimitarra que está a su alcance y de un solo golpe corta la cabeza del capitán Pachá, arrojándosela a un soldado de España. Este la clava en una pica y ofrece el sangriento trofeo al Capitán general.

—Esta es la cabeza del capitán Pachá, Alteza.

—¿Para qué quiero yo eso?—responde con disgusto Don Juan de Austria.

Y la cabeza de Alí-Pachá es arrojada al mar, donde, muertos o heridos, flotan centenares de soldados del Sultán.

En la popa de la real otomana ondea ya el estandarte de la Santa Liga.

Simultáneamente a este combate otros muy similares han tenido lugar a lo largo de la línea de batalla. La capitana de Veniero, apoyada por dos galeras de Venecia, ha combatido con la de Pertev Pachá. Veniero es herido en una pierna de un tiro de arcabuz. Los capitanes de las otras galeras, Giovanni Loredano y Caterino Malipiero, mueren en la refriega. La galera de Pertev Pachá trata de huir evitando el abordaje, pero es detenida por las capitanas de don Juan de Cardona y de Lomellino. Cardona la aborda brutalmente por el través y la asalta. Pertev Pachá escapa en un esquife; pasa a bordo de la capitana de los jenizaros y huye a Prevesa. Otras cinco galeras turcas que combaten con tres cristianas quedan en poder de las dotaciones de éstas, pero sus capitanes no pueden gozar del triunfo, porque los tres han muerto.

La «Grifona» del Papa combate con la galera de Kara Yusuf, y la apresa; la del bey de Rodas queda en poder de la «Elbicina». La «Toscana», galera del Papa, que manda el caballero Caracciolo, conquista la capitana de Mustafá Esdri, que es la capitana del Papa Pío IV, apresada por los turcos en Zerbi, en 1560.

Hacia las dos de la tarde, el cuerpo de batalla turco agoniza...

Su Santidad Pío V se encontraba despachando aquella tarde con su tesorero, monseñor Busotti de Bibiana, en una de las cámaras del Vaticano, cuando, de repente, quedó en suspenso como quien escucha, haciendo señal a Busotti de que callase. Este, que nada oía, vio con asombro cómo el papa se acercaba a una ventana que daba a Oriente y, abriéndola, asomábase a ella y quedaba durante algún rato en la misma actitud de atención; pero su asombro fue aún mayor al observar la transfiguración que experimentaba el rostro del venerable anciano. Busotti comprendió con terror que algo sobrenatural y divino producía aquella actitud del Papa en la que permaneció durante tres minutos—según juró después—, hasta que, saliendo de su arrobamiento, le dijo:

—No es hora ésta de tratar de negocios... Demos gracias a Dios por la victoria alcanzada sobre los turcos.

Y retiróse a su oratorio, mientras Busotti contaba lo sucedido a varios prelados y cardenales y se levantaba acta de ello, señalando todas las circunstancias de lugar y tiempo, para depositarla en casa de un notario.

Cuando el 26 de octubre—diecinueve días después—llegó a Roma la noticia de la victoria y los detalles de la batalla, y se hizo el cómputo de horas según los meridianos de Roma y de las islas Curzolari, se llegó a la conclusión de que el Santo Pontífice había tenido la revelación divina de la victoria en el mismo momento en que, socorrida la real por Marco Antonio Colonna y el Marqués de Santa Cruz, los arcabuceros de Don Juan cargaban por última vez contra la «Sultana» (1).

Dios había ya decidido en aquellos momentos la victoria de los suyos, pero a los ojos humanos de los combatientes la victoria no estaba aún alcanzada.

Cuando Don Juan de Austria sube a la timonera de la real turca, ya rendida, para tener una impresión general de la marcha de la batalla, ve que el cuerno izquierdo de Uluch-Alí está a punto de caer sobre el flanco derecho de su centro y que Juan Andrea Doria está muy lejos y no llegará a tiempo de socorrerlo.

Veamos lo que pasó.

Juan Andrea se vio con 50 galeras frente a 61 galeras y 32 galeotas de Alí-Pachá, y se dio cuenta de que el viejo zorro berberisco extendía su ala hacia el Sur con ánimo de envolver la derecha cristiana. Buen táctico Juan Andrea, corrió él también hacia el Sur y creyó maniobrar a Uluch-Alí al separarlo de su cuerpo de batalla. Si con sus 50 galeras lograba él apartar de la lucha 93 unidades turcas, el éxito era evidente, pero, sintién-

(1) Los testimonios documentales de este hecho fueron leídos por el padre Coloma en el expediente de canonización de San Pío V.

LEPANTO LA MAS ALTA OCASION QUE VIERON LOS SIGLOS

dose en inferioridad de fuerzas para fijar al corsario mediante un combate aislado, prefirió dar tiempo a que Don Juan y Bragadino acabaran con el resto de la flota de Alí-Pachá, pensando en que luego habría lugar a concentrar todas las fuerzas cristianas contra el cuerpo izquierdo otomano, y siguió navegando al Sur sin darse cuenta de que, al avanzar más hacia el Sur que su adversario, ofrecía a éste una oportunidad que un buen táctico, como él creía ser, y no sin razón, debió haber previsto. El viejo Uluch-Alí sabía su oficio, y tan pronto como comprendió que su distancia al extremo del centro cristiano era menor que aquélla a la que se encontraba Juan Andrea, ordenó un rápido cambio de rumbo, y a toda la velocidad que el látigo de los cómitres pudo sacar a sus *chusmas*, cayó sobre el extremo derecho del cuerpo de batalla donde se encontraba la capitana de Malta.

Hacia las tres de la tarde, siete galeras turcas con Uluch-Alí rodean a la capitana de Giustiniani. Una verdadera lluvia de flechas, arcabuzazos y disparos de cañón cae sobre ella. Los caballeros se defienden como es fama sabían hacerlo, y, cuando todos han muerto o están heridos, la galera es asaltada. Sólo Giustiniani, un caballero siciliano y otro español, que están heridos y que los turcos creen muertos, se libran de la matanza. Nada más que 20 galeras cristianas combaten con las 93 unidades de Uluch-Alí; seis de aquéllas son hundidas. El capitán de la «Cristo Resucitado», el veneciano Benedetto Soranzo, da fuego a su pañol de pólvora y la hace volar antes de caer en manos del turco. La «Doria», de Génova, y la «Sicilia», de Sicilia, se van a pique, hundiéndose con toda su gente. Toda la guarnición de la «San-Giovanni» perece. La «Fiorenza», del papa, en combate con cuatro berberiscas, pierde también todos sus hombres. La capitana de Nicolo Doria y la «Margarita» corren la misma suerte.

La catástrofe está a punto de consumarse cuando empiezan a llegar socorros.

El primero en acudir es don Juan de Cardona con sus siete galeras de vanguardia. Dieciséis berberiscas tratan de cerrarle el paso. Cardona carga contra ellas; se produce una lucha espantosa; de ocho oficiales y 500 soldados del tercio de Sicilia que tiene a bordo, sólo 50 quedan ilesos. Cardona resulta herido de una flecha y un arcabuzazo. La patrona de Sicilia y la capitana de Santiago, que le siguen, son también diezmadas. Pero el sacrificio de la escuadra de exploración da tiempo a que lleguen más sólidos refuerzos.

Don Alvaro de Bazán acude con su reserva y se empeña en nuevos combates. Detrás de él llega la «Marquesa». Dos galeras turcas la abordan y los jenizaros la asaltan. Su capitán, Giovanni de Machado, cae muerto; los turcos avanzan por la crujía y combaten contra los bastiones del fogón y el esquife. En éste está Miguel de Cervantes, que se bate como un león a pesar de su fiebre. Un arcabuzazo le ha alcanzado en un hombro, su mano izquierda cuelga ensangrentada y, cuando su espada se hunde en el pecho de un jenizaro que va a descargar un golpe de alfanje contra un compañero, una pica le derriba de un golpe en la cabeza. La galera «Leona», que llega en socorro, salva la cri-

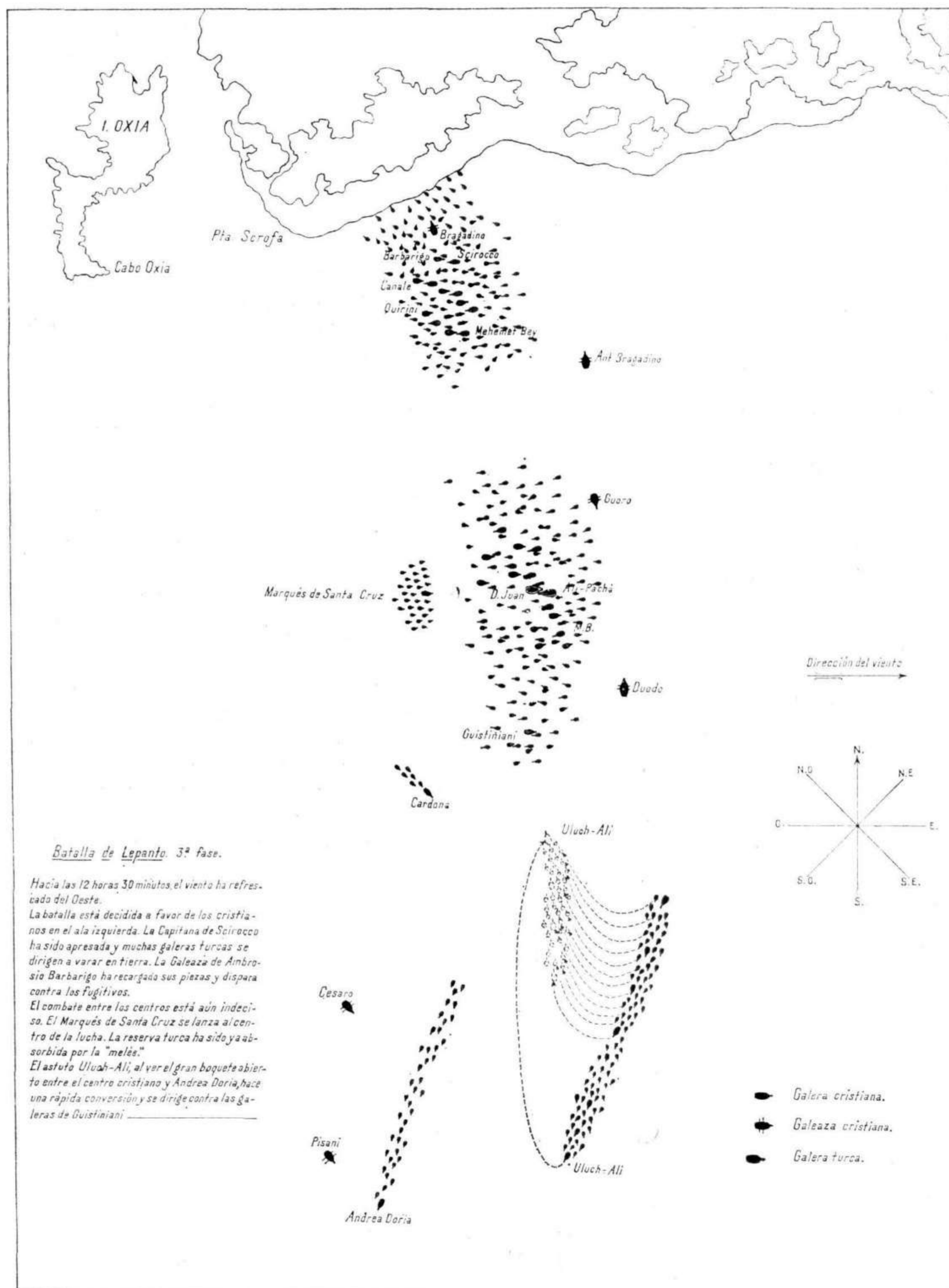
sis y arroja a los turcos de la «Marquesa» cuando ésta está a punto de perecer.

Miguel de Cervantes tardará casi un año en curarse de sus heridas en el hospital de Mesina. El 17 de octubre de 1572 combatirá de nuevo en Navarino formando parte de la compañía de don Manuel Ponce de León, del tercio de don Lope de Figueroa, pero ya sin movimiento en su mano izquierda, que el «Manco de Lepanto» «ha perdido para gloria de su mano derecha». Años después con ella ha de escribir: «Si me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella acción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella..., que las heridas que el soldado muestra en el rostro y en el pecho estrellas son que guían a los demás al cielo de la gloria.»

La llegada, al fin, de Don Juan, al frente de 12 galeras, y la de Juan Andrea Doria, que ha dado media vuelta y fuerza la boga cuanto puede al verse burlado por su enemigo, restablecen la situación y afirman la victoria. Uluch-Alí no hace frente a estos últimos refuerzos. El astuto tiñoso sabe medir bien sus fuerzas y su *ojo marino* es capaz de apreciar como ninguno la posibilidad de

aprovecharse del viento. Ordena picar los remolques de sus presas; boga hacia el Norte para acercarse a unas rachas del Este que soplan cerca de tierra, y, en cuanto puede, da el aparejo y huye con 13 galeras hacia Prevesa. Don Alvaro de Bazán trata de darle caza, pero sus *chusmas* están agotadas por la actividad que ha desplegado durante toda la batalla, y tiene que desistir. Mientras tanto, 35 buques, entre galeras y galeotas, logran escapar también en dirección a Lepanto. Las 44 restantes del grupo del corsario quedan apresadas por los cristianos; pero el futuro almirante de la flota turca aún podrá intentar consolar al sultán ofreciéndole como trofeo el estandarte de la capitana de Malta, la «bestia negra» para los turcos, que será colgado en Santa Sofía.

A las cinco de la tarde la flota turca ha quedado aniquilada. La victoria de la armada de la Santa Liga ha sido total, aplastante, pero pagada a buen precio; la flota de Don Juan de Austria ha perdido 15 galeras y ha sufrido 15.434 bajas (7.650 muertos y 7.784 heridos). Otras 15 galeras turcas han sido hundidas o incendiadas; 190 son las capturadas por los cristianos. Los turcos pierden 30.000 hombres entre muertos y ahoga-



dos; 8.000 musulmanes quedan prisioneros y 12.000 esclavos cristianos que bogaban en las galeras del Sultán son liberados por Don Juan de Austria.

Desde entonces, el Cabo Scrofa, testigo de aquella singular matanza, es llamado por los turcos *Qanlı Bouroum* (Cabo Sangriento).

Tan rotunda victoria no puede ser explotada inmediatamente. La estación está muy avanzada, y el consejo de guerra, a quien por las capitulaciones de la Liga, Don Juan debe escuchar antes de tomar sus decisiones, se pronuncia unánimemente, días más tarde, en Santa Maura, por regresar a sus bases para invernar. Las galeras necesitan reparaciones; faltan remos, destrozados en la batalla; hay muchas bajas que reponer y los víveres escasean en proporción angustiosa.

A la puesta del sol del día de la batalla salta el mal tiempo. La flota se refugia como puede en Petala. El día 10 se traslada a Santa Maura, y cuando calma el temporal pasa a Corfú en busca de víveres. En Corfú, donde están los galeones de don Carlos de Avalos, se disloca la flota de la Santa Liga. Veniero y los suyos llegan a Venecia el 17. El 1 de noviembre recala Don Juan en Mesina...

La campaña de 1572 no conduce, sin embargo, a los resultados que del éxito de Lepanto podían esperarse. El Santo Papa Pío V, alma de la Liga, había muerto en 1 de mayo; los venecianos gestionaban secretamente, bajo los auspicios de Carlos IX de Francia, la paz con el Turco. La Liga estaba prácticamente rota.

En 15 de marzo de 1573 la Serenísima República firma la paz con Selim II. España queda sola y Don Juan de Austria conquista Túnez con su sola presencia. La plaza se le rinde sin lucha. Al año siguiente la atención de Felipe II está en los Países Bajos. Uluch-Alí recupera Túnez, que no se socorre, y al morir don Luis de Requeséns, en 1576, Don Juan de Austria le sustituye en el gobierno de los Países Bajos, donde logra la brillante victoria de Gembloux, en enero de 1578.

Su gloriosa misión en este mundo ha terminado. El 1 de octubre, en aquel mismo año, el vencedor de Granada, de Lepanto, de Túnez y de Gembloux, aquel espejo de caballeros y de guerreros cristianos que fue Don Juan de Austria, entrega, a los treinta y un años, su alma a Dios en el campamento de Brujas, víctima de la peste que diezma a su ejército.

Aunque estéril en resultados materiales por las causas señaladas, la victoria de Lepanto tuvo, no obstante, las mayores repercusiones de orden moral. El mito de que el Turco era invencible en la mar quedó roto. Marco Antonio Colonna escribía a los dos días de la batalla: «Acabamos de saber que los turcos eran hombres como los demás»; y Cervantes, años más tarde, expresaba la misma idea: «Ese día se disipó el error en que estaba el mundo entero de que los turcos eran invencibles en la mar.» Los turcos, por su parte, convencidos también antes de la imposibilidad de su derrota, quedaron anonadados, perdida la fe en sí mismos y en la estrella del Comendador de los Creyentes, y el Imperio turco comenzó aquel 7 de octubre de 1571 su rápido declive.

Para gloria imperecedera de España, la Cristiandad fue salvada en Lepanto y, gracias a Don Juan de Austria, Europa pudo respirar tranquila.

Madrid, 27 de julio de 1947.

Madrid-España, 1 de octubre de 1971

LA OCASION DE LEPANTO

Hacia 1570 Felipe II pudo al fin respirar, libre de grandes cuidados, en sus dominios. Y aprovechó el momento para reanudar su política favorita de cruzada, máxime que el peligro turco se recrudecía por aquel mismo año. El nuevo sultán, Selim II, servido de un activo ministro, Mehemet Sokobí, abandonó la política continental de Solimán y fomentó el expansionismo marítimo. La lucha por el Mediterráneo alcanzó así sus momentos más dramáticos. En 1570 la flota turca se abalanzó sobre el último bastión importante que restaba a los cristianos en el extremo oriental del Mediterráneo: la isla de Chipre. El golpe, llevado a cabo con grandes fuerzas, puso en conmoción a todo Occidente. Pío V, «el último de los Papas medievales», predicó la cruzada general, a la que España se adhirió desde el primer momento, pero no el Imperio ni Francia; celoso el primero de su neutralismo religioso y la segunda de las posibilidades de expansión española en el Mediterráneo. La Liga Santa que al fin se formó estaba constituida sólo por los países ribereños (España, Génova, los Estados pontificios, Venecia) y sin otra gran potencia que la española, que fue la que aportó la mayor parte del dinero, los hombres y los barcos. Venecia se oponía a esta primacía hispana, pues le molestaba la presencia de su poderosa amiga en el espacio oriental mediterráneo, pero ante el peligro hubo de consentir. Un español, Don Juan de Austria, mandaría la expedición de la Santa Liga.

La maquinaria española, orquestada, como siempre, desde Madrid, se puso en marcha con una lentitud desesperante, pero con la tremenda seguridad de costumbre. Los preparativos comenzaron en mayo y no terminaron hasta septiembre; muchos creyeron que era ya demasiado tarde, pero el optimismo de Don Juan galvanizó a todos. El 7 de octubre de 1571 chocaban a la entrada del golfo de Lepanto las escuadras cristiana y turca. Fue una de las batallas navales más grandes de la Historia, pues en ella participaron más de trescientos barcos por bando y setenta u ochenta mil hombres. Puede decirse que la lucha la decidieron los soldados más que los marinos, puesto que ambas escuadras se mezclaron al abordaje en indescriptible confusión, hecho que, sin duda, favoreció a los cristianos, que disponían de la famosa Infantería española.

El resultado de la batalla de Lepanto fue una de las victorias más sensacionales de todos los tiempos: los turcos perdieron trescientas galeras y sólo treinta pudieron salvarse; sólo diez barcos cristianos se fueron a pique. La escuadra otomana, muerto su célebre caudillo, Alí Pachá, había dejado prácticamente de existir. Entonces sí que se tocaron las consecuencias del retraso español: el otoño se echaba encima y ya no era posible lanzarse sobre Constantinopla o tratar de liberar los Santos Lugares. Algunos autores, como L. Serrano, ven en Lepanto una colosal victoria sin frutos ulteriores, ya que no se la supo o no se la pudo aprovechar. Otros, como Braudel, estiman que ya fue fruto suficiente el que el Mediterráneo quedase convertido en un mar cristiano y que la decadencia turca se precipitase entonces sin remedio.

JOSE LUIS COMELLAS

(De Historia de España Moderna y Contemporánea.
Ed. Rialp. Madrid, 1971.)

EGLOGA DE LA BATALLA NAVAL

(Fragmentos)

Por Cristóbal DE VIRUÉS

Debajo de este roble nos echemos,
que es árbol consagrado al noble Marte,
para que de sus cosas razonemos.

Al fin, Felicio, nuestra Armada parte
del puerto de Mesina tan famoso,
siguiendo su católico estandarte.

Quitaban el color al sol lumbroso
las banderas y flámulas tendidas,
al fresco y manso céfiro amoroso.

De alto a bajo las velas extendidas,
del viento en popa llenas e hinchadas,
las calmas aguas con las proas rompidas,

tan sesgamente por el mar llevadas
eran las ligerísimas galeras,
que dijeras estar en él paradas.

Todas eran muy fuertes, muy veleras,
todas el lastre tienen importante
para que a vela y remo sean ligeras.

De todas la Real viene delante,
guiada por el alto Omnipotente,
para guía de todas vigilante.

Cargada de lucida, ilustre gente,
vacía de temor, y reforzada
de cuanto le es al caso conveniente.

Ya que el sol acababa su jornada,
vieras las capitanas emprendella
a pedirle la seña acostumbrada.

Vienen bogando a sotavento de ella,
y en emparejando, levan remos,
salúdanla tres veces, y una ella.

«Señor nostramo, ¿qué nombre tenemos»,
al Cómite Real dicen los otros,
«con el cual esta noche navegaremos?»

«Santa María sea con vosotros»,
dice, «y próspero viento darnos quiera.
Ella os guíe a vosotros y a nosotros.»

Y tras esto señala la galera
que lleve aquella noche la vanguardia
un Argos hecha, cual si un Argos fuera.

El orden mismo da a la retaguardia
para que pongan luz en los fanales
y que al alto garcés suba la guardia.

Sólo ponen la luz las generales;
gobiéranse las otras por aquéllas
como por tres estrellas principales.

Mas, porque la Real se extreme de ellas,
dos fanales encienden relumbrantes
como dos lucidísimas estrellas.

Este es el orden de los navegantes,
con éste se navega de continuo
en las grandes jornadas importantes.

En diez días, así, la Armada vino
a Corfú, fuerte isla veneciana,
porque tuvo mal tiempo en el camino.

Por la mansa canal, segura y llana,
las galeras en orden entran puestas
con tan brava apariencia cuan galana.

Aquéllas aguardando van a aquéllas,
y todas para el punto señalado
las cosas de la salva tienen prestas.

Ya el estandarte vieras arbolado,
la flámula en la antena, el gallardete
ya puesto en el garcés y desplegado.

Ya vieras el filar y el fi'arete
cubiertos de tapieras de colores,
ya tender el tendal y el tendalete.

De diferentes armas de señores
vieras mil banderillas tremolando,
haciendo por el aire mil labores.

Ya que en orden se iban acercando,
al rumor de las cajas y trompetas
el arcabuceria disparando,

resonaron en torno las is'etas
al disparar la gruesa artillería,
y retiemblan las aguas más quiéatas.

Parece que combaten a porfía
con los fuertes castillos, las galeras.
El negro humo el c'aro sol cubría.

Hecha la salva ya, corren ligeras
después de la Real, porque del puerto
toman la mejor posta las primeras.

Dan fondo, echando el ferro, al mar incierto;
echan esquite, ormejan la galera,
dan vuelta, al cabo, en tierra en lo más cierto.

Hacen tienda, afrenillan; la primera
en todo es la Real, mas no hay alguna
que quiera ser tras ella la postrera.

Y así vieras hacer todas a una,
cosa de ver, una faena misma,
sin que en hacerla falte sola una.

Con esta priesa y general porfía
nos recogimos todos en la Armada,
como dije, Felicio, al cuarto día.

Mas ya que de él la noche su jornada,
que por el estrellado orbe camina,
tendría la mitad, o casi, andada,

cuando el Norte, y el Carro, y la Bocina,
la Luna, las estrellas y planetas,
despedían su luz clara y divina,

cuando estaban las gentes más quiéatas,
por ser el punto de la noche cuando
son las cosas del mundo más secretas;

ya que la prima guardia iba pasando,
o que del todo iba ya rendida,
la mitad de la noche señalando;

como del fondo de la mar salida,
una trompeta sonora y clara
fué en este punto en el Armada oída.

Ninguno con atento oído escuchara
el son del clarín dulce y entonado
que atónito y suspenso no quedara.

El mar, el cielo, el puerto sosegado,
ni sola una pestaña se movía
cuando el dulce clarín era escuchado.

De Nereides la casta compañía,
con Ioreo, con Nereo y con Netuno,
el agradable son atenta oía,

admirada de ver lo que ninguno
en ocasión tan alta había oído
en su profundo Reino, en tiempo alguno.

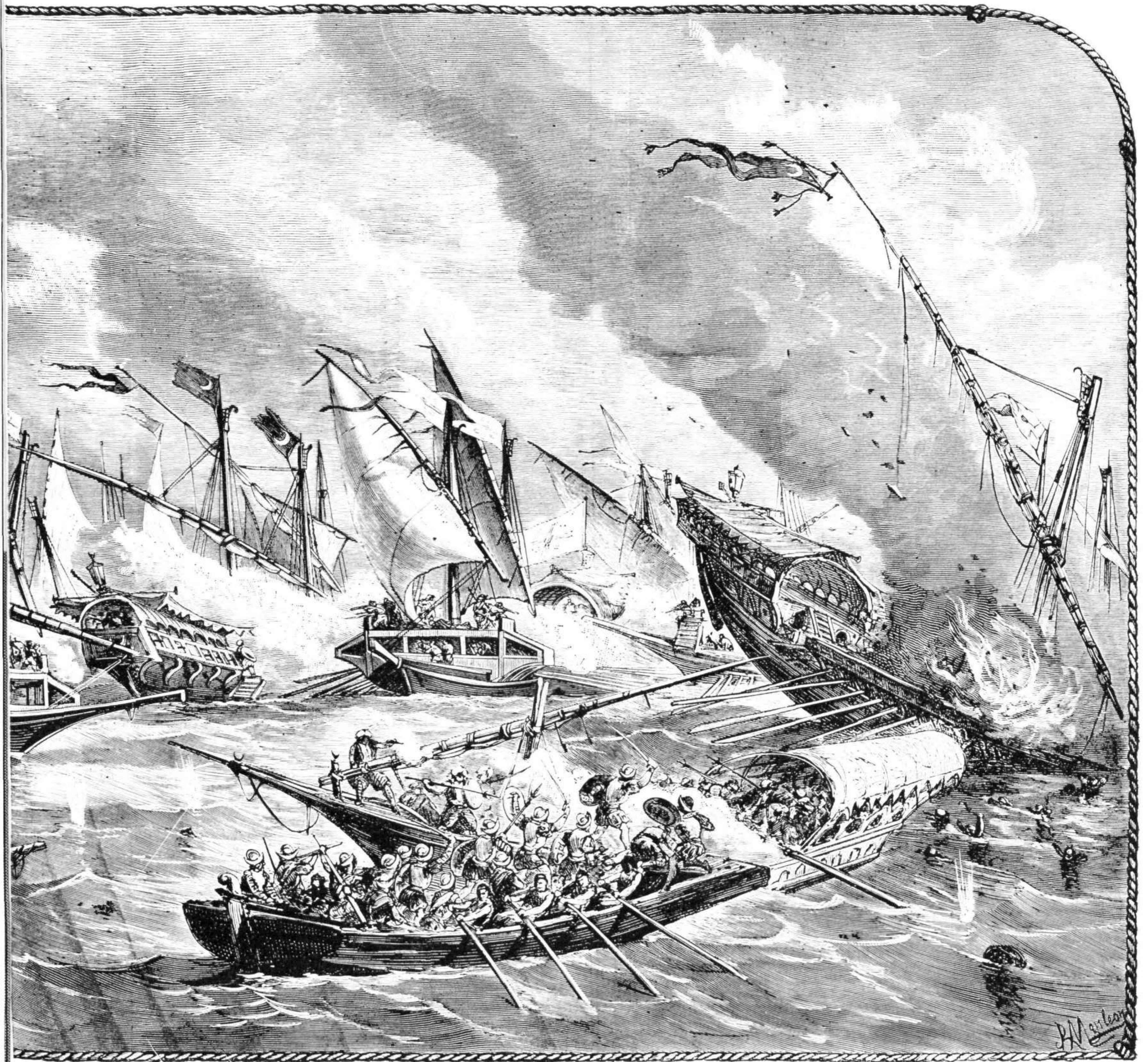
Mas no pudo gozar aquel sonido,
que tal admiración y gusto daba,
lo que quisiera su contento oído,



porque, apenas el músico acababa
la pausa de su música primera,
y para la segunda respiraba,
cuando, como si el mundo se hundiera,
se mueve un alboroto y un estruendo
que el corazón más fuerte enterneciera.
Ya la Real, ya todas van sa'iendo;
ya abaten, zarpan, cían, y en un punto
desamarran el cabo y van siguiendo.
Es como de lo vivo a lo difunto
el oírlo contar, Felicio amigo,
y el quererte mostrar aquí el trasunto.
La menor parte de lo que hay no digo;
en cuanto a encarecer, la menor parte,
aunque de todo fuí tan buen testigo.
Al fin, así de allí la Armada parte,
y toma la derrota para un puerto
que está de la canal a la otra parte.

Al punto que rayando los collados
la dorada cabeza el sol sacaba,
esparciendo los rayos que mojados
en el agua del mar reverberaba,

LEPANTO LA MAS ALTA OCASION QUE VIERON LOS SIGLOS



El combate de Lepanto. Composición y dibujo de Monleón

deshaciendo los húmedos nublados
y la nocturna sombra que quedaba,
trayendo el día sétimo de octubre
en el hermoso rostro que descubre;

por entre las isletas navegando
con gran silencio y orden el Armada,
a cuarteles, a espacio, iba bogando,
a Lepanto la vía enderezada.
Al doblar de las islas, voceando
la guardia del garcés alborotada,
al General invicto le decía
que armada de galeras descubría.

«Velas latinas son, y en popa el viento
traen, y en tanto número parecen
que cuanto más las miro y más las cuento,
más se muestran, más salen y aparecen.
Parece que se juntan ciento a ciento;
el claro sol las velas oscurecen;
toda la armada es del enemigo,
no hay, señor, que dudar de lo que digo.»

Suben proeles, suben marineros,
por las entenas y árboles trepando,
todos aquella voz de los primeros
con las suyas muy altas aprobando.
Crece el rumor, levántanse ligeros
atentos todos hacia allá mirando,
y en esto, el General, sagaz la seña
en el garcés de la Real enseña.

La banderilla en alto levantada,
disparan un cañón, señal postrera
de que se ponga en orden el Armada,
tomando su lugar cada galera.
Y en un punto la gente toda armada,
en proa, en banda, en popa, en ballestera,
atiende el temeroso encuentro horrible
con corazón y espíritu invencible.

Puesta en orden, pues, ya, la Armada nuestra,
el General famoso Juan Andrea
guiaba el cuerno de la mano diestra,
adonde su prudencia y arte emplea.

Y guía Barbarigo a la siniestra
el otro cuerno, do mostrar desea
al libre y gran Senado veneciano
el poder de su cargo y de su mano.

Es verde del primero la divisa,
su capitana flámula en la pena,
y en las demás, porque ella sea divisa,
bandera en el garcés de viento llena.
Del segundo amarilla se divisa
asimismo la flámula en su entena,
y en las demás al árbol las banderas,
y tienen ambos ciento y diez galeras.

Así el un cuerno y otro va distinto
de la faz y batalla que gobierna
el hijo del famoso Carlos Quinto,
digno de fama y gloria sempiterna.
Es su divisa azul, cual es su instinto,
del celo celestial que en él se interna,
y sesenta galeras escogidas
son la de esta divisa ennoblecidas.

LEPANTO

LA MAS ALTA OCASION QUE VIERON LOS SIGLOS

De doscientas diez galeras Reales y de seis galeazas poderosas, llenas de hombres famosos principales y de espantables máquinas furiosas, fué nuestra Armada, y los varones, cuales suelen hallarse en cosas tan famosas, eran veintiocho mil: seis de Alemania, doce de Italia, los demás de España.

Acompañaba la Real galera Marco Antonio Colona del un lado, con la gran Capitana y la bandera de Pío Quinto, General Prelado; del otro lado, por igual hilera venía Veniero con la del Senado, y dos por popa: la Real patrona y Requesens, teniente a su persona.

Don Alvaro Bazán la retaguardia lleva al socorro general dispuesta con cuarenta galeras en su guardia y con blanca divisa de su fiesta, y fueron por fortísima vanguardia las galeazas, donde en orden puesta gran cantidad de gruesa artillería gran parte fué del bien de este gran día.

La armada del tirano, de la forma venía que la luna se aparece cuando su blanco rostro aun no reforma y círculo partido nos parece. La una y otra armada se conforma con el furor de Marte que encruelece los gallardos y fuertes corazones nuestros y de los bárbaros varones.

Era la fiera armada de otomano de doscientas galeras y cuarenta, y cincuenta de aquellas que al tirano suelen servir a costa suya y cuenta; galeotas que el mar Mediterráneo corren con tanto daño y tanta afrenta. Y en naciones y en armas diferentes eran treinta y seis mil los combatientes.

Al son de roncas cajas y trompetas, de pífanos, dulzainas, tamborines, de flautas, de bocinas y cornetas, de trompas y conciertos de clarines que renovaba el eco en las isletas y se pudiera oír en los confines de la ancha tierra, parten las armadas bogando a espacio justas y ordenadas.

A tiro de cañón se iba acercando la armada de la infiel contraria parte, cuando nuestra Real, a quien guiando iba el celeste poderoso Marte, el cañón de crujía disparando adelantada más apriesa parte a comenzar la belicosa fiesta, oyendo de los turcos la respuesta.

De los cuales la grande capitana, con soberbio rumor y vocería, por la mar sosegada, calma y llana, también adelantada algo venía. ¡Oh cruel invención, fiera, inhumana! ¡Oh máquina infernal de artillería! ¿Quién bastará a contar lo que hiciste sin que tenga la furia que tuviste?

En este punto el viento retiróse, revolviendo las alas al Levante, y en las cuevas del Cáucaso encerróse de cuya aspereza es habitante; y con su ausencia el ancho mar calmóse, esperando quieto aquel instante que el sol, casi parado en su alta esfera, con atención y admiración espera.

Detuvo sólo el sol su movimiento para que el justo Josué acabase de proseguir el comenzado intento sin que contrario alguno se escapase, mas aquí, el sol, el cielo, el mar, el viento, para que el gran conflicto comenzase parece que concordados se detienen y que en nuestro favor todos se avienen.

Ya es todo fuego y humo el aire y cielo, ya el son de las trompetas y clarines que llevado del aire claro a vuelo recreaba el oído a los de fines,

es temor bravo y es mortal recelo, y un alto estruendo tal que en los confines de la más apartada mar y tierra los corazones y ánimos atierra.

Las galeazas fueron las primeras que la batalla horrenda comenzaron, destrozando las bárbaras galeras cuya junta ordenanza aportillaron. Rumores, alaridos, voces fieras, clamores por el aire resonaron, el cual, herido de las balas, brama entre el humo, las flechas y la llama.

La luz oscureció la nube espesa, el ancho mar se revolvió alterado, aturde el son que con terrible priesa se forma en el metal duro y templado. Quien a cual con la flecha le atraviesa, y quien es de una bala traspasado, quien en el hondo mar se arroja ardiendo, y quien trabaja por matar muriendo.

Cual bala, por la proa comenzando, como llama que el seco campo tala, los hombres deshaciendo va y talando con furor que el del rayo no le iguala; y cual, en la madera seca dando, de parte a parte la galera cala con destroz y con daño irreparable, con grima y con espanto inexplicable.

Vuelan pedazos de árboles y entenas, filares, filaretos, pavesadas, balas, flechas, ramales de cadenas, bombas, piedras y armas enastadas; de muerte y de furor las armas llenas, y aun sin ellas, algunos, a puñadas, dan en el mar con el contrario fuerte, haciéndole gustar salada muerte.

Aquel salir y entrar en las galeras, el caer en las aguas y en el fuego, las bravas muertes de cien mil maneras, las furias y el mortal desasosiego, el abatir y enarbolar banderas, el matar y pagar la muerte luego, las voces de apellidos diferentes, tragaban los sentidos y las mentes.

Estaban las galeras destrozadas, habiendo ya tres horas que duraba el bravo combatir de las espadas con que la mar y el cielo se espantaba, cuando algunas galeras desmandadas, huyendo de la muerte horrible y brava con las alas del miedo, se escaparon. y éstas la nueva misera llevaron.

El renegado pérfido y maldito Luchali, que de Argel tiene el gobierno, es el que huye del naval conflicto y también, por entonces, del infierno para donde el perverso está precito, a su maldad justo castigo eterno; él de su Rey escusa su gran falta, por los despojos que llevó de Malta.

En este tiempo, en la Real alzando la voz turbada del fogoso Marte se cantaba victoria, levantando el nombre vencedor en toda parte; y la Real contraria destrozando, abatiendo banderas y estandarte, quedó por el de Austria prisionero el otomano bando inicuo y fiero.

Y viendo que la noche tenebrosa las negras alas sobre el mar tendía, y la borrasca lóbrega espantosa con la furia del viento y mar crecía, y que la luz escasa y presurosa al ocaso turbada descendía, comenzó a retirarse el gran caudillo y todas las galeras a seguillo.

CERVANTES EN LE

La flota cristiana concentrada en Mesina sale al romper el día, el 17 de septiembre de 1571. En ella va una galera, «La Marquesa», mandada por el capitán Francisco de San Pedro, a cuyas órdenes pelea el soldado Miguel, como luego escribe, con sangre y coraje. Pero en ese momento, el encantador su enemigo que no deja de maltratar la vida de Cervantes, enreda de tal forma que pudo costarle el mayor disgusto posible: no pelear. Unas fiebres le relevan del combate. Su puesto estaba en el lecho, no en la batalla. Mas él no había ido obligado a la milicia, sino por vocación. El no quería eludir ocasiones peligrosas, sino aprovecharlas. A más, aquel encuentro suponía mucho, pues ambos contendientes le daban alto valor: entraban en juego motivos muy serios. La tensión heroica debía saturar el aire, y no participar en esta fiesta de entusiasmo colectivo era una desgracia irreparable, porque no todos los días hay Lepantos. Cervantes había de decirnos más tarde palabras gemelas a las que dijo realmente y con realce: «Más bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la huida.» La enfermedad no justificaba para él la ausencia. Lucharía en dos frentes: contra el enemigo y contra su propia naturaleza que le quería abandonar en el momento de encarnar su sueño. Ver al señor Don Juan de Austria, en una embarcación ligera, recorrer el ejército cristiano en línea de combate, frente al enemigo preparado asimismo, erguido, con la dignidad de siempre más la del momento solemne y único, con el estandarte de la cruzada en la mano, arengando con palabras que se pegan a la carne como ascuas, merecía el esfuerzo. ¿Quién, que no fuera de piedra, no iba a olvidarse de sí mismo, cuanto más de la fiebre? Y Cervantes, vencedor de sí mismo antes de empezar la pelea, se negó a ponerse bajo cubierta. El había ido a luchar y nadie se lo impediría, incluso la fiebre. Era mucho hombre Miguel para no superarse. Oíd esto que parece retórica y es historia: «Más vale pecar en servicio de Dios y de Su Majestad, y morir por ellos, que bajarme so cubierta.»

Y su capitán, Francisco de San Pedro, el que antes le instara a bajar «so cubierta», le coloca en un sitio peligroso al mando de doce soldados. Siempre primero entre pares. Ni con fiebre ni sin fiebre podía desentonar él. Antes, la vida. Pero sin bravuconería, humildemente, en tono medio de corazón, con santa infantilidad. Mateo de Santisteban y Gabriel de Castañeda, alféreces, que lo vieron, nos lo han contado sencillamente, que Cervantes no lo hubiese dicho nunca en primera persona. Al acabar el combate, el mismísimo Don Juan de Austria le felicitó y le aumentó la soldada en cuatro ducados. Gran escritor, gran soldado, gran hombre siempre.

Lepanto siempre le alzaría la cabeza a Cervantes, aun en la ancianidad. En el cautiverio de Argel, cuando escribe a Ma-

PANTO, SEGUN DOS DE SUS BIOGRAFOS

teo Vázquez, ministro de Felipe II, no para que le saque a él, sino para que liberte a los cristianos que allí penan desgracias inevitables, y limpie de piratas aquel rincón donde había parte de los veinte mil cristianos presos de los turcos, llamará «dulce sazón» a la batalla naval:

A esta dulce sazón, yo, triste estaba con la una mano de la espada asida, y la sangre que la otra derramaba. El pecho mío, de profunda herida sentía llagado, y la siniestra mano estaba ya por mil partes rompida.

Lepanto para Cervantes fue siempre dulce recuerdo, la vez que vio más cerca la cara a la gloria. Y se dirá:

En fin, has respondido a ser soldado antiguo y valeroso, cual lo muestra la mano de que estás estropeado. Bien sé que en la naval, dura palestra, perdiste el movimiento de la mano izquierda para gloria de la diestra.

Ha concluido Lepanto. Cervantes, mozo de veinticuatro años, ha sacado dos heridas de arcabuz en el pecho, y la mano izquierda inútil, si miramos desde hoy. Desde su intimidad, ha crecido en hombria, ha dado la sangre por sus sueños, y el porvenir aparece venturoso.

RAMON DE GARCIASOL
(De Vida heroica de Miguel de Cervantes.)



Cervantes, enfermo en su camastro, en aquella hora sin igual de su vida, debía de participar del sentimiento general; en aquella hora, mientras la nave avanzaba hacia la gran contienda, debían desfilar acaso por su mente las visiones de horror de los relatos escuchados; acaso se acordaba también de los desembarcos turcos en las costas de España, de los seres arrebatados a sus hogares, en noches de horror, para ser vendidos después en los mercados de Argel y de Estambul; acaso se acordaba de los millares de desgraciados —un día se contaría él entre ellos, aunque ahora el destino era un libro sellado—, que gemían en las ergástulas de Argel, o de Estambul, o que se consumían amarrados a los bancos de las galeas enemigas y que no verían nunca más a su patria.

Acaso, en el contraste, se definían ante él dos mundos: el católico, representado por Don Juan, con Roma al fondo, y el otomano, con Estambul y sus bárbaros emperadores; a un lado la Cruz, y al otro lado la media luna, símbolo, para él, de tinieblas y de horror y cuya amenaza se cernía sobre toda la humanidad. Su pecho de católico se inflamaba; se exaltaría con la proximidad de la lucha, con la gran coyuntura, y también su corazón palparía con una emoción nunca experimentada. Acaso fuese ésta su fiebre, ésta su enfermedad, en aquella hora sin igual de su existencia.

El primer cañonazo, resonando en la calma, le sacaría tal vez de sus reflexiones, le sacudiría en todo su ser, en su modorra. La hora se acercaba. La flota enemiga había sido avistada. Era el aviso. Al cañonazo seguiría un breve silencio y se oirían en seguida los gritos de los soldados, la amplia explosión de entusiasmo con que saludaban la vista del estandarte de la Cruz —insignia de la Liga— enarbolado, por orden de Don Juan, en lo alto de su galera.

Por fin había llegado: allí estaba el momento y la ocasión que pone Dios ante las almas fuertes cuando las quiere probar. Sólo otra vez le ocurrirá: un día en que, amarrado de pies y manos, será llevado a la presencia del rey de Argel, con la imagen del suplicio y acaso de la más horrible de las muertes ante sí, y nadie le verá retroceder ni vacilar. Tampoco ahora desmentirá a su patria, a su raza y a su sangre. Está enfermo y postrado en la cama, pero se levantará. No se quedará bajo cubierta; ha de mostrar el temple de su alma y hacer que su nombre vuele a la posteridad entre el rumor de la jornada; ha de demostrarnos una vez más lo que se oculta bajo la superficie aparentemente tranquila del *Quijote*, para que sepamos descubrir en ello el secreto de su fuerza y de su vitalidad. No, ni su enfermedad ni su fiebre le servirán de excusa. Cervantes abandona el camastro y sube a cubierta buscando a su capitán.

«Había amainado el viento —dice un testigo—; las olas del golfo quedaron tranquilas y el sol brillaba en un cielo azul y puro.» Miguel caminará vacilante, perdido en aquella inundación de luz, deslumbrado. Ante él se extenderá un bosque de mástiles y gallardetes, de banderas y de flámulas, perdiéndose hasta el horizonte, llenando todo el mar bajo el sol cegador de la mañana, en el que apenas podrá ver.

Cuando se presentó a su capitán estaría intensamente pálido, tembloroso, presa de violenta agitación. De tal modo, que aquél se creyó obligado a ordenarle que volviese a la cámara, porque estaba, según le dijo, «más para meterse en la cama que para combatir». Ante ello se exaltaría Miguel, con la reacción de los fuertes cuando surge ante ellos el obstáculo. Debía de estar temblando, perdido el color, débil e insignificante en su cuerpo enflaquecido, devorado por la fiebre; pero cuando contestó a su capitán con las famosas palabras que nos ha transmitido un testigo, de que «más prefería pelear en servicio de Dios y de su rey y morir por ello, que no bajarse so cubierta y salvar la vida», se levantaría ante él como un gigante. Cervantes no se contentará con pelear; puesto en este camino nada ha de poder detenerle; ahora tiene que escoger el lugar de más peligro, y así lo pide.

El capitán Francisco de San Pietro no vio en él, sin embargo, nada de excepcional; sólo vio un joven delgado, lívido bajo el sol de mediodía, casi un muchacho, que, a pesar del fuego que ardía en sus ojos, a pesar de la ciega decisión que palpitaba en sus palabras, temblaba de pies a cabeza y apenas se podía sostener. Pero, con todo, algo le impresionaría el ciego entusiasmo, la fe heroica de aquel joven soldado; algo le contagiaría aquella llama que brillaba en sus ojos y la firmeza que se traslucía en el timbre de su voz; porque el capitán accedió a su demanda y le dio la parte del esquife de proa y el mando de un puñado de hombres, con los cuales realizó prodigios de valor.

Era el 7 de octubre de 1571, un domingo a las doce del día, y el mar se extendía liso bajo el azul de los cielos de Grecia, testigos de tantas grandezas y de tantos hechos gloriosos. El pendón de la Santa Cruz izado por don Juan, había sido saludado con una alta y unánime exclamación, por un grito brotado de mil labios temblorosos, por millares de pechos encendidos de coraje, al que respondía como un eco el lejano clamoreo que ascendía desde las naves enemigas y que llenaba el mar.

SEBASTIAN JUAN ARBÓ
(De Cervantes)

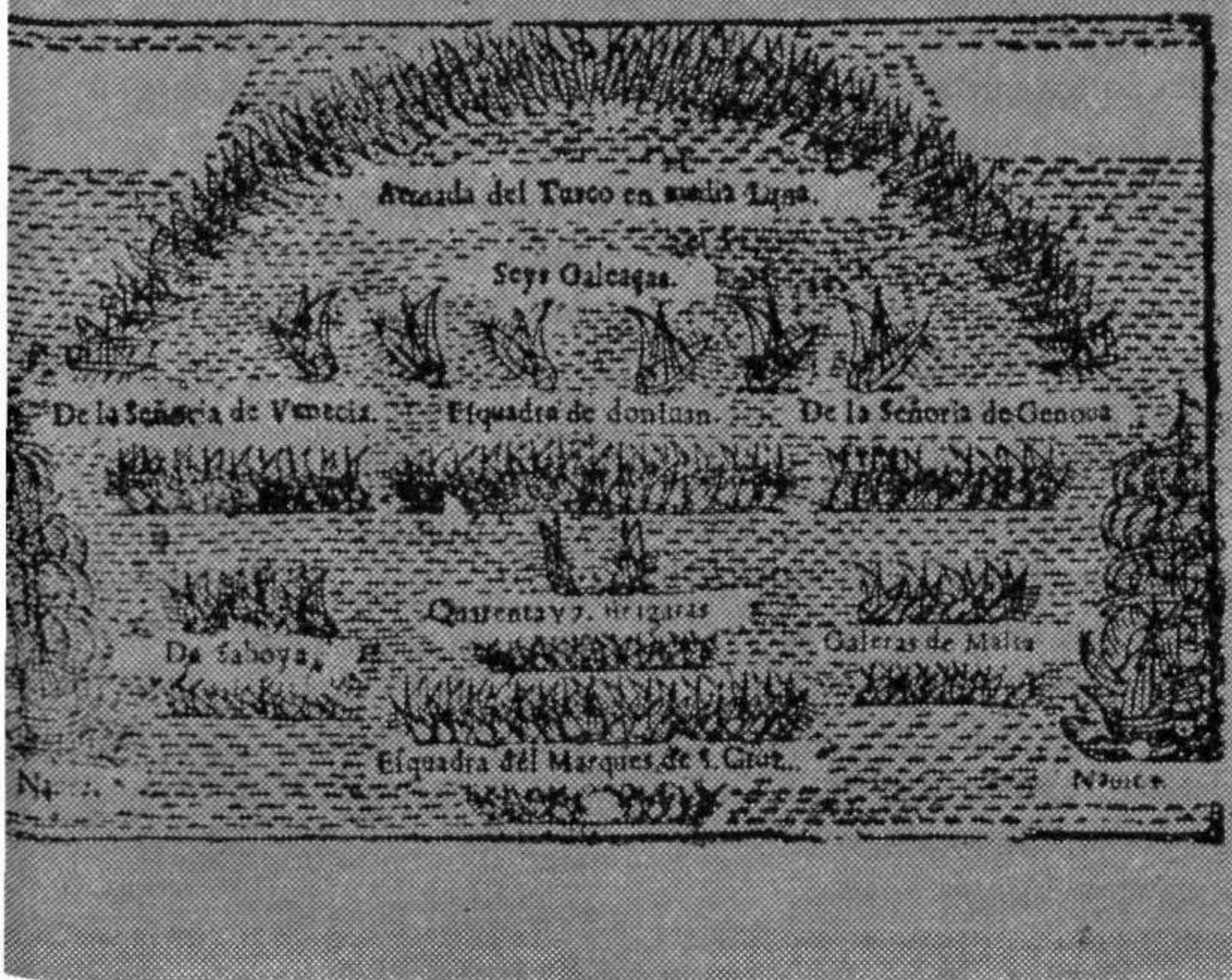


SULTAN SELIM II.

TRES FAMOSISSIMOS ROMANCES

El primero, de la memorable y triunfante victoria que tubo el señor Don Iuan de Austria contra la armada Turquesca, en el Golfo de Lepanto à siete de Octubre, Año 1571. El segundo, el presente que embio el gran Turco al señor Don Iuan. Y el tercero, otro presente que hizo el señor Don Iuan al Turco, con muy sabias respuestas.

Compuestos por Antonio de la Foy, &c.



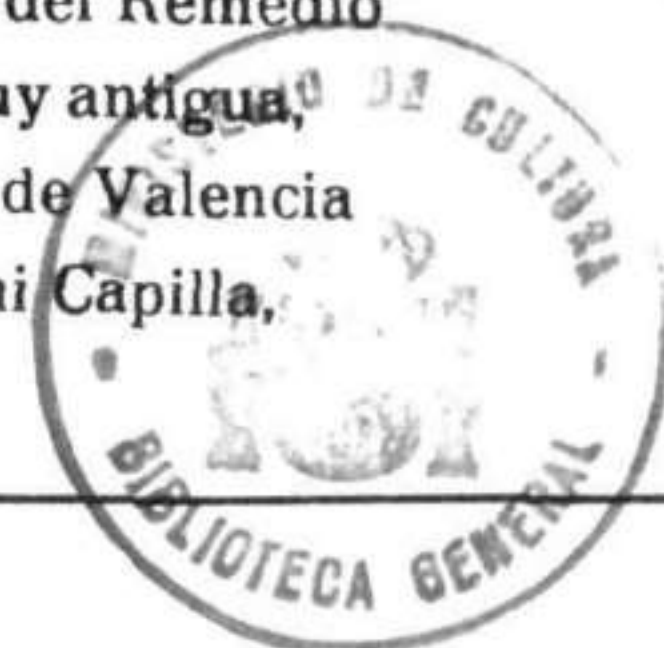
DE Sicilia con poder la armada Real partia con lindo acuerdo y concierto don Iuan de Austria la regia, magnanimo y valeroso, Príncipe de gran valia, hermano del Rey de España, que por general lo embia: dozientas y ocho galeras eran todas de la liga,

y veýnte y seys naues gruesas, seys galeaças auia, y veýnte y cinco nauios do prouisiones traya, quarenta y siete fragaras yuan con gente lucida: Duques, Condes, y Marqueses lieuaua en su compañía, y Capitanes famosos, soldados de gallardia,

A vn

Muy valerosos y expertos flor de la caualleria, que os parece mis señores, vuestro parecer querria, si es bien que acometamos a esta gente enemiga? Muchos dixeron que no, que cierto no conuenia en que se pufiessa en riesgo armada de tanta estima. El de Auftria no responde, a lo baxo decendia, y llamára al Veneciano, no tardò la fu venida, al qual dixo: Buen conjunto de nos y la fanta Liga, que es lo que se deue hazer contra la gran pagania? Buen señor demos en ellos Barbario le respondia. Llamaron al de Colona, que en doze galeras yua de nuestra Iglesia Romana, vn estandarte dorado de fu galera pendia, con vn Christo figurado el qual lleuaua por guia, que el Padre fanto de Roma a don Iuan dado le auia. Año de mil y quinientos fetenta y vno corria, a los quinze de Setiembre se salian de Mecina, de pifanos y atambores retumba la melodia: en busca van de la armada de la gente de Turquía, buscanla de puerto en puerto fin punto de couardia, dos vergantines delante, vno va y otro venia. A quatro dias de Octubre, al punto que amanecia, vna fregata toparon la qual lengua dado auia de la armada de los Turcos que en busca de don Iuan venia, docientas y ocho galeras, fanales treynta traya, y mas treynta galeotas con gente de Escloaunia. Aly Baxa general aquesta armada regia, en el golfo de Lepanto el Turco se rehazia. En oyr esto don Iuan fu alto en la mar hazia, llamára sus Capitanes en quien todo bien se fia: desque los tuuiera juntos desta fuerte les dezia.

y lo mismo referia: Llamaron al General valeroso Iuan de Andria, al qual dixo: Buen hermano amigo que os parecia? El Genoues con esfuerço, ò quan bien que respondia: señor demos la batalla, que Dios nos ayudaria. A don Aluaro Baçan à llamar tambien embia, el animoso Español lo que se figue dezia: Buen señor que acometamos à la gente de Turquía. El Comendador mayor fin llamarle se venia, recibiendo don Iuan con deuida cortesia, dixole; Ilustre caudillo, espejo que reluzia, la honra del Rey Phelipe, y de España noche y dia, que os parece? Que señor? yo de parecer feria que no boluamos atras por ningun modo ni via. Don Iuan de Auftria muy gozoso en la popa se fubia, con voz alta dize à todos: Magnanima compañía estè cada qual à punto para hazer lo que deuia, que enueftir quiero los Turcos lanimo me lo dezia. Todos responden: señor cada qual te prometia de hazerlo como bueno, y de vender bien la vida. Prestamente à su galera cada vno se boluia, todos tomaron las armas el que mas presto podia, metense à punto de guerra, luego tomaron la via, para el golfo de Lepanto con esfuerço y alegria. Iusto à los siete de Octubre à las nueue horas del dia descubrieron el armada que gran orgullo traya. Y don Miguel de Moncada con grande acuerdo acudia, en aquel momento y hora por do à don Iuan le dezia: Señor sepa vuestra Alteza como oy fiesta se hazia de la Virgen del Remedio festiuidad muy antigua, en la ciudad de Valencia à do tengo mi Capilla,



inuoquemos tal Señora
que ella nos remediaria,
para que ayamos victoria.
Don Iuan con fè muy cumplida
encomendandose à ella,
ofrendas le prometia,
y el noble de don Miguel
cien doblas de oro ofrecia.
Nuestro Dios ques piadofo,
y à los suyos nunca oluida,
por fu gran misericordia
gran calma en la mar auia,
todos se meten en orden,
el Turco lo mismo hazia
y la Catholica armada
tres esquadrones repartia,
affignan don Iuan en medio
leftandarte fe eftendia,
don Iuan de Auftria con esfuerço
antes de la bateria
en vna veloz fragata
muy de prefto fe metia.
Va de galera en galera
como aqui fe os contaria,
en la fu mano finieftra
vn Crucifixo traya.
Su eftoque en la otra lleua
que grande animo ponía,
animando los foldados
defta fuerte profegua.

Amigos y hermanos mios,
esforçada gente mia
oy fe muestra vuestro esfuerço
la muy fobrada ofadia,
en defenfion de la Fè,
y morir en este dia,
por Chrifto crucificado,
por Dios y fanta Maria.
Alli vn padre Teatino
que el Papa embiado auia,
les publicò vn Iubileo,
y este à todos concedia
remiffion de fus pecados,
y al que por la Fè moria
en esta naual batalla,
la gloria le prometia.
Ya despues de publicado
à todos los abfoluia;
arrodillaronfe todos,
y el Principe fe arrodilla,
los ojos al Crucifixo
estas palabras dezia.
Poderoso Rey del cielo
mi fè grande en ti confia,
que me daras oy victoria
por tu piedad cumplida;
buelue tus ojos piadosos,
buelue por tu esposa oy dia,
no fufras que la maltrate
este con fu tirania.
No mires nuestros pecados,

Redemptor y gloria mia,
mas fegun tu gran clemencia,
tu auxilio y fauor me embia.
Boluiendose à la Real,
brauo Leon parecia,
mandò luego difparaffen
vn tiro de artilleria
en feñal de la batalla,
otro el Turco refpondia.
Y tocando al arma, al arma,
Saboya y Malta enueftia
à Affambey y à Barbaroxa
que al encuentro les falia,
dieronfe muy grande ruziada,
tiros y arcabuzeria,
aqui fue terrible encuentro
y mortal carnizeria,
Caracofa luego entrò,
Bayazeto en compañia,
Iuan Andrea fin temor
delante fe les ponía,
difparan gruelfos cañones,
que contar no fe podian,
enuifte con Caracofa,
en vn punto le rendia,
Malabey Baxan famofo
à la batalla venia,
don Aluaro lo recibe
con fu buena artilleria,
nueue galeras le echò
à fondo con fu venida,
Muftafa Turco animofo,
que las feñas conocia,
enuifte à los Venecianos
dando muy gran vozeria.
Venecianos con esfuerço
pelean ques marauilla,
con galeras, feys galeaças,
que espanto al Turco ponía.
Aly Baxan espantado,
que fiempre eftuuo à la mira,
viendo retirar fu flota,
y que yua de vencida,
muchos Turcos à la mar,
mucha galera rendida,
de puro corage llora,
fu fortuna maldezia,
de Caracofa fe quexa,
porque engañado le auia,
acordò de arremeter
con gran faña y mortal yra
à la galera Real
donde el Principe affiftia.
El buen Principe don Iuan
en tal punto no dormia,
aguardole con pujança,
con fè firme y valentia,
y encontrando en el Baxan
brauamente lo enueftia,
juntanfe proa con proa,
pelea quien mas podia,

juegan de los arcabuzes,
flechas y escopeteria,
el humo era muy grande,
y el fuego yua y venia,
parecia vn brauo infierno
fegun el eftrueno auia,
vnos dizen Auftria, Auftria,
otros Turquia, Turquia,
cada vno procuraua
de llevar la mejoría,
y los nueftros hafta el arbol
à puro pecho y heridas
ganaron cierto dos vezes
con esfuerço y valentia,
los Turcos como leones
cada qual fe defendia
feys galeras le dan gente
con diligencia muy viuua,
el Marques con tres galeras
à don Iuan fauorecia
los foldados belicofos
pelean quien mas podia,
inuocando à Santiago,
a Dios y fanta Maria.
La Turquesca Real rindieron
por la voluntad diuina,
murieron quinientos Turcos
casi flor de la Turquia;
don Lope de Figueroa
el eftandarte abatía,
y alçando el de nuestra Fè,
la victoria fe apellida.
El Principe victoriofo
à todas partes corria,
y Iuan Andrea à su lado,
que dexar no le queria,
donde auia mas peligro
en vn punto focorria,
do vieron al buen Maltes
fu galera ya perdida,
de feys galeras cercado
de aquella gente maligna,
de foldados caualleros,
viuo ninguno tenia,
folo con finco Maltefes
la popa les defendía,
ya los tres le auian muerto,
mas rendir no fe queria,
y viniendole focorro,
cobrando la que rendida
eftaua ya de los Turcos
de la popa fe falía,
y apellidando victoria,
dixo: Auftria, viuua, viuua.
Los Turcos como efto vieron
cada vno fe rendia,
fino el traydor de Ochali
que fe pufiera en huyda,
con fus doze galeotas
que de Argel facado auia.

El Marques de fanta Cruz
y el Genoues le feguian,
y tomaronle las fieta,
y el escapado fe auia.
Quatro horas durò el combate
que no ay pluma que lo efcruia,
treyntra mil Turcos murieron
en empreña tan fubida,
murieron feys mil Chriftianos
de la gente mas luzida,
y heridos quinze mil
los que escaparon con vida;
ciento y fetenta galeras
fe ganaron este dia,
quarenta echaron a fondo,
que el brauofa mar fumia,
veynte galeotas gruelfas,
mil pieças de artilleria,
quinze mil forçados fueron
libres con mucha alegria,
tres mil y quinientos Turcos
fetenta y mas fe efcruia
que fueron prefos cautiuos,
Baxanes de mucha eftima.
Al Comendador mayor
de fu parte le cabia
vna eftremada galera
donde Mahomet venia,
Ayo de aquellos dos hijos
que el Baxan mucho queria,
à los dos los tomò prefos
que yuan en fu compañia,
prefentalos à don Iuan,
don Iuan fe lo agradecia.
En la galera Real
del Turco fe defcubrian
ciento y fetenta mil
zaquines de oro de valia,
que fu precio es mas de escudo
y mas de muy gran quantia
muchos brocados y sedas,
aljofar y perleria.
La del Baxan Caracofa
mil zaquies de oro tenia,
la prefa fe dio à foldados,
fu Alteza la repartia.
Como liberal y franco
à quien Dios en la otra vida
le dè gloria y defcanfo,
y toda effa tyrania
de los Turcos la confuma
fegun Epaña confia,
y a nuestro buen Rey Phelipe
garde y alargue la vida.

Laus Deo.

Romance del presente que embió el gran Turco, llamado Sultan Selim, al feñor Don Iuan.

YO el gran Sultan Selym Rey de Reyes coronado, de siete Imperios feñor que estan debaxo mi mandado. Capadocia y Trapiffonda, y del gran Cayro nombrado, Emperador del gran Can de Efclauonia llamado, de Conftantinopla y Griegos, Taborlan intitulado, Emperador de Turquia, de Armenia y fu Reynado. Rey de fetenta y tres Reyes, que no digo ni he contado: feñor de la cafa fanta que es lo que llora el Chriftiano. A vos Principe don Iuan de la Auftria numerado, hijo del Emperador Carlos Quinto el esforçado, hermano del Rey Phelipe el mas bien afortunado, General foys de la Liga, de Venecia y el Romano, y de Epaña la inuencible, como fiempre fe ha mofttrado. Allà os embio vn presente, no conforme à vuestro eftado, dichofo os podeys llamar, y en la mar afortunado, y mas por folo embiaros el presente que he embiado, fino es tal qual mereceys recibildo de mi mano. Tres ropas de leuantar recibireys de buen grado, texidas de feda y plata, con oro muy eftremado, forradas de finas martas muertas en monte Tartareo. Seys tapetes de oro y feda con vn tendal de brocado, para arrear la galera donde vays apofentado. Vna cama de Turquia, vn pauellon al Perfiano, cobertor con vuestras armas todo en perlas recamado, vn arnes de fuerte azero, vn jaez para el cauallo, hecho à la Turquesca vfança, de finas piedras fembrado, dos alfanjes muy cortantes con vayna de oro emaltado, en las correas pendientes eftà fu nombre broslado.

En fin, Principe don Iuan, el presente ya contado, no os lo doy por amiftad, ni por medio que he tomado, doyle yo por mis fobrinos hijos de aquel defdichado el famofo Aly Baxa, el qual era mi cuñado, muy querido de mi hermana, de mi Corte el mas priuado, que los tratays fegun fon, y affi eftoy certificado, que comen à vueftra mesa, y van fiempre à vuestro lado. Ala os lo pague feñor Principe muy afamado, y que os guarde de mi yra, y de mi poder fobrado, que fi Mahoma dormia, agora ha recordado.

Romance de la respuefta que hizo el feñor don Iuan, fobre el presente que le embio el gran Turco.

ATi Selymo Sultan el que gran feñor fe llama, Emperador fin tener la cerimonia Romana.

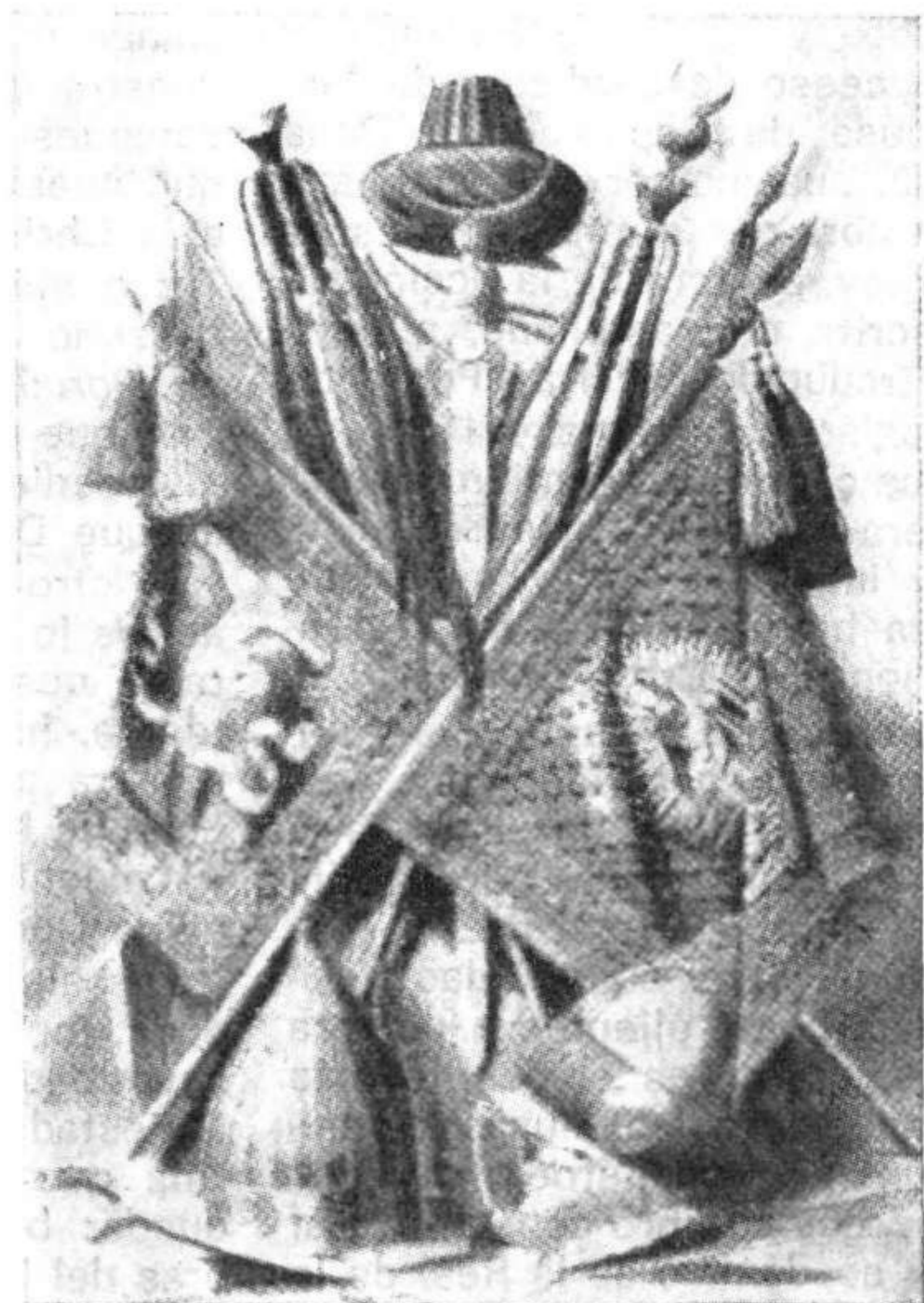
A ti Rey de Reyes, Rey por tyranica demanda, yo don Iuan de Auftria menor de los de la cafa de Auftria, de Emperadores y Reyes de Catholica profapia, conforme à lo que tu efcruies voy respondiendò à tu carta. Tu presente he recibido de grandeza y mano franca, por el Baxan Affambey, muy priuado de tu cafa; no lo recibo por ferte fubdito ni Dios lo manda ni por amor que me tienes, fegun tu yra me amenaza. Recibole porque fepan la ocafion de tal jornada, y de que efeto procede, y por orden de criança, y por vltimo remate, por los ruegos de tu hermana. Ni me tengo por dichofo porque de tu mano falga, fino porque lo permite Dios en quien yo confiaua; y fi dizes, que feñor eres de la cafa fanta,

y lo llora el buen Chriftiano en el alma por desgracia, guarda tu que no la llores en el cuerpo y en el alma. Allà te embió el fobrino Saybey, que affi fe llamaua, y Malebubey el muerto embalfamada en fu caxa. Recibe feñor el viuò, pues Ala affi lo ordenaua, con arreos y prefeas de Italia, Flandes y Epaña. Primo, vna veloz galera de oro y feda entapizada, adonde va tu fobrino fu perfona apofentada, la librea de los remeros es de feda azul y plata. Mas, de fino carmefin dos cobertores de cama, de fino oro de Florencia labrados en la Tofcana, con rapazejos de aljofar, y de feda de Granada, vn arnes hecho en Milan que arcabuz no le mellara, eftoque lindo de Flandes, que el pomo es de vna Efmeralda,

y con Arabigas letras toda la vayna labrada. De Manpudo y de Marfil, mefa à la Turquesca vfança, almohadas de brocado por affientos por fer baxa: fobremefa con tus armas, que cien doblas fe preciaua: tres mantas franjadas de oro, feys paños de fina grana con armas de oro Reales, que es la marca Valenciana. Recibiras el recibo, no porque te deua nada el presente, que al presente otro mejor no fe halla: y fino es qual tu merecea, tu gran merecer lo enfalça, y mi buena voluntad fe que enmendara mi falta. Y fi miedo en ti no affifte, quieres ver fi en mi habitaua? (1) à mi nada fe me daua. Se bien que en el infierno vela fegun las penas que paffa.

LAVS DEO

Con licencia, en Barcelona, por Geronymo Margarit, en la calle de Pedritxol. Año 1629



(1) El original por su antigüedad se halla deteriorado y no hemos podido reconstituir esta línea.

EN TORNO A LEPANTO,

Por Dalmiro DE LA VALGOMA Y DIAZ-VARELA

FRECUENTE el bilingüismo en los literatos peninsulares del XVI y XVII, uno de ellos sería Jerónimo de Corterreal, hombre de señoril cuna, venido al mundo en Evora hacia 1540, que acertó —sólito por entonces— a familiarizarse con letras y espada, rindiendo notorias prestaciones castrenses, recompensadas por Juan III en el nombramiento de Hidalgo de la Casa Real y un conferirle merced heráldica; nuevo blasón, que cuartelar con las seculares armas de linaje, por él ostentadas tenaz y ufanamente.

De su afán literario, ya sabemos también, encauzado esencialmente hacia lo épico; y ahí están «Sucesso do segundo Cerco de Div. Estando Dom Joham Mazcarenhas por Capitam da fortaleza» (1546)—Lisboa y 1574—; «Naufragio e lastimoso sucesso da perdicam de Manoel de Sousa de Sepúlveda e Dona Liador de Sâ, sua molher»... —Lisboa y 1594—, y la obra que da motivo a estos apuntes de hoy, cantora de la acción de Lepanto, escrita en castellano, a cuyo idioma fue traducido por fray Pedro de Padilla —Alcalá de Henares y 1597— el primer poema citado, en veintiún cantos: «La verdadera historia y admirable sucesso», hoy inhallable texto, que tiene pareja rareza bibliográfica a las restantes producciones de Corterreal (1).

Llega la victoria de Lepanto y una floración de más o menos fidedignas descripciones de tal gesta y de cantos a la misma, brota, acá y acullá, perennizándose en toda suerte de métricas y estilos, tantas de ellas por contigüidad al rutilante suceso, como olientes a pólvora y a viento salobre; «es el desfile más numeroso que nunca las Musas organizaron en honor de un héroe», dirá, en pórticos de precioso libro consagrado al tema, el hoy académico de la Real de la Historia López de Toro (2).

«Felicissima victoria concedida del cielo el señor don Juan d'Auatria, en el golfo de Lepanto de la poderosa armada Othomana. En el año de nuestra salvación de 1572 (sic)», es el vero título del dilatado poema de que se habla, que tardaría algunos años en editarse, aunque debió de ser escrito dentro del lustro de la Batalla, pues que en 1576 Felipe II, expresivo como no era en él frecuente, dirigiría al autor aquella misiva con que el famoso libro se engalana en sus preliminares; su colofón pregonaba que «fue impreso en Lisboa por Antonio Ribero. Año de MDLXXXVIII».

Dada la singularidad de los ejemplares que de esta obra —de nuevo nunca editada— se poseen (3), parece oportuno transcribir el regio escrito «Magnífico y amado nuestro. Mucho he holgado con vuestra carta y con el libro que aveis compuesto de la batalla naval y victoria que nuestro Señor tuvo por bien de dar a la Christiandad, contra la armada del Turco, siendo general de la Liga el Illustrissimo Don Juan de Austria, mi hermano. Porque en la carta mostrais el afficion que teneis a mis cosas, y en la obra el ingenio, juicio y otras buenas partes de que Dios os ha dotado: Que lo uno y lo otro me ha sido muy agradable, y así os lo agradezco mucho: con asseguraros que para cualquiera cosa que os tocare, hallareis en mí la voluntad que vuestra persona merece. De Madrid, a ocho de Noviembre de 576.—Yo El Rey. Al magnífico y amado nuestro, Hieronymo Corterreal».

Las alabanzas al texto agradarían, sin duda, inefablemente a su autor, dada la severidad enjuiciadora de la Católica Majestad, siquiera posteriores comentarios que recibiría Corterreal fuesen a quedar bastante lejanos de esas palabras del Prudente, de cuya benevolencia dijérase estar influido algún erudito

contemporáneo, al calificar *La batalla de Lepanto* de libro «bueno entre los mejores en lengua castellana» (4).

Para Ticknor, dicho poema «se reduce a una relación monótona y pesada de aquella guerra» (5). No siendo, ciertamente, más propicia la voz de Menéndez Pelayo, hablando de las «más insulsas alegorías mitológicas» ofrecidas ahí, perjudicado el autor al escribir «en versos sueltos, generalmente malos». Pese a ello, don Marcelino loa otras excelencias personales del portugués: «espíritu muy culto, aficionado a todas las artes y versado en varias ciencias: músico, pintor, astrónomo»... (6).

Pero no se trata de hacer crítica literaria aquí, sino de exhumar carta de Corterreal al Rey de España, solicitando su autorización para dedicarle su obra. Se halla entre los imponderables fondos de la biblioteca de nuestra Real Academia de la Historia, y cobra hoy —entendemos— un cierto interés y mayor oportunidad, encontrándonos en plena conmemoración de los fastos leparentinos y de su egregio protagonista. Aquel Don Juan de Austria, a quien el mismo autor loaría expresa y encendidamente, incluso el Poema, diciéndole: «Magnánimo señor, luz, honra & gloria.—Do teu alto apelido generoso»... y diciéndoselo en su hermosa, tierna lengua íntima, como una limpia y jocunda expansión del alma, ajena a yertas cortesanas y calculados halagos al mecenas.

Proverbial, el aire de lisonja sin medida de múltiples dedicatorias de nuestros viejos libros —sobre todo en las centurias leparentina y siguiente—, a ellas viene el autor de la actual nota consagrando su estudio, que persigue extraer de tanta «ganga» ditirámica el vero perfil biográfico del personaje o personajillo, cuyo nombre se estampa en por-

(1) Pedro Salvá y Mallén: *Catálogo de la Biblioteca de Salvá*, I, Valencia, 1872, pp. 209-210.

(2) José López de Toro: *Los poetas de Lepanto* (Premio «Conde de Cartagena» de la Real Academia Española), Madrid, Instituto Histórico de la Marina, 1950, pp. 15-16.

(3) Dice Palau que sendos ejemplares figuran en las bibliotecas de Salvá, Cánovas y Ticknor.—Autor citado, *Manual del librero hispano-americano*, IV, Barcelona, 1951, página 134.—La riquísima biblioteca de la Real Academia de la Historia posee otro ejemplar, bajo la sig. «3/7293».

(4) Domingo García Pérez: *Catálogo razonado biográfico de los autores portugueses que escribieron en castellano*, Madrid, 1890, pp. 141-142.

(5) M. G. Ticknor: *Historia de la Literatura española*, Ed. Gayangos y Vedia, Madrid, 1854, III, p. 173.

(6) Autor citado, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, Ed. Sánchez Reyes, Madrid, 1949, VI, pp. 121-123.

tada de la edición del caso. Pero ahora, en la ofrenda de Jerónimo de Corterreal a Su Majestad, no se vislumbra otro estímulo que el puramente cordial y admirativo hacia el Rey; y así debió de entenderlo el propio Felipe II, dados los explícitos y cálidos tonos de su citada carta al escritor portugués, cuyo nombre —al margen de los valores literarios de su libro— se incorpora al elenco de amadores de España, así propicios a nuestra inherente gratitud.

«C. R. M.—Fui sempre tao afeiçoado ao serviço de Vossa M., e a buscar aquella onrra q de escrever suas altas empresas me resultaria, q qualquer occasiao me levara a onde ao menos co o desejo supria o q no engenho e habilidade me faltara. E como visse a famosissima Vitoria q nosso Sor. otorgou a o Snnor don Joao d'Austria, da poderosa e soberba armada dos Turcos (da qual a V. M. como a escudo e amparo de toda a Christiandade, e como autor de tao alta e eroica empresa se lhe deve todo lonnor), determinei escrever o felicissimo sucesso de tao perigosa e espantosa batalha, en verso exametro para o derigir a V. M., ao qual humilmente peço aceite o grande Amor comq lhe offereço este livro, e supra a alta benignidade de

seu real peito os deffectos do meu baxo e fraco estilo: Aceitando só a vontade q tenho prontissima para servir a V. M., a quen nosso Snnor conceda larga e felicissima vida para sempre deffender sua sancta fe, e seja hua firmissima columna de militante catholica agreja.— De Lix^a, oje dous dias de Outubro de 1567» (sic). (Bien se entiende que quiso escribir «1576», como se infiere claramente de la data del escrito de Felipe II) (7).

En nuestra Biblioteca Nacional se conserva el presunto original de la obra de Corterreal, ofrecida a Su Majestad; «en folio, cortes dorados, frontis iluminado, magnífica letra, iluminaciones y estampas», según la descripción de Gallardo (8). A la vera de este manuscrito, tan exaltador de una gran efemérides patria, como para ser acreedor de la reimpresión que jamás tuviera, «aunque lo mereciese más que *La Austriada*, de Juan Rufo, y otros poemas análogos» —puntualiza Menéndez Pelayo—; a la vera de dicho manuscrito —repítase—,

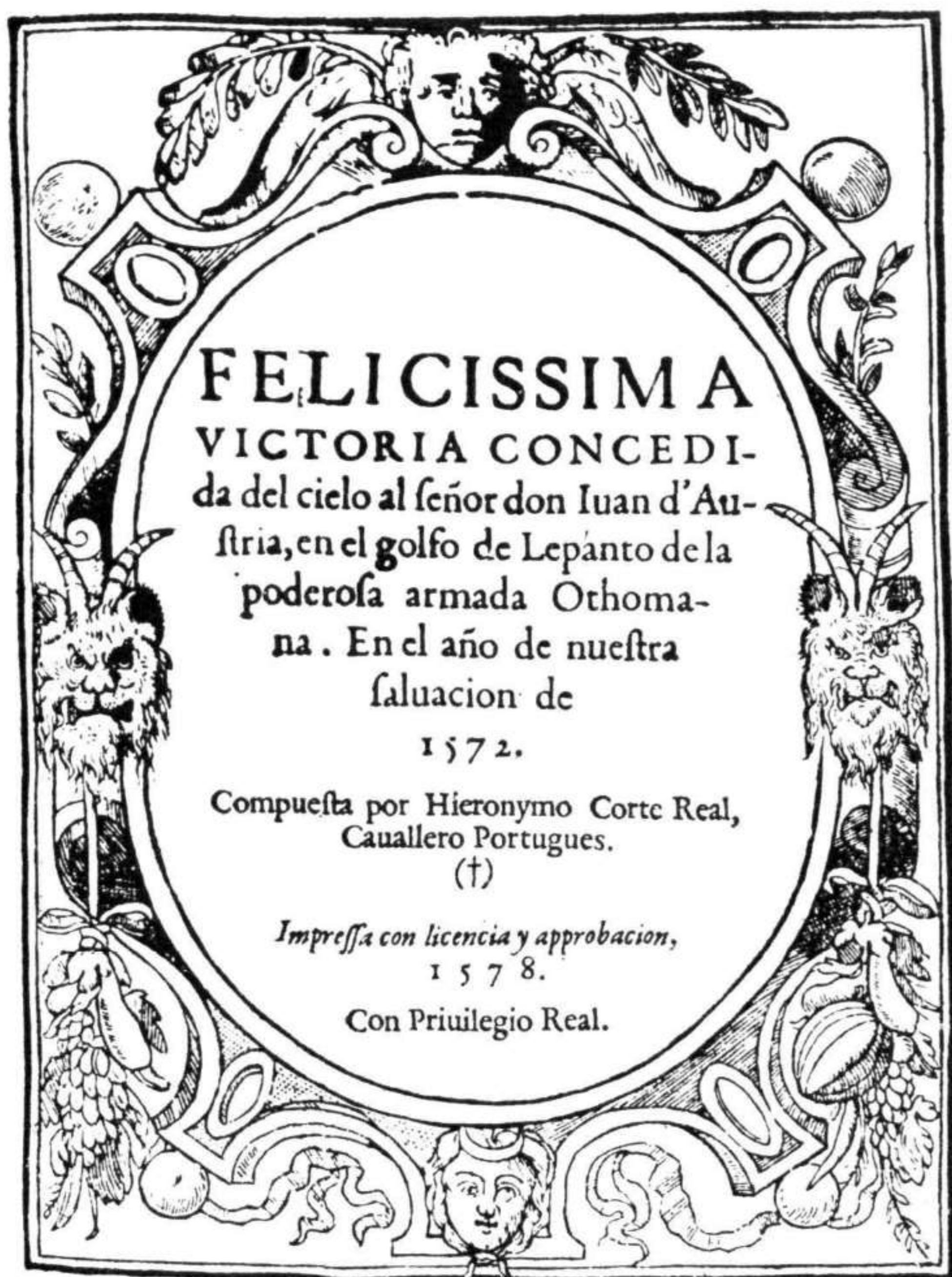
(7) Real Academia de la Historia. Colección San Román, C.º 5, núm. 56.

(8) Bartolomé José Gallardo—Zarco del Valle y Sancho Rayón—: *Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos*, II, Madrid, 1866, p. 590.

acaso pueda quedar hoy, bien e idealmente, el inédito autógrafo, bello de forma e íntimo pergeño, que ilustra alguna página del actual número de LA ESTAFETA LITERARIA, conmemorativo de la histórica batalla, pues que tan cálidamente se comenta ésta entrambos documentos.

La misiva a Su Majestad conserva, estampado en seco, el blasón aquél, de que antes decíamos, idéntico al que, más ostentosamente, campea, impreso, en preliminares de *Felicissima victoria*. Heráldica tal, atestigua, rotunda, la autenticidad del escrito; y agrada ver ahí, junto a las armas de varonía del marcial poeta, otras, castellanísimas, de ajedrezados, bandas y cadenas. No en vano Jerónimo de Corterreal explicaría al Rey de España, en su dedicación del libro, haber escogido «la lengua y frasis castellana»; entonces presentes, en su memoria y en su pulso, «los Mendoza y Bazanes de Castilla, abuelos míos, [que] a ello me dan licencia, cuya sangre en un mismo grado me fuerça y obliga quasi con igual razón».

«Mendozas y Bazanes», precisamente, harto nombrados como actores también y artífices de la Victoria de su canto; «de aquel Baçan, Marqués tan señalado»...



Tallado a

C. R. M.

Fui sempre tao afeiçoado ao serviço de Vossa M., e a buscar aquella onrra q de escrever suas altas empresas me resultaria, q qualquer occasiao me levara a onde ao menos co o desejo supria o q no engenho e habilidade me faltara. E como visse a famosissima Vitoria q nosso Sor. otorgou a o Snnor don Joao d'Austria, da poderosa e soberba armada dos Turcos (da qual a V. M. como a escudo e amparo de toda a Christiandade, e como autor de tao alta e eroica empresa se lhe deve todo lonnor) determinei escrever o felicissimo sucesso de tao perigosa e espantosa batalha em verso exametro, para o derigir a V. M. ao qual humilmente peço aceite o grande Amor comq lhe offereço este livro, e supra a alta benignidade de seu real peito os deffectos do meu baxo e fraco estilo: Aceitando só a vontade q tenho prontissima para servir a V. M. a quen, nosso Snnor conceda larga e felicissima vida para sempre deffender sua sancta fe, e seja hua firmissima columna de militante catholica agreja. De Lix^a de dous dias de Outubro de 1567.

Hieronymo Corte Real

EL MUNDO DE LEPANTO EN EL CINE

Por Angel FALQUINA



Gina Lollobrigida y Angel del Pozo, en la versión que de «Cervantes» hizo Vicent Shermann en 1967

PARECE mentira que con la cantidad de coproducciones, la cantidad de películas de agentes, westerns, piratas, corsarios y filibusteros, que españoles e italianos venimos haciendo desde hace tiempo, no se haya acometido aún el rodaje de un hecho histórico tan importante e incluso tan «comercial» como es la batalla de Lepanto. Y téngase en cuenta que incluso aquello fue también una especie de coproducción italo-

española, en que unos y otros, al cincuenta por ciento, contribuimos a pegar el parón a unos turcos que se estaban mostrando demasiado ambiciosos en el Mediterráneo. Venecia, el Papa y España marcaron aquel 7 de octubre, que ahora conmemoramos, un deseo unánime de que la Sublime Puerta se quedase con lo que tenía, que ya era bastante.

Pues bien, de acontecimiento histórico de tal calibre, el cine ofrece muy pocas referencias. Del hecho en sí, de la batalla, no hay hasta ahora el menor filme que haga revivir por unas horas aquella gesta inmortal. De la interesante personalidad (tan cinematográfica) de los hombres que intervinieron en ello, tampoco hay mucho que señalar. Hay un Don Juan de Austria juvenil, casi infantil, que incorporó para la pantalla, Jaime Blanch. Hay un Miguel de Cervantes, de no hace muchos años, en que el inmortal manco tuvo que ser interpretado por un alemán, Horst Bucholz. Y nada más. Nada de don Alvaro de Bazán y nada, naturalmente, de Pío V, de Selim III, ni de Alí Baja, comandante en jefe de la flota otomana, que quedó sobre el terreno de la lucha.

Incluso de los personajes no directamente implicados en la batalla, pero que en la España de entonces tenían un puesto de primerísima categoría, no se han llevado al cine más que dos o tres cosas. Hay un Felipe II, que incorporaron Adolfo Marsillac, para la pantalla hispana, y Paul Scofield, para la inglesa. Hay una pintoresca versión de la revoltosa y tuerta Ana de Mendoza, Princesa de Eboli, que fue encarnada por Olivia de Havilland. Hay un Antonio Pérez, no menos pintoresco, que hizo Gilbert Roland. Y hay una antigua película francesa, de Raquel Meller, que llevaba al cine los turbulentos avatares del célebre Duque de Alba por tierras de los Países Bajos.

Y extendiéndonos un poco más, aunque no tuvieran con la batalla de Lepanto más relación que la contemporaneidad histórica, encontramos que figuras como Isabel de Inglaterra, María Estuardo y Catalina de Médicis, no ofrecen tampoco una gran variedad filmográfica. Sin embargo, nótese el carácter, como decimos, eminentemente cinematográfico de estos personajes. Lo que ha hecho que, sin haber sido tratados en abundancia, se les haya hecho figurar más veces que a los propios protagonistas de la epopeya naval.

Isabel de Inglaterra, la Reina Virgen, que odiaba a España como sólo saben odiar las mujeres, y más si son reinas, ha sido llevada al cine por Bette Davis (dos veces), por Jean Simmons y por la famosa Sara Bernhardt, entre otras. Su víctima propiciatoria, María Estuardo, lo ha sido por Zarah Leander, por Katherine Hepburn y por una oscura actriz alemana de los años veinte, Magda Sonja. Y la feroz Catalina de Médicis de la noche de San Bartolomé, lo ha sido por Josephine Crowell, en una película de Griffith; por Marguerite Moreno, en una de Sacha Guitry, y por Françoise Rosay, en una de Jean Dreville.

Incluso si quisiéramos aludir a otro contemporáneo famoso, el zar Iván el Terrible, que por los años de Lepanto estaba ya completamente loco, y que aquí resulta un poco traído por los pelos, no son muchas las películas que han tenido como protagonista al autócrata por excelencia.

Uno cree que los personajes históricos se repiten en el cine con demasiada frecuencia, y luego ve que no hay tal. Pero está claro que la Historia como fuente cinematográfica es

de tal amplitud que resulta prácticamente inagotable por sus dimensiones. Lo que obliga a tocar innumerables épocas y sucesos que, en su conjunto, son abundantes, pero en detalle quedan en cuatro o cinco producciones por personaje.

En el caso concreto de Lepanto, el vacío es desolador.

Y España sola, o en unión de Italia, tiene el deber ineludible de llevar a la pantalla una gran superproducción que refleje aquel acontecimiento trascendental, por muy costoso que resulte y por muy complicado que aparezca el montaje de un tinglado de semejante categoría. ¿Cuándo va a ser eso?

FILMOGRAFIA COMPARATIVA



Jaime Blanch y Antonio Riquelme en la biografía juvenil de don Juan de Austria, hecha por Luis Lucia, en 1953, sobre la novela «Jeromin»

Sobre DON JUAN DE AUSTRIA

JEROMIN.—Española, 1953.—Según la novela del padre Coloma.—Dirigida por Luis Lucia, con Jaime Blanch, Ana Mariscal, Rafael Durán, Adolfo Marsillac y Antonio Riquelme.—Estrenada el 19 de diciembre de 1953.

Sobre MIGUEL DE CERVANTES

CERVANTES.—Hispano-italo-francesa, 1967.—Dirigida por Vincent Sherman, con Horst Bucholz, Gina Lollobrigida, Louis Jourdan, José Ferrer y Francisco Rabal.—Estrenada el 9 de septiembre de 1968.

Sobre FELIPE II

JUSTICIA DE FELIPE II.—Española, 1909.—Dirigida por Alberto Marro y Segundo de Chomon.

RIVAL DE SU PADRE (DON CARLOS).—Francesa, 1910.—Dirigida por André Calmette.

LA BAILARINA ESPAÑOLA (The Spanish dancer).—Norteamericana, 1923.—Dirigida por Herbert Brenon, con Pola Negri, Antonio Moreno, Adolfo Menjou y Wallace Beery.—Estrenada en sesión única en el Cine Club del Ateneo de Madrid, el 23 de noviembre de 1944.

JEROMIN.—Citada anteriormente.
ESA SEÑORA (That lady).—Inglés, 1954.—Dirigida por Terence Young, Olivia de Havilland, Gilbert Roland, Paul Scofield, Françoise Rosay, Christopher Lee, José Nieto y Adriano Domínguez.—Estrenada el 4 de mayo de 1955.

Sobre el DUQUE DE ALBA

ROSA DE FLANDES (Les opprimés).—Francesa, 1923.—Dirigida por Henry Roussell, con Raquel Meller y André Roanne.—Estrenada el 28 de abril de 1924. Provocó una campaña de protesta por la forma en que presentaba la actuación de las tropas españolas en los Países Bajos.

Sobre la PRINCESA DE EBOLI

ESA SEÑORA.—Citada anteriormente.

Sobre CATALINA DE MEDICIS

LA REINA MARGARITA (La regine Margot).—Francesa, 1912.—Dirigida por Henry Desfontaines.

INTOLERANCIA (Intolerance).—Norteamericana, 1916.—Dirigida por David Ward Griffith, con Dorothy Gish, Josphine Cronwell y Robert Harron.—Estrenada el 29 de marzo de 1921. En el episodio de la noche de San Bartolomé.

LAS PERLAS DE LA CORONA (Les perles de la couronne).—Francesa, 1936.—Dirigida por Sacha Guitry, con Marguerite Moreno, Sacha Guitry y Aimee Simon Gerard.—Estrenada el 13 de abril de 1940.

LA REINA MARGARITA (La regine Margot).—Francesa, 1954.—Dirigida por Jean Dreville, con Jeanne Moreau, Françoise Rosay y André Versini.

Sobre ISABEL DE INGLATERRA

ELISABETH (Elisabeth reine d'Angleterre).—Francesa, 1912.—Dirigi-

da por Louis Mercanton y Henry Desfontaines, con Sara Bernhardt, Lou Tellegen y Mauxidian.—Estrenada el 9 de diciembre de 1912.

LAS PERLAS DE LA CORONA.—Citada anteriormente.

CORAZON DE REINA (Das herz der Konigin).—Alemana, 1938.—Dirigida por Karl Frohlich, con Zarah Leander, Willy Birgel, Axel von Ambesser y Rudolf Klein Roge.—Estrenada el 8 de noviembre de 1948.

PRIVATE LIFE OF ELIZABETH AND ESSEX.—Norteamericana, 1939.—Dirigida por Michael Curtiz, con Bette Davis, Errol Flynn y Olivia de Havilland.

LA REINA VIRGEN (Young Bess).—Norteamericana, 1953.—Dirigida por George Sidney, con Jean Simmons, Stewart Granger, Deborah Kerr y Charles Laughton.—Estrenada el 2 de diciembre de 1954.

EL FAVORITO DE LA REINA (The virgin queen).—Norteamericana, 1955.—Dirigida por Henry Koster, con Bette Davis, Richard Todd, Joan Collins y Herbert Marshall.—Estrenada el 31 de octubre de 1960.

Sobre MARIA ESTUARDO

DOROTEA VERNON (Dorothy Vernon of Haddon Hall).—Norteamericana, 1924.—Dirigida por Marshall Neilan, con Mary Pickford y Estelle Taylor.—Estrenada el 21 de enero de 1925.

MARIA ESTUARDO.—Alemana,

1924.—Dirigida por Frederic Feher, con Magda Sonja.

LAS PERLAS DE LA CORONA.—Citada anteriormente.

MARIA ESTUARDO REINA DE ESCOCIA (Mary of Scotland).—Norteamericana, 1936.—Dirigida por John Ford, con Katherine Hepburn, Frederick March y Florence Eldridge.—Estrenada el 8 de abril de 1940.

CORAZON DE REINA.—Citada anteriormente.

Sobre IVAN EL TERRIBLE

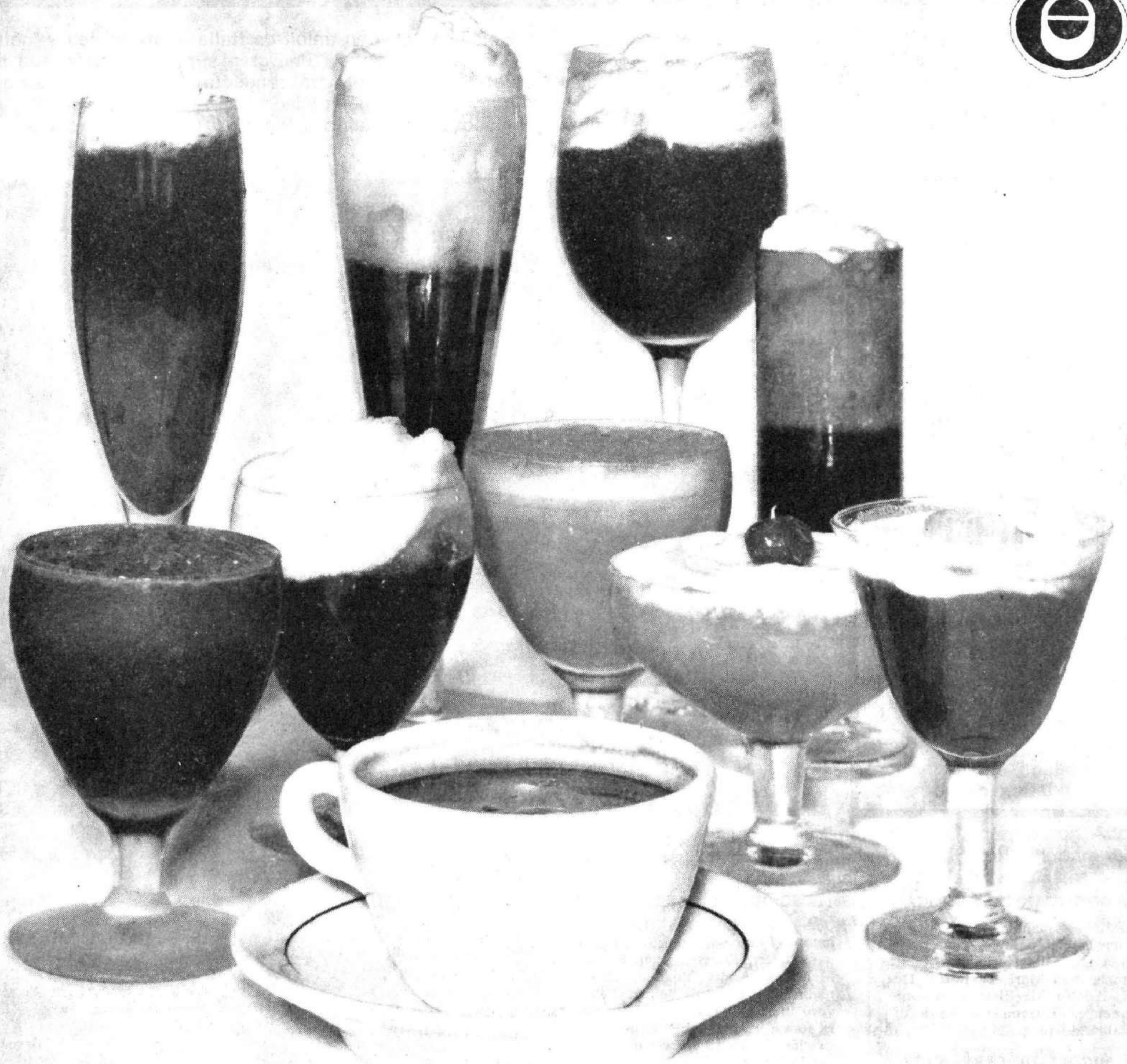
IVAN EL TERRIBLE (Ivan Grozni).—Rusa, 1911.—Dirigida por el italiano Giovanni Vitrotti.

IVAN EL TERRIBLE (Ivan il terribile).—Italiana, 1918.—Dirigida por Enrico Guazzoni, con Amletto Novelli y Matilde di Marzio.—Estrenada el 1 de noviembre de 1919.

IVAN EL TERRIBLE (Krylia kholopa).—Soviética, 1926.—Dirigida por Youri Tarich, con V. Askarova, S. Garrell y E. Leonidov.—Estrenada el 23 de abril de 1931.

IVAN EL TERRIBLE (Ivan Grozni).—Soviética, 1945.—Dirigida por Sergio M. Eisenstein, con Nikolai Tcherkasov, Serafina Birman y M. Jarov.—Estrenada el 20 de octubre de 1970.

LA CONJURA DE LOS BOYARDOS (Ivan Gorzni II).—Soviética, 1945.—Dirigida por Sergio M. Eisenstein, con Nikolai Tcherkasov, Pavel Kadochkinov y Mijail Bazvanon.—Estrenada el 4 de enero de 1971.



Presentamos las nuevas formas de hacer el café

Surgen nuevos, diferentes, depurados sabores. Es la apremiante renovación de los gustos de hoy. Y en cada sabor -valorándolo con su inconfundible presencia- EL CAFE; para hacerlo más intenso, más exótico o sofisticado. Para combi-

nar perfectamente con el brandy, ron, ginebra... con todo. Porque todo resulta mucho más agradable con EL CAFE! GRATIS, solicite la medida amarilla y recetario al Comité de Promoción del Café, Apartado núm. 36216 MADRID

COMITE DE PROMOCION DEL CAFE

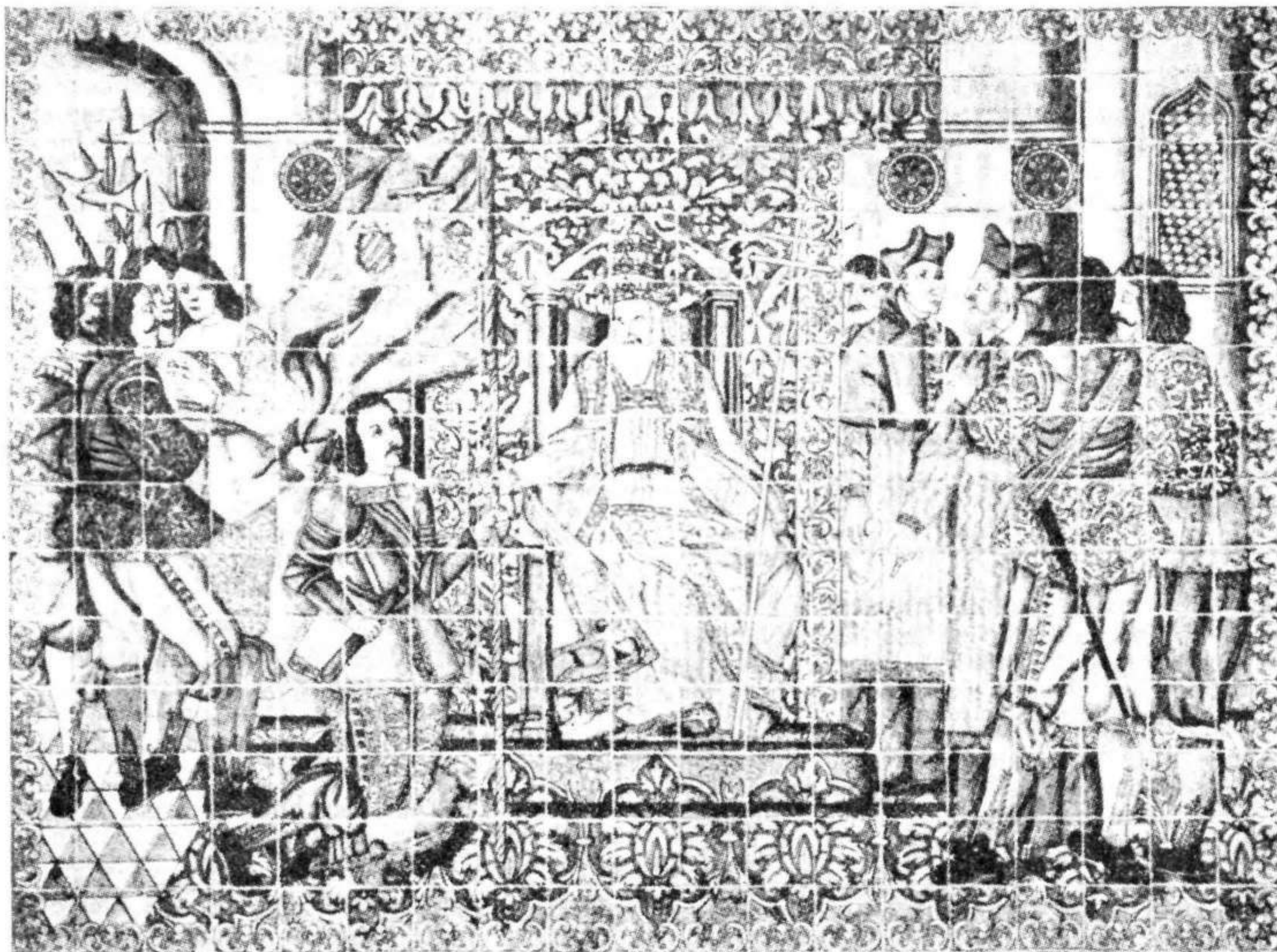
LOS AZULEJOS DE LA ERMITA DEL ROSARIO y la BATALLA de LEPANTO

Por Carlos AREAN

A pesar de que es opinión corriente que la batalla de Lepanto suscitó gran número de obras de arte, la verdad es que no resulta tan fácil detectarlas. Hay algunas de todas conocidas y siempre citadas, tales como el bellissimo y solemne «Cristo de Lepanto», pero esa no es una obra inspirada por la batalla, sino una obra que participó en ella. Lo que surgieron en torno al Cristo fueron hermosas leyendas, tales como la de que si «El Sant Crist de la galera» se encuentra ladeado se debe a que durante la batalla se inclinó milagrosamente para evitar que lo alcanzase una bala disparada por los cañones turcos. A decir verdad, ni siquiera se sabe de manera absolutamente segura que se hallaba izado en la popa de una de las galeras catalanas, aunque, dada la devoción que suscitó en años inmediatamente posteriores al de la batalla, parece casi segura la veracidad de dicha utilización.

No cabe duda de que la victoria de Lepanto fue popular. De ahí que miles de fieles sigan rezándole todavía al Cristo de la batalla en la catedral de Barcelona y de ahí también que anónimos artistas populares quisiesen ofrecernos su visión de lo acaecido o de las deliberaciones y gestiones que lo prepararon. Lo curioso es que muchas de estas obras no son coetáneas de la victoria, sino bastante posteriores. Ello nos hace pensar que los marineros que participaron en ella fueron sedimentando lentamente sus impresiones y relatándolas en sus pueblos y creando un clima de interés nostálgico que fructificó a principios del siglo xvii. Hacia 1630 la batalla quedaba a sesenta años de distancia y representaba para los hombres nacidos a comienzos del reinado de Felipe II algo así como puede representar hoy para nuestros ancianos la guerra de Africa. De ahí que fuese entonces cuando los artistas populares se ocuparon de ella, y no sólo en pinturas y esculturas, sino más todavía en obras pertenecientes al mundo de las artes aplicadas e integradas en el ambiente de la devoción y de la arquitectura popular.

Entre estas obras, una de las más bellas es el plafón de azulejos hecho por unos operarios anónimos en la ermita del Rosario, en la villa de Valls, en la provincia de Tarragona. Sabido es que la contribución catalana a la batalla fue decisiva. No sólo fue la región española en donde se construyeron mayor número de barcos, sino también la que facilitó un mayor número de voluntarios. Lógicamente, nuestra gran región mediterránea, la que había conquistado Nápoles,



Sicilia, Atenas y Neopatria, tenía que ser la que viviese con mayor emoción aquel problema de poder que se había planteado en unas aguas que lógicamente consideraba suyas.

Como es natural, los azulejos de la ermita de Valls no pretenden hacer una reconstrucción arqueológica. Así los personajes se visten de acuerdo con la moda de 1630 y no de acuerdo con la de 1571. En su centro se representa al Papa Pío V, sentado, entregando la enseña de los cristianos a Don Juan de Austria, que aparece arrodillado a su derecha. Figuran también en la obra dos grupos de personajes y abundancia de escudos. La composición, en diagonal, muy marcada, pero salvando al mismo tiempo una distribución complementaria en verticales y horizontales. Es así simultáneamente muy clásica, muy contrapesada, pero también muy barroca en la sabia adecuación de muchos de sus recursos expresivos. Esta paradójica fusión de elementos de equilibrio ponderado con otros un tanto balanceantes, fue bastante habitual en el arte popular, pero no se dio única y exclusivamente en él, sino que cabría percibirlo en el propio Velázquez, en quien la sofrosime y el buen sentido podían aliarse con una barroquización de perspectivas y formas, aunque él la lograra con luz y no con incipientes vuelos de paños.

Aludiendo ahora a otra semejanza, cabría ver en las picas que en el extremo

izquierdo del plafón subrayan la terminación de una de las diagonales que estructuran la obra, una predominación de las que siguió Velázquez en «Las Lanzas». Claro está que la diagonal o cruz de San Andrés que utilizaría nuestro máximo pintor para estructurar su lienzo es una diagonal acostada en profundidad, que la ayudó a captar una tercera dimensión al aire libre, en tanto la diagonal del anónimo tarraconense conserva todavía un espíritu medieval y no pretende crear un espacio en profundidad.

La pequeña villa de Valls ha sido rozada por los vientos del gran arte en más de una ocasión. En ella realizó durante una gran parte del siglo xx muchas de sus obras el maestro Jaime Mercadé. Pintor de cultura viva, poseía una fragancia popular y una capacidad de entusiasmo por todo lo bello y todo lo noble, que parecían en él adaptarse prodigiosamente a ese seny y ese transfondo de comprensión abierta de que Cataluña pudo enorgullecerse a través de toda su historia artística. En ese aspecto era el espíritu de Jaime Mercadé el mismo que el de su anónimo predecesor y coterráneo de la ermita del Rosario. La historia tiene constantes que pueden perdurar, a veces, durante milenios y la localidad tarraconense de Valls nos ha dado dos muestras eximias de ello, una en el siglo xvii y otra en el xx.

LEPANTO LA MAS ALTA OCASION QUE VIERON LOS SIGLOS

Para una BIBLIOGRAFIA de la BATALLA de LEPANTO

IMPRESOS, FOLLETOS Y LIBROS

Por José BLAS VEGA

A) BIBLIOGRAFIA ESPAÑOLA

ALCALDE VALLADARES, ANTONIO: Lepanto. Canto épico dividido en dos partes. Madrid, Montegrifo y Cía., 1881; 4.º, 31 págs. (Premio extraordinario en el certamen literario de Gerona, celebrado el 1-11-1879.)

ALÓS ORRACA, MARCO ANTONIO: Sacro par de sermones de la insigne y milagrosa victoria naval de Lepanto. Valencia, Silvestre Esparza, 1647.

ALTOLAGUIRRE Y DUVALE, ANGEL: Don Alvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz de Mudela. Estudio histórico-biográfico premiado. Madrid, 1888; 4.º mayor XV-575 págs., 2.º edición reducida, Madrid, Editora Nacional, 1971.

APARICI Y GARCIA, JOSE: Colección de documentos inéditos relativos a la célebre batalla de Lepanto, sacados del Archivo General de Simancas. Madrid, Imprenta Nacional, 1847; VI-7-43 págs., holandesa.

ARMIÑAN, LUIS: Hoja de servicios del soldado Miguel de Cervantes Saavedra. Madrid, Ediciones Españolas, S. A., 1941; 4.º mayor, 251 págs., 16 láms.

AUÑON Y VILLALON, RAMON: Recuerdos de D. Alvaro de Bazán. Madrid, 1888; 4.º, 19 págs.

BARBADO, F.: Don Luis de Requesens. Madrid, 1902.

BATALLA de Lepanto. Canto en valenciano. Valencia (s. a.); 4.º, 66 págs.

BATALLA NAVAL: La gran victoria que tuvo D. Juan de Austria contra la Armada Turquesa en el Golfo de Lepanto a 7 de octubre del año 1571 dividida en tres famosos romances. Barcelona, Herederos de la viuda de Pla. Siglo VIII; 4 hojas, 4.º Sevilla, Imp. Vda. de Vázquez, 1816; 4 hojas, 8.º

BAUER LANDAUER, IGNACIO: La Marina Española en el siglo XVI. Don Francisco de Benavides, cuatralvo de las galeras de España. Madrid, Imp. de Jesús López, 1921; 4.º, 480 págs., más láminas.

BAZAN, C.: Don Luis de Requesens, general de mar y tierra, diplomático y hombre de estado. Barcelona, 1885.

BUENO, DESIDERIO: Elogio de don Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz. Madrid, Hermanos Orce, s. a. (siglo XVIII); 8.º menor.

CAMINETE, FRANCISCO: Coplas y relación verdadera de la victoria que Dios Nuestro Señor ha sido servido dar a la armada de la sancta liga, con la presa del estandarte, con un romance a la fin a la boca de Lepanto a siete de Octubre Año MDLXXI. 4.º, 2 hojas, versos a 2 columnas. (Según el marqués de Ledesma debió ser impreso en Barcelona, por Pau Castey y Pedro Malo.)

CARRERO BLANCO, LUIS: La victoria del Cristo de Lepanto. Madrid, 1947; 2.º ed. Madrid, Editora Nacional, 1948, 230 págs., 7 mapas pleg., 4 hojas, 4.º

CINTERA, GASPARD DE LA: Aquí se contienen dos admirables victorias que Dios nuestro Señor ha dado a sus fieles: contra los endiablados Turcos enemigos de nuestra Santa Fe Catholica. La primera la conquista de la hermosa Velona. La otra el fortissimo Cas-

til novo fuerças muy poderosas y importantes con otras muchas y muy maravillosas cosas que en favor de la Santa Liga han acontecido. Contado todo en verso por... privado de la vista natural de Ubeda y vecino de Granada con un gracioso villancico a pregunta: y respuesta entre el autor y el Turco. Impresa con licencia en Granada por Hugo de Mena y por el mismo original en Toledo en casa de Miguel Ferrer que sea en gloria. Año de 1571.

COBLES y relacio de tot lo que esta dit lo dia de vuy sobre la victoria que nostre Senyor Deu a dada alcançar al serenissim Señor do Ioan de Austria contra la armada del gran Turch y unes altres a la fi del part de la serenissima Reyna ara novament estampades. Barcelona, Pau Cortey y Pedro Malo, 1571; 4.º, 2 h., verso a 2 columnas.

COLMENARES, JACINTO DE: Sermón de la Batalla Naval que predicó el muy Reverendo Fray... en la Santa Iglesia. Toledo, Diego Rodríguez, 1618; 22 págs., 2 grab., 4.º

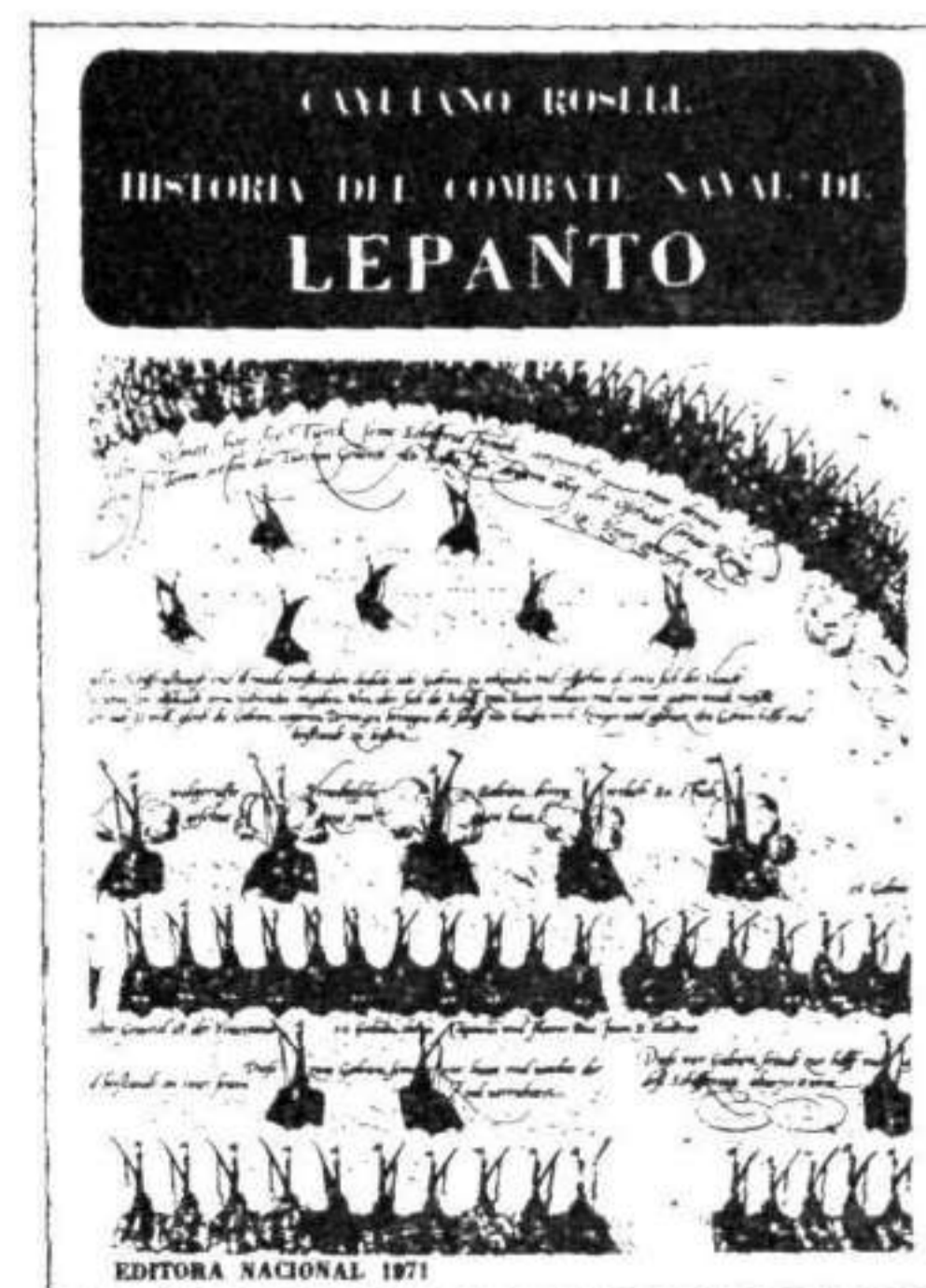
COLOMA, P. LUIS: Jeromin. Última edición: Editora Nacional. Madrid, 1971. 2 tomos, 8.º, 644 págs.

CONDEMINAS MASCARO, FRANCISCO: Cervantes marino. Barcelona, Sobs. de López Robert y C.º, 1927; 16 págs., 4.º

CONFERENCIAS sobre Lepanto. 1547-1947. Madrid, Museo Naval, 1947. Patronato del IV Centenario de Cervantes y Don Juan de Austria; 4 vols., 8.º

COPIA de una carta de la señoría de Venecia al serenissimo señor D. Juan de Austria sobre el alegría de la victoria, ofreciendosele para la empresa del siguiente año. Barcelona, C. Bornat, 1571. 4 págs., 4.º

La Junta Ejecutiva de la Conmemoración del IV Centenario de la Batalla de Lepanto, en colaboración con la Editora Nacional, ha realizado una serie de publicaciones sobre el tema, en manejable formato y cuidada presentación, con destino a difundir la importancia de una gesta y sus protagonistas.



COPIA de una oración que el gran Turco Selime hizo a su malvado profeta Mahoma y el repartimiento que hizo a sus mujeres de las mas principales cabeças de los que yvan con el invictisimo y muy cathólico don Juan de Austria en su favor y ayuda. Con la copia de un presente que le hizo el Turco al serenissimo don Juan. Barcelona, Pedro Malo, 1573; 4.º, 2 h., verso a 2 columnas.

COPIA y traslado de una carta venida a la corte de su magestad a los veynte y tres de Nouiembre, en que se cuenta muy en particular la victoria auida de los Turcos en la batalla naval, con el repartimiento que se hizo de los baxeles y artilleria de la armada vencida, y otras cosas muy notables... Medina del Campo, Vincente de Millis, 1571. 2 h., folio.

CORTERREAL, HIERONYMO: La Felicissima victoria concedida del cielo al Señor don Juan de Austria en el Golfo de Lepanto de la armada othomana, en el año de nuestra salvación de 1572. Lisboa, Antonio Ribero, 1578; 4.º, 8 h., 217 foliadas, 1 h., 15 grabados en madera. (Poema en verso suelto castellano dividido en 15 cantos.)

COSTIOL, HYERONIMO: Crónica del Príncipe D. Juan de Austria. Guerra memorable entre Selim II y la República de Venecia. Genealogía de la casa Otomana. Barcelona, Claudes Bornat, 1572.

CRAME, TOMAS: Don Juan de Austria. Madrid, Colección Vidas, 1943; 160 págs., 8.º

CRIDA sobre les gracias y alegries de la victoria contra la armada del turch (Lepanto), la qual se feu ab trompetes, atabals y ministrils. (Se publicó en Valencia el martes 27 de noviembre de 1571.) (S. l.: Valencia, s. i., s. a.: 1571?)

DE LA BATALLA naval que el serenissimo Principe don Juan de Austria dió al gran Turco, en la cual se hallasen los mejores romances que sobre ella se han hecho... Valladolid, Alfonso de Riego (s. a.). Hay 11 romances.

DELGADO, GERONIMO: Panegyrico naval, en la Santa Iglesia de Toledo, en siete de octubre de 1627, en la memoria que celebra cada año de la Victoria de Lepanto. Toledo, Juan Ruiz de Pereda, 1627, 28 págs., 1 grab., 4.º

DEVOTO NOVENARIO al Santo Cristo de la galera de D. Juan de Austria, cuya prodigiosa imagen se venera en su propia capilla de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona. Barcelona, Tip. Fiol, 1869, 64 págs., 8.º menor, grab. inters.

El verdadero discurso de la gloriosa vitoria que N.S. Dios a dado al Sereniss... Don Ioan de Avstria contra la Armada del Tvrco en los Mares de Lepanto (S. l., s. i., s. a.: 1571?). 4 h. 8.º

ESTE ES UN traslado de una carta que vino de la corte la (sic) Ilustrissimo señor Azobispo de Sevilla, de la victoria que uvo el serenissimo señor don Juan de Austria contra el armado del gran Turco enemigo de la santa fee Catholica. Fue impresa con licencia del muy Yllustre señor licenciado Pedro López de Mesa, Asistente de Sevilla y del Consejo de su Magestad Jc, e manda

que ningún otro impressior la pueda imprimir por tiempo de ocho dias sopena de diez mil maravedis para la Cámara de su Magestad. Fué impresa en Sevilla en casa de Benito López, impresor, 1571, 1 h., en folio.

FAJARDO, FRAY MELCHOR DE LOS REYES: Sermón Panegirico de la Victoria Naval de la Liga Católica contra la armada del Turco en el mar de Lepanto, ganada por el favor de la Virgen Santísima del Rosario, señora nuestra, en siete de Octubre, de 1571 años. Valencia, Silvestre Esparza, 1646, 16 fols., 4.º

FAY, ANTONIO DE LA: Tres famosissimos romances. El primero, de la memorable y triunfante victoria que tuvo el señor don Juan de Austria contra la armada Turquesca, en el Golfo de Lepanto á siete de Octubre Año 1571. El segundo, el presente que embio el gran Turco al Señor Don Juan. Y el tercero, otro presente que hizo el Señor Don Juan al Turco, con muy sabias respuestas. 1.º ed. Al fin: Impreso con licencia en Çaragosa en casa de Miguel Forcuno Sanchez, 1597, 4.º, 4 hojas, gotico, verso. Otras ediciones: Valencia, Imp. de Agustín Labora (s. a.). Málaga, Félix de Casas y Martínez. Sevilla, Viuda de Vázquez. Barcelona, Herederos de Plá, varias s. l. n. a., Geronymo Margarit, 1629. Barcelona, Antonio Lacaballería, 1694; y Madrid, Imp. de José M.º Marés, 1859. (Fue la relación que se hizo más popular.)

FERNANDEZ DE LA PUENTE Y ACEVEDO, JOSE: Memoria histórico-crítica del célebre combate naval y victoria de Lepanto. Madrid, Imp. A. Vicente, 1853. 3 h., VI-87 páginas, 4.º

FERNANDEZ DE NAVARRETE, MARTIN: Noticia biográfica de D. Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz. (S. l. n. a.) (Siglo XIX), 35 págs., 8.º

FERNANDEZ DURO, CESAREO: Cervantes marino. Demostración. Madrid, 1869, 46 páginas, 4.º

FERNANDEZ DURO, CESAREO: Estandarte de la liga: Visita a Toledo el 7 de Octubre de 1888 (S. l. s. i. s. a.). 9 págs., 2 láms., 8.º Comprende además: Documentos relativos al estandarte de la Liga en el Archivo de Simancas.

FERNANDEZ Y GONZALEZ, MANUEL: La batalla de Lepanto. Canto épico en octava rima. Granada, Zamora, 1850, 8.º

FERNANDEZ Y GONZALEZ, MANUEL: El Manco de Lepanto. Episodio de la vida de Miguel de Cervantes. Madrid, 1871, 8.º, 271 págs.

FLORES, BARTOLOME DE: Obra nueuamente compuesta en la qual se trata el doloroso llanto, y sentimiento, que el Turco ha hecho por la perdida y destruycion de su armada. En el qual llanto nombra todos sus mas principales y altos hombres, que fueron muertos y presos en la batalla, y quexandose de Mahoma. Nombra assi mismo todos sus Imperios y reynos, con dos Sonetos, y vn villancico. Todo compuesto en graciosos versos por... Salamanca, Pedro Laso, 1574. 4 h., 4.º

FORTIA SOLA: El Sant Crist de Lepant. Prodigiosa imatge venerada a la catedral de Barcelona (Monografía histórica). Barcelona-Ed. M. Borrat, 1950, 115 págs., 7 h., 4.º

FUENMAYOR, ANTONIO DE: Vida y hechos de Pio V con algunos notables sucesos de la cristiandad en tiempo de su pontificado. Madrid. Luis Sánchez, 1595, 4.º Zaragoza, 1633. Madrid, Real Academia Española, 1953, 276 págs., 8.º

GALLEGO VELASCO, MANUEL: Notas relativas a la batalla de Lepanto, I. Descripción de la batalla. Bibliografía Lepantina. Gijón. Imp. Moderna, 1931.

GALLEGO VELASCO, MANUEL: Notas relativas a la batalla de Lepanto, II. Don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz. Bibliografía Lepantina. Gijón. Imp. Moderna, 1932.

GALLEGO VELASCO, MANUEL: Notas relativas a la batalla de Lepanto, III. Cervantes soldado. Bibliografía Lepantina. Gijón. Imp. La Fe, 1933.

GALLEGO VELASCO, MANUEL: Notas relativas a la batalla de Lepanto, IV. Apuntes para una biografía de don Luis de Requesens y Zúñiga, Capitán General de mar y tierra, organizador de la escuadra de la Sta. Liga, Diplomático y Gobernador General de Flandes. Bibliografía Lepantina. Gijón. Imp. La Fe, 1934.

GALLEGO VELASCO, MANUEL: Notas relativas a la batalla de Lepanto, V. Apuntes para una biografía de D. Juan de Austria. Bibliografía Lepantina. Gijón. Imp. La Fe, 1935, 59 págs., 8.º

GARCIA, JOSE: La Batalla de Lepanto. Canto histórico. Premiado en tercer lugar en la sesión floral, celebrada en el Liceo de esta capital el día 7 de julio de este año. Granada. Imp. de don Miguel de Benavides, 1850, 52 págs., 8.º

GARCIA, JUAN: Cervantes y Lepanto. Gerona, 1946.

GARCIA OLALLA, VICTOR: Lepanto y Cervantes (Romance heroico). S. l. (Madrid), M. Tabares, s. a. (1905), 8 págs. Con motivo del centenario del Quijote.

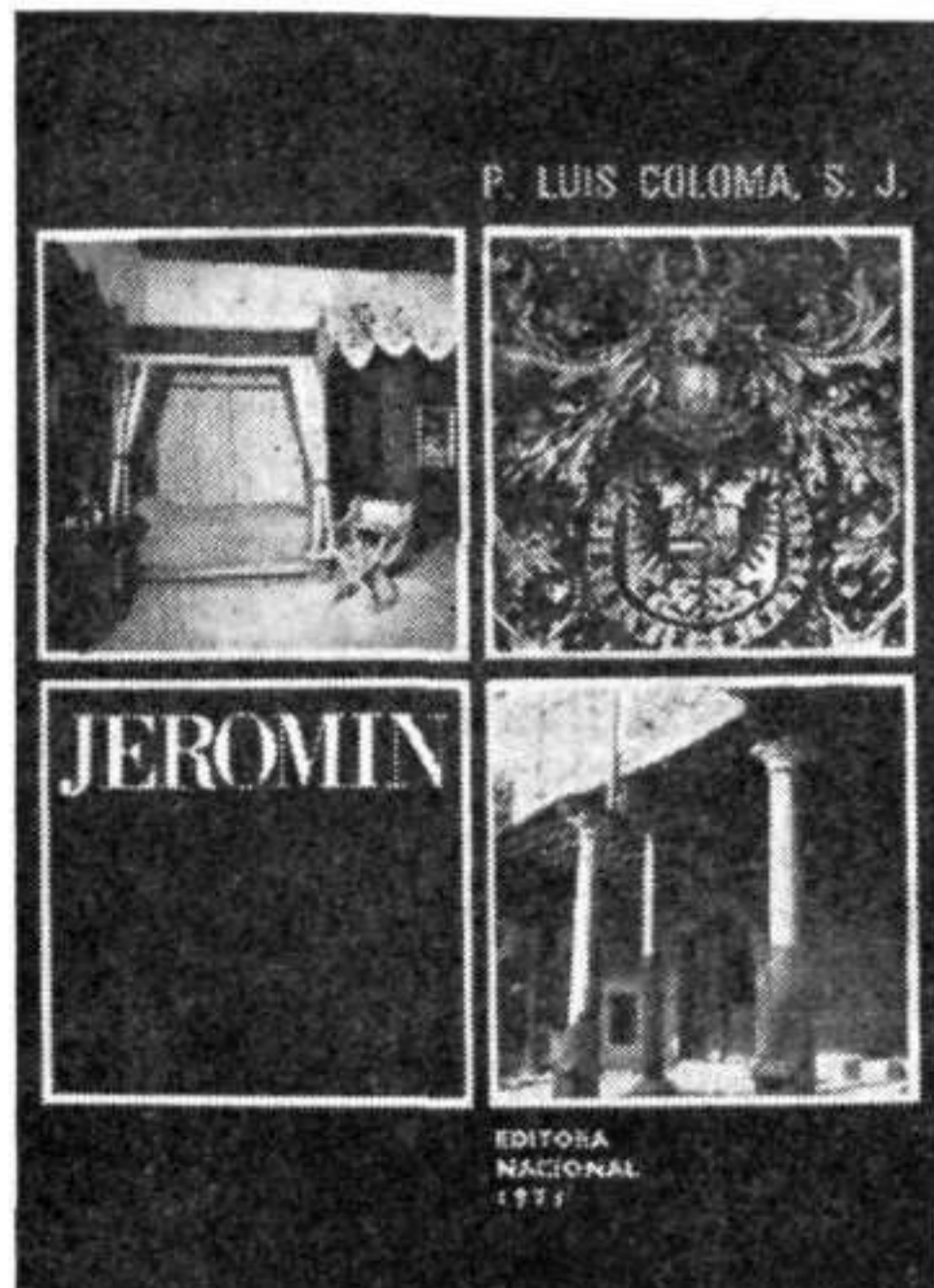
GONZALEZ, HILARIO: Trofeos militares. Las banderas de Lepanto en la catedral de Toledo. Toledo. Imp. Colegio María Cristina, 1920, 23 págs., 2 láms., 4.º

GUILLEN Y TATO, JULIO FERNANDO: Guía de la exposición de recuerdos de Lepanto. Madrid, Museo Naval. Imp. Ministerio Marina, 1947. Patronato IV Centenario de Cervantes, 17 págs., 1 h., 1 mapa pleg., 4.º

HAMMEND, VANDER: Historia de D. Juan de Austria. Madrid, L. Sánchez, 1639.

HERRERA, FERNANDO DE: Relación de la guerra de Chipre y sucesso de la batalla naval de Lepanto. Sevilla, Alonso Picardo, 1572, 7 h. pag., A-M3-1h., 8.º menor. Otra edición: Sevilla, Alonso Escribano, 1572, 96 hj. 8.º

HISTORIA verdadera de la Batalla Naval, que el Serenissimo Principe... Madrid, Francisco Sanz [s. a.]. Siglo XVII, 8 hjs. 4.º



- IV CENTENARIO DE LA BATALLA DE LEPANTO: Iconografía de don Juan de Austria.** Madrid. Imp. Ministerio de Marina, 1971, 115 páginas, 8.º (Homenaje de Valladolid).
- IV CENTENARIO DE LA BATALLA DE LEPANTO: Relación del suceso de la Armada de la Liga en el año 1571.** (Por el Padre Fr. Miguel Serviá, O. F. M.) **Relación de la Guerra de Chipre y suceso de la batalla naval de Lepanto.** (Por Fernando de Herrera.) Madrid, Imp. Ministerio de Marina, 1971; 177 págs., 8.º (Homenaje de Mallorca).
- IBAÑEZ DE IBERO: Los grandes combates de España en el mar.** Madrid, 1945.
- JANER, F.: Historia del Combate Naval de Lepanto,** 1852.
- KEITH CHESTERTON, GILBERT: Lepanto.** Barcelona, 1948 (trad. de Luys Santa Marina).
- La Batalla Naval de D. Juan de Austria.** Córdoba, Rafael García Rodríguez (S. a.: s. XVIII), 2 fasc., 8.º
- LATINO, NEGRO JUAN: Austriados, libri duo; sive de victoria navali Ionannis Austriaci ad Echinadas insulas.** Granada, Hugo de Mena, 1573, 4.º
- LA VICTORIA de Lepanto.** Madrid, tip. E. Cuesta, 1872, 2 h., 4.º mayor.
- LOPEZ DE TORO, JOSE: Los poetas de Lepanto.** Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1950, 474 págs., 4.º
- MAL-LARA, JUAN DE: Descripción de la Galera Real del Serm.º Señor D. Juan de Austria.** Sevilla, Bibliófilos Andaluces, 1876.
- MARCH, JOSE MARIA, S. I.: La batalla de Lepanto y D. Luis de Requesens, lugarteniente general de la mar. Con nuevos documentos históricos.** Madrid, Ministerio Asuntos Exteriores. Relaciones Culturales, 1944, 93 páginas, 5 láms., folio.
- MARTINEZ FRIERA, JOAQUIN: Don Juan de Austria, el Caudillo de Lepanto...** Madrid. Editorial Gran Capitán [Imp. E. T.]. 1944. 286 págs. + 8 lám., 8.º (Colección Histórica «Gran Capitán»).
- MARTINEZ FRIERA, JOAQUIN: Auxilium christianorum. Don Juan de Austria en Lepanto.** Madrid. Ed. Gran Capitán, 1947, 159 págs., 1 h., 4.º
- MARTINEZ FRIERA, JOAQUIN: El Caudillo de la FE.** (Poema heroico de Don Juan de Austria, con un prólogo, dos actos y ocho cuadros). Madrid. Imp. Aguirre, 1948?, 155 páginas, 8.º
- MENDOZA, DIEGO DE: Guerra de Granada y conquista de Chipre y Batalla Naval de Lepanto.** 254 hojas en folio. (Manuscrito que en 1770 se conservaba en la librería del Colegio de San Bartolomé, de Salamanca).
- MORALES, AMBROSIO DE: Primera parte de la cronica del muy alto y poderoso principe don Juan de Austria, hijo del Emperador Carlos V.** Barcelona, Claudes Bornat, 1572, 8.º
- MORALES, AMBROSIO DE: Descriptio belli nautici et expugnatio Lepanti.** Madrid, Benito Cano, 1793.
- MUÑOZ, MANUEL: Verdadera historia de la Batalla Naval, que el serenísimo Principe don Juan de Austria, dió al gran Turco, en la qual se hallaron los mejores Romances, que sobre ello se aya hecho. Y este romance primero es de cómo el Rey Don Felipe nuestro señor entregó su Estadería Real al Principe don Juan de Austria, y del acompañamiento que le hizo a la salida de Madrid, y avisos que le dio sobre ser General de la liga. Al fin: Impresa con licencia del Consejo Real en Cuenca, casa de Salvador de Viader. Año de 1624, 4.º, 8 h., versos a dos columnas.**
- NAVASCUES, EDUARDO DE: Coronas heráldicas, líricas y épicas en loor de Don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, con algunas noticias y documentos históricos, recogidos por...** Madrid, Fortanet, 1888, 2 volúmenes, 4.º
- NOVALIS VICTORIAE a Serenissimo D. Ioanne ab Austria classis Christianae duce Generali, ex Turcis partae brevis enarratio.** (s. l. s. i. s. a.), 8 hojas, 8.º
- ORDEN de nabegación i convate de la Armada cristiana en el año 1571.** s. l. s. i. s. a., 4 hojas. Folio.



- OSORIO SANTISTEBAN, DIEGO DE: Primera y segunda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas.** (Poemas en octavas). Madrid, Varez de Castro, 1599, 8.º
- OSSORIO, ANTONIO DE: Vida de Juan de Austria.** (Trad. de José López de Toro). Madrid, Blass, 1946, 4.º
- PASTOR, LUIS: Historia de los Papas en la época del Renacimiento.** Barcelona, G. Gili, 1910.
- PETRIE, SIR CHARLES: Don Juan de Austria.** Madrid, Editora Nacional, 1968. 435 págs., 4.º Ilustraciones.
- PONCE DE LEON, BASILIO: Sermón en la Fiesta de la Naval de Lepanto.** Al Deán y Cabildo de la Santa Iglesia de Toledo. Salamanca. Imp. Antonia Ramírez, viuda, 1620, 2 h., 26 págs., 1 grb., 8.º
- PORREÑO, BALTASAR: Historia del serenísimo Don Juan de Austria, hijo del invistísimo emperador Carlos V, Rey de España.** Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1899; 4.º, XVI-596 págs., ed. papel hilo, numerada.
- PROCESION conmemorativa a la batalla de Lepanto.** Madrid, Ed. Magisterio Español, 1947. Patronato del IV Centenario de Miguel de Cervantes, 13 págs., 1 h., 4.º, Graf. Interc.
- PUJOL, JUAN: La singular y admirable victoria que por la gracia de NSD obtingue el Serenissim Senyor don Juan D'austria de la potentissima armada Turquesca.** Barcelona, Pedro Malo, 1573, 104 h., 8.º mayor. Hay una edición en la B. N., donde se dice en el colofón. Barcelona, noviembre 1571, vuestro padre Antonio de lo Frasso. Debio existir también otra edición del siglo XVI. S. l. n. a. de la que el impresor francés Mr. Joseph Tastú reimprimio 4 ejemplares (8.º mayor, 66 págs. en gran papel de Holanda), entre 1836 y 1845, sirviéndose de un manuscrito.
- RELACION de lo sucedido en el armada de la Sancta Liga desde los doze dias del mes de Septiembre, hasta los doze de Octubre; la cual fué embiada por un criado del Sr. D. Juan que se llama. D. Gómez de Figueroa.** Medina del Campo, F. del Canto, 1574, 2 h.
- RELACION de las sumptuosas y ricas fiestas, que la insigne ciudad de Seuilla hizo por el feliz nacimiento del principe nuestro señor. Y por el vencimiento de la batalla nautal, que el serenissimo de Austria ouo contra el armada del Turco.** Sevilla, Hernando Diaz, 1572. 52 h., 8.º
- RELACION de lo sucedido en la armada de la Sancta Liga desde los treynta del mes de Septiembre, hasta los veynte y quatro de Octubre de este año, embiada a esta ciudad al... Licenciado Pedro López de Mesa... Asimismo va aquí la relación de los Turcos muertos y presos, y el numero de baxeles que se tomaron al Turco, y artilleria, y la partición que de todo esto se hizo... Y los Chistianos que se rescataron... con otras particularidades...** Sevilla, Alonso de la Barrera, 1571; 2 h., folio.
- RELACION muy verdadera de las pressas de Castilnouo y Camna: que la armada Veneciana ha auido despues que los Turcos fueron vencidos por el señor Don Juan de Austria. Y otras cosas notables y acontecidas.** Fue impresa con licencia en Medina del Campo, por Vicente de Millis, y por el

mismo original en Toledo en Casa de Miguel Ferrer. Año de mil quientos (sic) y setenta y dos. 2 h., folio.

- RELACION muy verdadera de lo sucedido al Armada de la Scta liga desde los XXVI de Julio de MDLXXI hasta mediado Agosto conforme a las cartas que se han traído de Roma y Venecia y de como Ochiali Rey de Argel huvo. E assi mesmo una carta de la mujer de Alibaxa hermana del gran Turco, la queal embio al Serenissimo señor don Juan de Austria sobre la prision de su hijo Saimbey preso en Roma, con el razonamiento que dixo el embaxador al dicho Saimbey de parte del gran turco.** Sevilla, Benito López, 1571, 4.º
- RELACION verdadera de la victoria que Dios nuestro Señor ha sido servido dar a la armada de la sancta liga contra la del Turco común enemigo de la Chistianidad a la boca de Lepanto a siete de octubre. Año de M.D.LXXI.** Barcelona, en la imprenta de Pablo Cortey y Pedro Malo. Año de 1571. 5 h., 4.º
- RELACION verdadera que trara como dozientos Christianos y Turcos, que andauan al remo se leuantaron von vna galera llamada la Capitana del Turco matando y quemando los demas Turcos q'venian en ella, y como los ochenta Turcos que venian al remo pidieron bautismo, y fueron bautizados los mas dellos en Palermo. La qual galera está agora en el río de Seuilla, y la recibió Marco Colona, y puso sus armas en ella...** (S. l., s. i.), 1580. 4 h., 8.º Caract. góticos.
- ROMANCERO del Almirante de la mar don Juan de Austria.** Cieza (Murcia). Ediciones para bibliófilos «La fonte que mana y corre» Introducción bibliográfica de Antonio Pérez Gómez. Tomo I, 1956; Tomo II, 1957. Papel hilo, 8.º. Ed. numerada.
- ROSELL, CAYETANO: Historia del combate de Lepanto y juicio de la importancia y consecuencias de aquel suceso.** Obra premiada por voto unánime de la Academia de la Historia en el concurso de 1853. Madrid, Tip. José Rodríguez, 1853, 4.º, 260 págs., 1 lám., 1 mapa. 2.º edición: Madrid, Editora Nacional, 1971.
- RUFO GUTIERREZ, JUAN: La Austriada.** Poema en 24 cantos de la victoria de Lepanto. Madrid. Alonso Gómez, 1584, 18 h., 447 folios, 8.º Toledo, 1585. Alcalá, Juan Graciano, 1586.
- SALVA, JAIME: La Orden de Malta y las acciones navales españolas contra turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII.** Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1944; 4.º, 448 págs. + láms.
- SALVADOR, SALVADOR DE: La batalla de Lepanto.** Granada. Benavides, 1580; 4.º, mayor.
- SANCHEZ, MIGUEL: Felipe II y la liga de 1571 contra el Turco. Impugnación histórico-crítica de los ataques dirigidos a Felipe II y a sus principales generales y ministros por el P. Guglielmotti, provincial de la orden de Santo Domingo en Roma.** Madrid, Olamendi, 1868, 400 págs., 8.º
- SANDOVAL, C. X.: Aficción e inteligencia militar de Miguel de Cervantes.** Madrid, 1863; 4.º, 16 págs.
- SANS, HIPOLITO: La Maltea en que se trata de la famosa defensa de la Religión de Sant Ioan en la Isla de Malta.** Valencia, 1582, 4.º
- SERRANO, R. P. LUCIANO: La Liga de Lepanto, entre España, Venecia y la Santa Sede (1570-1573).** Ensayo histórico a base de documentos diplomáticos. Madrid, 1918; 4.º, 2 tomos.
- SERRANO, R. P. LUCIANO: España en Lepanto.** Barcelona, Ed. Labor (Tip. Galve), 1935, 265 págs., 1 h., 4 láms., 8.º — 2.º edición. Madrid, Editora Nacional, 1971.
- SILVA de varios romances recopilados y con diligencia escogidos... y agora nuevamente añadidos cinco romances de la armada de la Liga...** Barcelona, Juan Cortey, 1578.
- SOLA, VICTOR MARIA DE: Lepanto y Don Juan de Austria.** Cádiz. Ed. Escelicer, 1947.
- TRASLADO de una Carta que se embió a su Magestad, de Venecia** (S. l., s. i., s. a.: 1571?). 1 h. En caract. góticos. Folio.

TORRES Y AGUILERA, HIERONYMO: Crónica y recopilación de varios successos de guerra que han acontecido en Italia y partes de Levante y Berbería desde que el Turco Selim rompió con venecianos y fué sobre la isla de Chipre año de 1570 hasta que se perdió la goleta y fuerte de Túnez en 1573. Zaragoza, Juan Soler, 1579; 4.º

VERZOSA, JUAN: Epinicium Yn clarissima victoria serenissimi Principis Yoannes ab Austria, qua classem Turcarum potentissiman christian a Reip. bono superavit, et cepit. Alcalá de Henares. Andreas de Angulo, 1571, 4 hojas, 4.º

VILLARDELES, FRAY PEDRO: Batalla Naval de Lepanto, 1614.

ÇERCILLO, PEDRO: Copia de un capitulo de una carta embiada a Venecia de los diez de noviembre de un caso acontecido muy digno de notar. También va una Canción por memoria de la gran victoria nuestro señor fué servido dar a los christianos por intercessión de la virgen mártir santa Eulalia patrona de Barcelona, para q los niños canten, al tono de una que cantan los presos de la cárcel q comienza, Orey despaña. Barcelona, casa de Claudes Bornat, 1571, 4.º, 2 hojas.

B) BIBLIOGRAFIA ITALIANA

ALBERTONIO: L'entrata... de Marco A. Colonna in Roma. Viterbo, s. a. (1571).

AMBROSINI, AMBROGIO: La morte delusa dal pietoso suffragio, all'anime degli Estinti nell' imprese Cristi. contro il Turco. Ferrara, B. Pomatelli, 1686.

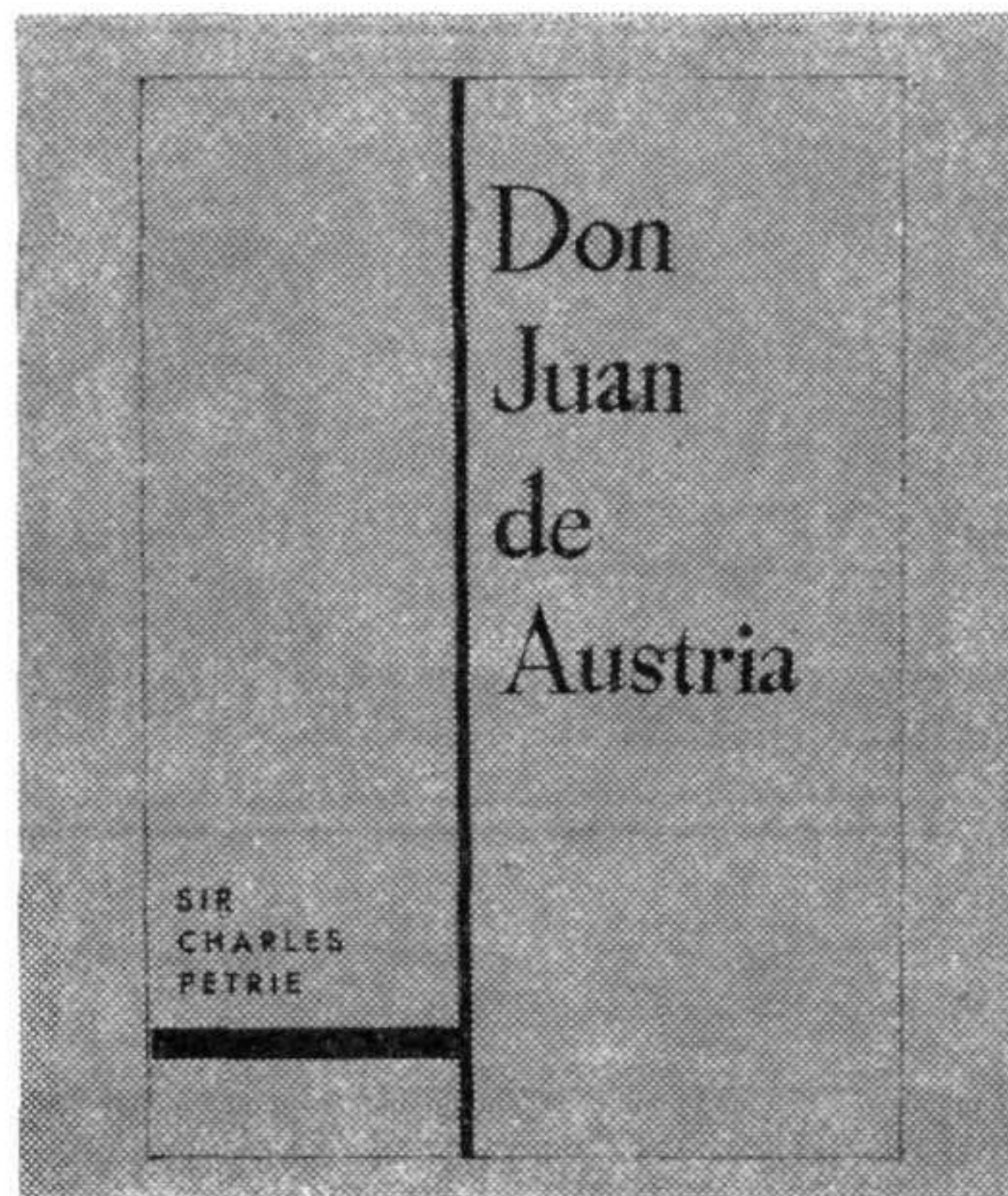
ANTONIANO, SILVIO: Orationes. Roma, 1610.

ARENAPRIMO DI MONTECHIARO, GIUSEPPE: La Sicilia nella batalla di Lepanto. Pisa, Capelli, 1886, 4.º

ARROYO, MARCO ANTONIO: Historia de la conquista de Chypre por los turcos. De la batalla naval por el Señor D. Juan de Austria. Discurso sobre el origen y acrecentamiento de los Turcos y como por las discordias de los cristianos pudieron llegar a la grandeza que oi tienen. Manuscrito (S. I. n. a.) (Finales del siglo XVII o principios del XVIII), 4.º menor, 108 h. (Parece ser que dos de las tres obras que contiene están impresas en Milán en el siglo XVI, pero son tan raras que nunca salieron al mercado. Catálogo núm. 70 de la Librería Gabriel Molina, 1936).

ARROYO, MARCO ANTONIO: Relación del progreso de la Armada de la Santa Liga entre el Papa Pio V, Felipe II v venecianos, contra el turco. Milán, Miguel Tin, 1576; 4.º 108 hjs.

ATTENDOLO, GIAMBATTISTA: Oration militare all'altozza del serenissimo signor Don Giovanni d'Austria, per la vittoria navale ottenuta dalla santa leganell'Echinadi impressa



del publico della città di Capua pos consiglio publico. Nápoles, Giuseppe Cacchi, 1573; 4.º

BENAMATI, GUIDOBALDO: La vittoria navale. (Poema heroico). Bologna, 1646.

BOGLIETTI, G.: Don Giovanni d'Austria. Bologna, 1894.

BURGENSIS, PETRI GHERARDI: Foedus et Victoriam contra Turcos... Poemata varia. Venecia, Guerrea, 1572.

CADDEO: Storia Maritima dell'Italia. Milán, 1942.

CAMOCIO, GIOVANNI FRANCESCO: L'ordine delle galere et el insegne loro, con li Fano, Nomi, & cognomi delli Magnifici & generosi patroni di esse, che si ritrouorno nella armata della santissima Lega, al tempo della vittoriosa & miracolosa Impresa ottenuta, & fatta con lo aiuto Diuino contra la Orgogliosa & Superba armata Turchesca... Venecia, Giov. Francesco Camotio. 1571. 5 h., 4.º

CAMPANA, CESARE: Compendio storico delle guerre ultimamente sucesse tra christiani e Turchi. Venecia, 1597; 4.º

CARRACCILO, FERRANTE: Commentari delle guerre fatte co'Turchi da D. Giovanni d'Austria dopo che venne in Italia. Florencia, Gio: Marescotti, 1581. Otra edic. Nápoles, 1608.

CATENA, GIROLANO: Vida de Pio V. Roma, 1586; 4.º, 2.º ed. Roma, 1587, 8.º

CENTURIONI, L.: Columna rostrata seu plausus triumphalis M. A. Colonnae. Roma, 1633.

CONFORTI, LUIGI: I napoletani a Lepanto, ricerche storiche. Nápoles, 1886; 4.º, 1 lám.

CONTARINI, JUAN PEDRO: Historia dell cosa sucesse del principio della guerra nossa da Selim ottomano á venetiani. Venecia, Francesco Rampazetto. 1572. 56 págs. h.

CROTO, LUIGI: Trofeo della vittoria lega contra Turchi nell'anno 1571. Venecia, Sigism. Bordogna, 1572.

DRAGONETTI DE TORRES, A.: La Lega di Lepanto nel carteggio diplomatico mérito di D. Luys de Torres. Torino, Ed. Fratelli Brocca, 1931; 270 págs. y 2 láms., 4.º

FILIARCHI, COSIMO: Trattato de la guerra, et dell'unione de principi Christiani contra i Turchi, & gli altri infedeli... Venecia, Gabriel Giolito di Ferrari, 1572. 4.º

GUERRA, DOMENICO: Novissima Canzone al Sereniss. Sig. D. Giovanni D'Avstria... sopra la vittoria seguita contra l'armata Turchesca, il VII giorno di Ottobre MDLXXI. Con tre sonetti... Venecia (s. i.). 1571, 8 h. 4.º

GUGLIELMOTTI, P. ALBERTO: Marcantonio Colonna alla batalla di Lepanto. Roma-Florencia, 1862; 8.º, 447 págs.

GUGLIELMOTTI, P. ALBERTO: Storia della Marina Pontificia. Roma, Tip. Vaticana, 1886-1893, 10 vols., 4.º Sobre Lepanto trata el vol. 6, 1887.

MANFRONI: Storia della marina italiana della caduta di Constantinopoli alla batalla di Lepanto. Roma, 1897.

MARTINEZ, MANUEL: Panegirico al Santissimo Sacramento por los vbenos successos de la Armada. Dedicado al Serenissimo Señor Don Ivan de Avstria. Y predicado en la fidelissima ciudad de Palermo, por el... P. Maestro Fr... Dei Orden de Nuestra Señora de la Merced... Palermo, Domingo de Anselmo, 1678, 16 p., 4.º

MOLMENTI, P.: Sebastiano Veniero e la batalla di Lepanto. Florencia, 1899; 8.º, 380 págs. Para la biografía de Veniero ver de Molmenti *Storia di Venezia nella vita privata*, 3.ª ed., 1885.

MOLLI, G.: Le navi di Lepanto (cosmographia illustrata), 1904.

ORAZIONI a diversi Principi... contra la potenza del Turco. Florencia, Giunti, 1598.

PARUTA, P.: Della guerra di Cipro.

QUARTI, GUIDO ANTONIO: La battaglia di Lepanto nei canti popolari dell'epoca. Milán, Instituto Editoriales Avio-navale, 1930. IX-64 láminas, 318 págs. Folio.

QUARTI, GUIDO ANTONIO: La guerra contro il turco a Cipro e a Lepanto. 1570-1571. Storia documentata. Venecia, Gráf. G. Bellini, 1935; 775 págs., 31 láms., 2 h. pleg., 4.º

RACCOLTA de varii poemi latini, greci et volgario falti de diversi bellissimi ingegni nella felice vittoria riportata de christiani contra Turchi, 7 d'ottobre 1571; con la relatione de tutto il successo di Famagosta. Venecia, Sebastiano Ventura, 1572.

RELACION de la Jornada succedida a los siete del mes de Octubre mil Quinientos setente y uno. Roma, herederos de Antonio Blado. Impresores Camerales, MDLXXI, 4.º, 4 h. gótico.

RELACION de la jornada succedida a los siete del mes de Octubre mil quinientos setenta y uno - Y además una carta en letra romana del caballero Antinori. Aviso de la llegada del serenissimo Señor D. Juan de Austria y de su victoria entrando entre el 1 de noviembre a en Messina. Roma, por los herederos de Antonio Blado. Impresores Camerales, MDXXI.

RELAZIONE di tutto il successo di Famagosta. Et i nomi de i Bassá e Capitani ch'erano nell'armata Turchesca. Venecia, Sebastián Ventura, 1572; 8.º

SALIMEI, A.: Gli italiani a Lepanto. Ottobre 1571... Roma, Zampetti, 1931, 199 págs., 1 lámina, 4.º mayor.

SANSOVINO, FRANCISCO: Historia Universale dell'origine et Imperio de Turchi... Venecia, Michel Bonelli, 1573; 4.º, 16 h., 371 folio.

TIEPOLO, GIACOMO: Canzone de M. Giacomo Triepoli... in lode dell'... Signor Marc' Antonio Colonna, generale dell'armata di Santa Chiesa, per la felicissima vittoria navale contra Turchi. Vinegia, Presso Altobello Salicato, 1572. 20 p., 4.º

VEROGGIO, BENEDETTO: Giannandrea Doria alla batalla di Lepanto. Génova, 1866, 8.º, 220 págs.

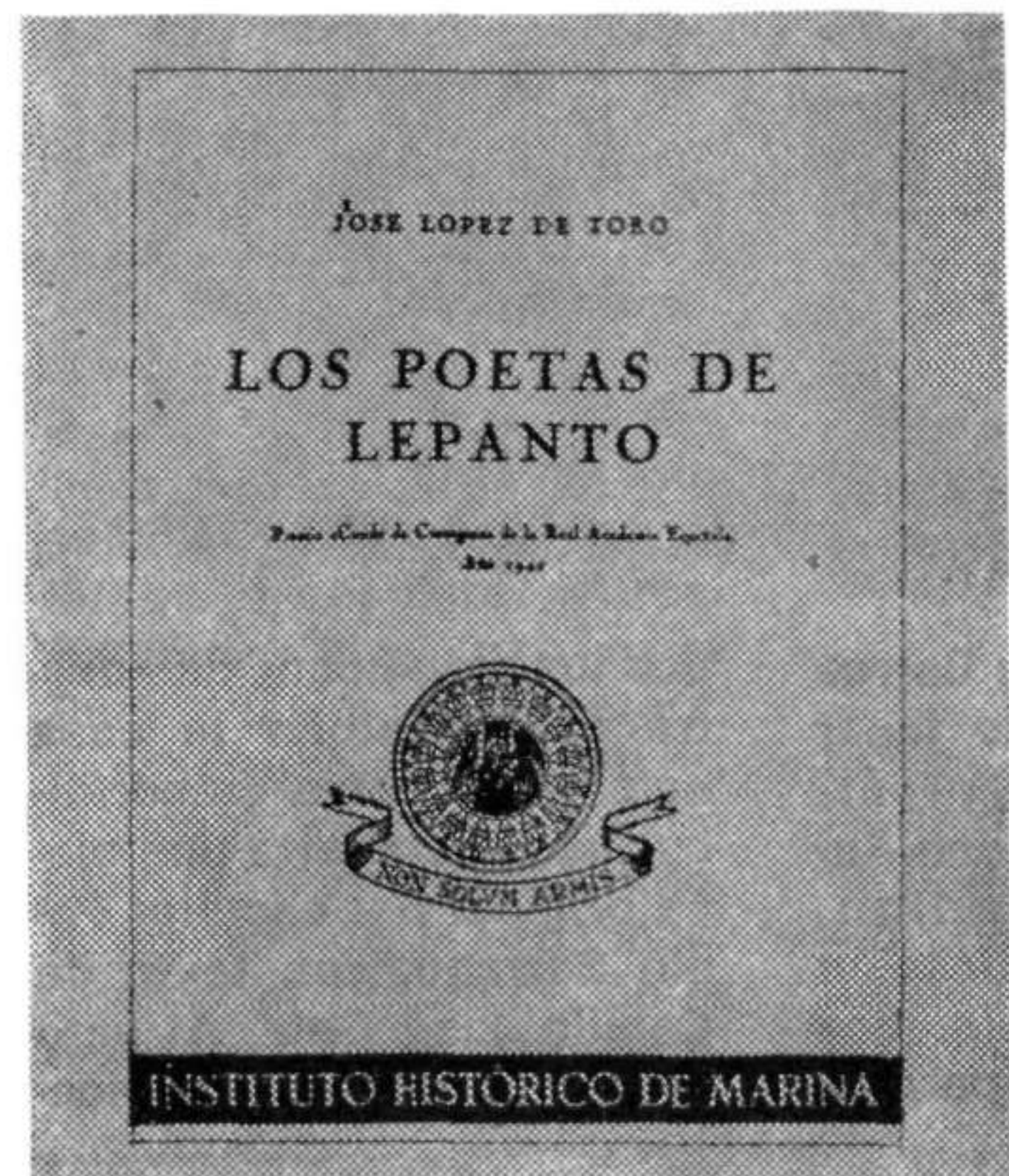
C) OTROS PAISES

ARCUS aliquet triumphal, et manumenta victor classicae in honor Jani Austriae. Amberes, 1572; 16 págs. Folio, y Mesina, 1572.

BRANDEL, I.: La Méditerranée et le Monde méditerranéen á l'epoque de Philippe II. París, 1949.

CHACH, PAUL: Deux batailles navales: Lepante-Trafalgar. París, 1935.

DARU, P. B.: Histoire de la Republique de Venise. París, Fermín Didot, 1893; 4.ª edición, 9 vols., 8.º



FAROCHON, P. A.: Chypre et Lépante Saint Pie V et Don Juan d'Austriche. París, Firmin-Didot (s. a.), 320 págs., gráficos interc. holandesa.

FELSENHART, J.: Don Juan d'Austriche á la tête de ses tropes et con relation avec des Princes étrangers (siglo XIX).

GACHARD, LOUIS, P.: Don Juan d'Austriche 1e, 2e, 3e et 4e étude. Bruxelles, 1869.

GARAY, BLASCO DE: Cartas de refranes con otros quatro romances que tratan la batalla y victoria Naval que vuo en Lepanto Don Juan D'Austria en el año 1571... Amberes, Antonio Tylenio, 1577. 80 h., 8.º

GARNIER, FRANÇOIS: Journal de la Bataille de Lepanto. Présenté et commenté par... París, Editions de Paris, 1956; 252 págs., 8 láms., 8.º

GOMEZ DE SOLIS, LUIS: Sagrado avgvsto Panegyris en la fiesta que a María Sanctissima del Rosario celebró... el Mexicano Imperial Convento de Predicadores, con el milagro de la Naval Victoria que del Turco consiguió este dia su patrocinio... Dixolo el P. Fr... Mexico. Viuda de Bernardo Calderon, 1672. 16 h., 8.º

GRAMMOND, M. DE: Un pacha d'Alger précurseur de M. Lesseps. (Se refiere a Uluch Ali 1508-1587. Intervino en Lepanto conociéndosele después de la batalla como Kiliç) (La Espada).

HALE, JOHN RICHARD: Famous Sea fights from Salamis to Jutland - Seventh edition. London, Methuen. Imp. W. Brendon, 1931; 34 láms., 406 págs., 8.º

HALE, JOHN RICHARD: Les grandes combats sur mer. París, 1932.

HERTLAUB: Don Juan de Austria und die Schlacht bei Lepanto. Berlín, 1940.

HOLLAND, ABRAHAM: Naumachia, or a poetical description of the cruel and bloody sea-fight or bataille of Lepanto (most memorable...). London, 1632; 4.º

JACOBO EL GRANDE, REY: His Majesties Lepanto or Heroical Song. Londres, 1603. Reimpresión en facsímil, Edimburgo, 1814.

JURIEN DE LA GRAVIERE, M.: Les marins du XV y du XVI siècle. París, E. Plon y Cía, 1879.

JURIEN DE LA GRAVIERE, M.: Les chevaliers de Malte et la Marine de Philippe II. París, 1887; 2 tomos, 8.º, 6 planos.

JURIEN DE LA GRAVIERE, M.: La guerre de Chypre y la Bataille de Lépante. París, Plon, 1888; 2 tomos, 8.º, 14 planos.

KHALIFAH, HADJI: Histoire des guerres maritimes des ottomans. Stambul, 1728.

LE TRES-EXCELLENT et somptueux Triomphe fait en la ville a Venise en la publication de la Ligue, avec les advertissements de la tres-heureuse et vrement miraculeuse victoire obtenue par l'armee chrestienne, a l'encontre de Gran Turc. Lyon, Benoist Rigand, 1571; 8 h., 8.º

L'HISTOIRE de don Jean d'Austriche, fils de l'Empereur Charles quint. Amsterdam, Pierre Le Brun, 1693; 8.º

MALVEZZI, P.: Narratio de capta Famagusta brevis, tem et vera expositio pugnae Novallis inter christianos et turcas ad diem Octobris, Anni Christi MDLXXI apud insulam Ithacam sive Echinades... Leipzig, 1571, 15 hojas, 8.º

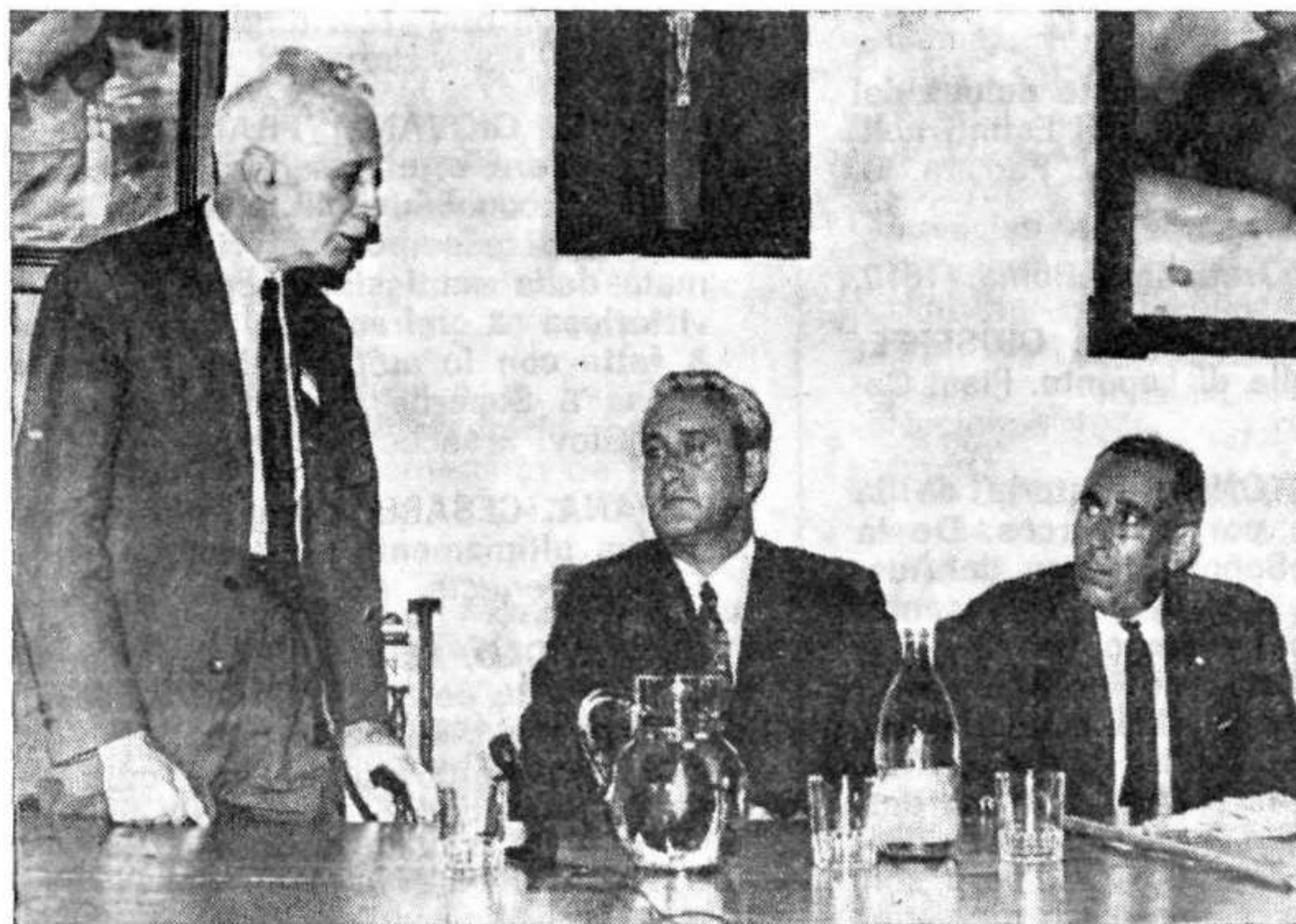
MOREL-FATIO, A.: Fernando de Herrera. L'Hymne sur Lepanto publié et commenté. París, Picard, 1893.

NESER, AUGUSTO: Un nuevo sermón católico en la derrota de los turcos. Munich, 1572.

STIRLING-MAXWELL, WILLIAM: Don John of Austria or passages from the history of the sixteenth century, 1547-1578. London, Logmans, 1883, 2 tomos, 4.º

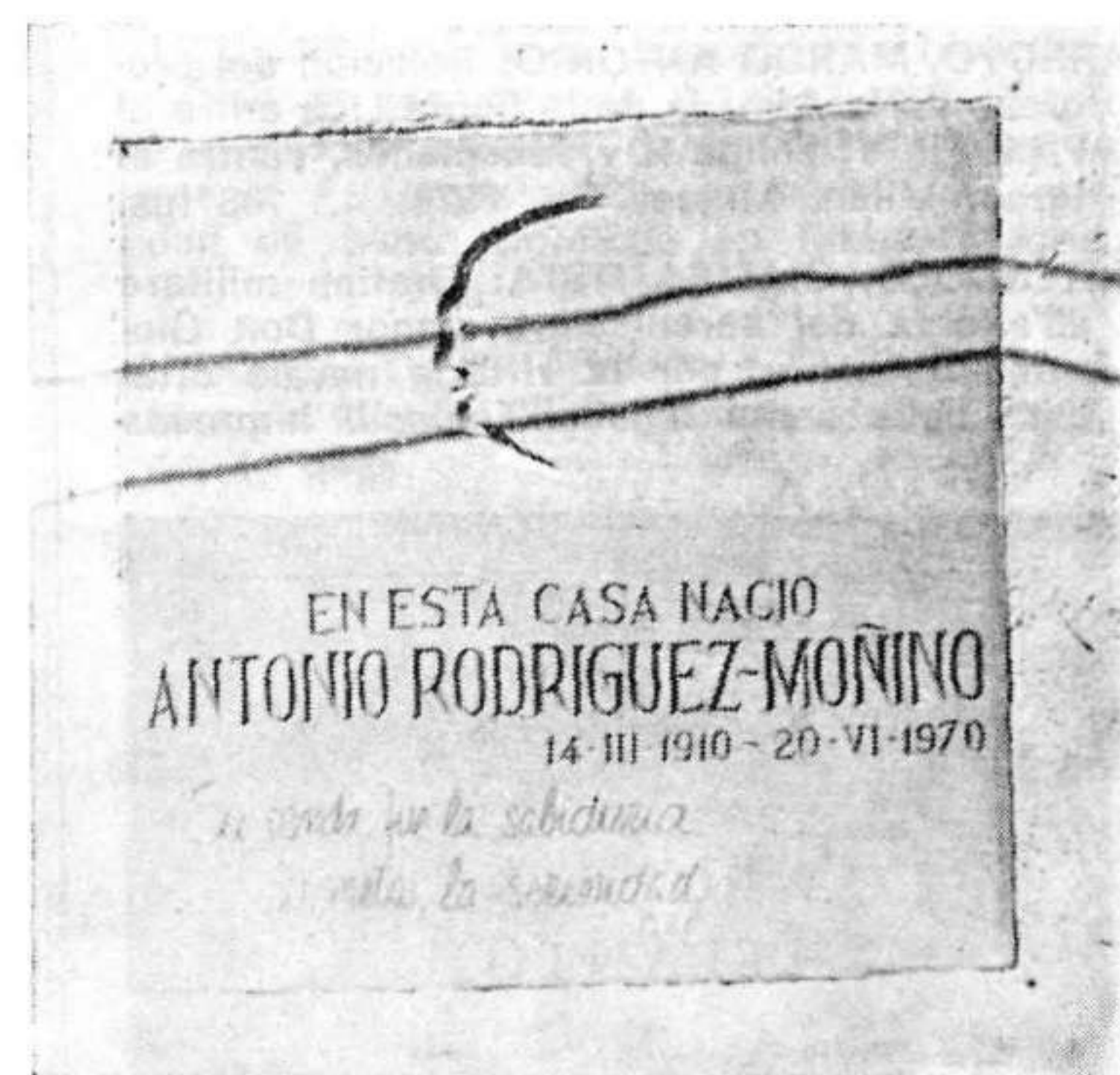
VAZQUEZ, GABINO DE J.: El Manco de Lepanto. Mérida de Yucatán, 1905; 4.º, retrato, 18 páginas.

Extraordinario homenaje póstumo a Rodríguez-Moñino en su pueblo natal, con intervención de académicos, hispanistas y catedráticos



FUE DESCUBIERTA UNA PLACA, ORIGINAL DE PABLO SERRANO, CON TEXTO DE CAMILO JOSE CELA, EN LA CASA DONDE NACIO

EL AYUNTAMIENTO DE CALZADILLA DE LOS BARROS LE ENTREGO A SU ESPOSA EL TITULO DE HIJO PREDILECTO Y LA «HISPANIC SOCIETY OF AMERICA» SU MEDALLA DE HONOR



En Calzadilla de los Barros (Badajoz), ha tenido lugar un acto de homenaje póstumo al académico don Antonio Rodríguez-Moñino, cuya obra de investigación y crítica literaria significa un valioso material para to-

dos los estudiosos de nuestra literatura. En la casa natal del ilustre catedrático fue descubierta una placa original del escultor Pablo Serrano, con texto de Camilo José Cela. Al acto asistieron numerosos aca-

estafeta NOTICIAS

OVIEDO: CONFERENCIA DE LEO HICKEY SOBRE LA NOVELA ESPAÑOLA ACTUAL

En la Universidad de Oviedo pronunció una conferencia Leo Hickey, profesor de la Universidad inglesa de Salford, sobre el tema «Las actitudes epistemológicas y su influencia en la novela española actual».

CARTEL TURISTICO ESPAÑOL, PREMIADO EN AUSTRALIA

España ha obtenido de nuevo un primer premio con uno de los carteles editados por el Ministerio de Información y Turismo. En la exposición celebrada en el Mildura Art Centre, de Australia, se ha concedido a España el primer premio por el cartel que tiene como tema la «Casa de los Picos», de Segovia.

Al concurso se han presentado carteles representando a 140 países, y el Jurado ha sido presidido por el director del Museo de Bellas Artes Ballarat.

MEDALLA DEL CENTENARIO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA PARA LA ESPAÑOLA

El presidente de Colombia, doctor Misael Pastrana Borrero, entregó al embajador de España

47

démicos, más de un centenar de hispanistas de distintos países, catedráticos de Universidades españolas y extranjeras, escritores, profesores y estudiantes, a los que se unieron las autoridades locales y provinciales de la región extremeña.

Intervinieron en el acto el académico Camilo José Cela, que ofreció el homenaje; el profesor Pérez de la Dehesa, el profesor Edward Wilson, de la Universidad de Cambridge; el ilustre hispanista Marcel Bataillon, y el profesor Dean Williams McPheeters, que entregó a la viuda del homenajeado, doña María Bley de Rodríguez-Moñino, la medalla de la «Hispanic Society of America», de la que fuera su vicepresidente



te honorario. En nombre de la Real Academia Española intervino el académico don Rafael Lapesa. Y, finalmente, el alcalde de la población entregó a la es-

posa del fallecido académico el título por el que se nombra hijo predilecto de Calzadilla de los Barros al gran prócer de la bibliografía española.

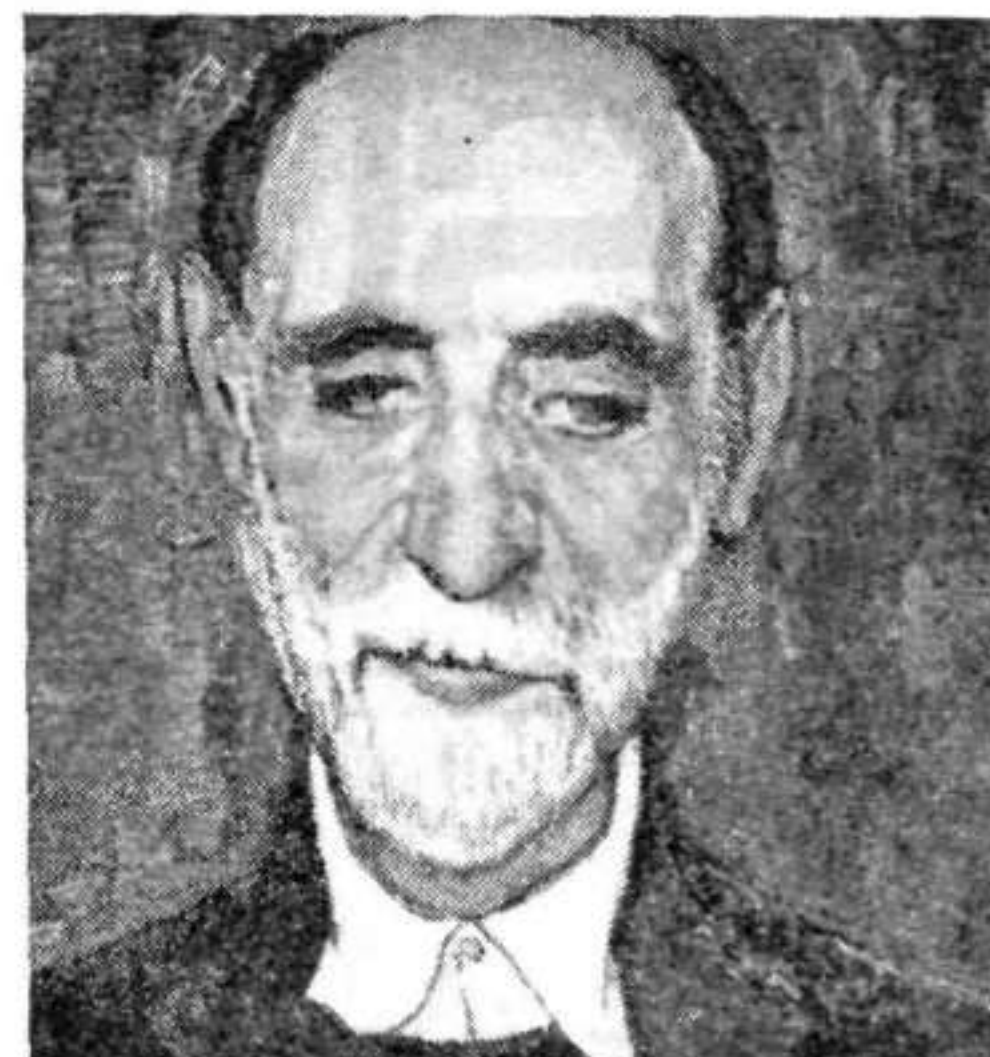
ña en Bogotá, don Joaquín Juste, la medalla conmemorativa del primer centenario de la Academia Colombiana de la Lengua, con destino a la Real Academia Española, por ser la colombiana la primera que se fundó como correspondiente de la española en América.

Asimismo, el presidente Pastana entregó otro ejemplar de la citada medalla conmemorativa al director de la Academia Colombiana de la Lengua, don Eduardo Guzmán.

Estas medallas han sido acuñadas por el Colegio Máximo de las Academias de Colombia, entidad que agrupa a todas las Corporaciones académicas del país, y por el Patronato Colombiano de Artes y Ciencias.

LEPANTO Y LOS POETAS DE «ALFORJAS»

Con motivo del aniversario de la batalla de Lepanto, el director del Museo Naval, almirante y académico don Julio Guillén Tato, ha invitado, en una dependencia del mismo, que recuerda a la cámara de un antiguo galeón, a un almuerzo a los señores almirante Indalecio Núñez Iglesias, don José María Martínez Val, y a los poetas Conrado Blanco, Federico Muelas y Jesús Juan Garcés, cambiando con ellos impresiones y encomendado a Conrado Blanco ayudado de los poetas últimos, la preparación de un proyecto de «Alforjas para la Poesía» en torno a Lepanto y a una de sus preclaras figuras, don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, que elevó en el Viso del Marqués un bello palacio renacentista. En ese emotivo marco se realizará el homenaje sobre la base de recitar textos de clásicos y de poetas de hoy para conmemorar la famosa efemérides del lejano 7 de octubre de 1571.



Juan Ramón, por Juan Guil

MOGUER:

AZULEJOS CON PASAJES DE «PLATERO Y YO»

Veinticinco azulejos de cerámica, con diversos pasajes de *Platero*, la obra universal de Juan Ramón Jiménez, han sido colocados en distintos lugares de Moguer, cubriendo un «itinerario lírico».

Junto al estudio de la ciudad aparecen en los artísticos azulejos diversos personajes de la obra, con inscripciones como: «Aquí, en esta esquina, instalaba Ramona, la castañera de la plaza del Marqués, su puchero de castañas», o bien «En esta casa vivió Darbón, el médico de *Platero*, grande como el buey Pio, tierno como un nido...»

A la entrada del pueblo, en otro azulejo con la efigie del poeta, esta salutación: «Viajero visitante, has llegado a Moguer, la blanca maravilla, la luz con el tiempo dentro» (Juan R. Jiménez). «Moguer te da la bienvenida.»

FIESTA DE LA POESIA EN MELILLA

En el salón de actos del Palacio Municipal de Melilla ha tenido lugar la celebración de la Fiesta de la Poesía, tradicionales Juegos Florales que anualmente convoca el ayuntamiento melillense. Actuó de mantenedor el poeta y crítico Leopoldo de Luis y fue reina de la fiesta Consuelo Gómez Álvarez, maja de España 1971. La Flor Natural y primer premio de 25.000 pesetas se concedió al poema *Pastoral para Melilla junto al mar*, del que resultó ser autor el poeta gallego, hoy catedrático en Valencia, Arcadio López Casanova. El segundo premio, dotado con 10.000 pesetas, lo obtuvo Manuel Alonso Alcalde, poeta, narrador y autor teatral, por su poema *Melilla y el mar*. Y los premios Rusadir para sonetos, de 5.000 y 3.000 pesetas, al poeta alicantino Manuel Molina, que había concurrido con los sonetos *Ojos de agua* y *Verde en lo azul*.

SAN SEBASTIAN:

GIMENEZ CABALLERO GLOSO A IRALA

Ernesto Giménez Caballero pronunció una conferencia en el Ateneo guipuzcoano sobre el tema «La gran victoria del vasco Irala». Al revelar la conquista de una argentina tan ilustre como Victoria Ocampo para la Hispanidad, declarándose descendiente del guipuzcoano Irala y de Agueda la guaraní, el conferenciante planteó la solución del llamado «problema vasco», que sería—dijo—la de sacarlo de su «involución» originada en la crisis del 98 (1892-1906), y volver a celebrar al vascongado como fundador de una parcela de la mejor historia hispánica.

CONFERENCIA DE PHILIP W. POWELL EN EL CLUB INTERNACIONAL DE PRENSA

En el Club Internacional de Prensa de Madrid pronunció una conferencia el doctor Philip W. Powell, catedrático de Historia de España en la Universidad de California, en la que explicó el contenido de su libro *Tree of*

hate—El árbol del odio—, donde estudia los efectos de la leyenda negra de España en distintos países. Fue presentado por Juan Ignacio Tena Ybarra, secretario general del Instituto de Cultura Hispánica.

PREMIOS POETICOS DE PIEDRABUENA

En Piedrabuena se ha celebrado el acto literario correspondiente al Certamen Floral Castillo de Miraflores.

El Jurado, compuesto por el alcalde, don Emilio Enrique Ferrer, como presidente; por don José Luis Barreda Treviño, jefe de la Sección de Bellas Artes del Instituto de Estudios Manchegos; don Raimundo Escribano Castillo, Primer Premio del Concurso del pasado año, y don Cecilio López Pastor, y secretario del ayuntamiento, don José Martín Martín, otorgó los siguientes premios:

Primer premio: Castillo de Miraflores, a don Nicolás del Hierro, por «Romance de Piedrabuena».

Segundo premio: Medalla de Oro, a don Juan Ignacio Morales Bonilla, por «Un poco de esperanza».

Tercer premio: Medalla de Plata, a don Julián Márquez Rodríguez, por «Sonetos de la Mancha».

Estos poemas fueron leídos en el acto por sus propios autores. La Reina de las Fiestas fue la señorita Rosario Jiménez Delgado, actuando de mantenedor el poeta Diego de Figueroa.

El pasado día 20 de septiembre murió en Atenas Giorgos Seferis, premio Nobel de Literatura 1963

El más importante poeta actual de Grecia, Giorgos Seferis, premio Nobel de Literatura en 1963, murió el pasado día 20 de septiembre, tras una larga enfermedad en el hospital Evangelino de Atenas. Su primer libro de creación data de 1931 y se titula *Encrucijada*. Entre otras obras suyas se encuentra *Epifanía*, de la que han surgido las canciones más populares de Grecia en los últimos años. Su última publicación, en diciembre de 1966, lleva por título *Tres poemas secretos*.

Giorgos Seferis pronunció en el Aula Magna de la Universidad de Barcelona, en 1964, el pregón de la Fiesta del Libro de Ocasión, y en el Ateneo de Madrid se le ofreció un homenaje.



Tauler

"LOS LIMITES DEL ARTE DESDE NUESTRA EPOCA" en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, de SANTANDER

Por José Gerardo MANRIQUE DE LARA

EL POETA LUIS LOPEZ ANGLADA,
HIJO ADOPTIVO DE BURGOHONDO



López Anglada con el alcalde

El Ayuntamiento de Burgohondo (Avila) ha tomado la decisión de declarar hijo adoptivo al poeta Luis López Anglada. López Anglada ha pasado muchos veranos en el pueblecito serrano y ha dejado constancias de ellos en algunos de sus libros.

El pasado día 21 de septiembre, con tal motivo, se celebró un acto en el que el alcalde, don Aurelio Delgado, hizo el ofrecimiento del homenaje después de la lectura del acto correspondiente. López Anglada dio las gracias en sentidas palabras.

Al acto asistieron el excelentísimo señor embajador de la República de El Salvador, don Hugo Lindo; el director de NO-DO, don Rogelio Díez; el director general de Radiodifusión y Televisión, don Adolfo Suárez; el director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón Moya; el director de LA ESTAFETA LITERARIA, Ramón Solís, y los poetas Federico Muelas, Manuel Alcántara, Eladio Cabañero y Juan Barberán.

Después del homenaje, el Ayuntamiento de Burgohondo ofreció una comida típica en la que hablaron, a los postres, Federico Muelas, Hugo Lindo, Rogelio Díez y Gregorio Marañón. López Anglada leyó un soneto dedicado a su nueva patria chica de adopción.

Nuevamente en La Magdalena. Allí las cosas de palacio van deprisa. Cada día tres conferencias, playa, concierto, coloquios de sala y de pasillo, recital «ex aequo», acompañado de armónica, de Adán, el perro de Tino Grandío. Don José Camón Aznar, con su macroestilografía en ristre, sacando conclusiones de cada lección. Antonio Manuel Campoy, secretario del curso, que congrega a la grey con sus palmadas pastorales. Los contestatarios al final, los adictos al principio. En cada curso, alguna sorpresa. Un maestro nacional de la misión rescate, un pintor autodidacta que pinta un cuadro o dos cada veinticuatro horas. En las caballerizas, los residentes californianos con sed de español y angustia horaria de autobús para Las Llamas. Viendo alguna de estas muchachas se da uno perfecta cuenta de por qué se han puesto de moda las pecas sobre la nariz. El arte no tiene límites. Por rara unanimidad, los disertantes han proclamado la inexistencia de toda limitación. Yo también, en lo que a literatura respecta. Florentino Pérez Embid dijo que «limitar es definir», así es que los únicos límites que se aceptan son los

que artificialmente se imponen para una delimitación historicista. José Manuel Riancho, director de la Red de Emisoras de Radio Nacional de España y ángel tutelar de estos cursos, está presente en la apertura como atestiguando la dignidad de ese simbólico promontorio universitario que es la península de La Magdalena, su palacio inglés y el aula académica que es el salón de la Reina.

Alguien promueve una aleluya:

—¿Qué programa hay para hoy?

—Que nos lo diga Campoy.

En la apertura, Juan Gich habló de «Arte y Juego; horizontes y límites». Huelga decir que el concepto lúcido fue desarrollado punto por punto hasta los límites de la creación artística. El joven catedrático de matemáticas y pintor Javier de Lorenzo se remitió a las «delimitaciones de la ciencia y el arte». Pocas veces se tiene ocasión de comprobar hasta qué punto puede ser eficaz una síntesis metodológica. En este caso nos sirvió para entender a la perfección el significado y consistencia de ambos conceptos. El arte según de Lorenzo es

Mario Antolín, subdirector general de Teatro

El día 23 de septiembre, el director general de Cultura Popular y Espectáculos, don Enrique Thomas de Carranza, en su despacho del Ministerio de Información y Turismo, dio posesión del cargo de subdirector general de Teatro a Mario Antolín, nombrado en sustitución de don Antolín de Santiago.

El señor Thomas de Carranza agradeció a Antolín de Santiago la valiosa cooperación que le otorgara durante casi dos años, y dijo que continuaría vinculado al Ministerio como director del organismo autónomo Teatros Nacionales y Festivales de España. De la personalidad del nuevo subdirector general resaltó su vinculación profesional al teatro y el aperturismo cultural de que había dado pruebas en su ejecutoria anterior.

Mario Antolín nació en Zaragoza en 1930. Su padre, médico, había intervenido en el teatro profesional como actor, con el seudónimo de Mario Alvar. Y Alvar se llamaba el primer grupo teatral universitario fundado y dirigido por Mario Antolín, antes de incorporarse al teatro profesional, en el que ha realizado diversas campañas como director escénico. Su sólida formación universitaria y su total entrega al arte escénico infunden las mejores esperanzas sobre el eficaz desempeño en el cargo para el que se le ha nombrado.



Concierto del quinteto clásico de RTVE en el altar de la Colegiata de Santillana del Mar



una contribución necesaria para modificar el mundo. En el temario del curso estaban encarados el arte y la industria y de esta confrontación se hizo cargo el crítico de arte José de Castro Arines, que convirtió en eje de su disertación los logros del diseño industrial, que, a su entender, son «una figuración proyectiva de los objetos que siendo útiles para nuestra vida diaria les confieren una cierta nobleza haciéndolos más gratos a nuestra apreciación». Hubo temas polémicos. Enrique Azcoaga, crítico en vanguardia, puso en solfa a las Galerías de Arte, los coleccionistas, la crítica y la propaganda. «La subasta—dijo—se está convirtiendo en una escuela de peligrosos agentes de nuestra subversión cultural.» La conferencia fue de ahí para arriba intentando demostrar que las apetencias de ese inframundo de los negocios de arte se cifran únicamente en su valor de inversión. Y conste que el término inversión se pronunció sin zumba escatológica. Entre las conferencias perfectamente ajustadas al tema y desarrolladas con total conocimiento de causa, estuvo la de Julián Gállego, profesor de arte de la Universidad Autónoma de Madrid. Versó sobre «Límites y fronteras del arte de hoy». Se mostró escéptico en materia de arte, fiel a su espíritu de agudo crítico a quien le consta que el encasillamiento de estilos, tendencias y géneros constituye una fórmula de urgencia para poderse entender y carece, en el fondo, de toda entidad. Sobre «los nuevos entendimientos en historia del arte», habló el catedrático de la Universidad de Valladolid Juan José Martín González, quien entendió las limitaciones como constantes interferencias que son las que han de tenerse en cuenta por los historiadores relacionando hechos y motivaciones que vienen a determinar los actos del hombre, verdadero sujeto de la historia. Sobre «los límites del arte en la arquitectura actual», Manuel Pita Andrade, catedrático de la Universidad de Granada, afirmó que el arquitecto sirve a un arte de aplicación que se produce como algo tangencial respecto a lo que ordinariamente se entiende por arte puro. Implica el fenómeno arquitectónico, a su entender, la voluntad artística de un pueblo y se desgaja de la naturaleza hasta adquirir su propia entidad. «Los límites entre decoración y pintura» era un tema que por su naturaleza podía entenderlo y hacerlo entender a los demás un pintor de prestigio. Lo hizo Hipólito Hidalgo de Caviedes, académico de Bellas Artes, ofreciendo una panorámica del muralismo, junto a la técnica de la pintura de caballete y la del cartel como expresión plana y desoleizada. Un poeta se coló de rondón, sin pluma, sin papeles, con nervios, con mucha prisa y asegurando que no era capaz de pechar con el tema que el profesor Camón Aznar, director del curso, le había encomendado. Ensayó la fórmula de humildad de «venir a preguntar a los demás lo que él no sabía». Estoy hablando de José Hierro, quien en cuanto cogió carrerilla, no tuvo un momento de resuello durante su charla y no preguntó nada sino que lo dijo «todo» y aún hubiera continuado de no secársele el gaznate y no mostrarse partidario del agua de Solares que se utiliza para las pausas. Era inevitable y cierto el comentario de Camón Aznar: «Ha sido la conferencia de un poeta.» «Invencción y realidad» fue el título de su conferencia. La forma incisiva y coloquial en que el conferenciante tomó inmediato contacto con el público caldeó el ambiente e hizo que se estableciese una participación directa con los enunciados teóricos del tema. El aspecto más polémico fue el de la esti-

mación de calidad de la repetición de múltiples. Una becaria, morena ella, celebró el buen gusto de la camisa «sportiva» de Alexandre Cirici Pellicer, que dictó su lección académica puesto en pie, seguro de sí mismo y como diciéndola en abreviatura y a fuerza de pildorazos pragmáticos para una más fácil comprensión del auditorio. Los catalanes no suelen ser retóricos y valoran mucho la economía de frases y conceptos. Cirici, con voz persuasiva, enunció, o mejor postuló, siete conceptos que él llamó «dificultades» para el desarrollo de su tema «Límites del realismo y la abstracción.» Encajaba perfectamente en su encadenamiento argumental aquella versión «por pasiva» de esas siete cosas que venían a ser todo lo contrario de lo que parecían. Imposible glosar todas ellas, pero como botón de muestra diremos que en el concepto de Cirici la abstracción es todo lo contrario de lo que su nombre parece indicar. Es más bien una lucha denodada por la concretidad. Efectivamente, lo abstracto es una composición realista con fines figurativos, pero sin propósitos concretos. Lo concreto es la mancha, el color, lo que pudiéramos llamar la realidad intrínseca del objeto. Una gran conferencia la de Cirici, polémica, rebatible y académica. La oratoria de José María Azcárate tiene una cierta voluntad de estilo en su escuetismo y en su «ir al grano». El catedrático de historia del arte y vicerrector de la Universidad de Madrid consideró el fenómeno cultural artístico como una resultante de las diversas soluciones que al arte se han venido dando a través de la historia. El tema de su conferencia era «Límites entre la tradición y la contemporaneidad». Entiende Azcárate que toda estimación del arte propende a una

mutación. Citó el ejemplo de Goya, admirado en un tiempo por sus tapices y valorado en la actualidad por sus pinturas negras. Llegó el tema de la arquitectura en la voz de un hombre joven. «Fuentes actuales del pensamiento arquitectónico» fue el tema de su conferencia. Quizá lo más convincente de cuanto dijo Antonio Fernández Alba, catedrático de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, fuese la forma de enfrentar los conceptos ciencia realidad y arquitectura-ideología. Lo mismo hizo con las posiciones conceptuales o puras contra las lógicas y rigorísticas en las diversas manifestaciones que diferencian cada signo. Otro arquitecto, Alberto Sartoris, profesor de la Universidad de Ginebra, expuso sus ideas sobre los «límites, caminos y nuevos mundos del arte». Para él lo más importante de todo es la imaginación y la fantasía y eso que Sartoris es nada menos que el inventor nominativo de la arquitectura funcional. Plinio no estaba en el curso, aunque bien es cierto que, con motivo del sol y de la playa, sí parecían estar allí las hermanas coloradas. Pavón, como se sabe, es aumentativo de pavo y eso es lo que se le subió cuando el profesor Camón Aznar repasó la ejecutoria de ese novelista que ha puesto a Tomelloso en situación casi internacional. «Crítica y sociedad» fue el tema de su disertación, que consistió, en líneas generales, en pintar la triste situación que atraviesa en España un crítico teatral que se ve en la necesidad de comer todos los días. Fueron enternecedoras sus afirmaciones, desde el beso con su cuenta y razón de la joven actriz que empieza, hasta el peligro que implica juzgar por vía de franqueza la obra que ha estrenado el director de «tu» periódico. Es una pena que no haya espacio suficiente en estas columnas para glosar la conferencia de ese intelectual pávido, con lentes montados al aire, tímido y discreto, como escapado de un retablo románico y, como santo de nuestra devoción, con un halo de razón intelectual presta a todo convencimiento. Vintila Horia, premio Goncourt por una novela que empieza ya siendo importante por su título—Dieu est nait dans l'éxile—relacionó los conceptos «Arte, hombre y sociedad». En la opinión de Heidegger el hombre es un ser dicente, idea que apoya medularmente Vintila condenando toda omisión verbal que desnaturalice su condición de hablador. Se refirió también al instinto de regresión comentando una novela de Leclésio y a la futurología, preconizando el porvenir inmediato del mundo. El cine estaba allí presente en el testimonio de Miguel Pérez Ferrero, que vino a decir que el erotismo y la violencia eran rescollos todavía vivos y que las casas productoras habían comercializado el sentimentalismo romántico con los consiguientes beneficios de ciertos temas lacrimógenos adornados de determinados recursos que constituyen por ahora excelente taquilla. «Love story» y «Morir de amor» fueron los títulos preferentemente glosados por el disertante. Manuel Díez Crespo desarrolló el tema «En torno a la poesía y poesía de la imagen», términos de contrastación—concepto y unidad—que se hermanan en una nueva noción de la plástica. Ramón Gómez Redondo es un hombre que se mueve con muchas in-





Javier de Lorenzo durante su aplaudida disertación

quietudes en el ámbito del cine y la televisión y que ahora tiene a su cargo la revista televisiva de artes y letras «Galería». «Límites del lenguaje televisivo» fue el tema de su conferencia y en todo momento aseguró que no existe una diferencia cualitativa entre el lenguaje del cine y el de la televisión. Citó a André Bazin como fuente de toda garantía para un análisis del lenguaje fílmico. El padre Federico Sopena nos habló de la música del ocio. Su tesis fue más bien de tipo sociológico y el equipo de televisión, capitaneado por Redondo, convirtió al académico de Bellas Artes en divo provisional del curso. Guillermo Díaz-Plaja no estaba, por suerte, con el emperador de Etiopía o con un mambo floreado dejándose encollar en las islas Vírgenes sobre un fondo de steel band. Tuvo suerte la dirección del curso con cogerle en una de esas pausas en que no publica un libro o en que no proyecta una excursión al casquete polar. Allí estaba el flamante académico de la Española interpretando su conferencia «Los límites de la novela», género que él consideraba el más joven de todos los literarios. Aprovechó la circunstancia de que por la ventana del salón de la Reina asomaban sugestivas lejanías marineras para esquematizar su conferencia sobre esa rosa fragante que aflora en las bitácoras con pétalos de viento para informar los cuatro puntos cardinales. Los cuatro límites de la novela: dramática, lírica, épica y didáctica. Por Carmelo Bernaola tuvimos una correlativa y fácil visión de «la música entre ayer, hoy y mañana», partiendo del impacto ruptural de la escuela de Viena. Ilustró su conferencia con la grabación de la «Séptima palabra de Cristo en la Cruz», compuesta por él mismo para un texto de Pedro Lorenzo, en cuya composición confesó haberse valido de apoyaturas técnicas tradicionales. Yo tenía a mi cargo un tema difícil: «Literatura: invención y testimonio». Son las dos grandes corrientes en que se contienen los géneros de creación. Entre lo inventivo y lo testifical discurre la corriente literaria que alguna vez, río sin nombre que no tiene posible límite de detención si no es el mar del infinito, encuentra un paisaje irreal cuyo valor carismático resulta indescifrable. Ese paisaje es la poesía y en ella centré preferentemente mi atención tratando después de cohonstar la correlación existente entre los distintos géneros literarios. Una conferencia informativa y «práctica» por lo que tuvo de aséptica y funcional desde el punto de vista de gestión de director de un museo de arte, fue la intervención de Víctor Pérez Escalano, que tiene a su cargo el museo de arte de Sevilla y que vio su misión preferentemente comprometida en su aspecto social. Joaquín Vaquero Turcios, pintor laureado cuya obra plástica encierra, a la vez, un sentido de temporalidad y de iluminación subyugantes, habló de «las limitaciones del artista», dejando constancia evidente, como muy bien observó Díaz-Plaja, de que no sólo es un gran pintor, sino un escritor de agudísima inventiva. El catedrático de historia del arte de la Universidad de Salamanca, Federico Torralba, consideró el «fenómeno de las exposiciones de arte» desde una visión de historiador, que completó ma-

gestralmente el profesor Camón Aznar en el resumen que hizo de su conferencia. Angel Marsá defendió el prestigio de las artes decorativas rompiendo una lanza en contra de esa discriminación peyorativa que trata de desglosar de los conceptos del arte determinadas profesiones artísticas. Francisco Umbral constituyó la gran sorpresa dialéctica. En su disertación rompió la norma académica para la exposición de su tema «Limitaciones del espectador», mostrándose como un niño absorto en la contemplación de un cuadro renacentista en la sacristía de una iglesia de Valladolid en sus tiempos de acólito. Venancio Sánchez Marín habló sobre los «límites de la crítica de arte», que, a su modo de ver, eran como «poner puertas al campo». Ponderó las teorías de Dorflès y de Humberto Ecco. Pedro Rocamora es un erudito. Su palabra entra en el recinto de nuestro convencimiento porque viene bien documentada. «Problemática de la escultura» era el título de su comunicación y no hay que decir que Rocamora partió desde la iniciación del fenómeno hasta el concepto plástico actual de la figuración artística tridimensional. Resultó elocuente la exposición paralela de ideas entre el Renacimiento y el barroco español. Manuel García Viñó desarrolló el tema «Medios de comunicación: los libros y las revistas de arte». Estableció el distingo básico entre ambos medios y valoró en su justa medida esa gran conquista que hoy constituye el libro de arte como documento de aproximada realidad. Citó a Bécquer por colega y paisano y se quedó con ganas de decir mucho más. Angel María de Lera estableció «las limitaciones del escritor», mostrándose partidario de un modo de hacer directo, convincente y realista. Estimó como limitaciones, además de las que impone la técnica y el estilo, las de carácter físico y biológico que condicionan a la persona humana para cualquier actividad.

Don José Camón Aznar es un místico de las ideas estéticas, un monje consagrado al misterio del arte. Un monje de clausura; por eso asistió a la del curso como gran oficiante, defendiendo un tema que quizá únicamente con su lenguaje es posible entender. Fue el «concepto de los límites de la espacialidad». «Sobre la preocupación del artista por el color y por la forma—dijo el director del curso—prima la nueva concepción del espacio.» Para la plasmación de estas ideas se apoyó en las teorías de Bergson, asegurando que la condición principal de las artes es la imposible conclusión de sus formas ebullentes exaltadas por medio de las efusiones del artista creador. José Manuel Riancho, director de la Red de Emisoras Nacionales y promotor de estos cursos de arte que han alcanzado proyección internacional, destacó la labor de Camón Aznar casi tanto como la belleza incomparable de Santander y de la península de La Magdalena, en cuya prominencia se yergue el palacio de la reina Victoria Eugenia como sede de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Lamentó Riancho, y creo que todos compartimos su desagrado, las nuevas edificaciones, inevitables moles de cemento sin otra ambición que el estúpido lucro funcional, que se están levantando en Pedreña para romper la armonía paisajística de esa incomparable ciudad marinera que es Santander.

Sería injusto dejar sin mención a la lucida actuación del quinteto clásico de la Radio Televisión Española. Recuerdo con verdadera complacencia su versión del «Cuarteto número 2, Memorias», de Cristóbal Halffter, y el «Quinteto», de Shostakovich. Y, por supuesto, la actuación de Odón Alonso al frente de la orquesta de la RTV en la «Historia del soldado», de Ramuz y Strawinsky. Este fue el primer homenaje que se ha rendido en España al autor del «Pájaro de fuego» a raíz de su muerte. Inolvidable el concierto de piano que nos ofreció Manuel Carra con piezas de Falla y Bela Bartok. Constituyó especial novedad un concierto de música electrónica dirigido y comentado por Andrés Lewin.

Como en cursos anteriores, el paisaje santanderino protagonizó una vez más los mejores momentos de evasión de los asistentes al curso. Santillana del Mar, Altamira, Castro Urdiales, Laredo, Santoña, Noja, Ontaneda... Y en este último lugar la inauguración del Museo Riancho, con bendiciones y vino de la tierra, quesada, sobaos pasiegos, amén de ese jamón castellano tan universal, ni siquiera desdeñado por los críticos de arte. Sobre las paredes de la casa-museo del pintor montañés se esparce lo mejor de su obra expresiva, llena de luz y entrañada con el paisaje de la Montaña. Se cuelgan veintiocho cuadros y veintitrés dibujos. Es éste un acontecimiento del que debe congratularse el mundo del arte. Santander, inserto en la naturaleza, como una perla entre dos valvas, sigue esperando allí una nueva conjunción del arte en su palacio de La Magdalena.

Carta de Barcelona

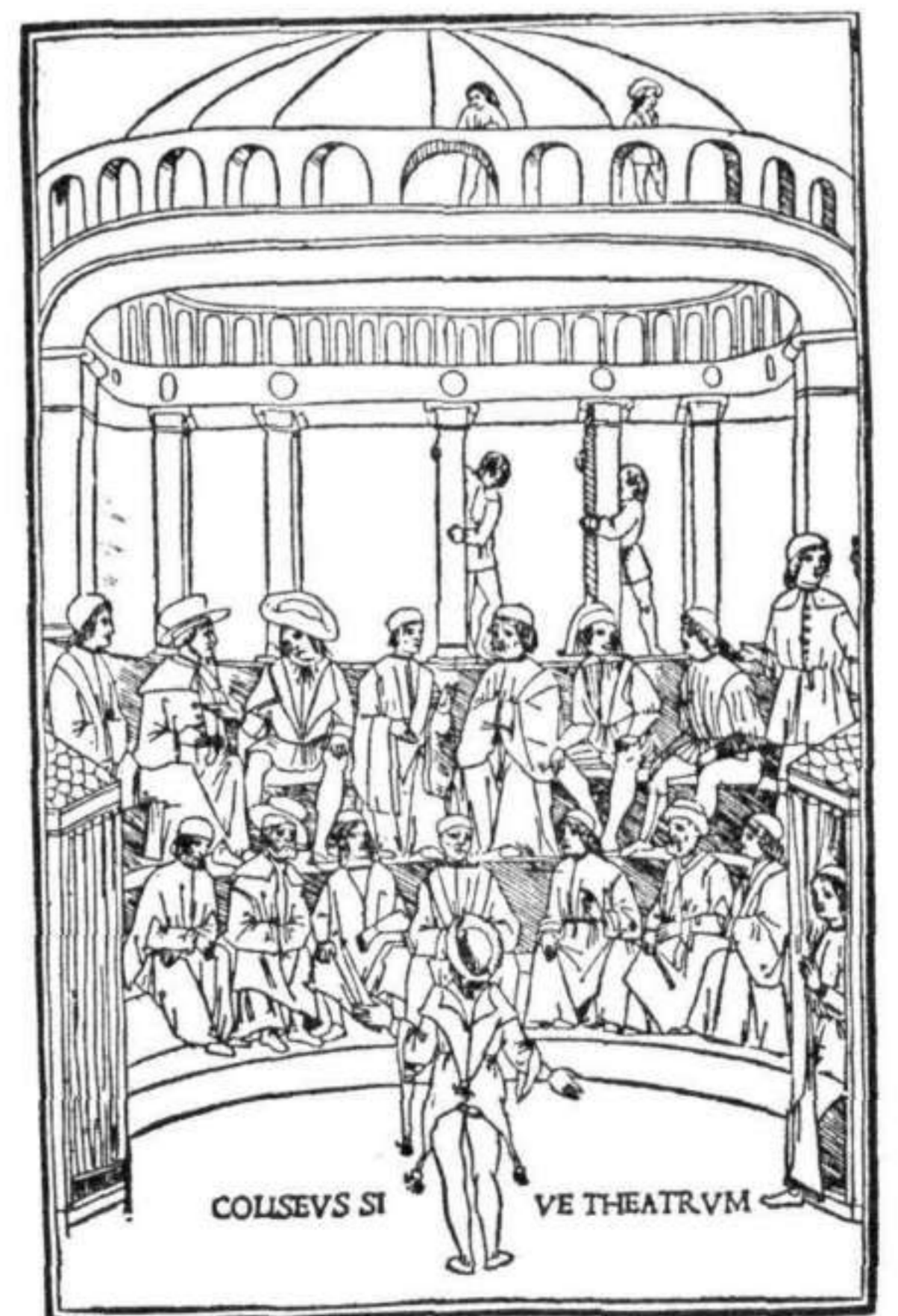
Por Julio MANEGAT

UN ESCANDALO LITERARIO CHINO-CATALAN Y OTRAS COSILLAS DEL COTIDIANO VIVIR

La verdad es que el cronista, durante el pasado mes de agosto y parte de septiembre, no tenía donde agarrarse para escribir su habitual carta barcelonesa. Tiempo de descanso, de huida, de dejar para mañana lo que no se debería de dejar... La literatura y el arte parece que se instalen en las claras aguas de una escondida cala o en el pico de una montaña. Sin noticias, el cronista se mantuvo en silencio. Pero, llegado septiembre, varían las cosas y ya empieza a bullir el telón de fondo de lo que entendemos, que ya es entender, por vida literaria y cultural de la ciudad...

DE «LOTO DORADO» A «NIFADES»

El primer estallido del «clima literario» ha sido, está siendo aún, un escándalo que provocaron Nuria Batalla y Xavier Romeu. Un buen día se publicaron en los diarios sendas cartas de la señorita Batalla, cuyo apellido, en esta ocasión, le viene de perlas, y del señor Romeu. Las cartas denunciaban un plagio literario a cargo del escritor Josep Maria Sonntag, nacido en Madrid en 1944, en el seno de



V Semana de Teatro
Actual de Sitges

una familia tarraconense. El señor Sonntag vive en la luminosa Tarragona, está casado y tiene una hija. Este escritor obtuvo el premio «Sant Jordi» de Novela, de 1970. Un jurado competente le otorgó el galardón que, como saben ustedes, es el premio literario más importante, de novela, que se concede a las letras catalanas.

Creo que vale la pena reproducir el párrafo esencial de la carta de Nuria Batalla. Dice así:

«Leí hace pocos meses la novela de J. M. Sonntag *Nifades*, premio "Sant Jordi"

Me parece perfecto. ¡Estaría bueno que los miembros de un jurado tuvieran que haber leído *todos* los libros que se publican o se han publicado en el mundo! Y menos aún tratándose de un libro tan antiguo como *Loto Dorado* que, según parece, se trata de una novela pornográfica china, de muy precaria calidad.

El caso es que el escándalo ha ido cobrando un perfil tenso y hasta bastante feito, porque se han empezado a tirar los trastos a la cabeza, unos y otros, y a sacar al sol los trapitos no demasiado

su quinta convocatoria, empezará mañana, día 2 de octubre, y se prolongará hasta el día 9. Lo que ocurre es que ha habido dificultades, precisamente nacidas del cambio de rumbo del Festival y de los acuerdos tomados con los autores, directores, actores, etc., en la pasada convocatoria.

Lo que se pretende, sí, es que no sea un Festival que empiece y acabe en sí mismo, sino que sea un verdadero trampolín para impulsar la presencia en los escenarios españoles de nuevos valores de nuestra escena: escritores, actores y directores de esce-

Esta obra fue pensada y escrita para este magnífico grupo teatral que año tras año abre más y más su camino y su importancia. La foto nos muestra un ensayo de la obra de María Aurelia Capmany.

CUATRO NOTICIAS, CUATRO

El Planeta está a las puertas de la actualidad barcelonesa y nacional. Se celebra el xx aniversario de la fundación del Premio Planeta por José Manuel Lara. El día 15, por la noche, festividad de Santa Teresa, patrona de los escritores españoles, se concederá, pues, el vigésimo Premio Planeta que, como en estos últimos años, está dotado con la bonita suma de 1.100.000 pesetas. Concurran al Planeta cerca de 250 originales, llegados desde las cuatro esquinas del mundo. Sólo uno alcanzará la ilusionada meta. ¡Cuánta esperanza frustrada, cuánta vocación en el camino...! Lo que importa, sobre todo, es que la novela premiada sea una obra de auténtica calidad.

— A los ochenta y cinco años de edad ha fallecido en Barcelona uno de los pocos tipos populares que quedaban: Justo Massó Gilbert. Conocido, en el mundo de las variedades, por «¡Oh, gran Gilbert!» Su «casa» era la típica y vagabunda Bodega Bohemia, en la calle de Lancaster, junto a Conde del Asalto. Un rincón de apariencia alegre y frívola para esconder mucha decepción y mucha tristeza. El público se reía con él. El público aprende muy pronto a reírse. Así son las cosas. Paciencia.

— Picasso vuelve a ser noticia para Barcelona. Ahora se trata de la donación de 75 grabados con destino a su Museo. Los grabados, como tanta obra de Picasso, están dedicados a su entrañable amigo Jaime Sabartés, fueron realizados en 1968.

— El libro en la calle. Desde el pasado día 22 de septiembre, en la Rambla de Cataluña, haciendo ángulo recto con la avenida de José Antonio, se alzan los pabellones en los que se alberga la Feria del Libro de Ocasión, Antiguo y Moderno. Celebra, como el premio Planeta, sus primeros veinte añitos. Ayer mismo. Toman parte 62 librerías de Barcelona, Valencia, Madrid y Zaragoza. Hace veinte años se vendieron 100.000 pesetas de libros. El pasado año la cifra aumentó hasta los ocho millones. Por devaluadilla que haya estado la peseta, significa un aumento en el índice de interés por la lectura.

Y esto es todo por hoy, amigos. Hasta pronto.



Ensayo de «L'ombra de l'escorpi», de María Aurelia Capmany

1970, y mientras leía no me abandonaba la impresión de haber leído ya aquel texto. Al terminar recordé perfectamente de qué texto se trataba. Nada menos que de *Loto Dorado* ("Hsi men y sus esposas". Clásico Chino, Baal Editores, México, 1961). Me tomé la molestia de cotejar párrafo por párrafo las dos obras y descubrí que la novela del señor Sonntag no es ni siquiera un plagio, sino una mala traducción, suavizada y corregida en los momentos más crudos de dicha obra china.»

El jaleo que se armó fue, como diría un buen jugador de mus, de órdago la grande. Entrevistas, declaraciones de alguno de los miembros del jurado. Josep Fauli ha declarado: «En bien de nuestra salud mental colectiva, hemos de saber plenamente la verdad, ir hasta el fondo y llegar hasta las últimas consecuencias, incluso la desposesión del premio si es preciso.» Y añade: «Por otra parte tengo que decir que como crítico y miembro del jurado del "Sant Jordi" no me avergüenzo en absoluto de no haber leído *Loto Dorado*. Y no me extraña que los otros miembros del jurado tampoco se avergüencen de no haberla leído.»

limpios. Denunciantes, autor de *Nifades*, finalista del premio, miembros del jurado, atacan y se defienden, y las aguas, que no estaban claras, se ofrecen cada día como más turbias. El autor niega el plagio, y aunque reconoce haber leído la novela china y que incluso pudo haber «recordado automática y subconscientemente» tal obra, no la ha plagiado, ya que sus personajes, los de *Nifades*, existen en la realidad.

A mí, que ni entro ni salgo, entre otras razones porque no he leído ninguna de las dos novelas, me parece un asunto desagradable, como todos aquellos en los que se juega la dignidad de un escritor. Tanto si es verdad, como mentira el discutido plagio. Ya veremos en qué para todo.

LA V SEMANA TEATRAL DE SITGES

Se corrieron rumores, ¡ay, la capacidad de «rumoreo» que existe en el país!, que aseguraban que el Festival de Teatro de Sitges no se celebraría ya este año y que había muerto para siempre. Los rumores son polvo del camino. El Festival de Sitges, en

na. Se publicarán varias de las obras representadas y se amparará la presencia de los grupos teatrales en festivales nacionales y extranjeros. Esto, evidentemente, es bastante más que un regalito de cincuenta mil pesetas a la mejor obra y al mejor grupo.

Este año, como los anteriores, cerrará la Semana de Teatro Actual el grupo que obtuvo el premio el año anterior. O sea, en este caso, el Grup d'Estudis Teatral d'Horta, al frente del cual figura Josep Montanyés, grupo que, por cierto, volverá ahora, durante el Festival Internacional de Madrid, a actuar en la capital de España. Y con la obra que ganó el premio en Sitges el pasado año: «La fira de la mort», de Jaume Vidal Alcover. De esta obra ya les hablé a ustedes extensamente cuando comenté el Festival de Sitges.

El Grup d'Estudis Teatral d'Horta pondrá en escena, para clausurar el V Festival, la obra de María Aurelia Capmany, titulada «L'ombra de l'escorpi». Se trata de una obra «de situación». En un mundo en crisis, en la vigilia de su desaparición, unos personajes se enfrentan, viviendo cada uno desde su ángulo, las circunstancias históricas que les llevan a la muerte.

A la hora de hilvanar esta primera crónica de la cultura y mirar hacia las aguas pasadas de estos quince días, hay que rendirse a la evidencia de que, como otras tantas veces, en nuestras letras no ha faltado su marejadilla, con notas sobre algún premio que se tambalea y acusaciones de plagio.

Los rumores, recogidos en las páginas literarias de algunos periódicos, tomaron forma en una nota publicada en la prensa sevillana y recogida por la agencia Cifra. José Manuel Lara, director gerente de Editorial Planeta, en una carta al presidente del Ateneo de la ciudad andaluza se expresaba en estos términos: «Sintiéndolo mucho he de comunicarle que, a partir de este año, no contéis con mi colaboración para el premio Ateneo de Sevilla. Es un asunto que he pensado mucho y creo que lo más conveniente es llegar a esta decisión.»

¿AGONIA O REVITALIZACION?

Los enterradores de turno veían confirmadas sus premoniciones, aunque inmediatamente hubo aclaraciones, que pueden significar, según se miren, los estertores propios de la agonía o las convulsiones anunciadoras de una revitalización y nueva etapa. El señor Lara declaraba a **Solidaridad Nacional**: «Yo creí que al hacer el ofrecimiento de la dotación, solamente se refería a la bolsa que iba a pasar directamente a las manos del autor premiado. Pero me he visto obligado a pagar las facturas de la cena, coctel, invitaciones y demás gastos, por lo que comunico que el Ateneo de Sevilla no ha prestado la colaboración que debía a un premio que había logrado resonancia nacional. Ahora bien, sigo dispuesto a mantener la dotación, a pesar de mi carta en la que comunicaba que me retiraba, si el Ateneo de Sevilla, por su parte, se compromete a sufragar los gastos que origine una organización digna del premio, de la cultura y del espíritu de Sevilla.»

Todo esto se aireaba a

quincen **A** de la cultura **A**

Por Manuel GOMEZ ORTIZ

DE PREMIOS, PLAGIOS Y PLAGIOS- PREMIOS

los cuatro vientos y, mientras, el editor no ha recibido noticias, según se afirma, de la directiva de la citada entidad cultural que da nombre al galardón. Lo último—hasta el momento—sobre esta polémica—¿necrológica?, ¿resucitadora?—son las palabras del presidente del Ateneo al diario **Arriba**: «Yo creo que este año habrá edición, aunque todavía no lo puedo asegurar taxativamente.» Todo depende de que las gestiones «encaminadas a conseguir el apoyo económico necesario»—citamos a la agencia Pyresa—tengan éxito o se llegue a un acuerdo entre las partes.

Para algunos el mal de fondo es consecuencia de la corta venta del último libro premiado, **Del ático al entresuelo**, de Pedro Pablo Padilla, correspondiente a la tercera edición del concurso. Mejor sería—aunque siempre es triste, pese a los inconvenientes que encierra la proliferación de galardones—que muriese por falta de eco, y no por el monto—o montón—de dinero que se lleva el aparato social o relaciones públicas. O peor, quién sabe,

porque indicaría que se escribe y publica demasiado para lo poco que se lee. De todas formas, es incuestionable—dejando a un lado purismos y pudores—que el libro necesita un lanzamiento en sociedad y que tal operación resulta cara, pero alguien debe correr con los gastos. Lo demás son sinfonías celestiales.

JURADOS, NO «SABELOTODO»

De plagios hablábamos al principio. Y seguimos. No se apaga el cacareo, que persiste intermitente, en torno al «Sant Jordi» de novelas catalanas. Se denunció que la obra premiada, **Nifades**, de Josep María Sonntag es un plagio de **Loto Dorado**, **Hsin Men y sus esposas**, obra clásica china de pornografía, publicada en castellano por una editorial mejicana. Sonntag se defiende de lo que califica «gran calumnia» y acusa a ciertos clanes. «Parece ser—señala **Informaciones**, de Madrid—que están incluidos en la

réplica airada de Sonntag, María Aurelia Capmany y Jaime Vidal Alcover.»

Lucrecio, en **Pueblo**, se refiere al asunto y toca de pasada el reproche de Miguel Ángel Asturias a García Márquez. El Nobel puso en la picota de los copiones al colombiano, echándole en cara que sus **Cien años de soledad** calcaban, o así, **La búsqueda de lo absoluto**, de Balzac. El vespertino madrileño terció en su día en la cuestión y le dio «cumplida respuesta». «Pero hay plagios descarados y fácilmente comprobables», escribe y pasa a recordar el sabido y lamentable episodio de **Apuntes de literatura contemporánea**, de María Alonso, «plagio estricto, descarado y sin ninguna clase de tapujos» de **Literatura del siglo XX y cristianismo**, de Charles Moeller. Y volviendo al «Sant Jordi» y al escándalo que ha traído y las sonrisas de algunos—ante la posibilidad de que el fraude se confirme—, extrañados de la «ignorancia» del jurado, Lucrecio se pregunta: «Pero, ¿cómo podrían haberlo comprobado los miembros de tal jurado?»

Francisco de Borja remacha, en **Arriba**, el clavo que pretenden enconar los listos de siempre: «Eso es una insinuación tan insinuante que, con un poco más, puede llevar a la aseveración de que un Jurado al que le cuelan un plagio es un Jurado de incultos inútiles. Y esto sí que ya es del género tonto.»

Si para juzgar una obra nueva se exigiese haber leído todo lo que el hombre ha producido en el campo literario, a lo largo de los siglos, nadie estaría calificado para llevar a cabo tal misión. Imposible. Sería tarea de cerebros electrónicos. Eso, sí, quizá con su ayuda podrían evitarse los casos de plagio. O más sencillamente, tras la elección de un candidato a premio, dejar un período abierto de reclamaciones, y pasado éste realizar la proclamación. Algo ayudaría. Serían como las amonestaciones de los futuros contrayentes, para que si algún feligrés conoce cualquier impedimento lo comunique. Así se evitarían, en cierta medida, líos posteriores.

INMINENTE APARICION DOS OBRAS DE CAMILO JOSE CELA



DICCIONARIO SECRETO, II SERIES PIS Y AFINES

Este segundo tomo del *Diccionario secreto* está dedicado a las series piš y afines. Pasadas ya las primeras reacciones de escándalo, estupor o falaces pudores, hay que encararse plenamente con el esfuerzo recolector del autor para destacar su empeño. Todo cuanto existe o supone una relación humana ha necesitado ser llamado de alguna manera. Era un deber, una urgencia filológica, el recapitular estos vocablos que tantas veces pueden ponernos en el límite de la pequeña vergüenza social y saber por qué y cuál ha sido el camino que les ha puesto en ese despeñadero. Estas voces no suelen figurar en los diccionarios. Grave falla, que aquí, ahora, se subsana. Este tomo segundo, y en esta edición, lleva —al igual que el primero— una copiosa bibliografía, la tabla cronológica de fuentes y un completísimo índice alfabético de palabras y voces citadas.

Ø15 x 21,5Ø. 672 págs. 1971. Tela.

OBRAS SELECTAS

Un conjunto de obras seleccionadas, escogidas, de entre toda la obra de nuestro primer escritor.

La familia de Pascual Duarte, lo novela de Cela que en 1942 marcó un hito en la historia de la literatura española y supuso la clausura de toda una etapa de nuestras letras y el inicio de una nueva forma de novelar.

Viaje a La Alcarria, en el que Camilo José Cela relata sus andanzas, mochila al hombro, por la sugestiva e ignorada Alcarria, en contacto con las cosas y los hombres del país.

La colmena, la constante presencia de Madrid en la obra de Cela, tiene en esta novela una de sus manifestaciones más famosas e importantes; es la novela del Madrid de 1942, de la posguerra.

Mrs. Caldwell habla con su hijo, novela escrita en segunda persona: la madre que habla con su hijo, muerto, ahogado en el mar; sutiles y poéticos razonamientos de una mujer en el declinar de su vida ante el hecho irreversible del hijo desaparecido; Mrs. Caldwell quiso a su hijo quizá demasiado apasionadamente.

Izas, rabizas y colipoterras, desgarró y sociología.

El carro de heno, ensayo dramático de impresionante fuerza.

Estos son los títulos que hoy ofrecemos en un solo volumen a los que deseen acercarse a la obra del escritor, o recordarla si la conocen ya, en sus más significativas páginas.

Ø20 x 25Ø. 960 págs. 1971. Tela y piel.



EDICIONES ALFAGUARA

AVENIDA DE AMERICA, 37. MADRID 2. TELF.: 416 09 00

TUSET, 1. BARCELONA 6. TELF.: 217 61 04

Por Juan Emilio ARAGONES



BUERO VALLEJO Y SU REVULSION

ANTONIO BUERO VALLEJO: Llegada de los dioses. Teatro Lara. Dirección: José Osuna. Intérpretes: Conchita Velasco, Juan Diego, Isabel Pradas, Francisco Piquer, Angel Terrón, Laly Romay, Yolanda Ríos, Betsabé Ruiz, Lola Lemos y Alfredo de Inocencio. Escenografía: Burman. Fecha de estreno: 17 de septiembre de 1971.

Buero Vallejo ha escrito un drama irritante. ¡Qué desconsideración! A la salida del teatro Lara, uno entendía bien los fruncidos ceños de no pocos espectadores: ellos habían ido a pasar el rato, a distraerse, y nuestro autor les deparó una incómoda revulsión, no sólo intelectual, sino afectante también a los sentidos. Una moralidad contemporánea. Distante por igual del «distanciamiento» brechtiano y de la «provocación» que posteriormente ha logrado tan gran predicamento, Buero ha elegido en Llegada de los dioses el atajo de la «participación» del público, que asiste desde dentro a una convocatoria de alarma general, sin apenas concesiones. (Digo «apenas» porque el desarrollo del drama requería algunos oscurecimientos más de la sala consecuentes a entradas en la esce-

na del ciego Julio, y sin duda fueron suprimidos en el curso de los ensayos para evitar impacencias prematuras de los espectadores).

(Conviene aquí una aclaración: la obra de Buero es irritante por honesta, por su complejidad de sentimientos, por la eficacia de sus efectos revulsivos, porque ninguno de sus personajes—con los que el autor fuerza a los espectadores a identificarse—tiene toda la razón..., y ninguno carece de sus razones, con base suficiente para producir el conflicto. ¿No han de ocasionar irritación tales—y tan auténticas—contradicciones? Y antes de seguir, otra puntualización: según el Diccionario, por revulsión ha de entenderse «medio curativo de algunas enfermedades internas, que consiste en producir con-

gestiones o inflamaciones en la superficie de la piel o las mucosas, mediante diversos agentes físicos, químicos y aún orgánicos». Lo que, trasladado del campo de la medicina al de la dramaturgia, viene a ser una obra, un drama—¿y por qué no tragedia?—que actúa como medio curativo de algunas enfermedades sociales, al producir en los espectadores un ahondador examen de conciencia, mediante aguijonzos simultáneos de efectos dramáticos y molestias sensoriales.)

Llegada de los dioses significa una gran zancada adelante en la producción de Buero, pero en la misma dirección. Puede parecer pesimista su tesis, pero no lo es, sino optimista, en cuanto se trata de una alarma dada con propósitos curativos. Creo que está en la línea de El concierto de San Ovidio, estrenada en 1962, pero enriquecida ahora con matices psicológicos y aportaciones conflictivas que exigen un complejo tratamiento a lo que entonces resolviera el propio Buero más linealmente.

Aquí ya no se trata sólo de simbolizar en la ceguera física de un personaje otra suerte de tinieblas anímicas o intelectuales, sino que—en una de las mejores escenas de la obra—el idealista ciego «ve» y con él los espectadores—, que quienes caminan a tientas y en plena oscuridad son los otros, los que tienen sus ojos abiertos a una luz que no es la de la verdad. Pero, y éste es el gran hallazgo de Buero y la mejor prueba de su dubitativo enfrentamiento

con la realidad, también el ciego Julio se equivoca, de medio a medio, en los productos de su turbulenta imaginación, salvo en lo que respecta a la premonitoria visión del fin de Nuria, su hermana natural.

En su pretensión de escenificar un friso lo más completo posible de los riesgos que para un futuro inmediato amenazan en el placentero presente a los humanos, Buero acumula deliberadamente en sus criaturas escénicas taras, debilidades, pecados por acción o por omisión, frivolidad malsana y odiosos prejuicios. Así logra el contraluz de una «aterciopelada» oscuridad pleórica de amenazadoras claridades. De tal ámbito no se libra ni la ingenua revolucionaria intelectualoide que aún cree—como todos los inconformistas que en el mundo han sido—que su revolución es otra, exenta de envidias, resentimientos y bajas. Tampoco faltan algunos pildorazos hacia los jovencitos a quienes sus aburguesados padres subvencionan actitudes de protesta. Y es que el autor, en su constructiva terapia, no deja títere con cabeza..., acaso para que puedan conservarla sobre sus hombros cuantos de titeres nada tienen.

La dirección de Osuna, la escenografía de Burman y el trabajo de los intérpretes, cooperan cumplidamente al elevado propósito del autor. Lamento no extenderme en el análisis pormenorizado de su positiva contribución, porque en obras como la que comento el autor ha de llevarse—y es justo que así sea—la parte del león. Por vez primera en muchos años, España tiene en Buero Vallejo un dramaturgo de universales arrestos: un autor cuyo nitido idioma está siempre al servicio de una idea esperanzada.



Conchita Velasco

itinerario de EXPOSICIONES

Por Carlos AREAN

NUEVA ETAPA DE LAS SALAS DE EXPOSICIONES DE LA BIBLIOTECA ESPAÑOLA DE TETUAN

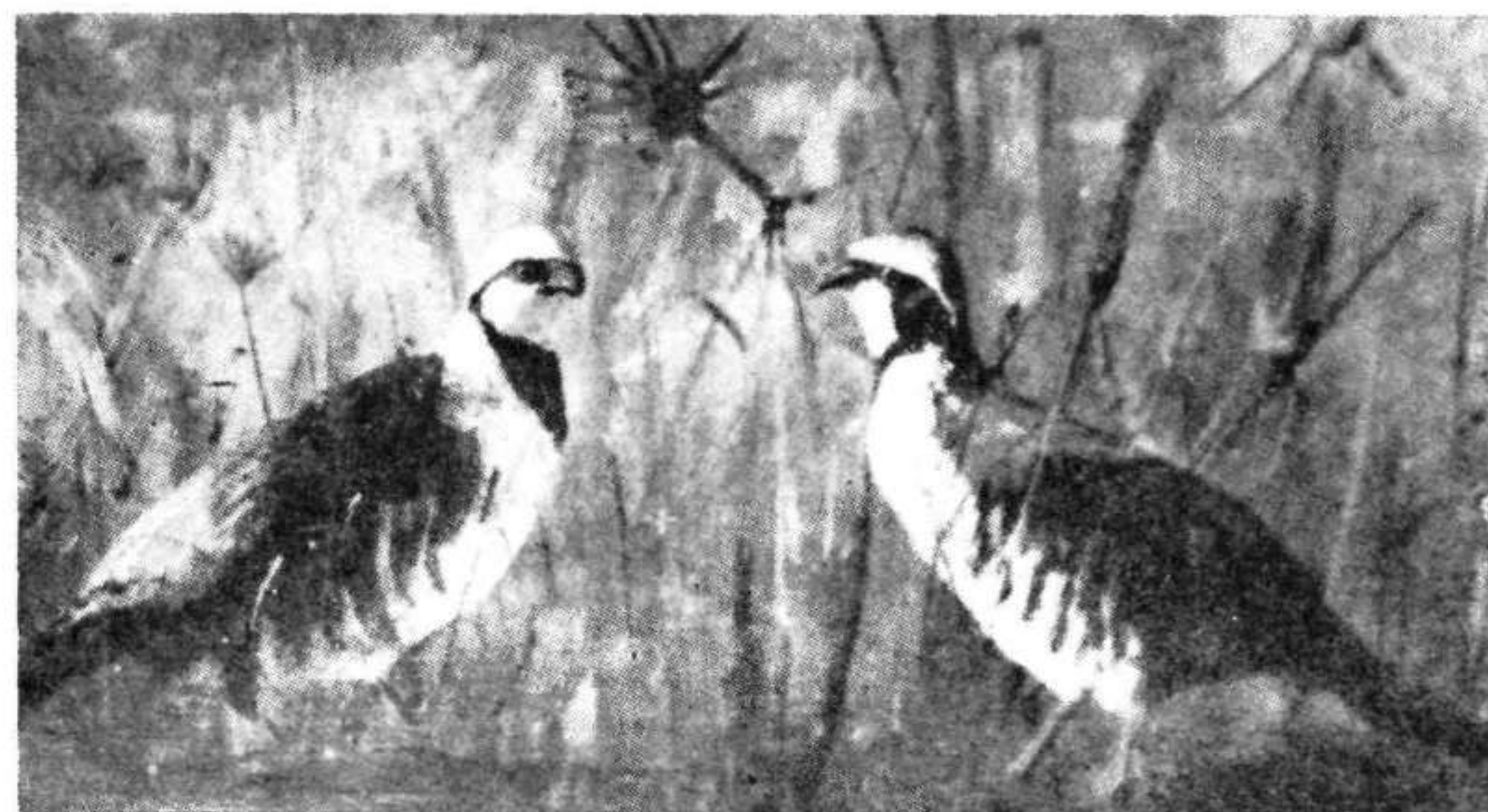
La labor patriótica y cultural que un grupo de españoles realiza en la que fue zona española del protectorado de Marruecos, es poco conocida en España, pero posee una importancia crucial. En la actualidad, aunque ello pueda parecer paradójico, resulta más eficaz que en los tiempos del protectorado, ya que han desaparecido las comprensibles suspicacias que entonces existían y ha podido extenderse además a otros centros, tales como Rabat, Casablanca, Fez y Marrakech, en los que la penetración cultural española había sido escasa en los dos últimos siglos. A esta labor de información cultural y artística sobre España, contribuyen enormemente las espléndidas bibliotecas españolas establecidas en diversas ciudades de Marruecos y sus prestigias salas de exposiciones.

En la temporada 1970-71 y en el verano siguiente, Dora Bacaicoa, quien tras haber dirigido ejemplarmente la biblioteca española de Tetuán, fue nombrada directora de la de Tánger, inició una renovación de la misma, especialmente en sus actividades artísticas. La biblioteca española de Tánger, más extensa que la de Tetuán, cuenta con algo más de quince mil volúmenes, pero precisa muchos más para atender a su gran número de lectores. A pesar de ello, dentro de su fichero actual no falta ni una sola obra importante de nuestra literatura y hay también muy encomiables secciones científicas, históricas

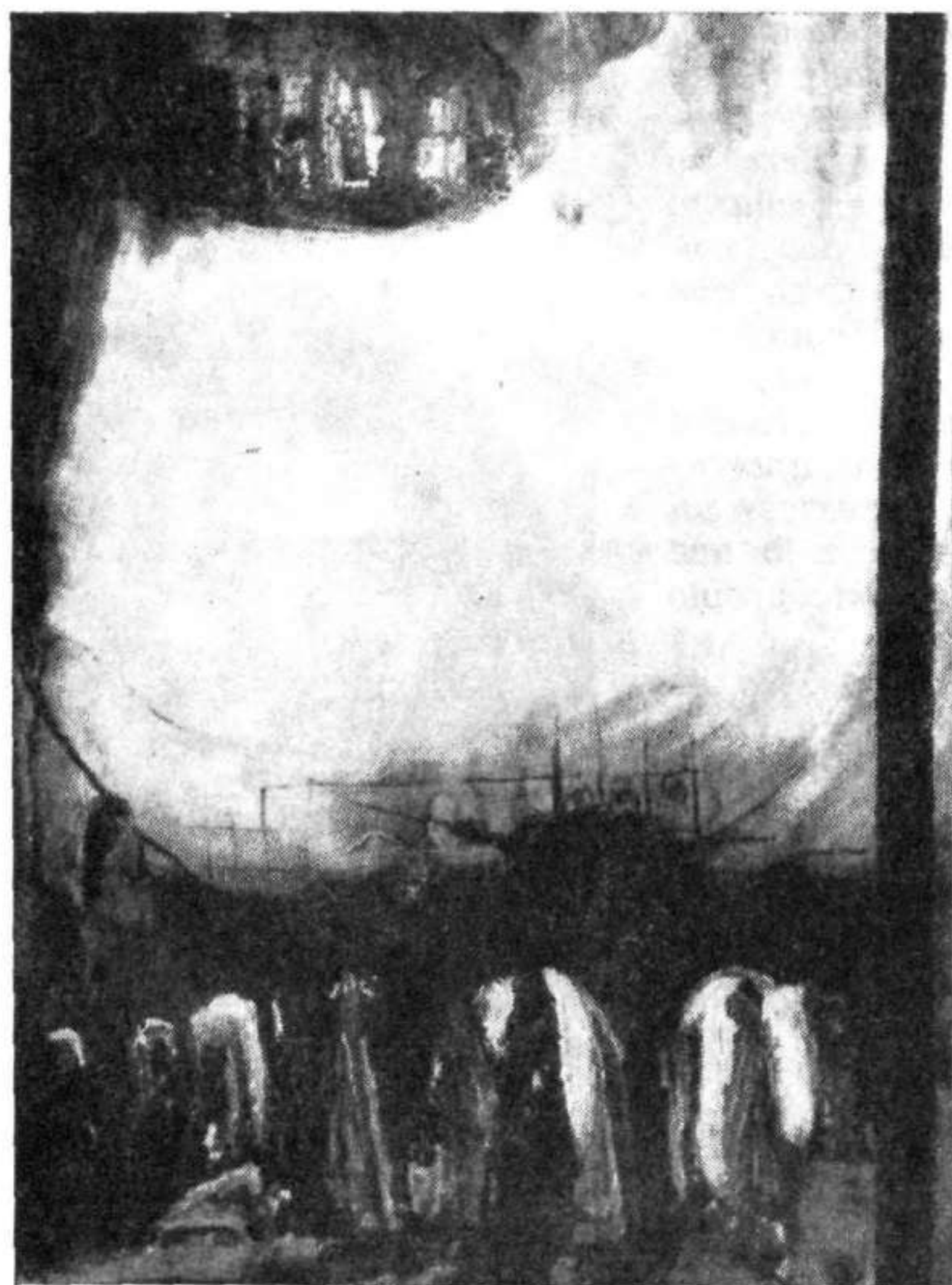
y artísticas. La gran exposición del verano, realizada en el propio ámbito de la biblioteca, en su salón de entrada, fue la del pintor español Fuentes, residente en Tánger desde hace medio siglo. Es interesante recordar a este respecto que en Tánger vive también el español Julio Ramis, uno de los adelantados de nuestro movimiento abstracto en los años heroicos inmediatamente posteriores a nuestra guerra civil. Existe allí por tanto un clima de arte bastante movido, en cuya creación fue fundamental la aportación española.

La exposición de Fuentes era algo diferente de las suyas anteriores. Materia mucho más densa y entreverada en sus grandes ritmos abstractos, con un salpicado de color que tenía mucho de gestual y que podía hacernos pensar, a veces, en el expresionismo abstracto norteamericano. No se limitaba no obstante Fuentes a la abstracción, sino que realizó algunas alusiones paisajísticas no demasiado fácilmente identificables, pero en las que quedaba algo del espíritu de la tierra que las había sugerido. Las más bellas de todas me parecieron las dedicadas a Castilla.

El programa de exposiciones de la Biblioteca española de Tánger, para la próxima temporada, es igualmente rico y riguroso. Dora Bacaicoa ha contratado ya la del gran pintor y profesor Martín Prado Foenkino, uno de nuestros neofigurativos más sensibles e indómitos. Cuenta también con un buen elenco marroquí, y es posible que pueda montar pronto las muestras de los maestros de la pintura árabe Meki Megara y Ben Yessef y la del escultor Abd'Allah Fajar, todos los cuales desfilaron anteriormente por las salas tetuaníes en los años en que Dora Bacaicoa las dirigía. Programa muy importante, por tanto, y que ayudará a intensificar el interés mutuo que por sus culturas, en tantos aspectos emparentadas, sienten España y Marruecos.



BEN YESSEF, en la sala de exposiciones del Palacio Provincial de Málaga



Cada nueva exposición de Ben Yessef es una prueba más de su superación y de su maestría. A pesar de ello es muy difícil que el lector que no haya visto sus lienzos, pueda captarlos en la reproducción fotográfica, ya que el color, con sus inacabables gradaciones, degradaciones, interpenetraciones sutiles y contrastaciones apenas insinuadas, resulta en él mucho más decisivo que en otros grandes creadores. Ante la imposibilidad de reproducir aquí esas obras de nuances cromáticas infinitesimales, hemos elegido una que por su mayor contraste es más captable, pero que resulta mucho menos representativa de su manera sutil. Pintando es Ben Yessef una fuerza de la naturaleza, dado que el desparramamiento de sus manchas aporta un vigor convulso a la suavidad un tanto raspada de sus resbaladuras cromáticas. De ahí que nos parezca muy acertada la caracterización del profesor José García Palacios, cuando inicia así su recuerdo de la impresión que le produce la obra de Ben Yessef y la actitud del artista ante ella: «Con su abundosa cabellera y su crecida barba, nos trae a los ojos un aire físico de profeta oriental. Con su obra nos lleva más allá de la realidad que nuestros ojos ven. Es como una profecía de lo que puede haber—quizá haya—tras la tangencia del mundo que nos rodea.»

También yo creo en esta capacidad profética de Ben Yessef. Claro está que una profecía tiene que anclar siempre sus raíces en un pasado en el que se hallan prefiguradas ya las catástrofes o las conquistas futuras. Ben Yessef hunde su mirada de pintor en el caos variopinto de su paisaje natal. Radiografía a sus masas fatalistas y las mira con el amor propio del artista que quiere llegar a la esencia del ser y no quedarse en su apariencia, hoy por desgracia un tanto mistificada y mistificante. Reduce ese acercamiento de amor a luz y color, a mancha que parece estar terminando de hacerse a ella misma y a fluidez impalpable. Las aristas hirientes desaparecen así, pero no el afán de superación. La profecía está en que ese hacerse constante que Ben Yessef capta, nos permite vislumbrar ya los momentos futuros de su evolución hoy acelerada en muchos de sus más significativos estratos. Resulta así que, incluso sin proponérselo, no sólo hace Ben Yessef gran pintura, sino que nos ofrece también un documento de época sobre uno de los momentos más trascendentales de la evolución de su pueblo.

ABUJA, en la Galería Kreiser de Madrid

En el breve catálogo de presentación de esta muestra nos recuerda Antonio Manuel Campoy que «Abuja observa su mundo y extrae de él, poéticamente—quiero decir sin el rigor coherente de los académicos—, lo que interesa a su imagen de ese mundo, citando en sus cuadros elementos muy diversos, reordenados de acuerdo con el único fin que persigue: lo pictórico». Esta caracterización alude ante todo a la sencillez de Abuja y a ese mundo como sumergido de sus perdicés o de sus buques, de sus nevadas o de sus paisajes. Capta también Abuja el movimiento, y así, en obras como *Carreras de caballos*, adquiere una precisión en la manera de situar las patas y el cuerpo digna de los mejores aciertos paleolíticos. Entre todas sus obras yo destacaré una de formato minúsculo: un paisaje de Madrid visto desde la otra ribera del Manzanares y en el que cabía rastrear ecos goyescos o beruetanos. El formato, en alargadísimo «cinemascope», se presta a la perfección a esta apertura ilimitada que tiene Madrid en sus atardeceres. La factura, con sus múltiples transparencias y veladuras, es igualmente correcta. Abuja es uno de esos pintores que huye conscientemente de toda espectacularidad. De ahí tal vez que en esta época de amor a los platos fuertes su pintura no haya obtenido todavía los sufragios que merece.



MARIA JOSEFA COLOM,
en la Casa de Cultura de Cervera

Durante el verano hay escasas exposiciones en Madrid y Barcelona, pero muchas en nuestras ciudades costeras, en especial en las mediterráneas y en las que sin ser costeras, se hallan próximas a ese mar que acapara la casi totalidad de nuestro turismo estival. Entre estas muchas exposiciones, me ha complacido especialmente, en Cataluña, la presentada por María Josefa Colom, premio nacional de Grabado, y una de nuestras más sensibles artistas. A la grabadora catalana le interesa ante todo la naturalidad y la sencillez. De ahí que a pesar de su perfecto conocimiento de oficio, evite en su bien incidida «manera negra», toda pedantería erudita, y se limite a ofrecernos unos seres que nos miran atónitos, pero que intensifican su vitalidad condensada en virtud de sus ordenaciones concéntricas. Para llegar a este resultado, María Josefa Colom ha tenido que ir despojando día a día sus procedimientos y quedándose tan solo con lo esencial. Lo único que no ha querido arrojar por la borda, ha sido la intensa emotividad de su textura, a la que cabe añadir en algunas, pero no en todas sus piezas, un deshacerse de las formas y un desparramamiento de las manchas que puede constituir un complemento de sus más compactos grupos concéntricos. Para María Josefa Colom esta es una más entre sus muchas exposiciones. Para los buenos degustadores de Cervera es en cambio una prueba de fluidez y armonía y una demostración de que también el gran arte puede ser humilde y de que también Dios, como recordaba Santa Teresa, puede andar entre los pucheros.

RAMON PUIG BENLLOCH,
en la sala de arte Ambolo, de Jávea

Puig Benlloch se supera día a día. Las obras que acaba de presentar no eran aparentemente de gran empeño y se reducían a tintas, a aguadas, a acrílicos y a algunas investigaciones de técnica mixta. Poco importa, no obstante, el procedimiento. Lo que cuenta en un artista es la originalidad de su expresión y la autenticidad de sus formas. Por ello, y dada la fluidez de sus entronques actuales, me es absolutamente indiferente que el número de dibujos supere al de las pinturas propiamente dichas. En lo que a estas últimas respecta, hay también una superación, un auténtico crecimiento que puede ser relacionado con la mayor densidad de su factura y la mayor transparencia de sus capas múltiples. Así lo hizo constar con su acierto habitual Francisco



GALERIA *Kreisler*

madrid marbella

SERRANO, 19 MADRID-1 TELEFONO 226 05 43

GALERÍA JUANA MORDÓ, S. A.
VILLANUEVA, 7 — MADRID - 1 — TELEFONO 225 11 72

JOSE CABALLERO
del 1 al 9 de octubre

RAMON DURAN

GALERIA DE ARTE CONTEMPORANEO

FERIA
PINTURA
hasta el 14 de octubre

SERRANO, 36 TELEFONO 225 00 24 MADRID-1

bisca

génova, 11 - tel. 419 3393 - madrid-4

Octubre:
LUIS GARCIA-OCHOA

Prados de la Plaza en el conciso y sagaz estudio que sirvió de presentación a esta muestra.

«Así, en ocasiones—nos dice el crítico de Televisión Española al enjuiciar la evolución general de la pintura de Puig y no tan sólo esta muestra en concreto—el artista cubre, define, dibuja con el color compacto y en otras se permite superponer capas sobre capas de color a la manera de los venecianos, creando así un espacio que penetra entre los cuerpos representados, creando la sensación del aire que envuelve esos cuerpos a base de una rica gama de tonalidades coloristas que nos descubre al pintor de recia formación que hay en Ramón Puig Benlloch.»

Esta recia formación es la que subyace bajo cualquier creación actual de Puig, dado que la dedicación artística es algo que no se improvisa, y si bien es posiblemente verdad que «el poeta» (o el pintor) «nace pero no se hace», también es verdad que sin tesón o esfuerzo de nada pueden servir unas cualidades originarias que no pasarán de ser mera fisiología inexpressable, si su poseedor no las afina adecuadamente.



HOMENAJE AL MODERNISMO EN EL MUSEO DE ARTES DECORATIVAS DE PARÍS

A pesar de los múltiples condicionamientos marchantes, no cabe duda de que España y su arte siguen estando de moda en París. El homenaje que el benemérito Museo de Artes Decorativas de París, siempre tan abierto en su postura historicista, ha dedicado a los maestros del modernismo, nos lo demuestra una vez más. La exposición de lo que fue el estilo 1900 no pretende ser exhaustiva en este caso, sino limitarse exclusivamente a sus figuras más representativas: Gaudí, Guimard, Horta y Van de Velde. El título exacto de la exposición era el de «Pionniers du XX siècle». Basta pensar que este título de pioneros se le ha dado a los artistas agrupados setenta años después de su anticipación, para ver hasta qué punto nuestro momento histórico, ha superado el «rechazo» pedantuelo de los años treinta, y ha reasumido la herencia de los creadores del último estilo perfectamente coordinado que Europa haya producido.

En la exposición no sólo había obras y fotografías de obras, sino también documentos personales que le prestaban un extraordinario sabor de intimidad. La melodía de la línea, esa línea de hierro que

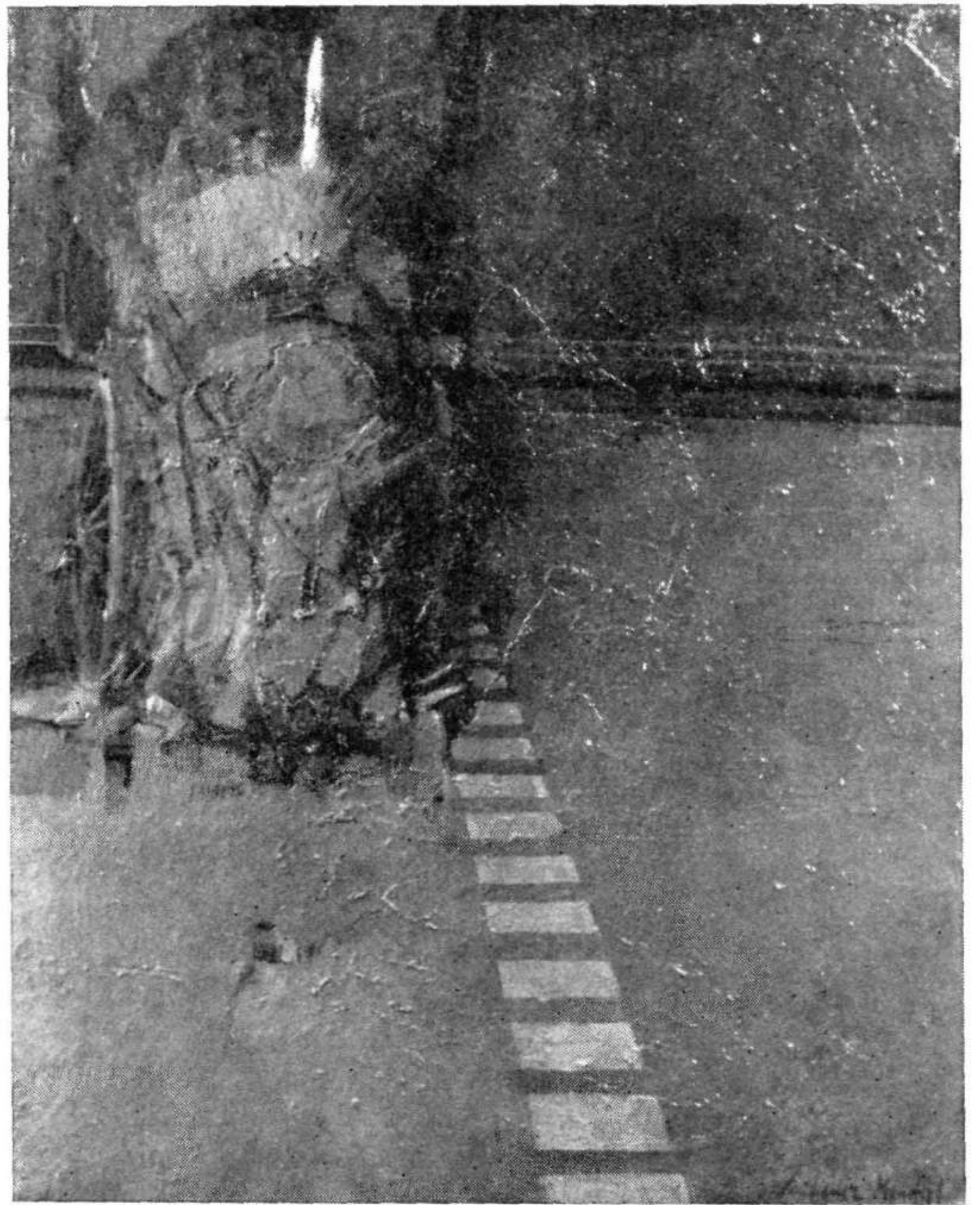
enlaza a todos estos maestros, no falta ni tan siquiera en Van de Velde, a pesar de que era en su trasfondo un «racionalista» y no un «modernista». De todos modos, el ritmo lineal de las molduras y otros pequeños perifollos del teatro del Werkbund, en Colonia, justifica de sobra el que Van de Velde no se hallase ausente de esta agrupación. A nosotros, en cuanto españoles, nos interesa de manera especial el que Gaudí era la «vedette» de la muestra. Cabía incluso seguir perfectamente la manera como Guimard, siempre tan aligero en la fluidez de su espacio interior y en el dibujo en hierro de sus barandillas y elementos de sostenimiento, bebió en muchas ocasiones su inspiración en el precursor español. Buena prueba de ello nos la ofrece su espléndido Hotel Paul Mazzara, en París, cuyo interior es delicadamente gaudiano en su atmósfera, atravesada por innumerables ecos barceloneses. La muestra recién comentada fue una de las más ambiciosas de los últimos tiempos, y sería muy de desear que pudiese tener pronto un equivalente en España, para permitir a nuestro público juzgar y valorar comparando.



Gaudí



GUTIERREZ



(Viene de la pág. 60)

aire transparente de septiembre. No hay posibilidad de conversar con nadie, pues el ruido de la avenida del Generalísimo supera todo intento de parecer ingenioso. ¿Qué hacer?

Nosotros aconsejaríamos al visitante de Gutiérrez Montiel que no se fijase en estas menudencias. Ya estamos frente a la casa del pintor. Barrio del Pilar. Verbeneo de gentes que preguntan, incansablemente, por el nombre de las calles. Calle de Betanzos. Calle de Sarria. Calle de La Bañeza. Aquí está. Recordamos que muy cerca de esta casa vive un matrimonio de artistas. Ella es pintora y se llama Pepi Sánchez. El, novelista y firma García Viñó. Está bien que un artista no esté aislado. Sigamos adelante.

Juan Gutiérrez Montiel es un andaluz alto, fuerte. El visitante debe esperar oírle hablar para convencerse de que se trata, en verdad, de un andaluz. Cuando habla, a pesar de sus diez años castellanos, se le vuelca todo su espíritu meridional por los labios y toda su pasión de jerezano que no quiere dejar de serlo en la conversación. Que nadie piense que Gutiérrez Montiel puede ser otra cosa que pintor y que anda-

luz. Que nadie le tiente con sueldos pingües ni con ocupaciones foráneas. Juan Gutiérrez Montiel vive para sus cuadros y por sus cuadros. A Gutiérrez Montiel hay que hacerle callar algunas veces para poder ver mejor sus obras. El aprendió, allá en las cercanías de las marismas gaditanas, a hablarlo todo y explicarlo todo; la luz, las formas, las líneas. Y no quiere que os quedéis sin saber por qué hay que gritar ante los dramatismos de la vida actual, ni por qué una paloma asume toda la dirección de la vida. Le hacéis callar y veis que, por un milagro, una muchacha se redime de la lascivia de un poderoso y tres ciegos se unen para defenderse de la muerte en la calle o dos soldados, junto a un parapeto, sueñan con un campo de almendros y una tierra en paz.

Juan Gutiérrez Montiel quiere decirle muchas cosas al visitante. Una de ellas es que a él no le gustan los estudios confortables. Su casa es lugar de trabajo y la obra hay que hacerla con sencillez franciscana en el ambiente. En esto nos ha recordado el «taller» de Barjola, armado en pleno piso vecinal, entre el obstáculo de los tabiques y las puertas estrechas. Juan Gutiérrez Montiel no se da

MONTEL

bien cuenta de nada de lo que queda fuera del rectángulo del lienzo. El vive allí dentro y allí sueña y solloza y se angustia. Aprendió en Velázquez a crear espacios vitales y en Valdés Leal a contemplar lo perecedero de la carne y en Goya a que el tiempo nos devora implacable. Sigue, en esto, una tradición ibérica, llena de sentidos trágicos y empastes monocromáticos conseguidos a fuerza de matizar colores y de entender realidades. Los críticos, cuando expuso en Madrid estos rostros apesados en el tiempo del dolor, hablaron en seguida de «expresionismo» y de angustia existencial sin entender que un andaluz tiene mucho de lo del imaginero religioso que, a través del gesto de dolor, nos invita a esperar en una salvación que nunca falta. Esto es lo que le diferencia del expresionista germano, más inclinado a acabar en campos inhumanos que en paraísos de perdón.

Es —y hacemos especial subrayado de esto ante el visitante— la misma técnica, dolorosa y bellísima de la

saeta que parece, en el silencio de la noche, retorcer un grito de dolor y un angustioso quejido, cuando la verdad es que nos está llenando el alma y los oídos de una inigualable melodía. Gutiérrez Montiel canta su sentir doloroso en cada cuadro como el cantaor canta sus penas, que a los no iniciados les deja totalmente confundidos, pues no saben si se trata de algo triste o algo alegre. La solución, claro está, se esconde en el alma del artista y en la sensibilidad del visitante.

Gutiérrez Montiel, como acabado andaluz, piensa en una larga teoría de suertes y malas suertes. Otro gran pintor paisano suyo, Vicente Vela, suele saludarle como a uno de esos a los que la fortuna ofrece el ceño adusto y se resiste a la entrega. La verdad es que Gutiérrez Montiel, a pesar de su dedicación total y su apasionada entrega a la pintura, aún está a la espera de la consagración definitiva y de la hora de los honores. Para él, afortunadamente, todo es futuro todavía, y como aún no está de

vuelta de los homenajes ni de las envidias, el visitante puede sentarse tranquilo a beber una copa de vino jerezano con él mientras os va enseñando uno por uno los instantes en que se le ha ido el espíritu detrás del pincel. Y hay allí una consoladora carga de ilusiones que no puede romper el apuro cotidiano ni la obligación inmediata. A veces podéis encontraros en casa de Gutiérrez Montiel a ese incansable poeta y agudísimo conocedor de arte que es Manolo Conde, que sentado entre vosotros y bebiendo del amigable vaso os dirá que la pintura del artista es «de exquisita factura, de materia y color muy elaborados, rigurosos, contenidos, ya que la intención dramática está latente en las apuradas formas y en la sorda gama de color». Y mientras dictamina esta frases os daréis cuenta de que Juan se ha ido un poco lejos, soñando con otros cuadros que le urge pintar. Porque a Gutiérrez Montiel le urge la gloria, como a todos los artistas, y sueña con un triunfo de amigos entrañables que entiendan lo suyo y de aficionados que, al llevarse sus cuadros,

necesitan que se les diga cuánto corazón puso en esa niña desolada o en ese vaso que sostiene una flor apenas dibujada.

Aviso a todos los que lleguen a este piso de la calle de La Bañeza, que aquí vive un artista propicio a todas las aventuras que conduzcan al triunfo siempre que en ellas haya necesidad de rigor expresivo, de dominio del color, de trabajo intenso y extenso, de inasequible posibilidad de abandono. Aviso que éste es uno de los que dan la razón a los que no se contentan con lo improvisado y lo cómodo. Aviso que cada cuadro de este pintor está sentido, pensado, soñado y puesto a punto cuando el milagro acude a la casa en que vive. Y hago estas advertencias porque aún hay quien desconfía de todo y confunde todo y no se entera de que a dos pasos de nuestras indiferencias quedan hombres como Gutiérrez Montiel que se preparan, que no desmayan, que no se cansan y que sueñan por los que no sueñan y esperan a pesar de que otros más fuertes abandonarían. Acaso esta sea la señal de los elegidos.



aviso para los visitantes del estudio de



GUTIERREZ MONTIEL

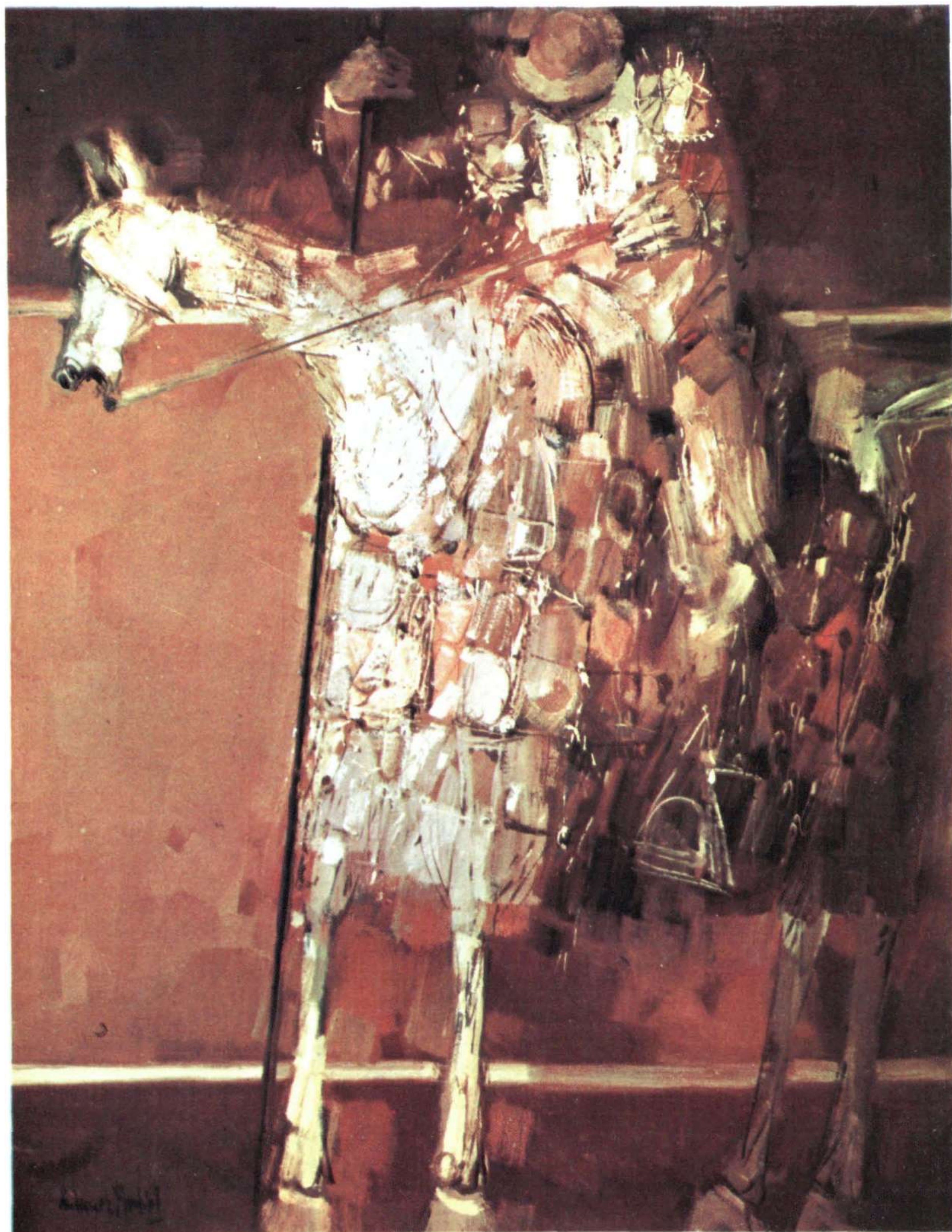
Por Luis LOPEZ ANGLADA



El maestro D'Ors, en su libro inmortal *Tres horas en el Museo del Prado*, nos indicaba la conveniencia de aprovechar las tardes del otoño madrileño para dirigirse despacio y en amable paseo como prelude a la visita de la Pinacoteca. Hubiéramos nosotros, seguidores incondicionales del maestro de críticos, hecho lo propio en esta tarde en que queremos visitar a un pintor. Es otoño. El sol alegra estas calles madrileñas aún provistas de árboles verdes. Una ligerísima brisa guadrameña nos anuncia que el verano acabó con todos sus turistas. Vamos a ver cuadros de un artista joven. ¿Qué mejor beatitud podemos soñar?

A los que quieran visitar la casa y el estudio del joven jerezano Juan Gutiérrez Montiel, quisiéramos invitarles a la agradable caminata callejera. ¡Ay! Los tiempos han cambiado desde que don Eugenio se dirigía, despacio y conversador, hacia el Prado. Madrid se ha alargado de una forma tremenda y el cronista vive muy lejos del pintor. Los automóviles contaminan el

(Pasa a la página 58.)



estafeta libros

1 OCTUBRE - 1971

LA REALIDAD, DE PERFIL

Antonio Rabinad ha escrito novelas notables: *Marco en el sueño*—la más lograda de las suyas—y *A veces, a esta hora*. Su última publicación, *Los contactos furtivos*, es obra primeriza en lo cronológico, que sale hoy en nueva versión convenientemente remozada y calafateada. La novela se resiente, pues, de una falta de experiencia y de un entronque con la narrativa social, que primaba cuando fue compuesta. La avaloran, no obstante, esas virtudes características del autor: emoción contenida, tono menor, preferencia por los seres humildes, vistos amorosamente, sin estridencias ni demagogia. Y una atmósfera vaga—mitad niebla, mitad lluvia—en que los personajes, borrosos, parecen difuminarse y perderse. Rabinad busca la creación de climas irreales, de atmósferas angustiosas, de historias lacerantes y vulgares. Cualidades con su mejor expresión en *Marco en el sueño*; embrionarias en *Los contactos furtivos*. Aún así de mayor importancia que los aspectos sociales, más aparentes éstos. Se trataría, si acaso, de un realsocialismo muy humanizado, diluido y tembloroso, que se presenta de refilón. Real-socialismo ya superado por Antonio Rabinad.

Los contactos furtivos vale como relato de frustraciones, de tímidos intentos vivenciales de unos seres aplastados por la miseria; tentativas que no llegan a cuajar y que, de producir un resultado, conducen a determinaciones desesperadas: el suicidio de Dorriac, por ejemplo. Los entes grises de la novela—proletarios, oficinistas—pasan como sombras por las calles de la gran ciudad (Barcelona), exa-

minada preferentemente en sus aspectos suburbiales. Falta la alegría de vivir aunque sobren abulia, indiferencia, hastío. Típico todo ello de la narrativa parasocial de Antonio Rabinad. No obstante, se registra asimismo una ausencia de brusquedades y latiguillos retóricos. La impresión general resulta penosa. Incluso está un poco prefabricada, por insistencia en ofrecer únicamente el lado amargo de la vida.

Los personajes de *Los contactos furtivos* son soñadores o derrotados. Soñador es Luis Rodell, enamorado de una obrerita arrabalera—una chavala de chabola—, a la que, cervantinamente, bautizara con el poético y sonoro nombre de Auristela. Luis Rodell—hijo único bastante enmadrado, escasamente viril—la sigue y la persigue; pero su acoso es distante y mudo; su adoración, platónica. Cuando ella le habla, no sabe reaccionar. Le asusta enterarse de que tiene novio y desiste de la conquista. Prefiere adorar a la Auristela de sus sueños. Tal vez la obrerita no sea sino pretexto para sus fantasías, para su imaginación del amor por miedo a vivirlo. Luis se halla dentro de un mundo proserpínico, de sombras, y le aterra afrontar la luz del día, la claridad meridiana de los hechos. Cuando muere doña Asunción, su madre, apenas se percata de ello: «Se acercó despacito a la cama y se inclinó sobre su madre. Tenía una mirada dulce, absorta. Estaba muerta. Luis Rodell, sin saber qué hacer, dio unos pasos por la habitación, extraordinariamente tranquilo. Miró maquinalmente en torno suyo, sin ver nada, sin comprender nada. Se sentó en un sillón, ante el espejo, y pro-

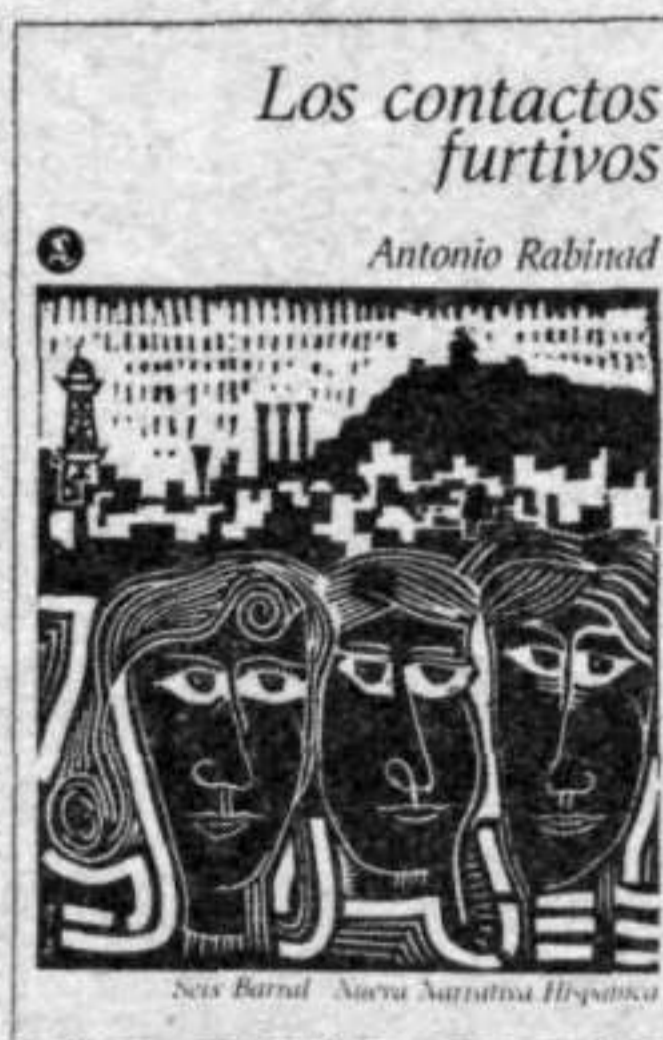
curó sonreír» (pág. 176). Como si fuera de puntillas por el mundo, su única reacción consiste en eludir la realidad. Así como la elude en el prostíbulo.

El segundo personaje importante es Juan Dorriac. Dorriac, más que resentido, vive resignado. Parálítico desde niño, salta del sillón de ruedas a las muletas cuando la rueda de la fortuna le ofrece el bodorrio con Celia, apañado por su mamá, doña Eulalia. «Celia era una muchacha de la barriada, que vivía con un tío suyo, viudo reciente, no demasiado trabajador. La chica era modosita, de voz apagada y excesivamente tímida en su retirada y triste juventud. Físicamente, no valía nada» (pág. 117). El lisiado tendrá quien le cuide el día que doña Eulalia falte. Sólo que

Celia, al casarse y morir la suegra, se convierte en una espléndida mujer, necesitada de algo más que un matrimonio blanco. Aparece Paco Sureda, interviene la vecinita Paulina y no hace falta ser un lince para imaginarse el resultado. Hay mucha amargura y verdad en la manera de reaccionar del inválido al sorprender a los adúlteros. Su decisión final cierra el círculo de la novela.

Anodino, en cambio, Daniel. Figura de relumbrón, caja de resonancia de pensamientos ajenos. Más relieve tiene Angel, el ebanista, casado por su maestro con Marta y que, por culpa de la estrechez del piso realquilado, ve zozobrar su matrimonio. La desesperación de Angel al ver perdida a la esposa sólo porque la suegra, enferma, ocupa la cama matrimonial, constituye uno de los momentos más certeros de la narración. Angel, además, es un maniaco sexual, y la continencia forzosa le exaspera. Así, la mezquindad de un piso canijo y lóbrego destruye dos vidas.

Las mujeres tienen categoría dispar. Un buen tipo es doña Asunción, la madre marimandona que no advierte hasta qué punto, por egoísmo personal, está estropeando al hijo. Dos soledades llegadas al aniquilamiento mutuo por el sistema de fingir ignorarse recíprocamente. «Nada más entrar, su madre empezó a lamentarse: él la veía borrosa, irreal, al otro lado de la mesa, en el oscuro comedor. Doña Asunción hablaba dirigiéndose a alguien invisible, como si él no estuviera presente» (pág. 26). Convinciente dentro de la sencillez de sus reacciones, Celia. Celia, costurerita modosa, se ha convertido en ama de casa y



ANTONIO RABINAD: *Los contactos furtivos*. Seix Barral, Barcelona, 1971, 213 pp. Ø 20 x 13Ø.

dominadora del enclenque Juan, a quien apabulla con su lozanía de mujer joven y bien parecida. Juan se siente acomplejado. Deja de ser el marido para convertirse en una simple fuente de ingresos de la esposa. Celia se casa pensando que su misión estriba en ser mitad enfermera mitad monja; pero cuando el sexo le exige superar la ternura y la compasión por el esposo tullido, entonces trata de reaccionar y no lo consigue como ella quisiera; aparece Sureda, el seductor clásico, y Celia se rinde en pocos minutos.

Intencionadamente borrosa Auristela. Auristela sólo tiene razón de ser en razón de la razón más bien desquiciada de Luis, de sus razonamientos amorios de joven tímido, pegado a la falda de la madre, atraído y repelido por la hembra. Difuminada, vaga, huidiza, Auristela carece de emotividad. Al contrario, supone un ejemplar humano hosco, duro, hostil, en consonancia con su medio ambiente. Tal vez se pase de la raya el autor al retratar este mundo chabolero; pero esto es accesorio.

La ambientación —dentro de la desrealización buscada:

grises, negros, lluvia, niebla, solares, vertederos, desmontes, trenes lejanos, muy cinematográfico todo ello— la juzgo un plus para el autor. En algunos momentos, el afán neorrealista conduce a escenas atroces cual el apareamiento de los canes (páginas 79-82) o la matanza del perro supuestamente hidrófobo, escena con sus puntas y ribetes de esperpento. Sin embargo, Rabinad carga las tintas deliberadamente. Subyugado por el realismo social, quiere brindar una visión tuerta de un mundo negro y frío, donde no queda resquicio para la esperanza ni para la luz. Falso, porque hasta en la mayor pobreza existen horas de sol, momentos de alegría, instantes de afirmación vital. La visión de la fábrica barcelonesa pertenece a lo más exquisito de la España negra. Sólo cuando Antonio Rabinad abandona su postura, su manía, logra encuadres de paisajismo intimista realmente felices: «El sol acababa de ocultarse y quedaba en el espacio un remanso de luz que se iba oscureciendo poco a poco. Las calles estaban llenas de una extraña y dulce luz, como de vaso volcado; los contornos de las cosas aparecían desdibujados, y latía en el

aire una alegría callada, una sonrisa oculta y contenida» (pág. 37).

Antonio Rabinad ha mejorado mucho en varios aspectos, sobre todo en el estilístico. Prueba: *Marcos en el sueño*. Su intimismo se ha liberado de ganga, ha ganado en quilates por renuncia al peyorativismo. Ahora bien, esa «alegría callada» (que trata de suprimir en sus novelas, encenagando, enlodando a los personajes, magnificando su miseria y dolores, ocultando sus virtudes, poniendo un fondo tétrico a sus existencias), se esboza ya, cobra categoría propia, en *Los contactos furtivos*. Empero, por hallarse aún supeditado al realismo sociológico, echa a perder sus mejores cualidades cuando cambia de orientación y entenebrece las situaciones y ennegrece innecesariamente a los héroes. Y como buen real socialista en aquel entonces, descuida el estilo. *Los contactos furtivos*, al lado de momentos felices como el arriba apuntado, abunda en desaliños, en pifias gramaticales inadmisibles: «En los balcones vio personas asomadas delante suyo» (pág. 31). «Hubieron santas que se dedicaron a cuidar enfermos...» (página

121). «Había esperado... a que Joaquín bajara camino a su oficina» (pág. 165). «Por la esquina habían asomado los hombres del riego, la manguera al hombro, y se detuvieron en la acera del bar; uno se agachó y dio la llave» (pág. 171). La pobreza del estilo se cohonesto con la parvedad del vocabulario. Estilo pedestre cuando no lo anima, lo vivifica el hálito de la poesía. Antonio Rabinad usa y abusa del pretérito imperfecto de los verbos auxiliares: «Dos pisos más abajo estaba él tras la persiana. Mediodía, reposo; la casa estaba silenciosa... El sol caía con fuerza..., y Luis Rodell estaba tras la persiana» (pág. 150).

Con todos sus defectos, *Los contactos furtivos* debe ser tenida por novela interesante y fina, algo superficial pero humana. La construcción titubeante —sólo al final hay un intento de estructura novelística— denota que el autor aún se sentía inseguro cuando la escribió. Ahora bien, tal como está —actualizada, repensada—, si bien indique el paso del tiempo, el cambio del gusto indica también las posibilidades creadoras de un novelista.

Antonio IGLESIAS LAGUNA

NARRATIVA

LUIS CHEMES: *Los unos, los otros y los demás*. Ediciones Teorema. Buenos Aires, 1971. 120 págs. Ø11x18,2Ø.

«... cuando más cerca te parece que estás del conocimiento de vos mismo, se te arma el bodrio, y las ideas se te confunden hasta que te hartás y comprendés que estás en cero, como si no hubieras em-

pezado nada, aunque estabas seguro de conocerte. Porque un hombre no es un mundo. Un hombre es un universo, y el universo no se puede conocer porque..., pero no, es..., es como una selva, eso mismo. Como una selva virgen, ¿entendés?» (página 33).

Estas palabras del autor lo dicen todo. Por las páginas—debo recurrir al lugar común—sopla un aire

frío que trae un olor de podre, algo del genio maldecido de José Joaquín Silva o, más ciertamente, de un Lautréamont... envejecido. Chemes, en efecto, sufre de influencias extrañas que, empero, no marcan excesivamente sus relatos; es un narrador en los límites de lo racional. No va hasta donde llegaría Silva, pero hay mayor desconcierto

que en aquél; de ahí esa comparación un poco exagerada...

Chemes ha escrito dieciséis cuentos. Si en la «banda» que acintura el libro Raúl González ha escrito que son magistrales y en verdad originales, yo no diría lo mismo. Creo que de todos, valen, y muchísimo, *Tu silencio*—interrogación, ironía suprema, arte mesurado y, pese a todo, incandescente; bofetada a la tranquilidad y a la vida sencilla, al ritual seguro—; *Yo, hoy, ahora*, que es como un monólogo-mito, el encuentro de Yocasta con su hijo... *El encuentro*, que es formidable, derroche de gracia, de dolor contenido, punzante y quizá el relato que mejor revela la cali-

CRISTOBAL ZARAGOZA: *El cambio de camisa*. Ediciones 29. Barcelona, 1971. 266 págs. Ø13,5x19Ø.

Segunda parte de la trilogía *La espera*—cuyo primer volumen, *Un puño llama a la puerta, fue bien acogida por la crítica*—, *El cambio de camisa* constituye un estimable intento de aclimatar en España la novela política, y, sobre todo, un valioso testimonio de la desilusión de ciertos elementos idealistas que, con olvido de toda lógica, vieron en la guerra civil un medio de transformar por completo a España y de resolver de una vez para siempre los graves problemas que ésta tiene planteados desde hace más de un siglo. Este talante desesperanzado del autor, este «resentimiento»—si se me permite la palabra—causado por la frustración de sus esperanzas juveniles, sin embargo, le han impedido abordar con la objetividad superior del artista el tema que trata, y la novela se resiente estéticamente por ello: a medio camino entre el panfleto y el relato realista, ofrece un reflejo deforme de los últimos treinta años, y especialmente, de la coyuntura política actual.

Incapaz de asumir la vida de unos personajes a los que desprecia, Cristóbal Zaragoza no consigue revelarnos el modo cómo dichos seres hacen suyas la inautenticidad y la superficialidad, la

estúpida codicia que rigen sus existencias ni la forma en que dichas taras se insertan en el drama general humano. Por otra parte, la vida—en tanto en cuanto no se somete a esas leyes y directrices idealistas, que a su parecer, son las únicas que pueden darle sentido—se le presenta como un caos, y este caos, al no ser trascendido estéticamente, hace inviable que la novela alcance un estatuto artístico.

Centrada en la figura de Germán Bataller, un exiliado que regresó a España tras haber traccionado todas sus antiguas convicciones éticas y políticas, *El cambio de camisa* es un libro amargo e hiriente en el que se confrontan la postura inoperante de los viejos refugiados de Perpignan, el revolucionarismo utópico de los jóvenes adheridos al Mayo francés y el entreguismo de buena parte de las izquierdas y de las derechas tradicionales que permanecieron en el país o que volvieron a él. Escrita con un estilo excesivamente racionalizado, comprendiendo diálogos muy endeblés en los que coexisten sin maridarse vulgarismo e intelectualización, esta novela debe ser leída, no obstante, por su valor de testimonio, de documento vivo acerca de unos hombres a los que la historia desplazó de la época que les correspondía vivir.

LEOPOLDO AZANCOT

dad del escritor; *El espejo*, otro monólogo en el cual vemos la imagen descompuesta de Maldoror, y *Los destruidos*, que es una narración brutal, estremecida, ésta sí originalísima.

Las otras narraciones que componen esta publicación no desmerecen totalmente; es lo cierto que en ellas se echa de menos la pujanza, la agudeza, la ironía terrible, pero con todo...

Los primeros relatos—cuatro—son decididamente inferiores en su calidad. Sin ser, ni mucho menos, malos, Chemes es un escritor notable. Sabe cómo se trabaja un cuento y si cabalmente hago reparos a la primera narración es porque en ella hay menos del autor, algo de una «manera», forma parte de una corriente estética que a mí, por lo menos, me enerva. *El sargento*—apenas dos páginas—es tremendo. *La pesadilla*, una alucinación, y otra vez cierta tendencia a escribir de acuerdo con los atamientos modernos que imperan. *Intentando olvidar* peca por falta de atrevimiento, lo cual parece increíble en Chemes, que avanza sin titubeos allí, precisamente, donde hay mayores dificultades de orden ético...

El mayor reparo que se puede hacer a este autor es la escasa facilidad, fortuna—diría mejor—, para titular sus narraciones. Desde el título general hasta el de cada uno de los cuentos. *El espejo*, por ejemplo. ¿Por qué un autor de tanta intención, fuerza imaginativa, cae en lo ramplón y ordinario? ¿Se me va a decir que ésa era la intención: establecer un contraste! No cabe la respuesta. Aun para dar esa impresión, para conseguir la «diferencia», para lograr la sorpresa, debió imaginar algo más «original», palabra que poco dice, lo confieso. Entonces: ¿algo más digno de la ironía de Luis Chemes? ¡Eso, ni más ni menos!

Pero, en fin: ¡qué agradable resulta hallar a un escritor de veras, pese a que el lenguaje «porteño» molesta aún al lector suramericano! Mas que quede la verdad íntegra: no se abusa del empleo del vos ni de la conjunción forzada. Sí resulta sorprendente: Chemes tiene mucho de Silva y estoy seguro que no lo ha leído... Por eso, Lautréamont. Es probable. Hay huellas de espanto. «Donde viven los muertos», la representativa entre todas las narraciones, por ese aliento...

FRANCISCO TOBAR GARCIA

LORENZO VILLALONGA: *Dos «pastiche» proustianos*. Ed. Anagrama. Barcelona, 1971. 61 págs. Ø10 × 17,5Ø.

La casualidad—en esta ocasión, feliz casualidad—me sorprendió en una admirativa y apasionada relectura de Proust cuando recibí el librito de Villalonga. Esto me ha permitido una cómoda y necesaria comparación. El propio escritor mallorquín me alivia de búsquedas innecesarias en una introducción breve que antecede a los dos textos. Efectivamente, no se trata de una caricatura del estilo de Proust; hubiera sido demasiado fácil y torpe. No. Aquí está Proust recreado (redivivo, que diría Azorín), con su mismo espíritu, minucioso y lúcido, realista y mágico, obsesivo, atormentado, elegante. Un Proust surgido de dos coordenadas: la admiración y la asimilación. Villalonga se confiesa ferviente admirador del maestro francés; a continuación demuestra que esa admiración no es fortuita, sino enamorada de la obra, gozosa y conocedora. Claro que el mérito es relativo. Mérito de asimilación más que de originalidad. Sin Proust—sin su mundo, sin su estilo—no se conciben estos dos «pas-



CLAUDE SIMON: *Historia*. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1971. 300 págs. Ø13 × 19,5Ø.

La carrera literaria de Claude Simon—nació en Tananarive, de padres franceses, en 1913—se inició al término de la segunda guerra mundial con una novela, *Le Tricheur*, claramente influida por Camus. Siguió con dos libros, *Gulliver* y *Le Sache de Printemps*, de innegable ascendencia faulkneriana, y luego, en 1957, un relato, *Le Vent*, donde dio pruebas de haber alcanzado madurez y autonomía narrativas. *L'Herbe* (1958), *La Route des Flandres* (1961) y *Le Palace* (1962)—episodio de la guerra civil española situado en Barcelona—confirmaron su evada categoría artística, siendo reconocido por la crítica como uno de los principales representantes de la novela francesa de vanguardia.

Historia se abre con una cita de Rilke que proporciona la clave del libro. Dice así: «Algo que nos inunda. Lo organizamos. Se nos cae a pedazos. Volvemos a organizarlo y caemos nosotros a pedazos.» Ese «algo que nos inunda» es la vida; la vida que el protagonista del libro ve desmoronarse cuando, tras haber abandonado el París de su existencia cotidiana, regresa a su provincia natal. La novela narra el intento de estructurar de nuevo esa vida y deja constancia del fracaso de dicho intento: la vida se derrumba, a pesar de todos los esfuerzos, y el protagonista con ella.

tiches». El estilo moroso, minucioso y brillante de Marcel Proust reaparece, se filtra, irrumpe como una reencarnación amable.

Aparecen estos dos textos como homenaje al maestro francés en su centenario, pero no son apuntes de circunstancia. Están extraídos oportunamente de una obra lejana de Villalonga: *El lledoner de la claustra* (*El almez de la era*), libro de narraciones cortas publicado en 1958. La reaparición es, por tanto, justa y rigurosa y obedece a una admiración antigua y fiel y no a la marea un tanto frívola del centenario. Los personajes que se mueven en el ambiente curioso y equívoco que reflejó Proust son recreados por Villalonga con exactitud. En el primer relato, la duquesa de Guermantes; en el segundo, el barón de Charlus. En ambos está el Proust patológico, sensible y personal, de una memoria implacable e irónica. Ambos relatos son deliciosos. Pese a la confesión inicial del autor, hay momentos en que la caricatura del Proust original amenaza algunas páginas, pero es una caricatura que nace del argumento más que del estilo.

En efecto, el primer relato tiene un argumento sumamente festivo, según reza el título *Marcel Proust intenta vender un De Dion-Bouton*, y es una «carta de Proust a su administrador y agente de negocios». Hay en este relato un habilísimo juego de sentimientos (subterráneo y elegante) muy propio de aquella aristocracia refinada, una cortesía plagada de segundos sentidos... Hay, además, una perfecta recreación del mundo proustiano, lleno de manías y de orquídeas, de viajes, de admiraciones personales y artísticas. Hay, sobre todo, humor. Un humor que emana de la reiteración casi morbosa de que algo tan simple, tan comercial, como la pretendida venta de un coche de paseo vaya constelando mundos tan ra-

Inacabable monólogo interior en el que se yuxtaponen evocaciones del pasado del narrador y fragmentos de su vividura presente, *Historia* constituye una ilustración de la tesis según la cual toda vida resulta inviable. En efecto, aunque las rememoraciones del protagonista del libro parecen probar que el pasado resiste frente a los embates de lo absurdo, resulta evidente que sólo lo consigue a costa de una pérdida total de sentido, a costa de una culpable reificación estética: los hechos, los personajes, los ambientes de ayer aparecen transfigurados, autónomos, ante el telón de fondo de lo imaginario, pero a condición de haber sido privados previamente de su condición de signo, de haber sido erradicados de todo esquema intelectual jerarquizador. En cuanto al presente del narrador, sus pasiones impiden que nada permanezca: el discurso, al conferir un estatuto verbal a dicho presente, se sume en la incoherencia, una incoherencia que es efecto del hecho de que coexistan múltiples y gratuitos sentidos que se anulan entre sí.

Esta afirmación del carácter absurdo de la vida, del sinsentido de la vida, que no tiene una raíz ética—esa raíz que justificaba la postura de un Camus—, es arbitraria, no nace de la experiencia, se apoya en una ideología deleznable de origen sartriano—aunque sin las connotaciones políticas que confieren una apariencia de fundamento a las lucubraciones confusas y triviales del autor de *La náusea*—, y, en consecuencia, carece de la consistencia necesaria para que sobre ella se edifique una estética. El simple hecho de que *Historia* haya sido escrita constituye una refutación de la idea básica que la anima. Como muchos otros, Claude Simon finge matar en sus libros al hombre, para probar que el hombre ha muerto. Pero nadie—si acaso, los snobs de la literatura—puede creer en esta muerte, en este irrisorio asesinato meramente «literario». En el fondo—y esto, oscuramente, todos lo advierten—, Simon, como muchos otros, se ha limitado a crearse un falso yo, su narrador, para utilizarlo como chivo expiatorio de las culpas intelectuales contemporáneas.

LA

ros y diversos; humor que a veces rozaba la caricatura y que siempre es ironía (una especie de ironía lúcida). Villalonga no se limita a copiar servilmente. Más bien capta el clima proustiano y lo elabora según su propia visión, introduciendo elementos tan exóticos y personales como una sabrosísima alusión a nuestro Salcillo, «cuyos ángeles no se preocupan de ser hombres o mujeres, sino de ser bellos» (pág. 26), y que parece aludir a la pretendida inversión sexual del gran Marcel.

El segundo relato—*Charlus en Bearn*—sitúa la acción (atrevida y deliciosamente) en la Mallorca de los almendros en flor, a los que el barón de Charlus pretende fotografiar fuera de tiempo. Huésped de una distinguida familia mallorquina, el barón se ve obligado a huir bruscamente huyendo del crimen. Hay en este relato una ironía persuasiva y vivaz. Aparece un personaje curioso—«la joven marquesa de Ambas Castillas»—que viene a ser como el trasunto hispánico de la refinada aristocracia parisiense. La carta final—de un barroquismo demencial, pero divertido—es una especie de síntesis desengañada en la que se habla de esa isla «casi griega... con sus habitantes que se besan en el interior de los cines y que han dejado de creer en el infierno» (pág. 60). En el fondo, este relato me parece una delicada exaltación de Mallorca, «el más inmoral, el más delicioso y el más delicuescente país de la tierra» (*ibid.*).

Por todo lo apuntado (y por mucho más), hay que agradecer a Lorenzo Villalonga la delicia de estos dos relatos, homenaje digno y oportuno a la memoria del gran buscador del tiempo perdido, en el centenario de su nacimiento.

JOSE MARIA BERMEJO

GERARD DE NERVAL: *Pandora*. Cuadernos Marginales. Tusquets Editor. Barcelona, 1971. 87 págs. Ø10,5 × 17,5Ø.

Una personalidad disconforme y desordenada. Ha estado olvidado durante muchos años. Difícil de entender; su lenguaje es el de la esquizofrenia y la locura. Un auténtico «marginado» en vida, recuperado ahora para la historia literaria gracias, sobre todo, a los espléndidos ensayos que se le han venido dedicando. Esclarecedoras son las páginas de Foucault. De hecho se le ve en estos días situado en esa sugestiva altiplanicie literaria que encuadra a Sade, Baudelaire, Lautréamont, Rimbaud y tantos otros, cuyas influencias están presentes en la más inquieta búsqueda del arte de hoy. Gerard de Nerval: una vacilación vital y un golpe bajo del misterio humano. Atormentado, imaginario, imaginativo, radicalmente racionalista en tanto en cuanto su razón se destilaba consecuentemente con los tormentos y torturas del propio cerebro. Nerval es una bruma que encaja bien en este tiempo nuestro de brumas literarias y de tanteos humanos.

Su filiación es romántica, fervorosamente romántica, y funde en el lenguaje el inconsciente y la realidad. Muchos enteros de estimación ha recuperado desde—1885—el año de su muerte. Ahora es una buena guía para adentrarse en los comienzos de los grandes movimientos y personalidades que aflorecieron después en todo el mundo. Nerval, resucitado y vivo, en el lenguaje, en la forma, en la «racionalidad» turbulenta de los buenos creadores. Siempre muy cerca de la mística.

Varios relatos se recogen en este librito de Tusquets, preparado por

el poeta Vicente Molina-Foix: Pandora, Octavie, Emilie, Retrato del diablo, y unos breves textos. Son suficientes para conocer la personalidad del autor. En todo caso, indicativos. Algunos de ellos se encontraban prácticamente perdidos y han sido recuperados recientemente. Con altibajos de calidad, puesto que pertenecen a distintas épocas de la producción nervaliana, contienen las líneas maestras de su estilo y formas de encarar el hecho literario. Así, el suicidio, lo macabro, la dualidad de la personalidad, la inferioridad y la culpa.

En definitiva, un libro interesante de un escritor, por tantas causas y razones, interesante.

FERNANDO PONCE

MONIQUE WITTIG: *Las guerrilleras*. Ed. Seix Barral. Barcelona, 1971. 140 págs. Ø12,5x20Ø.

Monique Wittig ha escrito un libro importante (que ya es mucho decir). Un libro que, además, es delicioso sin ser en ningún momento superficial. Me refiero a *Las guerrilleras*, libro que nos llega en una versión excelente de Josep Elias y Juan Viñoly. ¿Qué es este libro? ¿Un ensayo? ¿Un largo poema? ¿Una narración fragmentada? Se ha dicho que es un «apólogo poemático» con acentos de saga primitiva. Cuestión de nombres (que a mí no me interesa demasiado). De lo único que puedo dar fe es de que es un libro bien escrito. Eso basta. De Monique Wittig apareció—en la misma Seix Barral—su primera novela: *El opoponax* (1964), aunque con un retraso lamentable (en 1969), justo el año en que Les Editions de Minuit publicaban el original de *Las guerrilleras*. Ambas obras alcanzaron un éxito memorable pese a la juventud de la autora (nacida en 1935), pero hay que subrayar la absoluta novedad de *Las guerrilleras* con respecto a *El opoponax*. La sorpresa en literatura nace de una superación o de una ruptura. La pretendida coherencia entre una obra y otra me parece hipocresía o indolencia de ciertos críticos. El escritor no es—afortunadamente—una máquina, tiene derecho (¿obligación?) a evolucionar y la sorpresa, cuando no merece de lo anterior, cuando no es oportunismo de consumo, no sólo es deseable, sino positiva.

Uno de los elogios más firmes y concretos que se le pueden hacer a un libro es decir que es un libro para releer. Hay libros que sólo se leen una vez (y mal haya el tiempo que se pierde). Con otros libros—los menos, tristemente—la relectura es obligada. Este es uno de ellos. Y el primer tanto se lo apunta la originalidad del tema. La guerrillera es un fenómeno de hoy mismo, ese tipo de mujer politizada y belicosa que siente un compromiso (siquiera vago) y trata de ser consecuente. Por supuesto, no juzgo. Sólo constato. Para Monique se trata de un mundo pintoresco y cerrado, que ella trata con amor, pero también con ironía. Un mundo que—de alguna manera—refleja el rostro no usual, la otra cara de la luna de lo cotidiano.

El contraste—buscado y querido para poner en evidencia ese hermetismo—es constante y le da al libro un encanto especial, ese encanto que nace de verle las solapas a la realidad, de ver la realidad invertida. Las guerrilleras—reducidas a algo amorfo, a una masa de nombres imaginarios e inconcretos—se revisten de una dureza premeditada (que por eso mismo se hace sospechosa), son las usurpadoras apasionadas de un mundo supe-

Libros de mayor venta en agosto de 1971

- 1.º «Autopista», de Jaime Perich. Editorial Estela.
- 2.º «A qué llamamos España», de Laín Entralgo. Editorial Espasa-Calpe, S. A.
- 3.º «Morir de amor», de Pierre Duchesne. Editorial Gregorio del Toro.
- 4.º «Historia de amor», de Erich Segal. Alianza Editorial.
- 5.º «Perich Match», de Jaime Perich. Editorial Península.
- 6.º «Celtiberia Show», de Luis Carandell. Guadiana, Sociedad Anónima de Publicaciones.
- 7.º «Antología del disparate», de Luis Díez Giménez. Editorial Studium.
- 8.º «Torremolinos Gran Hotel», de Angel Palomino. Ediciones Alfaguara.
- 9.º «El azar y la necesidad», de Jacques Monod. Editorial Barral.
- 10.º «Desastre en Cartagena», de Luis Romero. Ediciones Ariel.

se produce justamente en esa frontera que confunde lo femenino y lo viril enfrentándolo. De esa confrontación nace el efecto paradójico, la ironía, la sensación de ridículo, la crítica de un mundo cerrado y superficial. Pero estos efectos no son fortuitos, están buscados inteligentemente. Lo que hace la autora es enfrentar situaciones que luego se critican y se destruyen mutuamente.

El libro está escrito con una técnica fragmentada y poemática, sugerente y simbólica. Pero esta técnica—que tiene la ventaja de la levedad y de la amenidad a la hora de leer—no da en ningún momento la idea de dispersión. La coherencia estructural se salva en el tema constante, en la baraja hábil de símbolos parejos o complementivos, en un clima afanoso, delirante y barroco que reúne—como un hilo invisible, pero real—los fragmentos dispersos. Libro que, a veces, hace sonreír. Equivale (ya lo he dicho) a ver la realidad invertida, a pensarla de un modo inusual y, por tanto, mágico. Experiencia de caleidoscopio, pero algo más. La crítica—nunca pesada, nunca monótona—siempre inteligente y amable del mundo de las guerrilleras. Poema porque hay belleza, mimo del lenguaje, asociaciones sorprendidas, danza de símbolos, delicadeza y misterio. Ensayo que aporta una forma sugerente y original. Apólogo, porque encierra su silva de varia lección, Buena, bonísima literatura.

JMB

LEOPOLD SACHER-MASOCH: *Diderot y Catalina II: escenas de la Corte de Rusia*. Editorial Anagrama. Barcelona, 1971. 63 págs. Ø10,2x17,6Ø.

Esta breve obrita de Sacher-Masoch es característica del escritor decimonónico de temas novelescos pasionales, el cual dio con su nombre apelativo a la obsesión de sexualidad enfermiza, que desde entonces vino a llamarse masochismo. El ma-

soquismo como tema hartamente usado para incitar o escandalizar a las mentes del siglo pasado no aparece aquí realmente. De manera novelesca presenta Sacher-Masoch el ambiente de la Corte zarista bajo la caprichosa dictadura, un tanto sexual, de Catalina II en los momentos de una breve estancia en Rusia del famoso animador de la Enciclopedia, el agudo Diderot, presentado aquí en una anécdota tan fantástica como irónica, que imagina al filósofo francés obligado a hacerse pasar por un «mono parlante».

Finaliza este número de la serie *Cuadernos de Anagrama* un capítulo con tres de los absurdos prólogos amorosos atribuidos a Sacher-Masoch, característicamente masoquistas, transcritos de «Psychopathia Sexualis», del doctor Krafft-Ebing.

LUIS BONILLA

ALICIA ENRÍQUEZ: *Extraños visitantes*. Ediciones Océano. Valparaíso, Chile, 1971. 92 págs. Ø14x19Ø.

El mal entendido realismo que se ha posesionado de la mayor parte de la narrativa de los últimos años; el diálogo trivial que quiere ser dogmático y no es más que una serie de naderías que conducen al aburrimiento y que entran de lleno en tantas obras de reciente publicación, ha saturado el mercado del libro.

Para muchos, el futuro literario se vislumbra más en manos de la fantasía creadora que en la literatura «conciencia-reflejo». Tal vez que hoy son precursores de esta narrativa se encuentran en una situación un tanto laberíntica y con las ideas poco clarificadas y en una especie de balancín entre la llamada «ciencia-ficción» y el mundo de Joyce y Kafka.

En esta situación parece encontrarse la autora de *Extraños visitantes*. Alicia Enríquez, escritora chilena, cuya vida llena de azaras dificultades le ha conducido a la revelación de su vocación lite-

rraria, cimentada en una desbordante fantasía.

Desde Valparaíso, en donde reside, nos remite este pequeño libro de narraciones que se edita bajo el patrocinio de la Sociedad de Escritores de aquella ciudad.

Este es un libro, efectivamente, de «extraños visitantes», como su mismo nombre indica. Por la audaz narrativa de Alicia Enríquez desfilan míticos personajes que sumergen al lector en un mundo de asombros. Fluye la acción a través de imágenes simbólicas, intenciones políticas, poéticas o simplemente humanas caricaturas que nacen bajo el influjo de su desbordante fantasía. Pablo Neruda prologa el libro y le califica de «cruel»: «sus extrañas criaturas son tan naturales por que salen de la noche y de su incalculable densidad, como el reverbero de una esquina o como el grito de un crimen sofocado». De estos relatos, el que se lleva la palma en cuanto a imaginación se refiere es el titulado *Paz sin costuras*, aunque, personalmente, encuentro más logrado el que lleva el título de *El hombre que permaneció*, en el que la transmutación de la personalidad entre un hombre muerto y uno que desea morir se ve obstruida por la inevitable intervención de los poderosos. «Hoy lo pequeño es grande. A los grandes egoístas se les llama altruistas. El bueno es tonto. El que abusa prospera. El justo revienta. Se honra al cinico. Se desprecia al responsable. Se teme al inteligente. Se elogia al necio. El indigno es amado. Odiado el valiente. Al digno se le frunce el ceño, al servil se le sonríe.»

Lástima que estos cuentos adolezcan del confusionismo al que antes hice alusión. Si Alicia Enríquez lograra clarificar un poco situaciones y diálogos, ganaría, a mi juicio, en su labor literaria. Esperemos que en la próxima publicación esta autora haya pulido aristas y haga más comprensible algunos símbolos demasiado exóticos.

Es justo destacar los grabados «negros» de Carlos Hermosilla, pintor chileno, que ilustran acertadamente y contribuyen a fijar el universo pesimista de Alicia Enríquez.

Haciendo mías las palabras de Neruda, diré con respecto al camino de esta narradora: «Seguiremos escuchando esta cantata implacable.»

TERESA BARBERO

NÉSTOR SÁNCHEZ: *Nosotros dos*. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1971. 132 págs. Ø11,4x18,3Ø.

Dotada de un rica textura verbal, *Nosotros dos*—aparecida originalmente en Argentina hace cinco años—es una novela juvenil en la cual se encuentran todos los defectos propios de un escritor de menos de treinta años: visión del mundo incoherente, que se traduce en la imposibilidad de jerarquizar los elementos que integran la vida y, en consecuencia, de reflejar con claridad la realidad cotidiana y de fundar esa realidad «otra» propia de la obra de arte; egocentrismo desbocado, que lleva a Néstor Sánchez a transmitirnos de una manera apenas elaborada sus experiencias, las cuales carecen de todo interés general y no guardan relación alguna con los problemas comunitarios; torpeza narrativa, que le hace perder la línea del relato, en ocasiones, y sofocarla casi siempre con excrecencias decorativas; gusto mimético por las estructuras de vanguardia, que, carentes de carácter necesario—se da una desadecuación del fondo y la forma—, imponen un confusionismo antiestético; pedantería—referencias mal traídas a escritores y pensadores

fetichizados por las juventudes de todo el mundo—, que acentúa el carácter artificioso del conjunto al situar en un mismo plano al arte y a la vida.

El libro, no obstante, se salva por su invención verbal, oportunamente alabada por Julio Cortázar: «Sánchez tiene sentimiento musical y poético de la lengua», escribe el autor de Rayuela, quien señala que esta musicalidad nace de su sentido del ritmo y de la cadencia, el cual trasciende la prosodia para apoyarse en cada frase, que a su vez se apoya en cada párrafo, y así sucesivamente, mientras que la poesía surge de las «latencias, simetrías, polarizaciones y catálisis» que constituyen el reverso de su sistema de signos. Estas virtudes del lenguaje de Sánchez no son, sin embargo, las fundamentales. La principal, indudablemente, es que al conseguir trascender el coloquialismo, sin negarlo, se convierte potencialmente en un instrumento narrativo de primer orden—aquí, desgraciadamente, puesto al servicio de una empresa sin interés.

Nacido en Buenos Aires en 1935, Néstor Sánchez ha traducido a Daumal, Céline, Pavese y Michaux. Con posterioridad a Nosotros dos, ha publicado otras dos novelas: Siberia blues (1967) y El amor, los orsinis y la muerte (1969), cuyos títulos parecen revelar una cierta obstinación en conseguir a toda costa para sus obras el marchamo de la «modernidad».

LA

MARCELA SOLÁ: *Los condenados visiten de blanco*. Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1971. 97 págs. Ø15,4 x 19,7Ø.

Resulta vano cualquier intento para definir el cuento; por saber cuáles son los márgenes de la narración, o qué cabe contarse, si se aceptan ciertos preceptos de extensión en el relato; como, y eso es indiscutible, la poesía, por otro lado, se bate en retirada y abandona los temas íntimos (para no hablar de aquello avergonzante, lo emocional, el amor...) a la narración ésta, por fuerza tiene que nutrirse para subsistir de los desperdicios líricos de la poesía...

Nadie se atreve hoy a hablar de amor en un poema. Está pasado de moda. Para eso, el cuento; y el cuento, para los sueños, el amor imposible, la quimera, la sinrazón.

Marcela Solá—muy joven debe ser— escribe este tipo de narración en el que cabe todo. Todo se halla permitido. Son pedazos de sueño, alegorías sencillas, confesiones apasionadas, a los que ella quiere llamar «cuentos semicruales». Sin embargo, pocos llegarán a comprender en que está la crueldad de esta muchacha escritora que narra con algún conocimiento, refiere infinidad de sucesos íntimos, de esa intimidad que es lo que «apenas concebimos», lo imperceptible, lo que permanecerá oculto a la mirada de los otros, los secretos; en suma: aquello que su propia mirada trata de hurgar, desprender de lo irreal, informe, cotidiano...

El primer cuento—cuyo título sirve a todo el libro— es pesadilla, burla, irrealidad o realidad deformada por la visión infantil. Es innecesario buscar influencias. Sí, hay resabios de crueldad un poco antojadiza, quién sabe si desenfado o cinismo; más bien, desilusión—lo más probable—, cuando dice (página 18): «Y de lo único que me cuidaré será de mis amigos...» Tal es, las frases finales del cuento segundo, una conversación «inútil»... ¿Incomunicabilidad? ¿Forma experimental de narración?

La ciudad no perdona—el tercero— tampoco puede encerrarse dentro de la clasificación corriente del cuento. Es una divagación horrorizada, donde abundan los elementos simbólicos: «—¿Y el ruiseñor canta enjaulado?—pregunto con asombro y los presentes me bailan por delante» (pág. 21).

En general, se puede decir que Marcela Solá abusa de lo simbólico, como fruto de lecturas, antes que como valor o experiencia vital, sin dejar de reconocer una capacidad de evocación poco corriente. Su libro todo, ¿no es un poema, dividido en varios cantos, que no llegó a publicarse como tal?

María Rosa Oliver fija su aten-

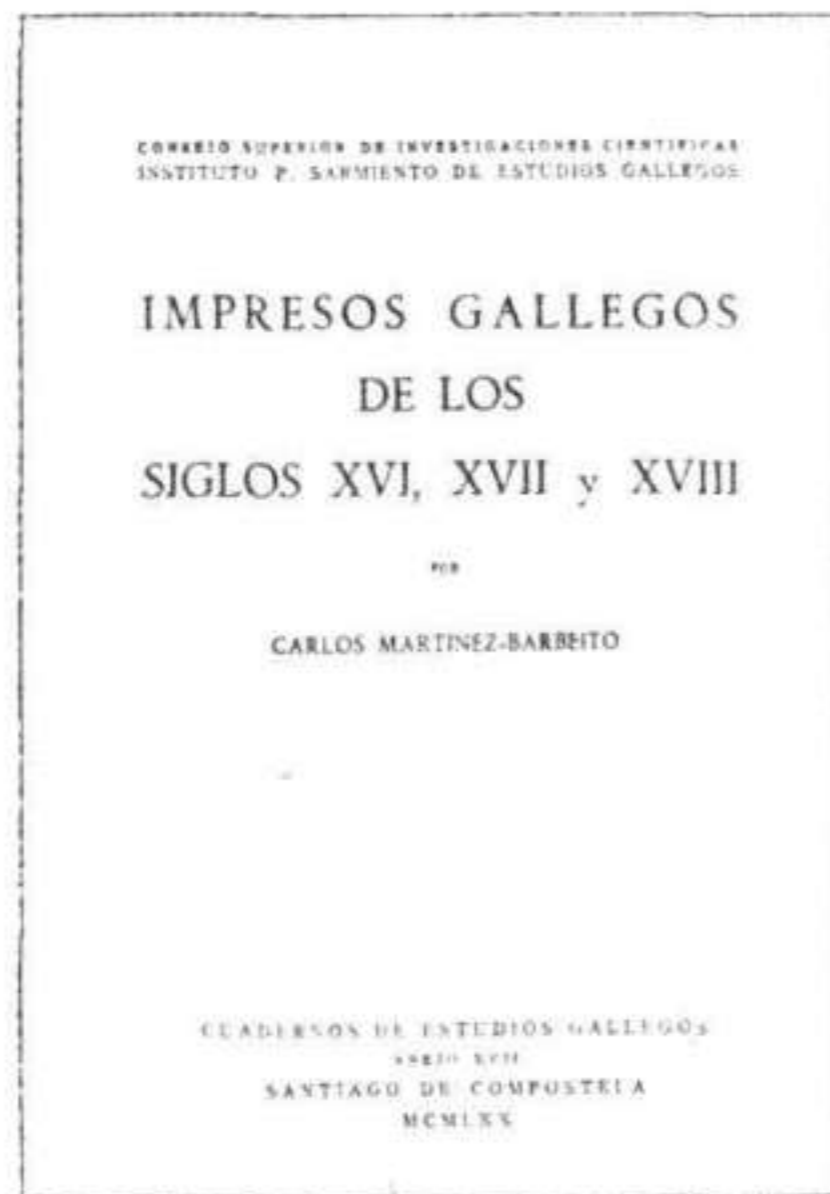
ción en *La ciudad no perdona* y dice: «... una escritora que podrá desconcertar a algunos, irritar a otros, pero, por cierto, no pasará inadvertida»—en la camisa del libro—. Sí puede desconcertar al lector que busca la distracción—el hombre que abre un libro los domingos—, o desconcertará al lector que vaya a la caza de originalidad: «¿dónde he leído algo semejante?»... Porque esto es lo más grave: este libro recuerda a muchos autores. Mas tiene razón cuando dice que no pasará inadvertida, pues hay una gran capacidad noveladora, mucha fantasía. Es experiencia, vida, lo que le falta. «El dolor vivido», que hace de un autor

notable y verdadero, como decía Guimaraes Rosa. Por hoy es una criatura asombrada—no importa cuántos años tenga—y ansiosa de contar sus primeras experiencias, que, naturalmente, serán sueños; por eso, el mejor de todos sus cuentos es el único: *El lobo feroz*, donde cuenta con perversidad infantil, con harta magaña, la historia al revés...

Marcela Solá: precocidad y desencanto ante la vida. Un fondo de lecturas tan grande que todavía no permite que la autora se rebele contra su tiempo y escriba lo que de ella se puede esperar.

FTG

ENSAYO



CARLOS MARTÍNEZ-BARBEITO: *Impresos gallegos de los siglos XVI, XVII y XVIII*. Santiago de Compostela, 1970. «Cuadernos de Estudios Gallegos» viii-108 págs. Ø17 x 24,4Ø.

No cabe duda de que el señor Martínez-Barbeito tiene una preciosa colección de impresos gallegos y de que sabe cuán inútil es acopiar rarezas y no aprovecharlas. Este anejo a los «Cuadernos de Estudios Gallegos» incluye nada menos que ciento ochenta descripciones bibliográficas de otras tantas rarezas que figuran en la biblioteca del autor y que no están incluidas o descritas convenientemente por el padre Anastasio López en su trabajo *La imprenta en Galicia. Siglos XV-XVIII* (Madrid, 1953). Si consideramos el número y calidad de las personas que se han ocupado de la bibliografía gallega, las papeletas que hoy se agregan al corpus tipográfico de aquella región suponen una aportación muy estimable y ojalá sirvan de acicate para nuevas adiciones. El propio autor, más adelante, no debe hurtar la noticia que confiesa tener de otros impresos que también escaparon a la diligencia del padre Atanasio López. Puesto que es larga y ardua la tarea de reconstruir la historia de nuestras viejas impresiones, no sería justo desperdiciar el esfuerzo y la fortuna de una información adquirida ya. Bien está que no la mezcle con la que nos da de los impresos que posee, para no romper la unidad de criterio en las descripciones; ya sabemos que no siempre puede tomarse nota cabal de una pieza rara que la casualidad puso en nuestras manos, pero quien algo sabe, comuníquelo, pues más vale ese poco que no nada.

La aportación bibliográfica del presente opúsculo se distribuye de una manera lógica en el tiempo: dos impresos del siglo XVI, veintiocho del XVII y ciento cincuenta del XVIII. De un lado, proporcional a

la producción de cada período, aproximadamente; de otro, al interés mayor que los bibliógrafos han concedido a los dos primeros, siendo cada vez más difícil señalar nuevas piezas. Sin embargo, ya va siendo hora de que se conceda más atención a la tipografía del siglo XVIII, como aquí se hace, y con fortuna, y de que se afronte de una vez la del siglo XIX, verdadera selva inextricable por diversos motivos en muchos momentos.

Con excelente criterio, el autor incluye dos modelos de los formularios que en el siglo XVI, sobre todo, emplearon los escribanos españoles para redactar ciertos documentos notariales. En los Archivos de Protocolos de Madrid, Sevilla, Santander, Cádiz, Valladolid y Cáceres hemos visto piezas semejantes destinadas a formalizar cartas de pago, de poder y de venta; pero no sabemos que hasta hoy alguien diera en la tarea de recoger tales impresos y de procurar su filiación. Claro que una suerte parecida corren otros de mayor entidad, como calendarios, justificaciones en derecho e instrumentos judiciales, estampados sin la menor referencia (Martínez-Barbeito recoge algunos). Ciertamente esos papeles no tocan a la historia de nuestras letras ni a las grandes empresas políticas, religiosas y militares que parece absorbieron la intención y atención de los viejos investigadores, pero afectan y muy de cerca a la historia de nuestras costumbres y, sobre todo, a la sociología histórica, que, prácticamente, no cuenta con materiales elaborados.

Para redactar sus papeletas, el autor se ajusta a unos patrones clásicos, bien que tenga el acierto de sustituir las inservibles denominaciones de folio, cuarto, etc., por las medidas en centímetros. Sus evidentes conocimientos tipográficos garantizan el capítulo de las atribuciones a los distintos impresores, pero una referencia elemental a los otros impresos o a los motivos en que se funda hubieran sido elementos utilísimos para los estudiosos de este arte. La cuenta de los folios nos plantea, en cambio, la duda de si estarán numeradas o no las hojas de algunas piezas y de la existencia de registros en las de mayor extensión. Los resúmenes de contenido facilitan una visión precisa y representan un verdadero arsenal de noticias de gran provecho, sobre todo para la historia local. Las ilustraciones son excelentes, y algunas palpable demostración de que, cuando menos en esas ocasiones, algunos impresores de Santiago de Compostela no cayeron en el abandono y mal gusto que caracterizó a sus colegas de tantas otras regiones, a finales del si-

glo XVII, y de que asimilaron con prontitud los nuevos modos de Ibarra y Sancha en la centuria siguiente.

Cuánto se agradecen estos breves oasis en el panorama desolador de nuestra historia tipográfica. Pueden ser trabajos perfeccionables, pero reconociendo hasta qué punto son perfeccionadores y absolutamente honestos.

FELIPE C. R. MALDONADO



JOSÉ LUIS GARCÍ: *Ray Bradbury, humanista del futuro*. Editorial Helios, Madrid, 1971. 381 págs. Ø13 x 19Ø.

Ray Bradbury, como Faulkner, sabe describir el ambiente cálido de tardes infinitas. Opera en una dimensión por él creada. Espacio y tiempo no están en el futuro ni en el pasado, sino en un mágico instante que todo lo engloba. Dandelión Wine no es sólo un libro de nostálgicos recuerdos de la infancia. La pequeña ciudad de Tom y Douglas Spaulding se encuentra situada cerca de la imposible Jefferson. Bradbury, heredero de la gran tradición americana en la «short story», innovó un género (la ciencia-ficción), que gracias a él se eleva y dignifica. Pero, increíblemente, aún no se había escrito un solo libro que estudiara su figura o su obra. Es éste de José Luis Garcí el primero. No se trata, pues, de una aportación bibliográfica gratuita. El mismo Bradbury declara en el breve prólogo: «Es el único libro que estudia mis relatos y mis ideas; el único también que recoge toda esa labor que he ido construyendo a lo largo de mi vida. Garcí es, pues, un pionero en lo que a mí se refiere».

Un pionero y—añadiríamos nosotros—un admirador incondicional. El libro es encendido, entusiasta, casi fetichista en todo lo que se refiere al biografiado: un recrear de los momentos—oscuros y brillantes—de la vida de Bradbury de sus más bellas páginas. Un libro hecho con pasión, en el que José

Luis Garcí habla de su autor preferido. Por esto, aunque la pasión suela estar reñida con el sentido crítico, se nos presenta aquí como humana y casi disculpable.

No obstante, quizá ese mismo apasionamiento ha contribuido a que el libro fuera escrito con demasiada rapidez, con prisas nos atreveríamos a decir—se lee de un tirón también, rara virtud en obras de índole crítica—. Esto es causa de numerosas incorrecciones sintácticas y estilísticas. Abundan las interjecciones (¡claro e stá!, ¡cómo no!) empleadas por el autor para lograr una mayor viveza descriptiva. Pero, ante el abuso y repetición de éstas lo único que consigue es dar un aire de machaconería y vulgaridad a la obra. Más grave aún es el uso de barbarismos, concretamente anglicismos y americanismos. Dado que Garcí trabajó para documentarse sobre revistas estadounidenses, debió de evitarlos como al demonio. Nosotros estamos convencidos de la originalidad de su estudio por lo que tiene de recreación y entusiasmo. Pero hubiera sido bueno para evitar suspicacias un más escrupuloso empleo del idioma. «Exciting», por ejemplo, no es traducible, a menudo, por su gráficamente parejo término castellano. El «exciting» inglés raramente responde con exactitud al «excitante» español. Sin embargo, leemos: «La película Moby Dick está empapada en una excitante solemnidad bíblica» (pág. 167). Que Garcí haya trabajado sobre un material «pop» («comics») o muy «ing» (léase «revival of science-fiction») no le autoriza a dejar «out» nuestro «estimulante» idioma.

Si dejamos de lado las cuestiones meramente formales, podemos considerar que este libro no hace mención de ningún aspecto nuevo o poco sabido de Bradbury. Tampoco examina críticamente sus relatos. Pero consigue—con ágil y entretenida prosa—interesar al lector por su obra.

FERNANDO ORTIZ SANCHEZ

MARÍA ALONSO: *Apuntes de literatura contemporánea*. Edición T. P. A. Madrid, 1971. 424 págs. Ø17×23,5Ø.

María Alonso ha ido reuniendo sus notas de lectura en estos *Apuntes de literatura contemporánea*. Apuntes de novela, ensayo, teatro, poesía. Apuntes sobre los que la misma autora, en un exceso de modestia, aclara a la entrada del libro: «Mi propósito al escribir estos apuntes es que el lector que no conozca las obras que comento se interese por ellas, las busque, las lea y, si le queda tiempo..., las relea.» Pero el resultado va más lejos de lo que la autora se proponía. Sus «apuntes», los apuntes de una lectora sin pretensiones, nos muestran a una mujer inteligente, de gran sensibilidad y con unas finísimas dotes de captación para destacar lo fundamental de cada uno de los autores que trata. Y, además, estamos ante alguien a quien aconsejamos que escriba, que acometa más empresas literarias, porque tiene un estilo elegante, claro, directo, concreto, en el que, con pocas palabras, se dicen cosas muy importantes y de gran profundidad.

María Alonso ha seguido en sus «Apuntes», para una parte de los autores tratados, a Charles Moeller en su famosa obra *Literatura del siglo XX y cristianismo*, intercalando entre sus juicios transcripciones textuales de dicha obra o de la de los autores tratados: Unamuno, Sartre, Kafka, Malraux, etc. Pero otra parte de los autores se apartan de Moeller y María Alonso

MARCELINO C. PEÑUELAS: *La obra narrativa de Ramón J. Sender*. Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos. Madrid, 1971. 294 págs. Ø14,5×20,5Ø.

Un año después de sus *Conversaciones con Ramón J. Sender*—publicada por Novelas y Cuentos y comentada por nosotros en estas mismas páginas—, Marcelino C. Peñuelas da a la luz esta «indagación general, aunque sucinta», de la obra narrativa senderiana, que amplía y completa la anterior. Tiene razón Peñuelas cuando apunta que se trata de una obra tan extensa, densa, variada y compleja—en sus temas y en su técnica—que resulta imposible abarcarla íntegramente en un estudio de dimensiones corrientes. De aquí que haya ceñido su análisis a tres novelas capitales: *Imán*, *Réquiem por un campesino español* y *El verdugo afable*. La esfera, luego, le servirá para ensayar una concepción del mundo y del hombre y, a través de las figuras más significativas de su novelística—Vianca (*Imán*), Sabino (*El lugar de un hombre*), Ramiro (*El verdugo afable*), Sonia (*Los cinco libros de Ariadna*) y Pepe Garcés (*Crónica del alba*)—, se planteará el problema de la personalidad, cuya progresiva desintegración—desacuerdo entre persona y hombría, oposición entre el yo y lo otro—es tema típicamente senderiano. Finalmente, Peñuelas se detendrá en el estilo—*Imán* es, de nuevo, obra clave—, destacando el acusado paralelo existente entre los estilos «literario» y «vital» de Sender, y afirmando, como Azorín, que el estilo «es cosa vital y no meramente formal». (Recordemos que Sender ha escrito: «No consiste el estilo en la voluntad de aparentar, sino en el conjunto de reacciones interiores que ligadas a la fatalidad del ser se manifiestan en una forma de expresión lo más espontánea posible. El estilo una vez más es el hombre...») Todo ello, que constituye la entraña del libro, va precedido de diversos capítulos que sitúan y centran al lector, al par que al novelista, cuya biografía se nos ofrece en sus principales rasgos, determinándose su actitud política y religiosa, su posible vinculación generacional—a la que Sender, rebelde siempre, escapa—y su condición de escritor social, señalada por muchos, y aceptada, aunque con reservas, por Peñuelas, que prefiere llamarle «escritor revolucionario», si bien sea el suyo un revolucionarismo esencial y crítico, libre de propagandas y utopías. Completa el cuadro una clasificación de las narraciones de Sender en siete apartados (realistas, alegóricas, alegórico-realistas, históricas, autobiográficas, cuentos y misceláneas), que conocíamos por su libro anterior, algunas de cuyas páginas repiten en el que comentamos.

Vuelve, pues, Peñuelas a colocar a Sender a la cabeza de los novelistas españoles de nuestro tiempo y «en la primera fila de los mejores novelistas, españoles o foráneos, del siglo XX», asegurando que sus narraciones históricas «son, sin duda alguna, las mejores de nuestra lengua» y apuntando que Sender es quizá el novelista más traducido de nuestra literatura, a excepción de Cervantes. La postura entregada de Peñuelas nos recuerda unas agudas palabras de Sender en la carta-prólogo que encabeza el libro: «Lo que un autor busca ante todo en cualquier juicio sobre su obra es la disposición propicia o no del crítico. El afecto vale más que la justicia en esta clase de materias... Así, pues, hay que escribir sobre libros y autores que nos parecen bien. Habría que tratar de ser inteligentemente entusiastas. Sagazmente partidarios.»

La disposición propicia, el afecto, el entusiasmo de Peñuelas por la obra de Sender, incluso su partidismo—si vale la palabra—, están aquí latentes. ¿Pesa todo ello más que la justicia a la hora de la valoración, de la opinión decisiva? Pudiera ser. Mas no queremos significar con ello que Peñuelas yerre. La obra vasta y profunda del lejano aragonés tiene por sí calidades y cualidades suficientes para que un crítico atento la coloque en lugar de privilegio dentro del panorama literario—español y universal—del momento.

CARLOS MURCIANO

sigue en ellos su exclusiva visión personal, dieciséis autores.

Un juicio honesto de la obra de María Alonso no puede menos de ver en estos *Apuntes de literatura contemporánea*—frente a aventuras más o menos artificiales que verdaderamente producen tristeza y hastío, manipulaciones incivilizadas que utilizan la cultura con secretos fines—más que las largas horas de lecturas de una mujer, ante todo, inteligente, sabia lectora, sensible y humilde. Hemos leído con gran interés su obra. Nos ha cautivado la finísima penetración psicológica de esta joven escritora. Novel escritora, a la que desde estas páginas animamos a continuar la obra que modestamente, como sin atreverse a salir al terreno literario, ha iniciado con estos «Apuntes». Escriba, María Alonso, escriba. Estamos ante una mujer con capacidad suficiente y no podemos menos que esperar y confiar en que ha de continuar su labor como escritora. Tiene capacidad propia suficiente como para no necesitar las muletas o andaduras que, exclusivamente por un exceso de pudor, ha empleado en una parte de su obra. Salga en un próximo libro, sugerimos que de creación, de impresiones, de observaciones de la vida, de anotaciones, al mundo literario. Un libro semejante, escrito por una mujer, sería muy interesante. Nos faltan en este país mujeres que nos den sus impresiones de la vida, como es frecuente en otros; en Francia, por ejemplo. María Alonso es joven, tiene mucho tiempo ante sí. Tiene sensibilidad y amor a la vida e interés por el mundo de la cultura. Debe continuar su labor tan modestamente iniciada. Esperamos con interés la obra futura de esta mujer.

RAFAEL URIBARRI

F. E. DORENLOT: *Malraux ou l'unité de pensée*, Gallimard, Paris, 1970. 560 págs. Ø12×18Ø.

No sé si respecto a Malraux se manifiesta o no la pretendida rutina de encasillarle. Algo hay, algo debe de haber. Es el resultado de la resonancia de su obra, densa y muy significativa. La tentación se presenta a los criterios críticos con facilidad y con fuerza. Se encuentra en apuros el ánimo sereno para desgajar broza y mala hierba, intentando llegar al epicentro del pensamiento característico de Malraux. La verdad es que no se «confiesa» demasiado y apenas ayuda a establecer las situaciones de su personalidad y de su idea directora.

Para F. E. Dorenlot, y pese a la multiplicidad de «dominios» o sectores en que se ha ido expresando Malraux, con mayor o menor comunicabilidad (piénsese en las admirables pero tupidas y cerradas páginas de *Antimémoires*, su obra más reciente), existe unidad, la necesaria coherencia de pensamiento. No irá hasta proclamar lo ortodoxo de ese pensamiento. Sería absurdo y nocivo el pensarlo y el querer probarlo. Malraux es sinónimo de diversidad en todo. Pero con la auténtica exigencia de lo unitario. Para F. E. Dorenlot hay dos realidades de unidad en Malraux: la unidad metafísica y la unidad literaria. Creo que tiene razón y me place ya el subrayarlo.

La condición humana y escritora de Malraux se apoya en cimientos sólidos de aventura y experiencia. En sus datos de historicidad y, asimismo, de circunstancias. Unas veces, acercándose al meollo que los demás consideran como importante, como guía; otras veces, apartándose y con ritmo de fuerza centrífuga o centripeta, gira en torno

a nuevas solicitaciones del pensamiento, en sus aparentes superficies. Si se quita la corteza, y es lo que hace Dorenlot, se llega a la substancia grave y honda: a la unidad que no se aleja de su sangre, de su camino de vida, de su derrotero psíquico-literario.

El arranque es viejo. En superposiciones de literatura y viajes. Difícil encaminamiento, pero que es seguro, que ofrece el refugio de la verdad buscada. Y sentida. Quedándose Malraux en oscilaciones permanentes, «a igual distancia de los abismos de la ilusión y de las simas de la desesperanza», se nos advierte. No se trata de encuestas, sino de vividas realidades, con *Les conquérants* y *La voie royale*, y sobre todo con *La condition humaine*. Tríptico y, mejor dicho, trilogía analizadora, escudriñadora de determinados momentos de la vida de un ser (que es símbolo) y de las circunstancias de historia (que también es símbolo, pero de signo colectivo más bien). No era la respuesta como en el siglo XIX, al mal del siglo, pero, a pesar de todo, se manifestaba la semilla de las tentaciones (de Occidente y, entonces, de Oriente también) en romanticismo revolucionario. Empresa individualista, de libertad y egoísmo, pero no decadente, no cerrada. Realista y lírico, lúcido y místico, sensible y soñador, Malraux va preparando caminos inmediatos o alejados. ¿No es unidad lo que dirá, desde esos libros citados hasta el héroe (que es Berger o, acaso, Malraux) en los cuadernos que subsisten de *Les noyers de l'Altenburg*, definiéndose con las palabras siguientes: «... toujours la même angoisse éclaire comme un même soleil». Identidad de sentimientos (la angustia) en identidad de tiempo (el mismo sol siempre). Hay una constante, y el propio Malraux la expone y es fórmula concisa: «Mon problème est celui d'une nouvelle prise de conscience de l'homme».

El hombre, sus ardientes ópticas de vida cotidiana y permanente, la insoslayable problemática de la historia entorno, la humanización y la materialización de las nuevas realidades: la consciencia humana. ¿Quién piensa en reprimirla o en abandonarla? ¿Es que sería tarea posible?

Vuelve a adentrarse F. E. Dorenlot en Malraux, atosigándole en sus escritos. Es la obra ofrecida y no como eco, sino como auténtica cosecha. En lo conceptualizado como importante, en los vericuetos de un recorrido siempre anhelante y asimismo conceptualizado. Es hombre con patrimonio que viene desde Pascal, y hasta a ratos con Barrès se manifiesta su existencialidad. Por la lucidez, y sabido es que Paul Valéry decía no me interesa la sinceridad, sino la lucidez. Pues es lo que por los cuatro costados le sobra a Malraux, enfrentándose con los fracasos del espíritu, con las amenazas más o menos disfrazadas que se hallan en la sociedad y en el tiempo de los hombres. ¿Orgullo? ¿Demasia de lo intelectual? Dorenlot cita lo que creese que Malraux expuso con ingenuidad y soberbia al autor galo P. de Boisdeffre: «Le monde s'est mis un jour à ressembler à mes livres». Nada más y nada menos. O sea, que Malraux llevaba pensamiento iniciador y profético, creador en grado sumo, a tal punto que las cosas (en este caso, la realidad y los hombres) tuvieron que adaptarse a ello, sometiéndose. Y dicho de otro modo: que Malraux colocaba en sus moldes al mundo y lo forjaba a su antojo y albedrío.

Así vistas las cosas, ¿qué trayectoria seguir? Malraux, según el adecuado análisis de F. E. Doren-

lot, ofrece plasmada personalidad en: 1) los conformismos; 2) las seducciones de lo irreal; 3) la superación de uno mismo en los demás; 4) la superación de uno mismo en la acción; 5) la superación de uno mismo en la historia. Todo contribuye y se hace convergencia; es la verdad del hombre cara a cara con su destino, es decir, con su libertad creadora y luchadora. Un combate incesante, pero siempre en la exigencia. ¿Cabe mayor horizonte humano? Exigirse, y la esperanza no como recompensa sino como corolario. Exigirse, ir a los demás gracias a la acción y a la historia. Un llamamiento fecundo. Malraux ofrece ejemplos (los suyos, naturalmente) con *La condition humaine* y con *L'espoir* (lo mismo la novela que la película). Intensidad. Ahondamiento. Búsqueda de la consciencia. Esto es: exigencia de una problemática de ser y vivir que jamás se aparta de los hombres. ¿Llégase al amor y a la soledad? Lo importante es que la aventura no sea únicamente unilateral, sino que abarque a los demás. Ahí reside la nobleza. ¿La busca siempre con ahínco Malraux? Desde luego, todos sus personajes, no; y F. E. Dorenlot subraya y recalca que Malraux excluye, por razones éticas, cualquier búsqueda propiamente individualista, afirmando que «L'héroïsme est le primat qui gouverne la pensée de Malraux». ¿Acercamiento a hombres como Montherlant y Saint-Exupéry? No lo creo, dadas las diferentes escenas de sus correspondientes acciones en el tiempo de historia nuestro. Por ello, una frase recordada por F. E. Dorenlot, la pronunciada en *La condition humaine* por un joven discípulo chino, restituye a la acción revolucionaria (entonces) su verdadero sentido; hela aquí: «C'est pour les nôtres que je combats, pas pour moi».

Una parte demoníaca y una parte divina, así se han señalado ángulos en la obra de Malraux, como para respaldar su unidad íntima. La escogida por Malraux. Pero el individualismo se deja de lado y acaso se refugia en el sector del arte. No hay libertad sin conquista, y ello equivale a afirmar que no hay libertad sin grandeza, nos expone el autor de este ensayo. Lo relaciona con Malraux, claro, y su conclusión es que nunca cesó Malraux de oponer dos partes del hombre, la oscura y destructora (lo demoníaco) y la clara y constructiva (lo divino). Es una medalla con sus dos caras, siempre en la

misma angustia bajo el mismo sol. Los valores, por lo tanto, pasan por etapas diversas, y la seducción se propaga, según colores muy subjetivos. No debiera ser así, pero... ¿Lo absurdo? Escúchese a Malraux: «Noux voilà donc contraints à fonder notre notion de l'Homme sur la conscience que prend chacun de soi-même». Ese camino es duro, imperativo. El héroe, en la acción y en la historia, por la fuerza de las cosas y penetrándose a sí mismo, hurgando en sus problemas, rechaza el conformismo, alcanza la tragedia, descubre el sentido de lo trágico y de lo solidario.

Algo así como al margen de la literatura específicamente dicha (con obras dadas en Voces del silencio o en *Metamorfosis* de los dioses, por no traer a cuento su Museo imaginario) es lo que parece extrañarse. Pero el extravío presupone su línea seguida y trazada con claridad. Pese a este estudio de F. E. Dorenlot, otros críticos han pretendido que Malraux es «un écrivain sans lignée» (C. Bonnefoy), y con ello indica asimismo que es escritor al margen, independiente, en su absoluta soledad de escritor, y como encerrado en su isla; recuerda una frase significativa de Malraux: «L'homme est-il mort, l'homme va-t-il mourir?» Interrogación con sonido de grito. Exclamación de respuesta muda. Otras plumas (la de F. Bott, por ejemplo) han escrito que en Malraux se halla «un regard d'esthète tourné vers l'histoire», y tiéndese a situarle en su «destino, que es la soledad», dentro de múltiples relaciones con el arte y la vida y la historia y..., casi por fuerza, con la literatura. No es narcisismo, ni mucho menos. Pero cabe una hipótesis, imaginándose a Malraux en su orgullo, que exclama: «Cultiver ma différence», ese es mi itinerario de hombre, tal es mi destino y de él soy responsable.

F. E. Dorenlot busca contactos y explicaciones para la «unidad del ser y de su autonomía» frente al azar y al olvido de la existencia. Tiene que enfrascarse con lo recóndito de Malraux, y así se halla de bruces con el misterio de las reacciones humanas (son los personajes de las dos novelas importantes. *La condition humaine* y *L'espoir*, y también de *Le temps du mépris*), con presencia de la unidad de la aventura humana. Acaso valga recordar lo señalado: el aspecto trágico del existir, reconocido en la nobleza y en la densidad de la solidaria acción. Hay ahí el prefacio y el epílogo. Mal-

raux se ahonda en la comunión de los hombres, aspira (o aspiró) a la comunión cósmica y revolucionaria. ¿Olvidó la sangre que establece divergencias? Sea lo que fuere, Malraux siempre vibra en las contradicciones de su lucidez exploratoria, siempre culebrea entre filosofías vulnerables y mudadizas; su intimidad es el hombre-cristal, el hombre-espejo, siendo uno pese a las mil interferencias de la luz y de la sombra.

No puede abandonar los sueños y los instintos y las intuiciones, y este ensayo de Gallimard lo recuerda así (charla de Malraux con Nehru): «... nos dieux sont morts, et nos démons bien vivants. La culture ne peut évidemment pas remplacer les dieux, mais elle peut apporter l'héritage de la noblesse du monde». Bello lenguaje, prometedora incluso, y apto para todos: la herencia de la nobleza del mundo. El papel de la emoción se une al camino cultural de la sociedad. ¿El mundo?, Malraux nos dice que es «un misérable petit tas de secrets», y el hombre lo es por vía de consecuencia. La dignidad (y la libertad) consiste en plantear problemas, en la aptitud que se tiene para preguntar, para analizar. Lo esperanzado brilla siempre al fin y al cabo. Pero, en dolorosa observación, como desanimándose, Malraux expone una frase negra en sus *Antimémoires*: «Ici, je n'attends de retrouver que l'art, et la mort». No hay asimilación entre arte y muerte; se trata de dos verdades que él cree imperativas, solemnes. Lo religioso se vuelve materia metafísica. En *L'espoir*, Ximénès dice: «Dieu, lui, a le temps d'attendre». Presencia obsesiva de lo angustiado. Pero ¿por qué esperar? *Metamorfosis* aparente y digna de respeto. Es lo que observó François Mauriac, con observación de su *Journal*: «Malraux ne traite la religion avec dédain. Il hait, peut-être, mais il ne méprise pas».

La unidad metafísica de su obra, según F. E. Dorenlot, se confirma en la unidad literaria. Complejo panorama, ya que «Unité d'inspiration, unité de ton, unité structurale, unité thématique sont, en dernier ressort, accentuées par une certaine unité de langage». Creo que debiera insistir y plasmar su tajante y absoluta unidad de lenguaje. En Malraux se aplica lo proclamado por Buffon: el estilo es el hombre. En su unidad y en sus contradicciones.

JACINTO LUIS GUERENA

POESIA

DIEGO DE TORRES VILLARROEL: *Viaje a Santiago y otros romances en estilo aldeano*. Caja de Ahorros. Salamanca, 1971. 189 págs. Ø12,5x17Ø.

No cabe duda que entre los, a veces, olvidados escritores de nuestro siglo XVIII figura con digna propiedad, por su extensa y pintoresca obra que se confunde con su propia personalidad en hábil cabriola entre barroquismo rezagado y postulados neoclásicos (ciencias exactas, preocupación en la extensión cultural) Diego de Torres Villarroel. En la serie de ediciones modernas de clásicos que abundan en estos momentos, le ha llegado el turno a una breve—pero sabrosa—muestra de la poesía de Torres. Poesía en



gran parte satírica, que viene a ser mera prolongación de su obra en prosa; que tiene incluso—como dice Lázaro Carreter—ritmos renqueantes, carentes de la fragancia que

poseen los Góngora y Quevedo y que se encuentra reducida a datos—olvidados—de manual. Y con esta edición se nos brinda unos ejemplos de picaresca gracia y con un cierto perspectivismo—repetido en nuestra literatura—como método de censura y sátira en medio de buenas dotes para la descripción, que pueden salvarse de una negativa caracterización.

El volumen lo encabeza una introducción biobibliográfica de Torres por el profesor Alberto Navarro, hablándonos de un autor embargado en el obsesivo tema de la muerte, junto con el ataque a necios sabios y libros necios de su época, porque «tratándose de un poeta intelectual de análoga manera que en los también catedráticos de Salamanca, fray Luis de

León y Unamuno, el mundo poético de Torres será la condensación del mismo mundo de ideas y sentimientos que hallamos en su prosa y que alumnos y compañeros, amigos y enemigos, escucharían en incontenibles charlas en calles, aulas y salones». Subraya Alberto Navarro la doble influencia de Quevedo y Juan del Encina—otro salmantino—en la labor de Torres con sus dos vertientes—seria y jocosa: «en verso, pues, seguirá satirizando burlescamente entre guiños, carcajadas y piruetas las costumbres y tipos de su época, pero también dedicará más de doscientas octavas reales a cantar seriamente el esfuerzo bélico en el poema *Conquista del Reino de Nápoles*». Y en medio de todo ello un mérito—a lo Unamuno—, pues fue «uno de los que más eficazmente supieron desperezar muchas de las academias dormidas, no sólo con destempladas y paradójicas ingeniosidades, sino con adaptaciones y resúmenes de diversas obras más o menos actuales».

De «áspero, discordante y esperpéntico» califica Navarro el versificar de Torres. Y esto nos da pie a entrar en el contenido propiamente dicho del libro, de los distintos poemas agrupados en él.

Viaje a Santiago, poema que el editor compara con otro de análogo motivo del medieval Juan del Encina, notando más las diferencias que las semejanzas, procedente de distinta actitud vital que origina en Torres el tono de este «romance en tono pedorrero», como él mismo lo llama. En efecto, a lo largo de más de mil versos, sin referirse para nada al piadoso motivo de la peregrinación, se convierte el poema en un literario pretexto para dar cumplida cuenta, casi como «guía de viajeros», de las ciudades portuguesas, con su mal vestir y peor comer. No hay nota de paisaje, no hay resquicio de delicadeza lírica, sino que se limita a «caricaturizar hiperbólicamente la pobreza y suciedad de las posadas y gentes gallegas como crudo lenguaje». Así, de las instalaciones de una posada habla en una ocasión: «la cama era tan enferma, / que de enferma estaba en cama, / donde se echa a descansar / el que de ella se levanta» (pág. 49). O caracterización rápida de ciudades de este tipo: «Desde aquí pasé a Lamego, / ciudad, que se la apostara / aun a la bolsa de Judas / en lo angosta, y en lo larga» (pág. 57). Ejemplos de estas trazas son constantes.

Donde la sátira y humor de Torres llegan a darse en buena simbiosis es en el segundo romance, titulado *Carta escrita desde Cubo de D. Sancho a D. Beltrán de Herrera*, composición en donde en cierto momento confiesa su añoranza de la Corte.

El resto de composiciones están escritas en estilo aldeano, resaltando las peculiaridades fonéticas y morfológicas del campesino en un deseo de gracia y verismo aunque sin perder de vista su crítica social, con lo que nos deja a la vez «una valiente defensa de los injustamente tratados y olvidados campesinos españoles de su época». Dos de estos romances se pueden unir bajo el título común de *Relaciones hechas por un labriego que ha acudido a la ciudad—Salamanca—con motivo de faustas celebraciones*. El aldeano, en perspectiva casi caricaturesca, nos transmite notas del mejor costumbrismo del momento, con no poco de crítica social, basada en la antinomia campo/ciudad (es decir, vida de aldea / vida de corte), crítica que pasa a primer término en el *Razonamiento del Alcalde de Tejera, aldea de Salamanca, al Rey nuestro señor D. Fernando el Sexto*, en donde se pasa, con el gracejo del pintoresco lenguaje de los cam-

PABLO ANTONIO CUADRA: *El jaguar y la luna*. Ediciones Carlos Lohlé. (Cuadernos Latinoamericanos), Buenos Aires, 1971; 90 págs. Ø15,6×19,5Ø.

Cuadra es mejor conocido aquí que en América. Esa es una verdad. Por otra parte, poemas de este libro han aparecido con alteraciones graves en los países hispanoamericanos, y de ahí la razón de esta edición definitiva, la única autorizada por el autor, según se puede comprobar en la advertencia inicial.

Por ser hombre conocido, de obra estimada y que ha merecido estudios serios y meditados, como traducciones realizadas por grandes poetas e intérpretes del alma humana, cual Merton, parece ocioso hacer una referencia biográfica. Más bien creo oportuno decir que éste es para mí el mejor libro del poeta nicaragüense, la obra mejor concebida por el autor. Se pueden discutir algunos versos, hacer reparos a la técnica, estructura, como quiera llamarse, que le sirve de apoyo; mas la calidad del poeta se impone. Basten estas muestras: «la lluvia, la más antigua creatura / —anterior a las estrellas— dijo...» (página 11), para percatarnos de la verdad. Sin embargo, hay versos, como los de «Retrato de serpiente» (pág. 13), que yo considero puro malabarismo, y esto choca en un poeta capaz de levantar un himno a la Noche, en un mago que interpreta el Pasado. Las audacias tipográficas son eso. No creo, a estas horas, se pueda hablar de la «estrategia» de un gran poeta. Son concesiones.

Esto aparte, Cuadra logra un poema total, de interpretación, cuyo pretexto es la cerámica. Más que interpretación, adivinación, labor de magia, atributo del augur. Nos estremece cuando, dejando el fácil ejercicio con que asombrará tal vez al lector más ingenuo, penetra en la atmósfera de lo perdurable: «Preguntó la flor: ¿el perfume / acaso me sobrevivirá?» (pág. 23). Y, en el mismo poema: «Mas el hombre dijo: ¿por qué termino / y queda entre vosotros mi canto?»

En estos versos hallo extraño un parecido con los de Filoteo Samaniego, quizá porque los dos poetas recorren el pasado, se valen del arte mágico de la alfarería, de esa cerámica..., «el signo estaba escrito con la sangre del pueblo...» (pág. 17), que cito llanamente, rompiendo el orden de los versos, porque ni siquiera la prosa puede destruir el aliento del poema. He de decir, por tanto, que lo telúrico gravita en la poesía de Cuadra. La cerámica, es así, como un testimonio que debe ser interpretado. Exégeta de los sueños... adivinación perenne. Tal vez éste sea el signo del poeta, de este Cuadra en *El jaguar y la luna*, pues el nombre ya revela la intención agorante. Sin embargo, no se puede sostener que toda su poesía sea ancestral. El que viaja se contagia—reza el proverbio—; y así, advertimos la riqueza de sus conocimientos, la variedad de sus comparaciones; poesía que es asimilación de muchas culturas, para descifrar el sentido oculto de ese pasado que cautiva el cantor, al oficiante de la selva... ¿Se sintió por tal razón tentado Merton, a más de reconocer la inmensa calidad del texto? Me queda aún otra preocupación: ¿qué ata la poesía intuitiva, extraña, de Cuadra—si le damos el papel de intérprete de unos sueños...—con lo oriental y distante? Mucho se ha hablado al respecto... Entonces, es preferible que permanezca el secreto en su intacta belleza; además, en todo gran poeta, no hay sólo una interpretación válida, sino muchas. Muchos modos de llegar al corazón oculto del oficiante... Yo creo que la importancia de esta poesía no está únicamente en el pasado latente, en las raíces últimas de lo nativo, indígena, sino en la contemplación eterna, porque las interrogaciones, las dudas que quebrantan su espíritu, son motivos de siempre, es la inquietud del hombre en todas las épocas. Por eso, la grandeza del poeta: por escribir la profecía del pasado, por afirmar un futuro. El jaguar y la luna, visto así, es un poema de afirmación rotunda.

FTG

pesinos de la firme adhesión y alabanza al rey a la abierta acusación de males de la época, la injusticia que le rodea al campesino. Son ataques que—en opinión del profesor Navarro—«parecen apuntar también a la propia defensa del acusado y mordaz poeta». Entre los pocos estamentos que se salvan es el del sufrido soldado: «por fin, y por postre dai / más amparo, y más consuelo / al Soldado, que por Vos / se va a perder el pelejo» (pág. 143).

Tres villancicos de tema navideño (además de una glosa en estilo aldeano a una cuarteta), representables, cierran el presente volumen. Le sirven a Torres para asomarse hasta el campo y gentes charras para contemplar gustos aldeanos (*Los pastores, Las aldeanas y La gaita zamorana*) en una línea de poesía popular y autorreligiosa que recuerdan ciertos momentos del citado Encina, no exentos de cierta frescura y gracia a la hora de tratar las canciones y costumbres populares del campo charro.

Al recordar la literatura de Torres Villarroel en la encrucijada de nuestro siglo XVIII, este libro será una modesta, pero importante aportación.

G. TORRES NEBRERA

JAIME FERRÁN: *Memorial*. Institución «Fray Bernardino de Sahagún». León, 1971. 154 págs. Ø14×20Ø.

Un memorial amoroso es el que ofrece Jaime Ferrán en su último libro de poemas. La ausencia, el recuerdo, la nostalgia y el deseo son sus motivaciones. «Yo diría / que necesito hablarte con mis manos», escribe en un poema para dar la clave del nacimiento de sus versos. Para hablar en la distancia le queda el recurso de escribir, que es un diálogo siempre permisible al poeta. Canciones de amor para alcanzar el recuerdo son éstas.

Emplea Ferrán la desmembración del verso, como otras veces. Los endecasílabos o heptasílabos se dividen en varios versos; en algún caso cada verso no es más que una sola palabra, pero a pesar de ello el lector debe tener en cuenta las sinalefas, como en este endecasílabo espaciado: «La / nieve, / oscura / dalla / del invierno». La rima es asonante, pero el poeta no obedece tampoco los cánones clásicos y la maneja a voluntad.

Son muy frecuentes las comparaciones, diría que excesivas por reiterativas y usuales. Veamos sólo el

verso inicial de las dos primeras partes de *Memorial*, y hallaremos: «Tu ausencia es como un pájaro», «Como un jardín en sombras», «La ausencia es como una alta», «Como un vasto desierto», «Como una sombra envuelve», «Como un árbol», «Como frutos del árbol» y «La lluvia es como un árbol»; repito que se trata de los primeros versos únicamente, porque si no los ejemplos serían más abundantes.

Muy a menudo la amada a quien estos versos se dirigen es identificada con la naturaleza, y las comparaciones o referencias se hacen entre su cuerpo y los accidentes geográficos. Escritos los versos en Colombia, es lógico que aparezca una adjetivación colorista y brillante a menudo. Al margen, recordemos que el título de una de las partes en que se divide el poemario, «País de la esperanza», se lo había puesto yo Montesinos a un libro hace tiempo.

La palabra poética de Ferrán es cuidada, pero sencilla. Ciertos versos, con todo, resultan cacofónicos, tal «En que en el mar azul te habías sumergido», porque son cinco monosílabos—o cuatro, con sinalefa—y se repite la preposición.

Los dos poemas finales se leen

con mayor agrado; son, si se quiere, más barrocos y algo retóricos, pero su expresión es firme y no se limitan a cantar un instante quizá etéreo: el poeta describe la tierra con acopio de metáforas, colores y plantas, consiguiendo un cuadro impresionista.

ARTURO DEL VILLAR

JOSÉ LUIS NÚÑEZ: *Los motivos del tigre*. Adonais. Ediciones Rialp. Madrid, 1971. 74 págs. Ø12,5 x 18Ø.

La solapa del volumen dice que José Luis Núñez (Sevilla, 1943) tiene 17 libros inéditos. Esto permite hacerse una idea de su facilidad poética, demostrada en *Los motivos del tigre*; el poemario tenía otro título cuando se anunció que había obtenido uno de los tres accésits del último Adonais, pero se cambió por parecerse demasiado al de un libro de Antonio Carvajal. El nuevo título, con su inspiración rubeniana, está justificado en la solapa porque «lo que observa el poeta en la sociedad actual no es precisamente una atmósfera franciscana».

El primer poema, sin embargo, continúa titulándose «Un tigre en el jardín». Escrito en versos largos, versículos si se quiere, es a menudo reducible a ritmos cortos de siete y nueve sílabas. Pero esto no ocurre siempre, y es posible ampliar a todo el libro el mismo comentario, incluso en versos cortos. El poema «Vigilia de la astucia», por ejemplo, comienza con cinco endecasílabos acentuados en sexta; los dos siguientes, en cambio, llevan el acento dominante a la cuarta y séptima, lo que puede ser censurable por los puristas de la métrica, aunque permisible. Pero después llegan versos de diez sílabas, otros que pasan el acento a la quinta, etc. Es un defecto general del libro la ruptura del ritmo.

Característica común es el encajamiento, que suele dejar en versos distintos el sustantivo y el adjetivo, incluso en versos muy amplios: «Las manos de los hombres se aferraron, ayer, sobre la yerba / mínima». Predomina la acumulación barroca de palabras y conceptos: «Jardinero, ordenador de grillos, humedades, / se estira, duda ante el metal; disputa / al musgo fenicias cántaras, tímpanos de arcilla», por poner un pequeño ejemplo. Suelen encontrarse frases brevísimas, tal sustantivo y adjetivo entre dos puntos. Selvas, árboles, flores, animales crecen aquí.

Tanto la técnica como el lenguaje hacen pensar enseguida en Angel García López y en su obra *A flor de piel*, ganadora de un Adonais anterior. Anecdóticamente apunto que el último poema de los dos libros se titula «Himno final»; las coincidencias van más allá, con todo. Comparemos dos fragmentos: «Luego fueron / vigías ociosos, amañando duras / vigiliadas, amplios cinturones / de piel deshabitada, / Atávico safari / atravesando largas cordilleras de algas, / incólume esplendor, bosques de espuma, / en pos del ejemplar único, bello, / que les quitara el sueño, la alegría», dice Núñez; por su parte, García López escribe: «Ciudad desconocida. Mortal safari. Baúl / donde la infancia desecaba cadáveres, guedejas sucias, trapos, muertos recién nacidos / a tu tierra tan mísera. Bellas leproserías, lazaretos, cloacas, que inspiran llantos, citas, / amapolas que mueren». La semejanza se extiende a la forma, al lenguaje y al tono de los dos libros.

ISRAEL RODRÍGUEZ: *Poemas de Israel*. Las Américas Publishing Co. Nueva York Valencia, 1971. 71 págs. Ø14 x 21,5Ø.

Igual que nuestro Ros compuso su *Libro de Félix*, este Rodríguez—cubano, según deducimos de sus versos pues que ninguna nota bibliográfica acompaña al volumen—ha escrito sus *Poemas de Israel*, llegados ahora a nosotros en edición valenciana, que se anuncia como la tercera.

Vale el título. Porque Rodríguez

ha cantado lo que constituye su razón de ser—amor, religión, patria—y lo ha recogido en un solo ramillete, cuyos fuertes contrastes desconciertan un tanto al lector. En efecto, Rodríguez pasa de lo erótico a lo místico sin transición; y así, tras un poema como «Música debajo de la altura»—cuyo desbordado río de imágenes salva con dignidad lo arduo del tema—, podemos hallar un esbozo de la Anunciación, o una evocación de otros instantes marianos. Rodríguez escribe como a sacudidas, como a bor-

botones, pero cuidando, por lo general, el vehículo expresivo, no así la forma—ritmo, rima, medida—, que no parece preocuparle, y que acaba dejando al poema demasiado en el aire, confiado a la sola apoyatura verbal, al simple juego metafórico.

Rodríguez escribe a la sombra del *Cantar de los Cantares* y no vacila, para evitar dudas, en incorporar aquellos versos («Yo os conjuro / ¡Oh, hijas de Sion, / a que busquéis a mi amado») a los suyos propios, que, en ocasiones, se impregnan de su aroma, o bien discurren por cauces que los acercan al hacer de los poetas arábigoandaluces («La muchacha se suelta la cabellera / y la noche cae en los hombros de la tarde»). Hay delicadeza en sus maneras (véase, v. g., «Esa invasión de ángeles»), mas no rigor; y ello deriva en versos incomprensibles («ahora días, leía rezando») o poemas faltos de lo más elemental para alcanzar pesantez por sí mismos; como éste:

«Mi técnica es la tierra
La poesía es el aire
Soy un tonto junto al agua
El fuego es el aire.»

Estamos de acuerdo con el prologuista, Harold L. Boudreau, en que «ésta no es poesía de declaración ni de búsqueda, sino de deseo»; no lo estamos, en cambio, cuando afirma que «los valores formales de los versos de Israel impresionan»; ni cuando añade: «Perfectamente libres de forma, no reconocen necesidades arbitrarias. Nada de esclavitud a rima y cuenta silábica, mucha poesía de ritmo, sonido y léxico sumamente expresivos». ¿Qué entiende Boudreau por «necesidades arbitrarias»? ¿Qué poeta verdadero, dominador, considera rima y medida como «esclavitud»? Sonido y léxico expresivos pueden darse en Rodríguez; «mucho poesía de ritmo», no. Los valores de su verso no arrancan, precisamente, de lo formal. Sí de lo lírico intuitivo, desnudamente dicho, como sentido:

«Mirándose en tus ojos te amó
[tanto
que su cuerpo creció hacia ti].»

Por ahí es por donde acierta Israel Rodríguez, poeta que, pese a todo, sabe a dónde va: porque cree y espera.

CM

JOSÉ I. MORENO-OLMEDO: *Perifrasis de desencanto*. Colección Monográfica. Universidad de Granada, 1971. 55 págs. Ø14 x 21Ø.

Primer libro de un poeta de veintitrés años, estudiante de Filosofía y Letras de la Universidad granadina. Moreno-Olmedo, cordobés, ha obtenido un accésit al Premio García Lorca, que debe convocar y otorgar la Universidad mencionada; y, con el accésit, el derecho a la publicación de este cuaderno, desigual, mas prometedor. Unas palabras preliminares nos aclaran que *Perifrasis de desencanto* es, a partes iguales, la conjunción de una triple experiencia: poética, vital y estética. «Su autor—se dice—intenta la formulación de una ley de equilibrio plástico-visual. De ahí el carácter experimental del libro. Todo él constituye un encadenamiento de doble sentido con múltiples posibilidades». No vemos muy claro, conclusivo y releído el libro, lo de la ley y el encadenamiento; sí lo de su carácter experimental.

Moreno-Olmedo es un poeta cultivado. Agrupa sus poemas—la mayoría, innominados—en tres partes:

otros LIBROS

MIGUEL MARTINEZ-MENA: *Responsables*. Rema, ediciones. Alicante, 1971. 155 págs. Ø12 x 19Ø.

Curioso e interesante libro de Miguel Martínez-Mena, el primer escritor seglar que se viene ocupando del Concilio Ecuménico Vaticano II, titulado *Responsables y subtítulo «hombres, hilo y riesgo del Vaticano II», en el que se estudia a cada personaje conciliar.*

ESTEBAN CALLE ITURRINO: *Mis siete semidioses blancos*. La Editorial Vizcaína, S. A. Bilbao, 1971. Págs., sin número. Ø14 x 20Ø.

Esteban Calle Iturrino, académico correspondiente de las Reales Academias Españolas y de la Historia, rinde en este cuidado cuaderno, ofrenda lírica a los Papas León XIII, San Pío X, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y Paulo VI, bajo el título de *Mis siete semidioses blancos.*

CARLOS ALBERTO MONTANER: *El pensamiento de José Martí*. Col. Cuaderno. Plaza Mayor, Ediciones. Madrid, 1971. 21 págs. Ø13,5 x 21,5Ø.

Se recoge en este folleto la conferencia pronunciada por Carlos Alberto Montaner sobre El pensamiento de José Martí en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla y en el Centro Cubano de Madrid.

LEONIDES FRESNO: *Con Dios y contra los dioses*. Imp. Casado. León, 1971. 123 págs. Ø14 x 21Ø.

Una colección de poemas de Leónides Fresno se recogen en este volumen, todos ellos de tono inquisidor y religioso, como su título indica.

RAY POPE: *Fuga desesperada*. Editorial Molino. 172 págs. Ø14,5 x 21Ø.

Novela juvenil del inglés Ray Pope, en la que

clásicamente la aventura y la emoción es continuo aliciente de su argumento.

ERNST SAMHABER: *La economía, comprensible*. Plaza & Janés, Editores. Barcelona, 1971. 375 págs. Ø17 x 23,5Ø.

En este libro, Ernst Samhaber parte de los procesos económicos visibles; los explica, encasilla y relaciona e interpreta su mundo conceptual. A lo largo de catorce bien montados capítulos, conceptos fundamentales como Trabajo, Capital, Dinero y Consumo, adquieren una figura inteligible; Mercado y Bolsa se presentan con una fisonomía concreta; Crédito, Banca, Balance y Planning se liberan de la antipática y ya seca pintura que los recubre y se nos revelan como palpitantes medios auxiliares de nuestro vivir y quehacer cotidiano. Salpicado de anécdotas que lo vivifican, este libro lleva al profano a la comprensión de algunos hechos básicos de nuestra existencia.

H. G. WELLS: *Los primeros hombres en la Luna*. Col. Rotativa. Plaza & Janés, Editores. Barcelona, 1971. 186 págs. Ø11 x 18Ø.

En esta obra está patente que la confrontación entre la fantasía de Wells y la realidad actual es obvia. El hombre ha conquistado la Luna y conoce sus posibilidades, cuando menos a primera vista. Sin embargo, hallamos en la obra de H. G. Wells, autor de formación liberal y romántica imaginación, un encanto difícil de superar. Constituye un alarde de audacia en la época en que fue escrita. Tiene algo de las utopías sociales, que suscitaron en su momento violentas polémicas, y mucho de anticipación científica en un sentido que va más allá de lo estrictamente técnico, al poner de relieve las posibilidades de un universo relativo, asombroso e inconquistado.

«Signos», «Encendida región» y «Perifrasis de desencanto»; al frente de las dos últimos coloca versos de Góngora, de Spender, de Ev-tuchenko. Hay un homenaje a Vallejo. Se habla, en otro momento, de Withman. Su experimento soporta éstas y otras cargas. Por ejemplo, el «Poema irrepresentable de los amores de Señorita Caléndula con don Cigarrón», luce, claro, el sello lorquiano. Todo ello es lógico en un poeta que empieza: un poeta que maneja bien la palabra, que desdeña los puntos y las comas, que lleva por dentro—refrenados, pero

latentes—ritmo y rima (véase el poema que comienza «En este triste encanto»), que pasa de la meditación melancólica («Signos») a la anécdota («Poema del subway neoyorquino»), como del amor presente al ausente, con agilidad, con buen pulso, pero que cae, a veces, en ingenuidades tales como el poema que comienza «Te vas» dentro de «la encendida región del ardimiento» que Góngora nomina.

Creemos que Moreno-Olmedo va a superar estas formas, estas fórmulas, y va a desenvolverse dentro de unos cauces más tradicionales.

Eso parece anunciar, al menos, y pese a todo, su entrega inicial, «su cambiante anagrama».

«Sobre este azar
de ser siempre los mismos
hay que dejar que el tiempo
nos acerque sin prisas»,

escribe. Sin prisas, sí, pero irremediabilmente, el tiempo irá acercándose hacia sí mismo, favoreciendo su decisivo encuentro. Así, confiadamente, lo esperamos.

CM

esté, en principio, en ese trance exigible para escribir sobre Ortega. Digamos, además, que fue su discípulo y que penetró en el espíritu de Ortega con una finura muy sutil. Esta obra es un claro exponente de experiencias personales y de datos que encierran una fidelidad de interpretación muy rigurosa y de fuerte viveza.

La obra está escrita con una des-envoltura que agrada. Nos introduce en una biografía de Ortega, nos ofrece en paneles las líneas de su filosofía y, por último datos bio-bibliográficos. Todo está expresado sin forzar un ritmo lento y en síntesis muy claras. Es un libro destinado al gran público, y la claridad debe privar sobre todas las virtudes expositivas. Emiliano Aguado imita a Ortega en esa difícil peripécia intelectual de convertir la claridad en la cortesía del filósofo, sin perder la profundidad del contenido. La versión que presenta de ¿qué es filosofía?, la filosofía como tema del saber, la historia de la filosofía, la razón histórica, el hombre y la gente, la rebelión de las masas, la España invertida, son ejemplarmente aleccionadoras para aquel que se propone desentrañar temas complejos y hacer de ellos reflexiones al alcance del hombre de cultura media.

A mi juicio, lo mejor del libro debe buscarse en la parte biográfica, contenida en las primeras páginas. Las pinceladas que pergeñan su figura son lo suficientemente bien elegidas para que el perfil sea cabal. Existe, sobre todo, la defensa más limpia a favor del talante de filósofo que animaba el pensamiento de Ortega, que transfundía columna vertebral a sus ensayos. Me parece muy exacta esta apreciación: «Fue claro en la exposición de sus ideas y se preocupó de exponerlas para que fueran accesibles a todos los lectores. Tanto como la idea en sí misma, le preocupaba el modo de hacerla patente, y desde sus primeros escritos se advierte que el lector asiste al nacimiento y al desarrollo de la idea que se le ha propuesto.» Este Ortega, obsesionado por llegar a la sociedad española en pleno y sacudir su espíritu adormilado, es la garantía de una generosidad a toda prueba, finura de su espíritu bien templado y abierto al hombre de carne y hueso.

Los fines de las ediciones EPESA, en la colección de Grandes Escritores Contemporáneos, se han cumplido en esta obra. La figura de Ortega está al alcance de todos.

FRANCISCO VAZQUEZ

ANGELINA GATELL: *Neruda*. Colección Grandes Escritores Contemporáneos. Epesa, Madrid, 1971. 204 págs. Ø11×17,5Ø.

La poetisa Angelina Gatell, tan apasionada siempre en sus versos, se ha revelado ahora como prosista no menos apasionada. Y aunque sólo se trate de un libro de divulgación, y dentro de una colección de breves biografías signadas por ese carácter, ha volcado toda su pasión en contarnos la vida de Pablo Neruda. Anticipemos antes de seguir que no es ésta una biografía al uso, en la que se nos va narrando, paso a paso, la vida del poeta. Más que la anécdota, lo que a Angelina Gatell interesa es la categoría. Claro que, dadas las circunstancias de lejanía y desconocimiento personal del biografiado, cuya vida múltiple y compleja —y de tan oscuras zonas— sólo hubiera podido ser contada por él mismo o por un investigador minucioso e íntimo del poeta. Angelina Gatell no ha tenido otra opción. Y así, en el prólogo del libro, ella misma confiesa: «Yo he

examen de los textos y consideró los códices como meros objetos: la calidad del papel, el tamaño de las hojas, los sistemas de numeración, la caligrafía, etc., le proporcionaron los elementos precisos para un planteamiento semiológico y para llegar a la solución correcta del antiguo problema.

Nos hallamos, efectivamente, frente a dos comedias distintas, *La bienaventurada madre Teresa de Jesús, fundadora del Carmen*, impresa en Tortosa y conservada en un manuscrito, y la *Vida y muerte de Santa Teresa de Jesús*, con dos manuscritos. Los tres códices debieron de estar juntos por algún tiempo, acaso en el archivo de una compañía o en manos de cualquier librero de viejo; descosidos por el uso y el descuido, hubo de recomponerlos, y el encargado de hacerlo tuvo la torpeza o mala fortuna de trastocar los pliegos. De esta manera, el volumen que llegó a la Palatina quedó formado por el primer acto de la *Vida* de un ejemplar, segundo acto de *La Madre* y el tercero también de la *Vida*, pero con las hojas del otro ejemplar; el otro manuscrito de esta última comedia conservó los actos primero y segundo que le correspondían, pero se completó con el tercero del código anterior; por último, el ejemplar de *La Madre* retuvo sus actos primero y tercero, pero tenía intercalado el segundo acto del primer ejemplar de la *Vida*.

Hemos contado a grandes rasgos todo este proceso por lo que tiene de curioso y aleccionador y porque revela mejor que cualquier elogio los méritos de esta joven investigadora. Así, cuando restablecido el orden interno de los manuscritos, ha querido publicar el fruto de sus desvelos, nos parece justo en homenaje al Fénix y a la Santa, pero también al buen tino con que ha sabido cumplir la empresa.

En líneas generales, el comentario de la comedia y las notas con que ilustra la edición son discretos y apropiados, que, a menudo el gran despliegue de erudición tiene ribetes de vanidad y aquí no era necesario. De otra parte, un análisis diferente de la obra hubiera supuesto una larga tarea comparativa con las restantes comedias del mismo género, y no tenía sentido que fuera ésta, precisamente, la elegida para un estudio de ese tipo. Mucho menos, tras el esfuerzo realizado en la tarea de mayor empeño.

FCRM

EMILIANO AGUADO: *Ortega y Gasset*. Edic. EPESA. Madrid, 1970. 198 págs. Ø11×17Ø.

Concurren en Emiliano Aguado brillantes dotes de escritor con una sólida formación filosófica. De ahí que

Al publicar Menéndez Pelayo el tomo V de las *Obras* de Lope (1895), incluyó el texto de la que figuraba en las *Doce comedias*, pero se mantuvo indeciso en cuanto a la paternidad de la obra.

Paz y Melia catalogó en 1893 los fondos teatrales manuscritos de la Biblioteca Nacional madrileña, que había ya incorporado los procedentes de la casa de Osuna, y aclaró un tanto la situación: en el asiento 2140 registraba *La madre Teresa de Jesús, fundadora del Carmen*, identificada con la publicada en las *Doce comedias*, con el título mencionado en *El peregrino* y con la primera referencia de La Barrera. Páginas más adelante, con el número 3794 consignaba una *Vida y muerte de Santa Teresa de Jesús*. Este título enmendaba el que dio La Barrera del segundo manuscrito de Osuna, coincidiendo, por el contrario, con el del manuscrito parmenense descubierto por Restori. Añadía nuevos puntos concretos: *La Madre* y *Vida* eran dos comedias diferentes, como lo demostraban sus textos respectivos; además, en el manuscrito de la primera las hojas 6 a 10 de la jornada inicial eran autógrafas. La situación parecía definitivamente aclarada: dos comedias claramente diferenciadas y ambas de Lope, al parecer, si en efecto eran autógrafas estas hojas de *La Madre* y las del manuscrito parmenense de *Vida*.

Sin embargo, cuando los grandes especialistas Rennert y Castro, Fichter, Morley y Bruerton, quisieron profundizar en el conocimiento de estas obras, surgieron nuevas sorpresas: el texto manuscrito de *La Madre* difería, y mucho, de la versión impresa, en forma tal que no cabía pensar en la corrupción habitual de la transmisión manuscrita ni en arreglos para la representación; de otra parte, los dos códices de la *Vida* también presentaban notables diferencias entre sí; por último, largos pasajes de esta última comedia eran idénticos a otros de *La Madre*, conforme a la versión impresa. El conocimiento incompleto de todos los manuscritos no permitió a estos insignes lopistas llegar a una solución definitiva de aquel galimatías, por lo que tan sólo aportaron valiosas opiniones, buenos consejos y nuevas discrepancias sobre la condición de autógrafas en algunas páginas.

Tal era la situación de dificultades y contradicciones que hubo de afrontar la señorita Aragone, y procedió realmente con la paciente minuciosidad y la sistematización propia de un buen investigador. Examinó juntos los tres manuscritos y la lección impresa, pero el análisis de las respectivas versiones contradictorias no proporcionaba luz suficiente, y cambió el enfoque del problema; abandonó el



LOPE DE VEGA: *Vida y muerte de Santa Teresa de Jesús*. Comedia inédita. Introducción, edición e commento a cura di Elisa Aragone Terni. Casa Editrice D'Anna. Messina-Firenze, 1970. 156-(4) págs. Ø14,7×21Ø.

La señorita Elisa Aragone Terni nos ha ofrecido el texto inédito de una comedia de Lope de Vega sobre Santa Teresa de Jesús. Autor y tema ya eran de por sí atractivos, pero mucho más debió de serlo para ella el problema que la obra planteaba desde antiguo: un problema curiosamente cambiante, como todos los que se afrontan a medias sin llegar a una solución cumplida.

Desde 1604 las ediciones de *El peregrino en su patria*, de Lope, incluyeron una lista de sus comedias, que se aumentó con nuevos títulos a partir de la edición de 1618. Entre los añadidos figuraba *La madre Teresa de Jesús*. Luego, en 1638, Francisco Martorell imprimía en Tortosa *Doce comedias de varios autores*, atribuyendo a Luis Vélez de Guevara una intitulada *La bienaventurada madre Santa Teresa de Jesús*. Ya tenemos dos títulos semejantes y dos autores. Cuando Cayetano Alberto de la Barrera publicó el *Catálogo del teatro antiguo español* (1860) dio la noticia de un manuscrito no autógrafa guardado en la biblioteca del duque de Osuna. *La madre Teresa de Jesús*, que identificaba con la obra mencionada en *El peregrino* y con la publicada en Tortosa. Cuatro páginas más adelante comunicó la existencia en la misma biblioteca de otro manuscrito, *Santa Teresa de Jesús*, identificado asimismo con la comedia de la lista. En este punto el problema se presentaba con dos versiones manuscritas y una impresa, tres títulos distintos, aunque parecidos, y dos posibles autores. Treinta años más tarde, el ilustre investigador italiano Antonio Restori informaba de que en la Biblioteca Palatina de Parma existía un tercer manuscrito, *Vida y muerte de Santa Teresa de Jesús*, y en otro comentario apuntó la sospecha de que fuese autógrafa. Nuevo manuscrito y nuevo título.

intentado extraer a mi Pablo Neruda de sus propios versos, es decir, de su más íntima e inmediata circunstancia. Más que la anécdota, me ha interesado la relación que existe entre el hombre y el poeta, entre el poeta y el mundo.»

Siguiendo, pues, la trayectoria vital de Pablo Neruda a través de sus escritos—de sus propios versos, a los que, a veces, no era fácil interpretar sin la apoyatura de otras referencias—y con muy escaso bagaje de testimonios personales de amigos—sólo se citan conversaciones mantenidas con José María Souvirón, Vicente Aleixandre y algún otro—, Angelina Gatell ha compuesto una biografía que, pese a su carácter elemental y divulgatorio, se nos antoja hermosamente reveladora. «La versión que voy a dar de Pablo Neruda—dice la poetisa—tiene un carácter muy subjetivo. No entiendo que pueda ser de otro modo.» Subjetiva es, en efecto, la biografía contada. La escritora, su apasionado ideario y convicciones, su apasionado decir, destacan página tras página al hilo de lo que va narrando. Ella se conoce muy bien la obra del poeta. Y tan identificada está con esa cara de la moneda—¿habrá otras?—que Neruda nos ofrece en sus versos, que no parece que al escribir tan singular biografía haya salvado muchos obstáculos. Tal es la fluidez con que Angelina Gatell escribe «su» Pablo Neruda.

Tres son las épocas o etapas—las tres partes del relato biográfico—en que la escritora divide su trabajo, tres partes que ella considera fundamentales—o más fundamentales—para una mejor comprensión de obra y vida del poeta: la infancia y adolescencia en Temuco, los años de estudiante en Santiago de Chile y la época que comienza con su llegada a España y que concluye—ya fuera de España—con el final de la guerra civil. Es lástima que se detenga ahí, hurtándonos más de treinta años de biografía. Pero el propósito de Angelina Gatell cifrábase en perfilar y proyectar esas tres etapas, de las cuales será preciso partir, evidentemente, cuando se intente la verdadera biografía, la biografía cabal y totalizadora del gran poeta chileno. Ella misma lo reconoce y así lo proclama, aunque a nosotros nos hubiera complacido más—puesto que la lectura de este libro fue todo complacencia—que la biografía siguiera hasta nuestros días. La cronología que se incluye como uno de los apéndices del libro, muy bien detallada, por cierto, se alarga hasta 1962, con lo que se nos hurta también una década de la vida del poeta. ¿Por qué no citar igualmente los hechos más importantes de estos últimos diez años, que en un libro de divulgación como el que nos ocupa completaría y serviría de guía al profano y curioso lector? En torno a esas tres épocas o etapas, cuyos capítulos han sido titulados significativamente con versos del propio biografiado, Angelina Gatell escribe en otro de los apéndices un ensayo crítico que precisamente se rotula *Tres notas en torno a la poesía de Pablo Neruda*. Y pese a la brevedad del ensayo, en él se evidencia una vez más lo bien que la apasionada biógrafa se conoce la obra del genial poeta de *Canto general*.

Además de estos apéndices, el libro se enriquece con una antología en la que figuran tres poemas inéditos y los manifiestos poéticos que Neruda publicó en España, allá por 1935. Y también con una bibliografía de ediciones originales y otra muy incompleta, inevitablemente, sobre diversos aspectos de su vida y su obra. Todo ello—justo es reconocerlo—es de gran utilidad para el

conocimiento necesario de un Neruda al que por vez primera se biografía en España y en cuya tarea se ha volcado con talante y genio de buena prosista la hasta ahora poetisa Angelina Gatell.

JACINTO LOPEZ GORGE

JAIME DE LA FUENTE: *Papini*. EPE-SA. Madrid, 1970. 195 págs. Ø11 × 17Ø.

Jaime de la Fuente es uno de los jóvenes valores españoles que han realizado en la dedicación literaria y periodística una conjunción llamada a dar muy interesantes frutos en ambos campos. Nació hace treinta y tres años y es colaborador de revistas, diarios y agencias de prensa. Ha dedicado especial atención a temas sociales y a problemas relacionados con la juventud de nuestro tiempo. Por otro lado, ha escrito una biografía de García de Paredes, cuentos y narraciones cortas.

Ahora, con este Papini, que viene a poner una nueva cota de calidad en la ya famosa colección de Epe-sa sobre Grandes Escritores Contemporáneos, nos da la medida de las posibilidades de su pluma, salvando la confesada «involuntaria urgencia del estilo periodístico». No, no hay en el libro ninguna clase de urgencias. Lo que pudiera con-

fundirse con ella es un garbo y una viveza estilísticos que dan la movilidad precisa a la biografía. Porque la biografía si no tiene «acción», es decir, la inevitable acción que le da el calor y el amor del tratamiento del que la escribe, se convierte en una acumulación de datos y fechas que poco o nada tienen que ver con la creación literaria. Jaime de la Fuente se la ha dado. Coge a ese «sublime ogro» de la literatura universal que es Papini y le va dando a todos los avatares importantes de su vida un interés que convierten su existencia en una peripecia novelesca. Y ello sin faltar a la verdad. Poniendo en la verdad papiniana la identificación de la verdad guiada de la admiración del biógrafo.

Siguiendo el libro asistimos a los primeros momentos de la vida de Papini, al nacimiento de su vocación literaria, al encuentro con esa especie de enfermedad de la grandeza que siempre le caracterizó. De la Fuente ha visto muy bien el impacto que le produjo la primera guerra europea, las grandes convulsiones de la historia última, los lagos de paz y las volcánicas erupciones de su pensamiento. Muy bien situada y analizada está la publicación de las famosas «Stronature» de Papini, trabajos que admira, con buen juicio crítico, el autor del libro. Lo mismo ocurre con el cristia-

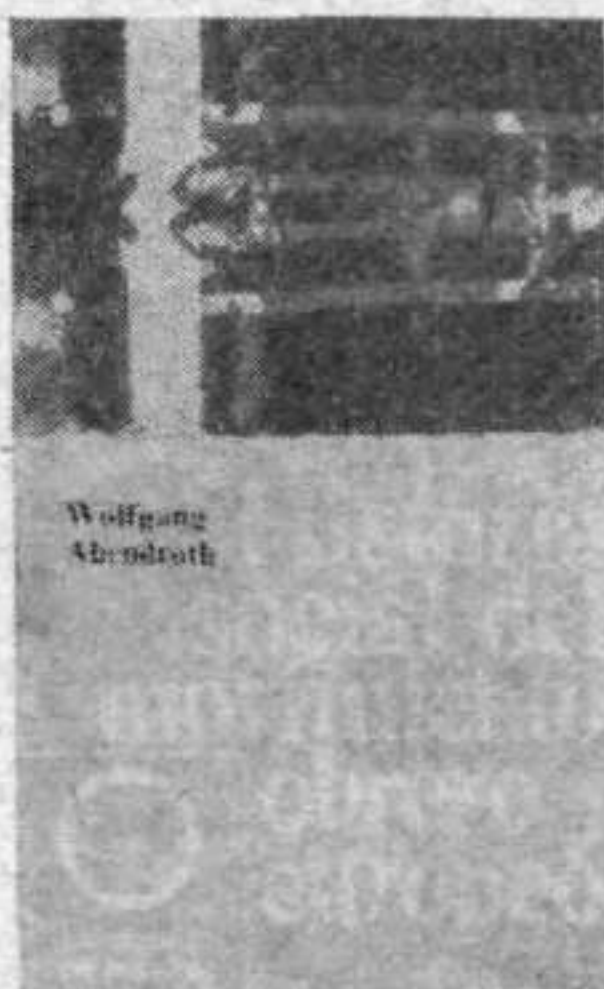
nismo papiniano, motivo de tantas y tantas polémicas y opiniones. Los dos apasionadas biografías de San Agustín y Dante, dos libros fundamentales, la primera en la búsqueda de la verdad por parte de Papini, y la segunda como una desmitificación del autor de La Divina Comedia son finalmente consideradas por De la Fuente.

La última parte del libro está referida a las confesiones del florentino, a la aparición de la ceguera, «un viejo enemigo que, poco a poco, va estrechando el cerco de las tinieblas en la vista del escritor», a las incidencias humanas y literarias que ésta lleva consigo, a la publicación del libro *El Diablo*, del que el mismo Papini escribió que estaba contento por haber lanzado una piedra en el inmovilismo espiritual e nuestro tiempo, a las relaciones de Papini con España; por fin, una breve incursión en el campo de sus actividades como filósofo pragmático y la superación de esta doctrina en un cristianismo a ultranza.

Como es característico en la colección, el libro recoge una cuidada antología del autor estudiado, una cronología de su vida y sendas bibliografías sobre Papini y la publicación de sus obras.

FP

SOCIOLOGIA



WOLFGANG ABENDROTH: *Historia social del movimiento obrero europeo*. Editorial Estela. Madrid, 1970. 184 págs. Ø18 × 11Ø.

El breve estudio del profesor Abendroth sobre el movimiento europeo constituye en términos generales una difícil y encomiable síntesis política acerca del tema. Sus consideraciones denotan en el autor más que un conocimiento metódico y crítico de fuentes históricas, unas dotes pedagógicas importantes. En ese sentido, con ánimo sereno y reposado, coloca las bases sobre lo que puede significar para el futuro el contradictorio proceso de la historia próxima. Europa, cuna y origen de las organizaciones obreras, crisol de las más importantes ideologías, es el límite geográfico en el que discurren los sucesos contemplados. El libro sólo alcanza hasta el año 1965 y por ello no aparecen cuestiones de palpante interés actual. Sin embargo, Abendroth consigue su objetivo de ofrecer una plataforma de conocimientos integrados que sirven para afrontar con ánimo abierto los más recientes acontecimientos.

El autor se muestra como un intelectual que asume el proceso histórico con espíritu abierto, a pesar de la obvia orientación general que como marxista ofrece. El texto, que

carece de anotaciones, es de muy fácil lectura. Como libro de bolsillo cumple con corrección su función informativa general, pero en ningún caso puede sustituir a las obras de precisa documentación y aparato crítico. El tono sugestivo del texto, la síntesis diáfana que realiza Abendroth, el sincero reconocimiento de los múltiples errores en que ha incurrido el movimiento obrero—y el marxista en particular—en su periplo histórico, son datos favorables a tener en cuenta. Es satisfactorio comprobar el «antiestalinismo» del autor y el rigor con que juzga el papel de la URSS en los críticos años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial. Sin embargo, no deja de resultar sorprendente que la crítica de los historiadores marxistas se ciñe demasiado en sus interpretaciones y con excesiva frecuencia que resulta muy sospechosa a la línea histórica que en esos momentos triunfa en los países del Este. Nos gustaría conocer cuál es la postura que el autor mantiene hoy sobre los últimos sucesos «estalinistas» y sobre su revalorización en la política de varios países comunistas. Creemos que la buena voluntad de Wolfgang Abendroth y el humanismo intelectual de su producción escrita no constituyen base suficiente para una rigurosa interpretación de la historia del movimiento europeo. No obstante, ello no destruye el valor iniciático que su libro posee.

LUIS GOMEZ DE ARANDA

NICOLÁS MARÍA LÓPEZ CALERA: *Hegel y los derechos humanos*. Colección Monográfica. Universidad de Granada, 1971. Ø14 × 24Ø.

Al pronto puede antojarse paradójico este título: ¿cómo hablar de los derechos humanos en la obra de Hegel? Sin embargo, no hay paradoja que valga; Hegel se ha pre-

ocupado de la libertad y de todos los derechos fundamentales de la persona humana. No en vano vivió en los años en que el liberalismo prometía hacer de la tierra un paraíso, como volvió a prometerlo el socialismo medio siglo después. Lo que pasa es que la opinión usual sobre la obra de Hegel se funda en dos cosas muy distintas: de una parte, en que Hegel no se avino con la dispersión individualista de la Revolución francesa, aunque la alabase porque destruyó el régimen antiguo en que sólo eran libres unos pocos y dio a los hombres el convencimiento de que todos son libres. De otra parte se funda en que, a diferencia del modo consuetudinario de pensar, que presupone un sujeto particular al que se le agrega un predicado universal, como cuando decimos: «este papel es blanco»; Hegel invierte los términos y dice: «la blancura es aquí este papel». Lo particular, lo concreto, lo que salta a la vista, se explica en Hegel después de dar un rodeo por las ideas, los conceptos. Y nunca aparecen tan claras las cosas tangibles como las ideas desde las que se quieren explicar. De ahí la figura de ese «Hegel reaccionario», que hoy resulta más avanzado que todos los pensadores individualistas de su tiempo.

El caso es que Hegel vio, de acuerdo con el proceso dialéctico de la historia, cuya armazón usó Carlos Marx después de haberle dejado sin contenido, que la libertad, alumbrada por el cristianismo al través de diecinueve siglos, fue una conquista evidente de la Revolución francesa: fue la antítesis de la esclavitud, en que el hombre se mueve como ser natural porque ignora que es libre, y la libertad no se tiene mientras se carece de la conciencia de que se es libre. Pero al conquistar la libertad se concibe solamente como independencia personal, como logro del individuo y Hegel vio—ahora lo hemos visto todos—que la libertad

Editora Nacional

le ofrece:

Pesetas

COLECCION «TIERRA, HISTORIA Y POLITICA»

Serie Historia

HISTORIA DE LA SEGUNDA REPUBLICA ESPAÑOLA, de Joaquín Arrarás	
Tomo I (4.ª edición)	450
Tomo II (2.ª edición)	450
Tomo III	350
Tomo IV	400
HISTORIA MILITAR DE LA GUERRA DE ESPAÑA, de Manuel Aznar (4.ª edición)	
Tomo I	500
Tomo II	450
Tomo III	450
HISTORIA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA, de Eduardo Comín Colomer (2.ª edición)	
Tomo I	350
Tomo II	350
Tomo III	350
HISTORIA DEL PERIODISMO ESPAÑOL, de Pedro G. Aparicio. Desde la «Gaceta de Madrid» (1661) hasta el destronamiento de Isabel II	
De la revolución de septiembre al desastre colonial. ESPAÑA, ESE ESFUERZO, de Waldo de Mier	350
	450
	300

Serie Tierra

COLOR DE MADRID, de E. Borrás Vidaola	150
VALLADOLID: TIERRAS DE PAN Y VINO, de Enrique Gavián	350

COLECCION «MUNDO CIENTIFICO»

Serie Jurídica

PRINCIPIOS DE TEORIA POLITICA, de Luis Sánchez Ageta (3.ª edición)	375
CURSO DE DERECHO NATURAL, de José Cortés Grau (4.ª edición)	300
ESTUDIO DE LA LEGISLACION HIPOTECARIA DE GUI-NEA (Su único procedimiento inmatriculador), de José Menéndez	250

Serie Turística

CURSO DE INICIACION JURIDICA, de Manuel Martín Fornoza	350
GEOGRAFIA TURISTICA DE ESPAÑA, de María Isabel García Campos	400
TEORIA Y TECNICA DEL TURISMO, de Luis Fernández Fúster (2.ª edición)	
Tomo I	350
Tomo II	400

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO ESPAÑOLES»

Serie Biografía

UN DRAMATURGO DEL SIGLO XVII: FRANCISCO DE LEIVA, de Julio Mathías (Premio Rivadeneira de la Real Academia)	100
RAMIRO LEDESMA RAMOS, de Tomás Borrás	300
JUAN PABLO FORNER, de Jesús Álvarez Gómez	300
LOS DIALOGOS DE JUAN MARAGALL, de Jaime Ferrán. AMADEO VIVES (Vida y obra), de Angel Sagardía	150
	100

COLECCION «ENSAYO»

CONVERSACIONES ACTUALES, de George Uscatescu.	150
--	-----

COLECCION «CRITICA DE LAS ARTES»

PICASSO, EN EL CINE TAMBIEN, de Carlos Fernández Cuenca	400
ESCENAS DE LA VIDA DE SHAKESPEARE, de Mihnea Gheorghiu	300

COLECCION «POESIA»

LA PAZ DEL ALMA, de Guillermo Fernández Shaw	100
EL SEMBRADOR DE TRISTEZAS, de Solimán Salom	50
DETRAS DE CADA NOCHE, de Acacia Uceta	60
POEMAS PARA NIÑOS DE CATORCE AÑOS, de Alfonso Camín	150
MOTIVOS PARA UN ANFITEATRO, de María de los Reyes Fuentes	75
REGRESO A LA HUMILDAD, de Francisco Salgueiro	90
CELDA VERDE, de Pureza Canelo	70

Pedidos en las principales librerías de España y en:

EDITORIA NACIONAL **LIBRERIA - EXPOSICION**
San Agustín, 5 **Avda. José Antonio, 51**
MADRID-14 **MADRID-13**

Apartado de Correos 14.830

del individuo aniquila el Estado y hace imposible la convivencia de la sociedad.

Sólo es libre el hombre en el Estado, que le ofrece una forma universal de vivir. Las tendencias particulares acaban en capricho o van a dar en el instinto y sólo el Estado ofrece al hombre su plenitud de ser universal, es decir, de ser racional. No somos libres en la selva, teniendo que guarecernos de las inclemencias del tiempo y protegernos a cada paso de las asechanzas del medio; no haríamos en esa forma de vida más que poner en juego todos nuestros resortes para ir viviendo, como el tigre, la serpiente y el pájaro. No habría arte, ni filosofía, ni religión en el sentido más alto de esta palabra.

El hombre necesita, pues, del Estado para vivir como hombre y el Estado necesita del hombre para desplegar su eticidad. En Oriente era libre sólo uno, en Grecia y Roma, algunos y en Occidente, todos. De consiguiente, el Estado necesita la libertad de los ciudadanos para cumplir su fin como necesita su crítica y su consejo. Los ciudadanos, precisamente porque son racionales, deben conocer lo que el Estado hace y se propone; tienen, pues, derecho a que se les informe en cada caso para que sus juicios sean razonables, fundados.

El librito de López Calera escrito con seriedad, con un conocimiento más que apropiado de la obra de Hegel, pasa revista, echando mano a menudo de textos escuetos de Hegel, en alemán, a los derechos humanos fundamentales, es decir, los derechos de la persona humana racional y dueña de sí misma. Son derechos universales, fundados en la naturaleza de la persona, que no tiene nada que ver con la naturaleza de los animales ni con la naturaleza de las masas. Si la libertad es la esencia de la razón en cuanto pertenece al hombre, ¿cómo no incluir entre los derechos humanos el del respeto a la conciencia religiosa, que es donde la libertad llega a su ápice sagrado? Lo mismo puede decirse del derecho de propiedad, que en Hegel cobra proporciones insólitas, porque entiende la propiedad, no como Marx y los sociólogos, en lo que tiene de valor, de significación social y de sentido utilitario, como hace el capitalismo, sino como expresión de lo que es cada uno y de cómo obra sobre el mundo. La propiedad no tiene en Hegel esa función social que se ha definido como riqueza en que tienen que participar los demás, sino función personal: cada cual se acomoda en el mundo valiéndose de su propiedad, manejando las cosas y labrándose de este modo su forma propia de vivir.

Ha sido este libro de López Calera muy oportuno en los días que corren, y, entre otras razones, porque, aparte su explicación breve y claro de lo que son en la obra de Hegel los derechos humanos, nos señala, aunque no lo explique, uno de los motivos que han hecho de Hegel un «filósofo reaccionario». Las revoluciones, tan de moda en los tiempos de Hegel como hoy, son utopías particulares que intentan rehacer el mundo porque se antoja que es malo o injusto. Como la historia tiene su proceso inalterable y la razón se despliega obedeciendo a sus leyes intrínsecas, esas revoluciones no cambian sino la superficie de las cosas, dejando a los hombres sujetos al ritmo de la historia. Como no cambia más que la superficie de las cosas, el espectáculo que se descubre entre lo que los hombres son y lo que creen ser despierta cansancio y desánimo, y como el capricho y el enjambre de las voluntades particulares no se aviene bien con las condiciones impues-

tas por el curso de la vida, se cae siempre en un estadio regresivo en que es preciso mantener el orden, como en la selva o en el seno de la horda. Y los hombres pierden sus derechos, porque dejan de creer en ellos.

EMILIANO AGUADO

PSICOANALISIS Y SOCIEDAD: APUNTES DE FREUDO-MARXISMO

Ramón García
 Contribución al estudio de Wilhelm Reich
 a) Breve itinerario cronológico-biográfico
 b) Bibliografía

Cuadernos ANAGRAMA

RAMÓN GARCÍA: *Contribución al estudio de Wilhelm Reich*. Editorial Anagrama. Barcelona, 1971. 90 págs. Ø10,3 x 17,5Ø.

Ensayo al que su autor no quiere conceptualizar de introducción a la obra de Reich, lo cual deja pendiente para futuros ensayos y, sin embargo, puede afirmarse que este breve estudio de Ramón García representa una clara exposición del verdadero Wilhelm Reich, pues lo que más ha dificultado hasta ahora el conocimiento de las auténticas teorías de Reich ha sido el cúmulo de torcidas interpretaciones a través de las cuales ha llegado, a veces, a pretenderse conocer. Con exageración o con ironía se ha envuelto en ocasiones lo que hay que sustancial o de labor investigadora y sincera aportación a la Psicología en la obra de Wilhelm Reich. No obstante, nadie pondrá en duda que existen ya numerosos estudios internacionales de gran valor sobre Reich; de ellos no olvida dejar aquí exacta referencia Ramón García. La valentía de Reich al separarse de Freud y sus seguidores, a pesar de haber comenzado su carrera de psicoanalista en la escuela freudiana, así como su oposición al partido comunista alemán a pesar de su defensa del movimiento obrero, su expulsión de la Asociación Psicoanalítica, su condena en Estados Unidos después de haber dado clases en la New School for Social Research de Nueva York; todo un trágico conjunto de involucraciones y persecuciones por unos y otros que envolvieron a Reich y lo anularon, hasta que el verdadero conocimiento de sus aportaciones a la Psicología, aparte de sus alucinados ensayos sobre la energía orgánica, comenzaron a ponerse en claro y a pensar en lo que podía recogerse como útil de las teorías y trabajos de Reich. Por eso estas notas biográficas que presenta ahora Ramón García resultan interesantes y su presentación esquemática facilita la rápida comprensión de lo más importante de la trayectoria vivida por Reich y lo más fundamental de la temática de sus obras, expuesto todo de manera muy sintética y acertada.

LB

C. CUENOT, F. G. ELLIOT, R. GAUDY, A. O. DYSON, P. G. FOTHERGILL, V. SPROXTON, B. TOWERS: *Evolución, marxismo y cristianismo*. Editores Plaza & Janés. Barcelona, 1970. 156 págs. Ø10 x 17,7Ø.

El estudio sobre la tesis de Teilhard de Chardin que presenta este libro, cumple con fidelidad una labor de síntesis y clarificación, respecto a la influencia de Teilhard en el pensamiento moderno, y el posible diá-

logo constructivo entre marxistas y cristianos; esquema de una síntesis integradora del Evangelio cristiano y la conciencia evolutiva del hombre actual, con vistas a la unificación y evolución del pensamiento y la sociedad como sistema abierto, sin dogmatismos, ni prejuicios o rigidez de pensamiento que el propio Teilhard de Chardin hubiera desautorizado. La base de la posibilidad de diálogo entre el pensamiento cristiano y el marxista, se halla aquí en la idea de evolución, es decir, la fe de Teilhard en el progreso humano y la corriente de pensamiento en los pensadores marxistas para mirar hacia el futuro, y confiar también en el progreso del hombre.

El libro comenta y aclara, a través de sus siete capítulos, los puntos de vista de Teilhard respecto al origen de la vida, la perspectiva del mundo, la cuestión de la ortogénesis, tan debatida en la correcta interpretación de como la entendía Teilhard; la embriología humana y la ley de la complejidad-conciencia; la contribución de Teilhard al diálogo entre cristianos y marxistas, deducible a través del sentido de la vida y de la Historia en Marx y en Teilhard; marxismo y evolución ante la personalidad de Cristo, en cuyos planteamientos recogen los autores de este libro las grandes repercusiones de la hipótesis evolucionista de Teilhard de Chardin en la Teología, al respetar la Joie de vivre tan humana, la autonomía de la ciencia, el impulso de investigación, la aspiración a unificar y socializar al hombre, así como, fundamentalmente, la existencia de un auténtico futuro requerido lógicamente por una evolución que todavía está incompleta.

Las seis aportaciones recogidas en este libro, evidencian la preparación de sus respectivos autores en los más afortunados temas sobre interpretación de las teorías de Teilhard de Chardin.

LB

HENRI PRAT: *La metamorfosis explosiva de la humanidad*. Editorial Plaza & Janés, Barcelona, 1971. 253 págs. Ø15,7x17,4Ø.

El prefacio que hace a esta obra André de Cayeux, resulta ameno y superficial sobre cuestiones que ya han sido harto divulgadas, como el dilema de si el curso de la Historia es cíclico o lineal. Claro es que tampoco la obra va a pretender aportar nada nuevo al conocimiento científico, pero en cambio realiza una elogiada llamada a la cordura en cuanto a la terrible amenaza de una guerra atómica y al derrotero, con posibilidades un tanto peligrosas, que ha iniciado la evolución de la Humanidad. Que emplee un lenguaje algo espectacular a veces, no es obstáculo para destacar aquí los buenos propósitos del autor y su contribución a divulgar conocimientos generales sobre evolución y perspectivas históricas de cara al futuro, en una curiosa trabazón no exenta de originalidad, donde se aprecia indudablemente el fondo constructivo que persigue al señalar la serie de amenazas que se perfilan acuciantemente para el hombre, no sólo ya la tan comentada y trágica amenaza atómica, sino la rotura del equilibrio biológico, el abusivo incremento envolvente del maquinismo, la multiplicación del papeleo administrativo en los países, la galopante demografía, la expansión inquietante de los complejos humanos, y una serie de anotaciones, advertencias y deseos de mejoramiento de los derroteros actuales, en cuyo afán merece el autor la gratitud de todos.

LB

HISTORIA

PEDRO LAIN ENTRALGO, Y OTROS: *Estudios sobre la obra de Américo Castro*. Taurus. Madrid, 1971. 446 páginas, e índice, Ø13,5x21,3Ø.

Es un gozoso privilegio alcanzar una edad en el magisterio, tan cimera, como los ochenta años. Si tan alta cota halla a su protagonista fuera de España, no se sabe que valorar más: si el profundo impacto y duradera huella que la noble impronta de su tarea supo dejar, o si sea, precisamente, desde la misma entraña de su propia tierra, de donde haya surgido este libro que es, sin duda, un recuerdo emocionado y de vigencia presente y prometedora sobre el significado de su empresa intelectual, en el largo y fecundo empeño docente —con la palabra y con la pluma—, haya sido ante alumnos de su misma nacionalidad, o en aulas foráneas —Madrid, Princeton, y La Jolla, cual escenarios universitarios— y que tan sincero e intencionado tributo haya sido pensado y animado por quien con entusiasta espíritu universitario hispano, Pedro Laín, fuera un día, rector de la Universidad madrileña. La fecunda y brillante labor publicitaria, en ésta o en la otra linde atlántica, ha tenido siempre notas salientes de gran precisión y cordura, ahíta de interpretaciones, sugerencias y valoraciones, que nunca han carecido de profundidad, aunque a veces hayan sorprendido por su atrevimiento, y como tales, comporten antes y ahora mismo, gérmenes de polémica y razonada discrepancia que a todos ayudan en la tremenda y sugestiva labor de encontrar una explicación —no aséptica, ni desapasionada—, al significado propio y original del devenir de «lo español», afinadas sus agudas razones justificativas en un pasado que a veces es discutido y aun contradicho por quienes, razonablemente aferrados a tesis derivadas de las «pruebas de fuego» de ciertas aseveraciones documentales, se han resistido y se resisten a esa admirable y porfiada tarea del profesor Castro, ejemplo estupendo, no de pasiones interpretativas «monocordes» o intangibles —pues siempre se halla propicio a «calafatear», en nuevas ediciones «muy corregidas y aumentadas», lo que su fecundo ingenio sacó a la luz, años antes—. «Taurus», que se ha distinguido en los últimos años por alumbrar algunas de sus obras cumbres, nos dispensa ahora el auténtico regalo de esta densa y valiosa antología de juicios sobre su empresa intelectual, que aparte del positivo homenaje que representa hacia una vida que semeja ciertamente una «continuidad no interrumpida de activa conciencia inexorablemente solidaria consigo misma», nos creemos seguros que avivará en muchos —nuevas generaciones y viejos cultivadores de la crítica literario-histórica—, deseos de reconsideración y prurito de conocimientos, hondos y meditados, de una obra —en su conjunto y en algunos de sus atisbos— que invita sobremanera a nuevas exploraciones y reflexiones que a veces puedan socavar cimientos arraigados de modos de concebir, y despertarnos a problemas «conflictivos», con afán de hallar seguridades y «paces de espíritu», siempre añoradas y apetecidas. Y que conste, desde la real insignificancia de nuestra pobre Nota, que gustaríamos mejor del neologismo «invivencia», para sustituir a su ya casi consagrado —y muy expresivo de contenido— «vividura». Y perdón, por el atrevimiento. El cortejo de firmas y comentarios que medulan este oportuno texto de «Taurus», no necesita encomienda alguna.

NAVARRO LATORRE

ALAN LLOYD: *España a través de los siglos*. Plaza & Janés, Barcelona, 1970. 384 págs. Ø17x23,5Ø.

En esta bien presentada «Biblioteca de ampliación cultural» que la editora catalana Plaza & Janés ofre-

ce periódicamente, el volumen que glosamos corresponde a esas síntesis históricas en las que se pretende proporcionar al lector resúmenes apretados de la vida de los pueblos. En el caso que nos ocupa, un autor británico —Alan Lloyd—

ha estrujado el panorama de que trata en un texto que no pretende ser una «clásica» Historia de España, pero que aborda un relato, diríamos, macizo y, en cierta manera, «literaturizado» de sus principales acontecimientos. Divide su densa narración en tres partes, culminadas con un «epílogo» (glosa de tiempos recientes), unas «notas» (acerca de las más importantes «fuentes» de sus doce capítulos) y una «bibliografía» destinada a orientar al público —inglés sobremanera— que se proponga ampliaciones movidas por una curiosidad más o menos parcial. No es, por tanto un «libro para especialistas», a lo largo de su extenso contexto no figuran salpicaduras «eruditas» o «notas de pie de página», pero la misma distribución y titulación de sus tres partes, de sus doce capítulos y sus narraciones y repertorios informativos muestran que se trata de una obra bastante original elaborada después de amplia y honesta consulta de manantiales cualificados. Tampoco pretende una reconstrucción de las mutuas relaciones que a lo largo de los siglos han matizado los contactos hispanobritánicos, pues si bien se extiende con profusión en trances tales como «la Invencible» o «la Guerra de Sucesión», por ejemplo, prescindiendo de otro lado de tratar episodios tales como la venida a España en 1623 del príncipe de Gales, Carlos Estuardo (futuro y desafortunado Carlos I de Inglaterra) o de la eficiente labor del embajador Keene en el reinado de Fernando VI. Dedicada, en cambio, amplios comentarios a trozos de la historia hispanoamericana, nada menos, pongamos por caso, que de la página 136 a la 151, para la descripción de la



conquista de la Nueva España y, como indicábamos, sin afrontar la totalidad de nuestros pretérito artístico-literario, sus semblanzas y biografías de Cervantes, Velázquez y Goya, por ejemplo; muestra un decidido afán por satisfacer las interrogantes más acusadas sobre tal clase de temas en el «gran público» de las islas. No carece de omisiones notorias, del uso de algunos tópicos ya arrumbados por la crítica exigente, pero es cierto que la trabajada traducción que Enrique de Juan ha hecho para este texto divulgador —sólo en el capítulo segundo, *De las cuevas a los castillos*, sintetiza catorce siglos de pasado «español», superando en tal concepto a la conocida tesis del profesor Américo Castro de que sólo es genuinamente hispano cuanto viene tras los visigodos—, útil asimismo para el escritor de nuestros días, pues subraya (página 158) que también la narrativa realista, natural, española es «su natural elemento», así como otros varios y afilados conceptos sobre nuestro pasado histórico que igualmente resultan dignos de reflexión para lectores especializados.

NL

ANDREW TOMAS: *Los secretos de la Atlántida*. Plaza & Janés, S. A. Barcelona, 1971. 247 págs. Ø15 × 22Ø. Con bibliografía. Ed. ilustrada.

Si consideramos la leyenda, el mito y el folklore, como una suerte de memorias colectivas, más o menos adulteradas—con un desfiguramiento del pasado humano, erosionado por la modificadora acción del tiempo—, confirmaremos las líneas iniciales de este libro, bien presentado, cuya traducción del inglés por Adolfo Martín, encerraba el título, tal vez todavía más sugestivo e inquietante, del Tesoro de la Esfinge, al hablarnos de esa «huidiza frontera que separa la historia de la fantasía». Pero parece innegable que en esta época, tan urgida por estímulos de «imaginación» en las creaciones o conceptos elaborados por los hombres, no se conciba «únicamente», la llamada «ciencia-ficción» por audaces progresos del despliegue altamente tecnificado de nuestra era, sino que asimismo se recojan pretéritas imágenes de la Antigüedad para tratar de desentrañar en ellas antecipos o premoniciones de hechos actuales que sorprenden y admiran a la generalidad de los contempladores coetáneos. Ante la aparente evidencia de la «aceleración de la Historia», algunos no renuncian a lo que en términos filosóficos, asentaba el añorado Eugenio d'Ors, al decir «que todo lo que no es tradición, es plagio», o cual Alexis Carrel sentenciaba—en pensamiento muy digno de que el avance actual del progreso medite sobre su significado—, «las abstracciones físicas y matemáticas nos han llevado a un país que no es el nuestro», esto es, a formular adivinaciones de futuro, más acordes con las marcas de nuestro engreimiento presente que con la evocación y análisis de épocas muy remotas que el gran poema del insigne poeta catalán Jacinto Verdaguer—precisamente de título semejante al de esta obra tan reciente que Plaza y Janés presenta a los lectores de lengua «castellana»—evocaba así: «el mar que nos sepulta, con áspero y bronco lenguaje, difundirá por los siglos la gloria de los Atlantes, los que a Egipto dejamos el magisterio del nombre, pues antes de que Grecia naciera ya

eramos nosotros gigantes», estrofas sublimadas, también con las mismas rúbricas del perdido continente que se supone anegado por el océano homónimo, del inmortal músico gaditano, Manuel de Falla. Es cierto que Tomas sostiene en el volumen que comentamos, junto a su proclividad por los grandes misterios de este mundo, una cierta predilección por las huellas evidentes que en materia de Astronáutica, han dejado tantas oscuras apelaciones a hechos mitológicos o sepultados en la hondura del antecedente de no pocos pueblos primitivos en los que se perciben rastros de que «los mitos se tornan verdad» y en los que una legión de sabios soviéticos—de su acreditada Academia de Ciencias, principalmente—, otean y ofatean narraciones tan remotas, para tratar de descubrir en ellas no la belleza imaginativa o legendaria con la que Aristóteles definió el mito de la «Atlántida», al que aludía Platón en sus *Timeo* y *Critias*, sino la inspiración que confesaba al mismo autor de este libro la persona—tan notoria en estas horas de «ingenios del espacio»—, profesor Hermann Oberth, cuando le declaraba que la lectura de *De la Tierra a la Luna*, del clarividente anticipador Julio Verne, le indujo a convertir una novela en fórmulas de cohetes. Y es que permanece para el escritor y novelista que quiere enfrentarse con el futuro o desvelar las incógnitas encerradas en no pocos enigmas o alusiones del pasado, lo que afirmaba el diario galo «Combat», cuando comentaba una obra, bastante paralela a la presente de Andrew Tomas, *La Atlántida. Historia y Leyenda*, de Denis Saurat, al aseverar que «la Biblia, las mitologías e incluso las teosofías son (para las imaginaciones fértiles), otros tantos testimonios». Diáfano desafío a escritores y narradores de semejante jaez, a los que LA ESTAFETA aconseja bucear con ojos abiertos, que no escépticos o «suficientes» en tradiciones, mitos o leyendas que quizá atesoren hechos erosionados por el implacable transcurso de los días, o por la capacidad creadora de sus narradores, o avisos y alertas genialmente anunciadores de posibles realidades venideras.

NL

tiene el suyo, por la sencilla razón de que se propone conocer ciertas cosas para que ese conocimiento desempeñe ésta o la otra función en su existencia. Un conocimiento puro, sin referencia a nuestra vida, sería una especie de rompecabezas infantil.

Merleau-Ponty está dentro de la fenomenología como cada uno de los que han partido de la obra de Husserl; ni más ni menos. Lo está de distinta manera que Heidegger, porque, aparte sus disposiciones personales incomparables, cuenta con otra tradición, la francesa, con otros clásicos, con otros maestros y, nada menos, que con otro idioma, es decir, con otra ventana para asomarse a sí mismo y al mundo y con otros gestos y otros silencios para decir lo que ve y lo que adivina. Merleau-Ponty parte de la actitud fenomenológica y aborda los grandes temas que son en cierta medida algo así como los supuestos de sus obras más importantes.

El trabajo de Joaquín Yagüe se ha reducido al «Avant Propos de phenomenologie de la perception» y a la «Phenomenologie de la perception». Desde el comienzo se echa de ver que Yagüe se ha entregado al tema con verdadera probidad y con verdadera dedicación. Las abundantes notas de su libro revelan desde el comienzo que ha perfilado puntualmente todos los pasajes significativos y que los ha cotejado minuciosamente. Luego se echa de ver también, leyendo sus explicaciones, que Yagüe no es mero exegeta; sigue el pensamiento de Merleau-Ponty, pero lo sigue desde su propio pensamiento. Lo que hace en las páginas de este libro es darnos con toda claridad las ideas de Merleau-Ponty destacándolas del conjunto de la obra del gran pensador francés o buscándolas al través de explicaciones para que las encontremos más claras y más precisas que en el contexto de la obra de Merleau-Ponty. El empeño que delata este libro desde el comienzo, la índole del tema y la naturaleza del pensamiento de Merleau-Ponty nos advierten en seguida que Yagüe ha llevado a cabo una obra en que se resumen muchos estudios, muchas preocupaciones filosóficas y muchas ansias de claridad sobre estas materias, que, a diferencia de las que trataba la filosofía, no pueden serle ajenas a ningún hombre, aunque jamás haya pensado ni en sí mismo ni en lo que le rodea.

Joaquín Yagüe aborda las distintas materias tratadas por Merleau-Ponty con claridad, sin recargar nunca las tintas ni dejarse llevar de un apasionamiento dialéctico, frecuente en los que exponen la obra de un gran autor. En su libro encontramos los temas que podríamos llamar clásicos de la fenomenología junto con otros temas que ha proporcionado su desarrollo más o menos consecuente en cada pueblo, según su tradición y sus maneras de vivir. El proceso de la fenomenología, desde las *Investigaciones lógicas* de Husserl, hasta ahora, es, dicho en dos palabras y con el riesgo que este modo de hablar comporta siempre, un despegue de la actitud científica y un acercamiento cada vez más resuelto a una actitud que podríamos llamar artística, poética o religiosa. Quizá el último pensador de la fenomenología haya sido Martin Heidegger, impulsado ya mucho más que Husserl hacia los dominios del arte. Un pensador más artista aún fue Max Scheler, y lo que después se ha hecho, tomando como ejemplo a Jean-Paul Sartre, es claro. El filósofo, que parte de nuestro tiempo y de nuestra situación histórica, quiere ser un artista que adivina rincones del alma y del mundo, como lo fue Goethe, sin ir más lejos. Y en ese

empeño vivió siempre Merleau-Ponty hasta su muerte. El libro de Joaquín Yagüe nos proporciona a modo de una introducción a una idea humanista del mundo y del hombre basada en los más estrictos procedimientos filosóficos y en la necesidad de ver clara la figura que nuestra sombra arroja sobre el mundo. El lector de este libro tiene siempre el convencimiento de que, sean los temas los que sean, está siempre él mismo en cuestión. Aunque Merleau-Ponty fue profesor de filosofía, sus libros no son nunca obra de profesor; son a manera de diarios en que el pensamiento abstracto es, a veces, el vehículo más seguro para arribar al meollo de la existencia, que, para nosotros, es la realidad radical.

EA

BERTRAND RUSSELL: *Los problemas de la filosofía*. Editorial Labor. Barcelona, 1971. 134 págs. Ø13 × 20Ø.

El título de este libro pone en antecedentes al buen aficionado tanto por lo menos como el nombre de su autor. Los que gustan de estos temas filosóficos saben muy bien lo que pueden esperar de una obra de Bertrand Russell que se titula *Los problemas de la filosofía*. El autor es de sobra conocido, entre nosotros y entre todos los que leen libros o revistas; y, además, este librito se publicó ya en España hace la friolera de cuarenta y tres años, dieciséis después de haber visto la luz en Inglaterra. Y es una desgracia, pero desde 1912 acá han pasado para los temas filosóficos como unos cinco o seis siglos. Ni son los temas de hoy, ni es de hoy la manera que entonces se tenía de tratarlos, ni el temple de ánimo del filósofo ni sus preocupaciones. Nada. Porque los temas filosóficos tienen su historia y la historia no se refiere únicamente al ropaje con que se nos presentan, sino a su propio contenido: cada época tiene sus temas y cuando acude a estudiar alguno de otra época lo hace como cuando se refiere a algún lance histórico.

Bertrand Russell se acerca a los temas como un buen empirista y los enjuicia como pudiera hacerlo un hombre muy inteligente que se atuviese a las cosas más que a la historia de las ideas que se han hecho sobre las cosas. Por eso estos problemas de la filosofía, los más de ellos sin solución posible, suponen unos ejercicios de la mente sobre algunos de los temas de la filosofía; son temas que están en relación con la lógica y, en general, con las ciencias, aunque, naturalmente, tratados de manera muy distinta del tratamiento científico. De una manera general, podría decirse que los temas elegidos por Bertrand Russell no son los que hubiese elegido hoy ningún filósofo y que, de verdad, pertenecen a ciertas preocupaciones históricas de la filosofía empirista. Cuando Bertrand Russell escribió su libro, escribían sus libros Edmundo Husserl y Henri Bergson, sin ir más lejos. La manera de filosofar de Bertrand Russell se iba quedando ya en la cuneta, es decir, en un ejercicio del pensamiento que se acercaba más al sentido común y a la ciencia que a esa clase nueva ya entonces de filosofía que estaba más cerca del arte y de la religión que de la ciencia y que, lográndolo o sin lograrlo, aspiraba a la metafísica. Una lista de los temas que aborda dará al lector idea de lo que decimos: Apariencia y realidad. La existencia de la materia. La naturaleza de la materia. El idealismo. Conocimiento directo y conocimiento por referencia. La inducción. Nuestro conoci-

FILOSOFIA

JOAQUÍN YAGÜE: *M. Merleau-Ponty y la fenomenología*. Librería Editorial Agustinus. Madrid, 1971. 155 págs. Ø17 × 24Ø.

Da gusto enfrascarse unas horas en estos temas de la fenomenología, que Merleau-Ponty rehace y renueva dentro de la más pura tradición filosófica. Parece que las ideas de Husserl, las de la tercera época, es decir, las de las *Meditaciones cartesianas*, vuelven a cobrar originalidad y, sin perder el encanto que produjeron entre los pensadores cuando el profesor alemán publicó sus conferencias de la Sorbona, adquieren otro encanto difícil de explicar, aunque podría definirse como la renovación, de acuerdo con las demandas de los años que vivimos, de una actividad científica—yo preferiría llamarla humanística—que condujo al pensamiento europeo, sobre todo desde la primera gran guerra, al tema del hombre y del mundo. Desde la aparición de la fenomenología era imposible seguir con los hábitos tradicionales ni siquiera con los hábitos tradicionales de pensar y de sentir la vida en que nos movemos y somos. Es

una delicia volver a estos temas una vez más, porque nunca los consideramos agotados por muchos libros que sobre ellos hayamos leído desde las *Meditaciones cartesianas*, de Husserl.

Se acrece esta delicia con las ideas de Merleau-Ponty, que parte de la fenomenología, como Scheler, como Heidegger, como Sartre y como tantos otros, para pensar de acuerdo con sus hallazgos sobre lo que somos y lo que encontramos para ser a nuestro alrededor. Y como la fenomenología no se parece ni de cerca ni de lejos a ninguna escolástica, cada uno de los que la rehacen tiene su punto de mira, sus temas y hasta sus métodos. Lo que la fenomenología proporciona a todos sus seguidores es, por lo pronto, un método y luego un cierto comportamiento ante las cosas. El método, aun siendo siempre el mismo, al menos en la intención de quienes le siguen, es distinto por el objeto que se destina y por lo que el filósofo quiere encontrar en su objeto, es decir, en el asunto de que se ocupa. Y por lo que hace al comportamiento peculiar que prescribe la fenomenología, cada pensador man-

miento de los principios generales. Cómo es posible el conocimiento apriorístico. El mundo de los universales...

Lo que dice Bertrand Russell es siempre claro, muy claro y nunca choca con nuestras viejas ideas de las cosas. Pero lo que dice Bertrand Russell de los llamados problemas de la filosofía es pocas veces interesante, al menos para nosotros, hombres de esta tercera parte del siglo XX. Otro de los rasgos de esta manera de pensar consiste en que preocupado Russell por las cosas, por el contenido de sus problemas, no se preocupa de la belleza ni de la sutileza de las ideas, de modo que lo que nos dice se entiende o no se entiende por obra y gracia de la resistencia que en cada caso opone el propio asunto sin esa complacencia en las ideas que sentimos leyendo a muchos de sus contemporáneos, como Husserl, Bergson, Max Scheler o Jorge Simmel. Quizá por eso tengamos la impresión hojeando estas páginas de estar ante un libro escrito para principiantes o para historiadores de las ideas. Lo que al aficionado medio acostumbrado a meditar sobre cuestiones filosóficas puede ofrecerle este librito, publicado con tantos años de retraso, es muy poco. Casi lo más importante es que sea obra de su autor, de Bertrand Russell, tan conocido y tan famoso por otras cosas, y, en particular, por lo contrario de lo que él pensaba de sí mismo y dejó como título de uno de sus libros: Ensayos de un escéptico. Bertrand Russell no tuvo nada de escéptico, y no digamos nada de incrédulo. Fue hombre de fe enteriza, de esa fe que incita a jugarse a su carta el prestigio, la comodidad y las conveniencias. Desde niño fue Bertrand Russell hombre de fe; no hay que confundir el ser hombre de fe con ser hombre de ritos. Bertrand Russell estuvo siempre en contra de la fe de su clase social, de su país, al menos del país oficial, de los más de sus contemporáneos y de la política que hacía precisamente por conservar los prestigios de su clase aristocrática todos los esfuerzos posibles. Pero, además de estar contra esta fe, hizo gala de la suya con denuedo y gallardía. Y por eso, aparte sus trabajos científicos, es hoy ahora universalmente famoso.

Hombre apasionado, resuelto y sin miedo al ridículo, dijo en voz alta siempre lo que pensaba y obró de manera consecuente con su pensamiento. De escéptico no tuvo Bertrand Russell más que el título de su libro de ensayos. Y fue precisamente esa ausencia de escepticismo lo que le cortó las alas para remontarse a los temas filosóficos propiamente dichos. Es siempre más interesante en él su manera de vivir que su manera de pensar y nos ganan el ánimo antes sus peripecias personales que sus aventuras de hombre que quiere decirnos lo que es la vida humana. A poco que se ojee este librito titulado Los problemas de la filosofía se verá que casi todas las cuestiones pertenecen a la lógica de las ciencias; unas de estas cuestiones son por derecho de la lógica de las ciencias, sin más que leer su título, y otras lo son por el modo de tratarlas el autor. Si la filosofía no fuese más que un conocimiento científico sin orillas ni compartimientos estancos, este libro sería por derecho propio un libro de filosofía. Pero el caso es que la filosofía es algo más que todo esto, por lo pronto, para los filósofos. Y es esto lo que hace que este librito de Bertrand Russell sea un libro de historia de la filosofía, ya que en la historia de la filosofía caben todos los modos posibles de filosofar.

EA

POLITICA

ANDRÉ FONTAINE: *Historia de la guerra fría*. Luis de Caralt, Editor. Barcelona, 1970. 2 tomos: I, 389 págs.; II, 472 págs. Ø16 × 22Ø.

El consejo de Gracián acerca de la bondad de la brevedad, no siempre es posible. En el caso presente, la editorial barcelonesa de Luis de Caralt, ha incorporado a su conocida serie sobre el mundo actual, «la vida vivida», la obra francesa de un escritor, Fontaine, que ha acometido una función de historiador, partiendo del estilo y conocimiento que le proporcionan su condición de experto y bien informado periodista. pues, al disponer, como jefe o encargado de los servicios extranjeros del competente diario «Le Monde», tiene a su alcance, en ficheros y archivo, de un material de primera calidad para enfrentarse con su ambicioso designio; y de ahí que le hayan «salido» dos volúmenes en su empresa. Por otro lado, la «crónica» y la «noticia» se han apoyado, muy frecuentemente, en una bibliografía bastante autorizada, constituida por la multitud de testimonios que, en muy diversa manera, nos han legado bastantes protagonistas de los hechos abordados en su relato, movidos por ese incontenible prurito, más de exponer sus propios puntos de vista, justificativos de su «posición» personal, que de convertirse en asépticos, objetivos y privilegiadamente enterados, de los acontecimientos.

El nervio esencial de la obra es el de dejar constancia narrativa del origen de una política internacional de la que somos testigos—y no

pocas veces actores—quienes han poblado la Tierra, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando inapelablemente—y esto nos lo aseveran todos los días, los habituales medios informativos, y por ello mismo forma como un integrante inequivocabable de nuestra postura y actitud ante los acontecimientos de la política internacional de nuestros días—Europa ha quedado más que reducida, obligada, a un mero papel de espectadora—con ciertas inertes pretensiones de no abandonar por completo su secular misión de «directora»—ante el implacable dilema de la pugna USA-URSS en el clima escalofriante del llamado «equilibrio del terror». Evidentemente la capacidad destructora de los modernos medios atómicos de combate, frena—a veces con clara reluctancia—el eterno apetito de hegemonía universal, y, políticos, agencias y posturas se apartan forzosa y deliberadamente de los planteamientos tradicionales de la solución por la supremacía, equilibrio que obliga a fintas, amenazas, renunciaciones y maniobras que han tejido una tupida red de contradicciones, abandonos y jactancias poco o nada inteligibles en los supuestos clásicos en que fuimos alocados hasta principios de nuestro siglo y en los que los asertos de teorizantes cimeros como los del conocido jefe de la Escuela Prusiana de Guerra, Clausewitz, resultan un tanto inanes o trasnochados ante la irrenunciable vorágine de la «aceleración de la Historia».

Aunque la denominación de «guerra fría», parece fue prístinamente

JEAN CLAUDE GUILLEBAUD y PIERRE VEILLETET: *Chaban-Delmas*. El arte de ser dichoso en política. Editorial Dopesa. Madrid, 1970. Ø10 × 18Ø.

No es de extrañar que este libro haya tenido buena acogida en Francia; en el título promete dos cosas: la segunda, contar la vida de Chaban-Delmas, jefe del Gobierno francés, y la primera, enseñar el arte de ser dichoso en política. Ahí es nada. Pero me temo que la acogida no sea tan buena entre nosotros, no sólo porque Chaban-Delmas es un jefe de gobierno como Heath o cualquier otro, sino porque eso de comprar el secreto del arte de ser dichosos, aunque no sea más que en política, se nos antoja ligeramente infantil. Claro es que el libro ha sido escrito para franceses y que sus autores son franceses beneméritos, que han resuelto vender por un puñado de francos su secreto. Por eso merecen nuestra gratitud, aunque sea sólo un secreto para franceses.

Los autores de este breve librito han estudiado bien la vida de Chaban-Delmas y la han contado con garbo en sus detalles más coruscantes, en los que se ve el camino que ha seguido para ser dichoso. Lo que cuentan está muy en consonancia con el lector que buscan y que a buen seguro han encontrado en abundancia y sin esfuerzo. Y, naturalmente, el señor Chaban-Delmas, que gobierna muy bien a su país, que le ha pres-

tado muchos servicios antes de ser jefe del Gobierno y que sin duda va a prestarle muchísimos más en su vida, no tiene ningún interés personal, como les ocurre a los grandes hombres de hoy, que han dejado de medirse consigo mismos y se tienen que medir todas las mañanas con las dificultades que se les presentan. Para los que no son franceses, el señor Chaban-Delmas es uno de los jefes de gobierno que hay en el mundo, que han hecho lo que hacen millones de hombres en todas partes y que de verdad no tiene nada interesante que decir a los que no sean políticos ni quieran ser dichosos como los políticos.

El libro se lee con facilidad porque está muy bien escrito y cuenta cosas que, quien más quien menos, se conocen y se divulgan todos los días, pero ni un solo momento llega a interesarnos ni poco ni mucho. Francia es un país de mucha luz en donde las acciones de los gobernantes—las acciones que pueden contarse—están siempre en lo alto del celemín. Por otra parte, la política del señor Chaban-Delmas es pragmática, es decir, sin grandes ilusiones, sin grandes esperanzas y sin grandes riesgos. Es una política burguesa, atenta a la balanza de pagos, a la subida de precios y salarios, y las relaciones internacionales están pesadas y medidas de acuerdo con los intereses de Francia y otras cosas que no interesan de verdad

acuñada por el consejero de F. D. Roosevelt, en sus especulaciones financieras de 1946—ampliada y fortalecida por la importante colaboración de Churchill en su célebre discurso de la Universidad de Fultón y por los artículos, e incluso libros, del influyente «columnista» Walter Lippman—, Fontaine, divide sus tomos del modo siguiente: el primero, con 19 capítulos, se inicia con un análisis, panorámico sí, pero no por ello carente de pormenores, desde la Revolución rusa de 1917 hasta la que denomina «Tempestad en Asia» (1945-1950), de la guerra de Corea y sus secuelas en el Sudeste asiático, y el segundo—con 20 capítulos, a su vez—desde tales sucesos hasta el asesinato del presidente Kennedy—concluyendo con un sabroso «Epílogo» que va desde el magnicidio del 22 de noviembre de 1963 hasta el año de 1967 que alcanza en su total el medio siglo de historia internacional reconstruida desde el prisma medular de «guerra fría».

Para periodistas, diplomáticos, historiadores y militares esta minuciosa obra de André Fontaine será un básico «manual» de consulta, en el que, por añadidura, su autor ha colofonado sus dos densos volúmenes con muy útiles y didácticos «Apéndices», cronológico y biográfico, de la etapa estudiada, que sirven en todo momento para completar y precisar datos cardinales del período reseñado. Aunque no abunda en material gráfico—fotografías y mapas—ni posee índice de hechos, lugares y onomástico—que pudieran estimarse como imprescindibles en libros del carácter del aquí reseñado—, tales adminículos citados contribuyen a su comprensión y consulta.

ND

más que a los políticos que tienen alguna relación con Francia.

Lo que debiera decirse al comienzo de cada libro, para que luego no despierte desengaños, es a qué público va dirigido. Los autores de este libro lo sabían muy bien, y es seguro que ese público lo ha acogido como el libro merece. Es mala cosa, en principio, que se escriba un libro sobre un político encumbrado, porque se piensa al pronto en todo lo que hay que silenciar y en todo lo que es preciso encomiar. Pero este libro no encomia sino lo que cualquiera encontraría encomiable, entre otras razones, porque el lector medio francés se sabe muy bien sus clásicos y no es fácil darle gato por liebre. Más que libro, es un verdadero reportaje de dos buenos periodistas, y así es como aparece y va dibujándose la figura del señor Chaban-Delmas, que ha simbolizado un buen período de la vida francesa; un período de auge, de paz, de confianza y de amistad con los pueblos más importantes de la tierra. ¿Qué más se puede pedir a un político para que sea dichoso? Lo que no acabamos de ver todavía con claridad es si el arte de ser dichoso en política presupone la vida y la obra de Chaban-Delmas, en cuyo caso ese arte sería intransferible. Espero que los autores nos aclaren la duda en otro libro.

EA

JEAN-FRANÇOIS LE NY: *El condicionamiento*. Ediciones Península. Barcelona, 1971. 200 págs. Ø15,5 x 18,2Ø.

A partir de los reflejos condicionados de Pavlov, del aprendizaje y comportamiento, desarrolla el autor de este interesante libro todo un curso de reflexología que no busca la base exclusivamente fisiológica, aunque sin despreñar las actuales aportaciones de la neurología, que tiene bien presente, mantiene un punto de vista psicológico que da a lo largo de la obra una trayectoria más práctica que teórica hacia

el problema de las motivaciones y las actividades superiores de la mente humana.

El capítulo primero viene a ser un repaso histórico sobre los esquemas de la reacción condicional. En el siguiente capítulo se amplía la noción de condicionamiento en sus diversos tipos. El tercer capítulo plantea la mayor o menor posibilidad de extinción de las reacciones condicionales según el número de reforzamientos recibidos, así como también del número de intentos hacia la extinción. El capítulo cuarto describe las relaciones del estímulo y la reacción condicional a través de las experiencias de generalización realizadas por diversos investigadores en el laboratorio. La cuestión del análisis y los mecanismos discriminatorios que, a través de la teoría de los behavioristas, sobre todo Spence y Hull, dan más precisión a la teoría de Pavlov, es un tema interesante que el autor de este libro deja expuesto con todo rigor en el capítulo quinto, así como la asociación de estímulos y el papel de la inhibición. En el capítulo sexto se estudian las relaciones de la motivación sobre la respuesta condicionada, el mecanismo de acción de las motivaciones adquiridas y el refuerzo secundario. Finalmente, es quizá el más interesante el capítulo sobre actividades superiores en relación a los aspectos complejos del condicionamiento, que caracterizan al ser humano, y donde se establecen las grandes diferencias entre los condicionamientos simples del animal y el condicionamiento complejo de las actividades superiores humanas. Termina la obra con un *Léxico* que evita errores interpretativos respecto al alcance psicológico dado en el libro a varias palabras que, manejadas con frecuencia en las traducciones sobre estos temas, arrastran un significado dudoso. Así también podemos destacar que la serie de notas sobre citas y aclaraciones al texto representan una buena orientación para el lector.

LUIS BONILLA

WALTER J. SCHRAML: *Psicología profunda para educadores*. Editorial Herder. Barcelona, 1971. 287 págs. Ø14,1 x 21,6Ø.

He aquí un buen libro sobre los fundamentos, evolución histórica y estado actual de los sistemas, métodos y resultados de la psicología profunda. Resulta para el educador un valioso manual donde se evidencia la utilidad de la aplicación de la Psicología en Pedagogía, y se ofrecen las nuevas perspectivas del campo psicológico más allá del plano de la psicología clásica o universitaria que hasta ahora ha manejado fundamentalmente el educador.

En la Introducción del libro se halla un resumen que de manera concisa orienta sobre los diversos aspectos de la psicología profunda y sus aplicaciones prácticas. El capítulo primero expone la evolución histórica de la psicología profunda y sus escuelas fundamentales. El capítulo segundo describe los métodos del psicoanálisis y los resultados que pueden lograrse. Destacamos aquí el breve estudio sobre el inconsciente y la teoría de los instintos, junto a la investigación de las motivaciones, mecanismos de defen-

sa y adaptación, tan importantes para el educador.

El estudio de la personalidad, a través de sus fases del desarrollo, queda planteado en el capítulo tercero desde el primer año de la vida hasta la pubertad, sin omitir los diversos estados de maduración psicósomática, el instinto de agresión, el desarrollo del comportamiento y las estructuras de la relación social entre el niño y su medio ambiente. A continuación quedan reseñados en el libro los característicos procesos conflictivos, en un capítulo aparte, respecto a las dificultades del comportamiento en el desarrollo normal, y en el siguiente capítulo en relación a las diversas formas de neurosis infantiles y su repercusión, tan significativas más adelante en la adultez. Clara exposición de los problemas, cuyo tratamiento queda apuntado con referencia a diversos métodos de terapéutica psicoanalítica. Completan la obra dos capítulos interesantes y muy útiles: uno sobre los planteamientos de la pedagogía psicoanalítica, donde podemos destacar las orientaciones del castigo en relación al comportamiento, a la norma, a las motivaciones. El capítulo final trata un tema que es frecuente pasar por alto a pesar de su decisiva importancia: la higiene psicológica del educador, sus conflictos inconscientes, los diversos tipos caracterológicos de educador según el psicoanálisis, sus recompensas vitales y frustraciones, las posibilidades de una formación del educador de acuerdo a medios de higiene psíquica. Finalmente, un interesante Apéndice resume los tests de rendimiento y los tests proyectivos. Así, pues, esta obra de Walter J. Schraml resulta perfectamente completa, muy útil para el educador y desarrollada con claridad, rigor y sencillez que merecen todo elogio.

LB

LOUIS CORMAN: *El examen psicológico del niño*. Editorial Herder. Barcelona, 1971. 303 págs. Ø14,1 x 21,6Ø.

Estudio del niño en su totalidad y no, como ha sido frecuente en la pedagogía clásica, en función separada de los factores de su inteligencia y del carácter. Se trata del niño visto en la real totalidad de lo que él es y lo que está encaminado a ser a compás de su expansión vital: pasiva, activa, sexual, en la vinculación de lo innato y lo adquirido.

La obra consta de tres partes. La primera dedica dos capítulos a las etapas iniciales del examen psicológico del niño, la fenomenología de los trastornos, el grado de objetividad en éstos, y el punto de vista de los diversos tipos de padres. Merece destacarse el planteamiento que hace el autor de la valoración del niño. La segunda parte estudia las etapas del crecimiento y la psicología de la expansión vital, con gran acierto expositivo del autor, aunque ha de llamar más la atención el capítulo final de esta parte del libro, donde se realiza un resumen de cuanto hay de utilidad en el conocimiento por el educador del método morfofisiológico, como estudio de la personalidad psicofísica a través de los rasgos morfológicos, los cuales vienen a objetivar el movimiento de la vida a manera de función visible, y resultan así un elemento más a tener presente en el diagnóstico de las aptitudes innatas de un individuo.

La parte tercera y última del libro es la más práctica. Describe en los dos primeros capítulos los mé-

todos de evaluación de la inteligencia y de la personalidad; en el capítulo tercero se plantea el problema de los retrasos escolares: debilidad mental, inteligencia normal pero con deficiencias sensoriales o motrices perturbaciones afectivas, los trastornos de carácter, los conflictos de rivalidad fraterna y los edípicos, las neurosis, las psicosis, para terminar con un capítulo a modo de conclusión, donde se ofrece una guía para redactar el informe de un examen psicológico; primero, la exposición analítica de las diversas pruebas realizadas en el niño, y seguidamente las síntesis, que ofrecerá las posibilidades de conocer la personalidad.

La correcta, actual y didáctica exposición de los temas tratados, hacen de este libro un valioso manual para el educador.

LB

ARTE

VICENTE AGUILERA CERNI: *Iniciación al arte español de la posguerra*. Ediciones Península. Barcelona, 1970. 159 págs.

El mayor reproche que cabe hacerle a este bien pergeñado libro de Vicente Aguilera Cerni es el de su título. Si en vez de titularse *Iniciación al arte español de la posguerra*, se titulase *Relaciones entre la política y el arte en la España actual*, o *La influencia de nuestra situación política en la elección de nuestros artistas*, habría respondido mucho más su título al contenido de la obra. Vicente Aguilera Cerni parte del supuesto de que cada situación política condiciona un tipo determinado de arte, y que el mejor que actualmente se crea ahora en España es un arte de protesta. De ahí que le conceda máxima importancia a la obra de Genovés y también a la de los equipos de Valencia, cuya «crónica de la realidad» fue el propio Aguilera Cerni quien bautizó. Cabe pensar que una obra como la de Genovés vale en cuanto pintura por sus cualidades de tipo estrictamente plástico, por su ejecución perfecta y su ordenación no cabe duda que acongojante, pero también es preciso reconocer que es lícito en todo arte unir a los valores de tipo estrictamente plástico otros pertenecientes a diferentes escalas. El gran arte de todas las culturas ha estado siempre al servicio de la concepción del mundo y de las creencias vigentes en el ámbito en que fue creado. De ahí que el Partenón con su equilibrio de masas, sea una clara muestra de normativismo griego y sirva además a los dioses de Grecia. De ahí también que una catedral gótica simbolice con su fuga de líneas el afán expansivo del alma occidental y sirva además al Dios en el que los occidentales creían unánimemente cuando fueron erigidas esas catedrales. Aguilera Cerni acepta implícitamente todos estos supuestos y quiere aplicarlos al caso concreto de la posible lucha política diaria. La empresa es arriesgada, porque los niveles muy concretos de significación, fácilmente alcanzables en las artes de la palabra, lo son mucho menos en la de la imagen, pero no cabe duda de que Aguilera Cerni se desenvuelve bien en esta difícil empresa.

CARLOS AREAN



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

LIBROS DE RECIENTE PUBLICACION

FILOSOFIA

GAOS, J.: «Introducción a El Ser y el Tiempo de Martin Heidegger» (2.ª edición aumentada y revisada, 154 págs.), 154 pesetas.

HEIDEGGER, M.: «El Ser y el Tiempo» (4.ª edición, 480 páginas), 316 ptas.

PAP, A.: «Semántica y verdad necesaria» (1.ª edición, 486 páginas), 558 ptas.

ANTROPOLOGIA

SOUSTELLE, J.: «La vida cotidiana de los aztecas» (1.ª reimpresión, 286 págs.), 414 ptas.

PSICOLOGIA Y PSICOANALISIS

FREINET, C.: «La educación por el trabajo» (1.ª edición, 304 páginas), 288 ptas.

LEVY, L. H.: «La interpretación psicológica» (1.ª edición, 288 páginas), 316 ptas.

CIENCIA Y TECNOLOGIA

PICHLER, H.: «La aventura de la Luna» (1.ª edición, 400 págs., 93 fotografías, 34 de ellas en color), 752 ptas.

LETRAS MEXICANAS

MONTES DE OCA, M. A.: «Poesía reunida» (1.ª edición, 424 páginas), 564 ptas.

COLECCION POPULAR

ALEGRIA, F.: «Literatura y revolución» (1.ª edición, 244 páginas), 154 ptas.

Solicite nuestros Boletines de «Libros de reciente publicación»

Casa Matriz:

Av. de la Universidad, 975 MEXICO 12, D. F.

Sucursal para España:

Menéndez Pelayo, 7 - Madrid-9

Delegación:

Buenos Aires, 16 - Barcelona-15